LAURA M. CASTRO

Cualquier destino menos contigo



matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Epílogo

Banda sonora

Cita

Agradecimientos

Créditos

Cualquier destino menos contigo

Laura M. Castro

matchstories

A quienes alguna vez se sintieron perdidos
y a quienes siguen aprendiendo a encontrarse.
Todo llega, incluso el lugar en el que por fin encajas.

Capítulo 1

Dahlia

—Vas a explicarme esto ahora mismo.

Estoy sentada en una silla de su despacho. Delante de mí, Maia pone un puñado de papeles impresos y recortes de revistas. Enseguida sé lo que son sin necesidad de leerlos: titulares.

Los que he protagonizado estos meses, que no son pocos. El primero de ellos, el desencadenante de todo.

—Es una gran foto —respondo yo, simplemente.

—No te hagas la lista conmigo. —La voz de mi agente se vuelve fría. Está enfadada, tiene motivos para estarlo—. ¿Qué demonios ha pasado para que hayas desaparecido durante dos meses, Dahlia?

Y esa pregunta desata una retahíla de recuerdos que hoy por hoy todavía quiero que permanezcan escondidos. Porque esconderme es una de las cosas que mejor se me dan.

Dahlia Harris tira por la borda su relación de cuatro años con su prometido Wyatt Johnson tras plantarle un beso a Fin McLean delante de todo el mundo… ¡Y qué beso!

La boda más esperada del año…
CANCELADA
Wyatt nos cuenta cómo se siente tras la traición de Dahlia Harris.

¿POR QUÉ LO HIZO?
El amor de Wyatt no fue suficiente para derretir el corazón de hielo de Dahlia Harris.

Dahlia Harris sigue encabezando la lista de modelos major pagadas y mujeres más influyentes en el sector de la moda
Finn Mclean entra en la lista de modelos masculinos más deseados del momento tras su beso con Harris, aunque esta parece haberse cansado ya de su juguete nuevo.
No se ha vuelto a ver a los dos juntos desde entonces.

YA CONOCEMOS A LAS MODELOS QUE PARTICIPARÁN EN EL DESFILE MÁS ESPECIAL DE ROMUALD

Nombres habituales y otros sorpresa: Nicole Rousell, Candace Jeffers, Martina Rodríguez, Céline Durand… y Dahlia Harris, que sigue encabezando titulares, pero no hace que pierda la confianza del diseñador.

EL EVENTO DE *INFLUENCERS* DEL AÑO COMENZARÁ EN UN PAR DE SEMANAS, Y DAHLIA HARRIS, ¿¿DESAPARECIDA??

Nicole Rousell, Wyatt Johnson, Destiny Wallas e Ethan Adams, entre algunos de los nombres más destacados de la campana que promete ser ¡¡LO MÁS!!

Capítulo 2

Dahlia

Todos los famosos han dicho alguna vez cuánto desearían ser una persona totalmente anónima para poder pasar desapercibidos. No lo entendía, siempre pensé que mentían.

¿A quién no le gusta que lo reconozcan con tan solo el sonido de su nombre?

A todo el mundo le encanta sentirse admirado. Si te admiran, significa que estás haciendo las cosas bien.

La falta de intimidad es compensada con el exceso de atención. Yo siempre estaba lista para recibirla. Incluso cuando sabía que eso podía destruirme.

Me dejé llevar y actué, mis labios se plantaron encima de los de Finn McLean sin previo aviso. Para mi sorpresa, los recibió con ganas, casi hambriento. Solo oía los gritos de los periodistas que se arremolinaban a nuestro alrededor mientras sentía los flashes de sus cámaras inundándonos con su luz cegadora.

No conocía a Finn McLean, al menos no personalmente, aunque supongo que haber compartido una sesión de fotos en ropa interior tuvo que servir para algo.

Los dos somos modelos de alta costura muy cotizados y sabemos cómo sacarle el máximo partido a una foto. Y vaya si lo hicimos.

Dos meses después, nuestro beso todavía encabeza portadas de revistas.

Una parte de mí pensaba que sería fácil volver y fingir que nada había pasado. El tiempo avanza rápido y en las redes sociales puede llegar a alcanzar los doscientos kilómetros por hora. No sería la primera vez que algo así queda en el olvido de la misma forma que estalla, de repente.

Al parecer, no es mi caso. Quise castigar esa parte de mí que había hecho que me aferrara a ese deseo, pero no calibré las consecuencias, como si no conociera de sobra este mundo digital, podrido con mentiras y altas expectativas.

—¿Cuánta bronca me voy a llevar? —pregunto finalmente, sin soportar durante más tiempo el escrutinio de Maia.

Tiene los brazos cruzados a la altura del pecho y me está mirando fijamente con sus ojos con forma almendrada, oscuros como su cabello negro, el cual termina en brillantes puntas de color violeta.

—He tenido más trabajo que en todos los años que llevamos juntas. Laboralmente hablando, no puedes desaparecer así nunca más.

—¿Laboralmente?

—Ese tío es un cabrón, le diste su merecido. Jamás me cayó bien y, además, se está quedando calvo.

Se me escapa una risa por primera vez en estos dos meses. Las dos sabemos que eso no es verdad, pero sienta bien tener a alguien que esté de mi lado, aunque sea solo porque es mi agente.

Conocí a Maia Roberts hace más de seis años de una manera distinta a la que todos se imaginan. Yo empezaba en el mundo del modelaje y ella era una becaria en una asesoría donde no le hacían demasiado caso y mucho menos le pagaban lo merecido; qué digo, ni siquiera le pagaban. Coincidimos en un evento en el que yo no desfilaba pero en el que me había colado para conocer a un

diseñador, y ella servía los cócteles en la barra (porque ahí sí que le pagaban y ella tenía que costearse el alquiler).

Se negó a prepararme un cóctel porque no se tragó la excusa de que había olvidado mi identificación en el coche. Hablamos durante gran parte de la noche. Yo le dije que pronto conseguiría ser una modelo famosa; ella, que algún día se graduaría y abriría su propio bufete. No logré que me sirviera una copa, pero intercambiamos los teléfonos.

Una semana después, cuando me ofrecieron mi primer contrato importante, necesitaba a alguien de confianza que supiera del tema y lo leyera. No tenía a nadie, solo la conocía a ella, así que la llamé. Me moría por contárselo igualmente, era un paso en la dirección de los sueños que habíamos compartido aquella noche sin apenas conocernos.

En la asesoría en la que trabajaba quedaron impresionados con mi fichaje y enseguida le ofrecieron más garantías y un pequeño despacho. Incluso un salario. Yo acepté firmar con la agencia siempre que ella fuera mi representante. Por supuesto que aceptaron.

—Tenemos trabajo que hacer —dice entonces, remangándose ligeramente las mangas de su camisa por debajo de los codos, lo que significa que se está poniendo en modo «agente tiburón», como le gusta llamarlo a ella.

La escucho hablar sin parar durante los siguientes treinta minutos. Mi calendario de compromisos, folios con estadísticas y contratos activos acaban desperdigados por todo el escritorio de modo que no queda ni un solo rincón que no esté cubierto de papeles.

No sé cómo, Maia ha logrado mantener a flote la mayoría de los contratos que tenía antes de desaparecer conservando las condiciones iniciales o incluso mejorándolas. Ella afirma que la

mayoría de las marcas siguen muy interesadas en trabajar conmigo, yo pienso que está restándose mérito, aunque también conozco a la industria.

Ahora mismo, todo el mundo quiere verme y yo, por primera vez, quiero seguir escondida. Pero eso ya no es una opción.

Realmente, nunca lo fue. Lo supe desde el principio.

¿Por qué hice lo que hice? Todavía no estoy segura, pero los medios afirman que:

1. Estoy despechada.
2. Quería más atención (todavía más) de la que me prestaban.
3. Soy una zorra sin corazón que ha tirado por la borda el futuro tan increíble que tenía.

La gente puede escoger la que más le guste. Incluso hay una encuesta abierta que ya ha registrado más de un millón de votos.

—No sé si ha sido una jugada maestra o una completa cagada —comenta Maia desde el otro lado del escritorio.

Su despacho está en la décima planta de un edificio bastante céntrico que su agencia renovó hace un par de años. El espacio es pequeño, pero suficiente.

—Pero vamos a trabajar con lo que tenemos, así que... prioridades.

A continuación, enumera una lista de mis próximos compromisos y me informa de mi nueva agenda, mucho más apretada ahora para lograr cumplir todos los plazos establecidos en los contratos. Por suerte, casi siempre preparamos las campañas con antelación; eso nos ha salvado, aunque ahora esté con el agua al cuello.

Cuando deja de hablar, yo sé que todavía no ha terminado. Entrelaza los dedos de ambas manos y mantiene su mirada clavada en mí.

—Suéltalo. —Sé exactamente el tema que está evadiendo. Es el mismo que yo tampoco tengo interés en conocer.

—Travelator.

—¿La han llamado así? —Enarco mis finas cejas—. Es un nombre horrible.

—Mejor no digas eso cuando hagas promoción de la marca.

Pongo los ojos en blanco por «he perdido ya la cuenta» vez desde que he entrado en su despacho.

Esto es lo último que necesito, los tiempos se me echan encima de la misma forma que lo hacen las cámaras cuando salgo a la calle, y ¿se supone que tengo que pasar las próximas seis semanas perdida en algún lugar del globo, que todavía ignoro, exponiéndome de nuevo las veinticuatro horas del día?

En esto me he convertido: estoy quejándome de unas vacaciones pagadas con todo incluido.

Cuando tomé la repentina decisión de desactivar todas mis redes sociales y desaparecer durante dos meses, no pensé en cómo sería la vuelta. Siendo sincera, no pensé en nada: lo hice y punto.

No era propio de mí, pero ya no podía volver atrás. Así que decidí actuar de la misma manera que hago siempre, como si no hubiera pasado nada. Ningún mensaje, ningún comunicado. Solo una foto.

Esa que ahora mismo sigue apareciendo en las portadas, la que lo ha desencadenado todo. No le he mentido a Maia, de verdad creo que es una gran foto.

Aunque puede que la mayoría de la gente no subiría a su perfil con más de veinte millones de seguidores la imagen de su supuesta infidelidad a su prometido. Exprometido.

Yo sí.

El plano era increíble, habían sacado mi lado bueno y yo posaba desinhibida justo después de que mis labios abandonaran los suyos,

con mis brazos rodeando su cuello y los suyos apretando mi cintura. La instantánea capturaba uno de los momentos previos a nuestra salida triunfal de aquella fiesta, antes de llevarme al otro protagonista al hotel y a mi cama, como confirmaron muchos tabloides.

Finn McLean se había convertido en uno de los modelos masculinos más codiciados del panorama actual. Era bueno, no lo culpaba por aprovechar la oportunidad. Pero lo justo era que yo también obtuviera algo a cambio.

La publicación ya tiene más *likes* que el resto de mis últimas fotos y eso que mi perfil ha estado desaparecido en combate durante dos meses. Era toda una declaración de intenciones y estaba teniendo el efecto deseado. Quería demostrar que abrazaba lo que había sucedido, que no me arrepentía de nada.

Lo dicho, el mundo de las redes sociales está lleno de mentiras. Pero nunca dejaré que derriben mi palacio de cristal. Al fin y al cabo, he luchado mucho por construirlo.

Desde entonces, he subido mi contenido habitual de la forma que lo hago siempre: ignorando los comentarios que exigen explicaciones. A diferencia de lo que la gente cree, yo no le debo nada a nadie.

Pero, por primera vez, siento que las piezas no encajan correctamente en el engranaje, y no sé cómo afrontarlo. Lo que sí sé es que ese viaje sorpresa no mejorará las cosas.

Acepté la colaboración con esta compañía porque ofrecían un buen contrato y porque habían contactado con Wyatt y conmigo, así que la idea de recorrer juntos algunos países mientras trabajábamos era un plan con el que estaba ilusionada.

¿Ahora? Es todo lo contrario a un buen plan.

—El contrato con Travelator sigue en pie. Tus compromisos previos son intocables. Continúan negándose a desvelar detalles de los destinos porque es «la gracia de todo esto» —hace el gesto de las comillas con los dedos—, pero me han asegurado que la distribución de los grupos no te deja en una situación comprometida.

Wyatt y yo no vamos a hacer la misma ruta, quiere decir. Es más de lo que esperaba al principio, así que no puedo sentirme decepcionada. Sin embargo, veo la incomodidad en los ojos de Maia. Hay algo más.

—El contrato incluye los desplazamientos y las seis semanas de estancia, todo pagado, además de la cantidad acordada. También una reunión con todo el equipo de promoción antes de partir.

Me encontraré con Wyatt cara a cara, vuelvo a leer entre líneas. Mi objetivo habría sido verlo, como mucho, una única vez antes de morirme; eso teniendo mala suerte. Y la voy a agotar demasiado pronto. Supongo que había sido extremadamente ambicioso por mi parte contando que este mundo, al contrario de lo que la gente puede pensar, es muy muy pequeño.

—¿Cuándo es esa reunión? —pregunto.

—Hoy por la noche.

—¿Hoy por la noche? —Me yergo de golpe—. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Acabo de hacerlo. —Se encoge de hombros, fingiendo inocencia —. No quería que tuvieras tiempo de escaparte. Ahora tienes un historial con antecedentes.

Suelto una risa seca y las palabras «No le falta razón» pasan rápidamente por mi cabeza, pero no las verbalizo para no darle el gusto.

—¿Hay *dress code*? —pregunto, cambiando a un tema con el que sí me siento cómoda.

—La temática son los viajes paradisíacos.

—Qué originales, nunca lo hubiera adivinado. —Me levanto de la silla para coger mi bolso, dispuesta a irme para prepararme—. Miraré la ropa que tengo en el hotel, seguro que puedo encontrar algún conjunto que sirva.

—¿Podrías encontrar dos? —Maia también se levanta e imita mis gestos—. Los agentes también debemos asistir.

Oír eso me tranquiliza. Al menos Maia estará allí conmigo.

Mis expectativas son bajas, pero una vez más queda demostrado que no importa lo mal que creas que pueden ir las cosas: todo puede ir a peor.

Capítulo 3

Dahlia

«PENSÉ QUE DEJAR EL FÚTBOL ME HARÍA PERDERLO TODO… PERO FUE ELLA. ME HUMILLÓ»

Visiblemente muy afectado, así responde Wyatt, exestrella de los Giants, las preguntas sobre su exnovia y exprometida Dahlia Harris, quien lo plantó con un «simple» beso con otro hombre delante de todos.

La fiesta comienza en menos de dos horas y todavía no estoy vestida. Me he pasado los últimos treinta minutos con la mirada fija en todas las cajas que están dispersas por la enorme habitación de hotel que se ha convertido en mi casa estas últimas semanas.

No he abierto ninguna todavía. Me abruma que haya tantas y, al mismo tiempo, me sorprende que sean tan pocas.

¿Cuál es la cantidad media de cosas que una persona acumula a lo largo de su vida?

¿Deberían caber más de cuatro años en tan solo unas cuantas cajas de cartón?

¿Es normal que, aunque estén llenas, las sienta tan vacías?

Wyatt había sido rápido deshaciéndose de todo y llenando de nuevo el espacio, otra señal del vacío que verdaderamente ocupaba

y lo fácil que le fue sustituirlo, porque nunca hubo nada, para empezar.

El sonido de mi móvil me saca de mis pensamientos. En la pantalla, uno de los nombres que llevo evitando desde hace dos meses. Pero, viendo que falta poco más de una hora para un evento importante y que no tengo nada que ponerme, descuelgo.

—Has hecho bien en coger el teléfono, niña; esta era la última vez que iba a llamarte.

—¿Qué quieres? —pregunto sin más.

—Comprobar que estás viva. Las malas lenguas dicen que has vuelto a la vida pública. —Para Romuald, mi diseñador favorito y estilista personal, «las malas lenguas» son las revistas del corazón.

Llevo trabajando con él desde que empecé mi carrera como modelo, pues fue el primero dispuesto a darme una oportunidad sobre las pasarelas de la alta costura, a quien luego, cuando mi fama despegó, le dejé hacer uso de mi nombre con gusto, como una especie de agradecimiento. Compartimos una simbiosis extraña.

A veces creo que Romuald ha actuado como un padre para mí más que el mío propio, y ni siquiera sé cuál es el nombre de su segundo marido o dónde está su casa de vacaciones.

—Mi cara está por todas partes, es como si no me hubiera ido.

—Que sea la última vez que ignoras mis mensajes.

Y de este modo zanja este tema de conversación. Con Romuald es así: quiere que le presten atención cuando y como él quiere. Todos bailan a su son, no por nada es uno de los mejores diseñadores del planeta.

Yo también lo he hecho. Solo que, desde hace años, monto mi propia coreografía, pero él siempre ha estado observando.

—No sé qué llevar esta noche...

—Vas a tener que arreglártelas tú solita.

—¿Me estás castigando por haber estado ignorándote?

—¿Lo admites? —Pongo los ojos en blanco, aunque no pueda verme—. No necesitas ayuda, Dahlia mía. Pero en una de esas cajas con tu ropa de verano tienes un vestido de encaje espectacular.

—¿Cómo sabes...? —Cuelga sin dejarme terminar la pregunta. Típico de Romuald.

Recibo entonces un mensaje de Maia diciéndome que ya viene para aquí, al mismo tiempo que la notificación de una nueva exclusiva relacionada conmigo aparece en la pantalla.

No estoy de humor para esto. Nadie debería ver su cara en la portada de una de las revistas más famosas de cotilleos sin previo aviso. Por los motivos equivocados, claro.

Se trata de una entrevista que le han hecho a Wyatt y en la que no ha estado solo. Me avergüenza decir que leo tantas veces ese artículo que acabo memorizando algunas frases que hacen que mi sangre hierva.

—Puede irse a la mierda —digo en voz alta, aunque no haya nadie para oírme o ver mi leve sonrisa.

Cuando Maia llama a la puerta de mi habitación, todavía estoy buscando el vestido entre todas las cajas, pero finalmente consigo estar lista cinco minutos antes de que el chófer venga a recogernos para poner rumbo a la fiesta.



—¿Has visto qué pinta tienen esos canapés?

Maia señala los platos llenos de comida que la empresa de *catering* aún está terminando de colocar. Los canapés son su debilidad.

Seguimos la dirección que nos indica el personal hacia la inmensa sala que ha reservado la agencia turística en uno de los hoteles más exclusivos de Nueva York. Tienen buen gusto, eso debo admitirlo.

Vamos agarradas del brazo, nuestros pasos sincronizados para avanzar sin tropezarnos. Como modelo, estoy acostumbrada a caminar sobre las alturas y cargar con exuberantes decorados a mis espaldas. Maia, por el contrario, no soporta ni un tacón bajo, así que casi todo su peso recae en mí mientras intenta andar recta.

Me siento de nuevo como en el desfile de Victoria's Secret en el que desfilaba con unas enormes alas doradas de más de cinco kilos. En este caso, Maia es las alas.

No somos las primeras en llegar, pero tampoco las últimas. Todos los presentes han intentado cumplir con el *dress code* lo mejor que han podido. Por supuesto, muchos no lo han conseguido. La mayoría ha ido a lo seguro apostando por el color más evidente, el azul del mar. Conjuntos de dos piezas, estampados florales con tirantes finos y enseñando mucha piel. Todos me parecen demasiado sencillos y predecibles.

La fiesta es excesivamente formal para tratarse solo de una campaña de publicidad. Quieren hacer de estos viajes un espectáculo que la gente pueda seguir en vivo y en directo. Y nosotros somos sus protagonistas.

Noto todas las miradas puestas en mí y, en vez de sentirme cohibida, abrazo la atención que me brindan. Solo me hace estar aún más orgullosa del *outfit* que he escogido.

Me he inspirado en la moda ibicenca con un vestido largo blanco de malla transparente, con mangas y cuello de encaje bordado, que deja entrever el traje de baño de dos piezas multicolor que luzco debajo: uno de los bikinis que serán tendencia este verano, una braga alta y dos triángulos que terminan unidos por tiras finas y

brillantes. La textura es espectacular y el conjunto causa todavía más impacto. Cuando he visualizado el look en mi cabeza, lo he tenido claro. Además, he terminado recibiendo el visto bueno de Romuald, así que no había nada más que hablar.

Maia ha optado por un estilo más conservador: le he prestado uno de mis vestidos de satén amarillo, un color que, al contrario que al resto de la población, le favorece mucho, a pesar de su piel blanquecina. Es ajustado, se amolda perfectamente a su figura delgada y tiene una abertura que deja entrever una de sus piernas.

—Hola, Dahlia, ¡estás espectacular! —Destiny Wallas, *influencer* desde que cumplió los dieciocho, es hija de un importante y conocido matrimonio de Hollywood. Más que acostumbrada a vivir entre cámaras, no le costó captar la atención cuando se propuso hacer de ello su trabajo.

—Tú también —respondo con una sonrisa.

Destiny me cae bien. Nos seguimos en redes sociales y hemos coincidido en un par de eventos al dedicarnos al mismo sector, que es el de la moda. Le ofrecieron la oportunidad de desfilar hace un par de años para celebrar el aniversario de la colección de una prestigiosa firma de alta costura. Ella lo rechazó por no tratarse de una profesional sobre la pasarela. Desde entonces tiene mi respeto.

Me refugio en ella y en algunas de las personas que se van uniendo a nuestra conversación... hasta que diviso una figura esbelta y morena acercándose.

—Dahlia. —La chica se inclina para darme dos besos a modo de saludo. Una de sus manos acaricia mi hombro—. Te he echado de menos.

Nicole Rousell había sido mi primera y única mejor amiga. También es modelo, pero, al contrario de lo que me pasó a mí, triunfó antes como *influencer*, trabajo que más tarde le abrió las

puertas de las pasarelas al despertar interés entre algunos diseñadores. No podemos ser más diferentes, pero a mí me gustaba pensar que nos complementábamos. Probablemente la altura sea lo único que tenemos en común. Su piel tostada no hace sino acentuar el color miel de sus ojos y su cabello liso. Sus pestañas son rectas y sus labios, gruesos, que antes solía llevar al natural, pero desde hace un tiempo se los pinta de colores intensos, acercándose a mi característico color rojo.

Solía venir a casa todos los sábados y domingos, a veces incluso dormía allí varios días a la semana. A Wyatt no le importaba, ellos también se llevaban bien. Éramos los tres contra el mundo.

—No me has llamado —digo, con voz tranquila.

Ella asiente con la cabeza sin romper el contacto.

—Te conozco, supuse que querrías estar sola —responde con dulzura.

«Por supuesto que me conoce —pienso—. Era mi mejor amiga».

—Gracias.

Las dos mostramos la misma sonrisa forzada. Está claro que, después de dos meses, algo ha cambiado entre nosotras. Y tal vez hayan sido mis muros de cristal.

Hablamos hasta que el director ejecutivo de la empresa que nos ha contratado se dispone a subir al escenario para hablar. Varias personas se acercan para saludarnos y yo esbozo una sonrisa y finjo aprenderme sus nombres, pero acaban siendo demasiadas.

Maia se ha ido hace rato a la reunión que habían programado para todos los agentes y todavía no ha regresado. Va a sentirse muy decepcionada cuando descubra que se han terminado los canapés.

Las puertas ya están cerradas y las luces se vuelven tenues, generando un ambiente bastante agradable. Un sonoro aplauso recibe a un joven de alta estatura y cabello oscuro.

Zhou Bowen, a sus veintinueve años recién cumplidos, se ha posicionado rápidamente en los puestos más altos de la revista *Forbes* de jóvenes emprendedores por su idea de negocio basada en los viajes. Su compañía ha recaudado millones de dólares en los pocos años que lleva activa y ya cuenta con un gran número de accionistas. Ni siquiera ha tenido que hacer uso de sus orígenes. Es hijo de un destacado empresario multimillonario chino, de familia tradicional, muy conocida en el sector de los negocios.

Su última apuesta, la aplicación Travelator, es una estrategia para expandir su mercado a las nuevas generaciones y esperan que sea su siguiente paso hacia el éxito.

—Buenas noches, damas y caballeros. Aunque quizá debería dejarme de formalismos. Al fin y al cabo, en menos de una semana todos andaremos perdidos en algún lugar del planeta con chanclas y pantalones cortos.

El público se ríe, él muestra su mejor sonrisa y continúa hablando. Está claro que no le intimidan las multitudes; se mueve con gracia sobre el escenario y desprende seguridad.

Mi concentración se dispersa cuando siento unos ojos clavados en mí.

Al principio trato de ignorarlo; gracias a mi carrera me he convertido en una experta a la hora de controlar el efecto que tienen las miradas de la gente sobre mí y a utilizar su atención a mi favor.

Pero este caso es distinto. Porque nunca estoy preparada para encontrarme con los ojos que sé que veré cuando gire la cabeza. Aun así, lo hago, porque puede que sigan provocando un efecto catastrófico en mí, pero haré todo lo posible por fingir lo contrario.

Wyatt me observa atentamente desde uno de los lados del salón. Está apoyado en la barra y Nicole está junto a él, ajena a nuestro cruce de miradas.

Antes, me gustaba ver la complicidad que había entre ella y Wyatt.

¿Ahora, en cambio? No tanto. Como he dicho, yo desaparecí y ella no se molestó en intentar encontrarme. Ni un solo mensaje. Supongo que ha elegido de qué lado está. Al fin y al cabo, su padre y ella son socios de los Giants, el equipo en el que jugaba Wyatt antes de lesionarse.

Me quedo quieta, Wyatt tampoco se mueve. Podría decirse que son nuestros ojos los que están comunicándose, pero en realidad hay poco que decir cuando nuestras acciones ya lo han dicho todo.

Mi corazón se acelera; quiero apartar la vista y moverme hacia el extremo que quede más lejos de donde está él en este momento, pero mi orgullo me lo impide. Y sé que el suyo lo obliga a seguir mirándome.

El sonido seco y metálico de la puerta detrás de mí me sobresalta, pero él es el primero en apartar la mirada en esa dirección. Me giro para ver de qué se trata, agradeciendo la interrupción que me ha permitido salir como vencedora.

Hasta que veo su cara.

Capítulo 4

Dahlia

Hay muchas cosas que me molestan, pero, si tuviera que hacer un *ranking*, lo encabezarían los malos modales, la impuntualidad e Ethan Adams. La última de ellas, en mayúsculas.

—Mierda, está claro que me he equivocado de puerta.

Y el sentimiento es mutuo.

Ethan Adams es la típica persona que copia un chiste pero consigue que la gente se ría solo cuando lo cuenta él. A todo el mundo le cae bien, muchos dicen que es la gran revelación de las redes sociales de los últimos años. Yo, en cambio, no lo soporto. Suele llegar tarde a todas partes, no es capaz de tomarse nada en serio y siempre logra salirse con la suya sin esfuerzo.

—¿Tú no sabes llegar a la hora que se te dice? —le espeto obviando su comentario. Disminuyo el tono de voz para no atraer la atención del resto de las personas a nuestro alrededor, que siguen con la mirada puesta en Bowen dando su discurso.

—Ya sabes lo que dicen, flor: lo bueno se hace esperar.

«Flor». Hago una mueca cuando oigo ese apelativo que emplea especialmente para mí con el único objetivo de irritarme. Ni siquiera se molesta en ser original. Lo odio y él lo sabe. Por supuesto que lo sabe.

—A veces es mejor que lo bueno no aparezca —mis ojos lo analizan de arriba abajo antes de volver a encontrarse con el color

azul de los suyos— para no llevarte una decepción.

Pone los ojos en blanco y yo le muestro una sonrisa forzada y complaciente por haber ganado esta ronda.

Bowen continúa hablando de su trayectoria y de los inicios de este proyecto, lo cual no puede interesarme menos en este instante. No cuando la figura de Ethan está a tan solo unos metros de mí, distrayéndome.

Somos casi de la misma altura; los pocos centímetros que tengo de ventaja se los debo a los tacones de aguja que calzo ahora mismo. Su cabello rubio y largo está peinado hacia atrás sin mucho interés y unos cuantos mechones le caen sobre la frente. Sus ojos claros resaltan en contraste con su piel morena.

La distancia entre nosotros es prudencial y ninguno tiene ganas de acortar el espacio, pero ¿por qué no lo amplía y se mueve? Yo estaba aquí antes.

Por lo menos así no tendría que ver con el rabillo del ojo cómo su cuerpo se balancea lentamente hacia delante y hacia atrás y sus brazos no paran de moverse a ambos lados de su torso.

Mientras algunos no se han molestado en seguir el código de vestimenta, Ethan Adams te hace replantearte si es adecuado siquiera para un evento de este calibre.

Es como si le hubiera vomitado un arcoíris encima, pero sin tener en cuenta la combinación de colores primarios.

Viste una camisa hawaiana de colores llamativos y un pantalón de tela blanco y holgado. Por Dios, ¿lleva unas chanclas?

—Os doy las gracias, de corazón, a cada uno de vosotros por haber creído en este proyecto y decidir formar parte de él. —Se oyen algunos aplausos tímidos y solitarios antes de tiempo—. Espero que disfrutéis al máximo de la experiencia, que creéis mucho contenido y que vuestros seguidores se enamoren de vuestro viaje y

de nuestra aplicación. Un brindis por Travelator y... ¡que empiece la fiesta!

Todo el público levanta sus copas y luego se las lleva a la boca entre risas y aplausos, ahora sí, más sonoros.

Yo no tengo ninguna en mis manos, pero pretendo ponerle solución a eso. Me giro de un lado a otro buscando a alguno de los camareros que pasean por la sala con sus bandejas y entonces me doy cuenta de que Ethan ha desaparecido. Con suerte, se mantendrá fuera de mi campo de visión el resto de la velada.

Sin éxito a la hora de conseguir una copa de champán, me dirijo a la barra con la intención de pedir un cóctel más apetitoso, nunca he sido fiel admiradora de las burbujas. Capto inmediatamente la atención del barman, que enseguida se pone a cumplir mi demanda. El resultado es una bebida de color anaranjado en un vaso de cuello ancho, mucho hielo, pequeñas hojas de menta y una rodaja de naranja con cereza. Es una combinación arriesgada, pero a mí me encanta.

Cuando me dispongo a cogerlo, el joven me frena rozando sus dedos con los míos y entonces hunde una sombrilla diminuta de papel en el interior de mi vaso. Se me escapa una sonrisa.

—¿Y esto?

—Por ser la mujer más atractiva de la noche.

—No sabía que era una competición.

—No lo es. Ni siquiera hay competencia.

Le sostengo la mirada. Estoy acostumbrada a recibir este tipo de atenciones y piropos por parte de hombres y mujeres, no voy a fingir que causan un efecto en mí mayor que pura satisfacción y alimento para mi ego. Por eso no aparto la vista, lo que provoca que el chico se ponga nervioso.

—¡Estás aquí! —Maia aparece en el mismo momento en el que Bowen ya ha bajado del escenario y la música empieza a sonar a todo volumen—. ¿Qué tal la fiesta?

—Un discurso muy largo y la presencia insoportable de Ethan Adams, pero el alcohol sigue llegando, así que no todo es malo —resumo, esta vez levantando mi copa e invitando a mi agente a compartir el brindis.

—¿Ethan está aquí? —Maia se inclina sobre las puntas de sus pies y comienza a inspeccionar cada rincón de la sala sin ningún disimulo. Mi expresión de desconcierto y desaprobación habla por sí misma; ella se gira para mirarme y se encoge de hombros—. ¿Qué? Puede que sea un demonio, pero a mí me pone tan caliente como el infierno del que ha salido.

—¡Maia!

Me hubiera gustado arrancarme las orejas un poco antes para no haber oído eso. La chica es una bruta, nadie diría que ha estudiado en una de las mejores universidades del país.

Puedo admitir que Ethan es guapo físicamente, pero todo su atractivo se desvanece en el instante en el que abre la boca, a veces incluso antes.

—¿Has visto a su representante en la reunión? —pregunto.

—No ha venido; había un par de sitios vacíos. Lo cierto es que nadie sabe qué agencia lo dirige. A veces pienso que lo lleva todo él mismo.

Eso lo dudo mucho. Ethan Adams se dio a conocer hace relativamente poco en el universo de las redes sociales, sus cuentas de YouTube y TikTok apenas tienen un par de años de vida, pero en este tiempo ha logrado formar una comunidad amplia de fieles seguidores y los vídeos con sus estupideces no suelen dejar indiferente. Sé que no está demasiado interesado en la publicidad,

pero, aun así, cuando alcanzas cierto número y fama, resulta imposible llegar a todo lo que hay detrás.

Pero eso, como la mayor parte de su vida privada, sigue siendo un misterio. No es que me interese, ni mucho menos, pero digamos que a mi algoritmo le caigo peor que a la prensa rosa y ha decidido ignorar mis sucesivos «No me interesa» en sus vídeos para mostrarme un mayor número de ellos si cabe.

—¿Alguna pista de los grupos que han elegido para los viajes?

—No han soltado prenda, pero me han vuelto a asegurar que todo está bajo control, lo que significa que no vas a tener que preocuparte por Wyatt y Nicole.

Pero no solo debo preocuparme por ellos. Sé que, en esta historia, yo soy la villana y que todo el mundo se ha creído la misma versión.

Me lo he ganado a pulso. El rencor y el orgullo dañado vencieron mi cordura y autocontrol cuando no era el momento. Tengo lo que me merezco.

Eso no significa que esté de acuerdo.

—¿Te saco unas fotos? —pregunta Maia dando un sorbo a su bebida de color azul.

Asiento con la cabeza y agradezco que se adelante a mi petición. Al principio sacaba unas fotos horribles, pero me conmovió ver lo mucho que se esforzaba por tratar de adaptarse a los ángulos que siempre busco. Ahora saca unas decentes, algunas incluso son buenas.

Miro a la cámara del móvil mientras Maia pulsa el botón muchas veces. Analizo las capturas meticulosamente, todas desde el mismo enfoque y con mínimas diferencias, y selecciono la ganadora. Corrijo un poco la luz y el color y la subo a mis historias de Instagram junto al *hashtag* de la campaña y la mención a la marca.

Veo a los primeros valientes lanzarse a la pista de baile para moverse al ritmo de la música. Tiene demasiados decibelios, lo que hace que retumbe por todo el salón.

Maia, por supuesto, es una de ellas, pero yo no tengo intención de seguirla, así que aprovecho que tengo libre todo el espacio que quiero para hacer una foto de la enorme sala.

Doy unos pasos hacia atrás e inclino mi cuerpo con la intención de capturar las luces parpadeantes del techo que se mueven de un lado a otro, pero en mi camino tropiezo con algo... o más bien alguien.

Y su copa.

Pequeñas gotas me bañan los pies. Por suerte me aparto lo suficientemente rápido para evitar que rocen el vestido. Todavía estoy centrada en el daño que han podido sufrir mis tacones cuando distingo sus chanclas fosforitas.

—Controla esa copa.

—Y tú mira por dónde vas, flor, no vaya a ser que te caigas. —Esa voz grave y burlona. Esa. Maldita. Voz.

—Seguro que tú, como buen caballero que eres, evitarías esa tragedia.

—Sería mi intención más noble. —Muestra una sonrisa agria y forzada. Los dos tenemos que gritar para oírnos por encima de la música—. Pero es muy probable que llegase tarde, ¿no crees?

Se me escapa una risa seca y muevo la cabeza, que comienza a echar humo, de un lado al otro.

—¿Qué? ¿No tienes preparada ninguna respuesta afilada para mí, Dahlia? Yo que empezaba a sentirme especial.

Odio que me llame «flor», pero también que pronuncie mi nombre así. Lo hace de una manera extraña, alargando mucho la letra inicial y recreándose en la i, supongo que debido a su acento de Míchigan.

—Lo único especial aquí es que solo nos vemos cuatro veces al año.

—¿Solo? A mí me parecen más que suficientes.

Pongo los ojos en blanco, este chico tiene un comentario para absolutamente todo. Después de que él haya chocado conmigo, nuestras miradas siguen enfrentadas; ninguno de los dos está dispuesto a ceder.

Quiero deshacerme del sentimiento incómodo que me provoca, como si tuviera una piedra en el zapato que se hace notar a cada paso que doy. Ethan hace eso, el espacio nunca es lo bastante grande para no sentirme afectada por su presencia. Hace que me hierva la sangre.

Pero él sigue plantado delante de mí, sin moverse y analizándome con precisión. Tiene su atención puesta en mis labios ligeramente separados. Quiero decir algo que le borre esa sonrisa socarrona. No lo soporto.

Si él no quiere moverse, yo tampoco voy a hacerlo.

—¿Tengo monos en la cara o qué? —suelto finalmente.

He tenido que gritar e inclinarme un poco en su dirección para que pueda oírme.

Él niega en silencio y, en un gesto que no veo venir, da un paso adelante acortando el espacio entre nosotros y ladea la cabeza.

—Deberías sonreír más si no quieres que la gente piense que has cogido una rabieta —dice contra mi oído. Sus dedos rozan mi piel cuando apartan un mechón de mi flequillo y lo colocan detrás de la oreja.

El gesto me pilla desprevenida, pero no me aparto.

«¿A qué viene esto?».

—¿Te has dado un golpe en la cabeza?

—¿Siempre llevas los labios rojos?

Definitivamente se ha golpeado la cabeza y ha quedado más tonto que antes, que no es decir poco.

—Si te gusta el color, te lo presto —respondo y, a continuación, hago algo muy impropio de mí: le planto un beso sonoro en la barbilla.

Él no reacciona a tiempo y mi carmín deja la marca de mis labios sobre su piel, que es más suave de lo que imaginaba.

Esto es muy poco profesional, pero este chico siempre consigue sacarme de mis casillas. Tan solo necesita una pequeña chispa para hacer arder la mecha.

—¿Qué demonios haces?

—Es que creo que el rojo verdaderamente es tu color. —Lo veo tratando de borrar los restos de pintalabios de su mentón, pero solo lo emborrona y extiende más—. Buena suerte, es de larga duración.

—¿Te has aficionado a ir besando a todo el mundo por ahí o llevabas tiempo aguantándote las ganas?

—Ahora mismo estoy aguantando las ganas de vomitar.

Entonces hace algo que me descoloca: sonríe. Desvía su atención de mí por primera vez y gira la cabeza para encontrarse con uno de los fotógrafos contratados cerca de nosotros. Con solo levantar el brazo, hace que se acerque.

—Ella es una de las estrellas de la noche, así que aprovechad para sacarle fotos, no vaya a ser que desaparezca otros dos meses.

«Será estúpido».

—Y tú, flor —vuelve a clavar su mirada en mí—, enséñales tu mejor sonrisa.

No sé qué demonios significa eso, pero, antes de que pueda reaccionar, me da la espalda y se marcha. Yo me quedo plantada en mi sitio, confusa y siguiéndolo con la mirada hasta que finalmente lo

pierdo de vista. Aunque ya no puedo verlo, sé que sigue con esa maldita sonrisa de superioridad dibujada en la cara.

Por lo menos, no ha salido impune.

A su favor diré que se mantiene alejado de mí lo que queda de noche, o por lo menos nuestros caminos no vuelven a cruzarse. Dos veces en un par de horas han sido más que suficientes.

Me giro y presto toda mi atención al fotógrafo que espera paciente y también a sus compañeros, que poco a poco me van abordando durante el resto de la velada. Muy a mi pesar, sonrío, aunque no me gusta sentir que estoy haciéndole caso a Ethan, y consigo deshacerme de esa sensación de desequilibrio que este provoca en mí. Incluso logro sacármelo a él y sus comportamientos extraños por completo de la mente.

Pienso que lo que empieza bien tal vez puede terminar bien, al fin y al cabo.

Por supuesto, estoy equivocada.

Es al día siguiente, viendo las fotos colgadas en la página web y compartidas en redes sociales, cuando me doy cuenta del motivo de la sonrisa socarrona de Ethan y de su comentario de despedida.

Desde luego al cabrón no le gustaba mi sonrisa; sus cinco años mentales hicieron que solo quisiera que todo el mundo disfrutara viendo de cerca la hoja de menta que tuve pegada entre los dientes toda la noche.

Capítulo 5

Ethan

Zhou Bowen lo apuesta todo a su nuevo proyecto, Travelator… ¡Y ESTE EMPIEZA POR TODO LO ALTO! LA FIESTA DE INAUGURACIÓN DE LA CAMPAÑA NOS DEJA GRANDES MOMENTOS Y FOTOS IMPRESIONANTES DE SUS PROTAGONISTAS, QUE SIN DUDA DARÁN MUCHO QUE HABLAR EN ESTAS SEIS SEMANA SLLENAS DE VIAJES Y CONTENIDO. ¿A QUIÉN TENÉIS MÁS GANAS DE SEGUIR? DAHLIA HARRIS, COMO SIEMPRE, ES UNA DE LAS FAVORITAS, LA HEMOS ECHADO MUCHO DE MENOS EN ESTE TIEMPO… POR OTRO LADO, ETHAN ADAMS ES DE NUESTROS BLOGUEROS MÁS QUERIDOS, NOS LO VAMOS A PASAR EN GRANDE.

>>Pulsa aquí para ver las fotos

Después de un discurso, tres copas de vino, incontables canciones en la pista de baile y un número aún mayor de conversaciones durante cuatro largas horas, por fin llego al hotel.

Estoy agotado y necesito recargar fuerzas para el viaje que comienza mañana. Seis semanas, muchos países distintos, todo

planeado, cubierto al completo y... totalmente sorpresa. Ese es el sueño.

Pasadas las dos de la madrugada, el pasillo y todo el hotel en el que me alojo están en completo silencio. Uso la tarjeta para abrir la pesada puerta de madera oscura y entro en la habitación que han reservado para mí esta noche.

Mi móvil comienza a vibrar en el bolsillo trasero de mis pantalones. Sé quién es incluso antes de descolgar y, por supuesto, es una videollamada.

—¿Cómo ha ido? —oigo la voz entrecortada de mi mejor amigo al otro lado del teléfono; al otro lado del país.

—Definitivamente podría haber sido peor —respondo con una sonrisa.

Dejo el móvil apoyado en una de las mesitas de noche para poder seguir viendo la pantalla mientras comienzo a desvestirme. Veo a Andrew sentado en la silla con las piernas flexionadas y los brazos apoyados a ambos lados. Lleva puesta una camiseta de manga corta blanca algo desteñida con unos pantalones de chándal negros y su pelo oscuro y rizado está alborotado, lo que me indica que, como la mayoría de los días, no ha salido de casa.

—He seguido el evento por redes. El sitio era muy chulo.

—Sí, y la comida estaba rica y había barra libre. No puedo quejarme.

—Han publicado la lista de todos los *influencers* que han asistido. —Un instante después, me manda el *link*, aunque sabe que no voy a molestarme en abrirlo—. No te han escogido entre los mejor vestidos, aunque, viendo lo que llevas puesto, entiendo el porqué... ¿Una camisa hawaiana?, ¿en serio, tío?

—He aterrizado en Nueva York dos horas antes del evento, no me juzgues.

Por primera vez, no es una excusa barata. Mi vuelo desde Colorado se ha retrasado a causa de una avería, por lo que me he quedado sin tiempo de buscar algo de ropa elegante para la fiesta.

Aunque, a quién voy a engañar, odio los trajes; probablemente habría optado por lo mismo. La temática eran los viajes paradisíacos. ¿Qué hay más paradisíaco que Hawái?

—¿Eso que tienes en la cara es pintalabios?

Por supuesto que se ha dado cuenta.

Se inclina sobre la silla, levanta las cejas y me mira expectante. No va a dejarlo estar. Resoplo, resignado.

—Dahlia Harris —respondo a regañadientes. Desvío la mirada de la pantalla para no ver su reacción, pero la oigo. Andrew suelta un grito ahogado—. No te emociones: claro que no es lo que piensas.

¿El colmo de mi enemistad con Dahlia Harris? Que mi mejor amigo la adora.

—Estaba deseando sacar el tema, agradezco que lo hayas hecho tú. —Ojalá no hubiera tenido que darle el gusto—. ¿Has hablado con ella?

—La parte más memorable de la noche —contesto con sarcasmo —. Tan amable como siempre y con un aliento fresco, como mentolado.

Le hablo de nuestros dos encontronazos, cómo ella ha chocado conmigo, haciendo que derramase mi copa recién servida, sus miradas de superioridad y la forma en la que me ha devuelto el golpe, no con palabras afiladas, sino con un beso del que todavía queda rastro en mi piel.

Por lo menos, yo también he podido devolvérsela. No ha sido fácil resistirme a no hacer ningún comentario sobre la hoja de menta que tenía incrustada entre sus dientes blancos, brillantes y perfectamente alineados, rompiendo esa armonía; era difícil no

fijarse. Pero sabía que mi esfuerzo valdría la pena, ya estoy disfrutando al imaginarme su cara cuando se dé cuenta de la gran cantidad de fotos «perdidas» por no lucir todo lo perfecta que ella se cree siempre. Enarco las cejas solo de pensar en ello.

—Te ha dado un besito. —Andrew se burla. Y lo disfruta.

—No vuelvo a contarte nada.

Cojo el móvil del sitio en donde estaba colocado y me dirijo al otro extremo de la habitación, hacia el baño.

A diferencia de la mayoría de la gente, me gustan las habitaciones de hotel sencillas, con una cama cómoda y un baño solo con lo esencial. Lo mínimo para entretenerte lo menos posible e irte. No deberías recordar un hotel por encima del lugar que visitas.

No somos demasiados los que nos alojamos en las habitaciones de este hotel que Travelator ha reservado para nosotros. La mayoría de los *influencers* ya viven en Nueva York por las mayores oportunidades laborales que ofrece, y somos pocos los que preferimos movernos a la gran ciudad solo cuando es realmente necesario, durante un par de días como mucho.

No lo hago solo por su tamaño. Nueva York es muy distinta a Holland, el pequeño pueblo que me vio crecer, perdido en algún punto del norte de Míchigan, bañado por un gran lago y que, según las guías turísticas, puedes visitar en medio día. Aunque ambos lugares tienen los inviernos más fríos que yo he vivido jamás.

Creo que no sería capaz de quedarme en ninguna de ellas (ni en ningún sitio, en realidad) durante mucho tiempo.

Y es que, joder, el mundo ahí fuera es enorme, ¿por qué conformarse con vivir en un solo lugar el resto de tu vida? Yo quiero verlo todo.

Por esa razón, desde el momento en que llegó el correo a mi bandeja de entrada con esta oportunidad, supe que iba a aceptar la

propuesta.

Andrew me dijo que esperásemos al menos media hora para contestar y no parecer desesperados, pero tardamos poco tiempo en escribir la respuesta y la enviamos veintiocho minutos después de recibir el mensaje.

Además, nos daban absoluta libertad para crear nuestro contenido y el contrato no era exclusivo, lo que significaba que podría seguir grabando la experiencia para mis redes sociales personales y cumplir con el reto que tenía entre manos.

Tengo que ganar el premio de creador revelación del concurso que organizan las plataformas más influyentes del panorama internacional. Pero no solo mi contenido tiene que ser escogido como ganador. Para poder ser candidato, necesito contar con un número de seis ceros de seguidores: la barrera del millón. Ese mismo valor tiene el premio.

Estoy muy cerca y un viaje sin fechas y sin rumbo fijo es justo lo que necesito.

Busco un sitio en el baño donde posar el teléfono; acabo optando por el lavabo y levanto la tapa del váter.

—¿Algo interesante sobre ella y Wyatt? —insiste con el tema.

—Los dos estaban en la fiesta —digo simplemente, consciente de que estoy consiguiendo exasperar a mi amigo.

A él le gusta llevarme por terrenos pantanosos y hacerme preguntas incómodas que ni me van ni me vienen. A mí me gusta hacerme el loco en la mayoría de los casos para salirme con la mía. Así funciona nuestra relación.

—¿Por qué tanto interés por ella? —pregunto.

—Me gusta la chica, está más buena que el pan. Y, al fin y al cabo, vais a hacer esta colaboración juntos.

Juntos no es exactamente la palabra. Más bien significa que hemos compartido durante unas horas un espacio no lo suficientemente grande para los dos con otros veinte *influencers* antes de que cada uno coja un vuelo hacia una parte distinta del planeta. La agencia nos divide en grupos y la aplicación escoge al azar nuestros destinos.

Eso es lo que pasará, ella y yo manteniéndonos bien lejos durante las próximas seis semanas, como debe ser.

—Perdóname por sentir curiosidad por la chica que siempre te saca de tus casillas desde que la conoces.

Tiene razón, lo nuestro fue odio a primera vista. Ella, con su comportamiento ególatra, aspecto perfecto y un palo metido en el culo. Yo, con mis comentarios absurdos para combatir los nervios. No resultó una buena combinación. Continúa sin serlo.

—Gracias por recordármelo, sigo tratando de olvidarlo.

—Esa chica es difícil de olvidar y más con todos estos titulares.

—Es una buscaproblemas.

—¿Eso crees?

—Es una niña mimada y estirada que siempre tiene la necesidad de llamar la atención y demostrar que es superior a los demás.

—Es una descripción muy gráfica.

—Me sorprende que hayan contactado con ella para la campaña, y todavía más que no hayan rescindido el contrato con todo lo que ha pasado.

—¿No crees que es exactamente lo que quieren? Ella es una mina de oro que acaparará toda la atención.

—No en el buen sentido.

—En el bueno o en el malo, es lo que buscan. Todo el mundo va a estar pendiente de Dahlia Harris.

—Me compadezco de las pobres almas que tengan que viajar con ella estas semanas.

Me lavo los dientes, consigo borrar los rastros de carmín que todavía quedaban en mi mentón y vuelvo al dormitorio.

En ese tiempo, se instaura un silencio que es solo eso. Los silencios entre nosotros no tienen más significado que la falta de ruido; no hay tensión, incomodidad ni fragilidad. Solo nosotros respirando juntos, estando juntos a pesar de no estarlo.

Andrew es mi mejor amigo, mi hermano postizo y mi mayor debilidad. Formamos parte de la vida del otro desde que nací, un par de días después que su hermana pequeña, y nos llevaron juntos a casa. Siempre fueron nuestros vecinos de enfrente, pero tras ese momento, se convirtieron en nuestra familia.

Desde que tengo uso de razón, he querido ser como él. Lo perseguía por todo el pueblo buscando siempre aprobación por su parte. Él dejaba que lo siguiera y me cuidaba. Siempre está cuidándome. Aún lo hace ahora.

Estoy tumbado sobre la cama, mirando al techo y sosteniendo el móvil por encima de mi cabeza con un brazo. Estoy agotado y empiezan a cerrárseme los ojos, pero no quiero ser yo el que cuelgue. No cuando sigue habiendo una cosa que quiero preguntarle. Abro la boca para hablar, pero él se me adelanta.

—Seis semanas, eso es mucho tiempo.

—Hemos pasado períodos más largos sin vernos —le digo para reconfortarlo, pero ya sé por dónde va la cosa—. ¿Todos por allí están bien?

—Sí, todo sigue como siempre. Tu padre, hasta arriba de trabajo, nuestras madres liderando el club de lectura, y nuestra querida hermana —me gusta que hable de Taylor, su hermana, como

«nuestra»; hasta ese punto somos familia, una extensión el uno del otro— está ayudando a Ted en el bar estos días.

Para de hablar por unos segundos, como si estuviera pensando qué más decir... o si decir más. Finalmente lo hace.

—Abby también está bien, está enorme... Deberías llamarla.

«Debería hacer muchas cosas», pienso, pero no lo digo en voz alta. Aún no se ha agotado mi tiempo.

Andrew es quien vuelve a hablar y, para mi sorpresa, cambia de tema.

—Mañana es un gran día, sería mejor que descansaras. ¿Lo tienes todo preparado?

—¿Cuándo he preparado yo mi equipaje el día anterior? Lo mío es ir al límite.

—Ya, bueno, tú eres el loco de los dos —dice, pero ambos sabemos que eso es mentira—. No pierdas el vuelo.

—Claro que no, mamá. Prometo portarme bien y llamarte todas las noches.

—Vete a la mierda, capullo. Te quiero.

—Y yo a ti.

Él cuelga primero y yo me quedo embobado mirando la pantalla que ahora se ha vuelto negra. Mis conversaciones con Andrew siempre me despiertan sentimientos encontrados. Es una de las personas más importantes de mi vida, de la que nunca tengo suficiente; por eso muchas veces me gustaría volver al principio, a aquel contacto 24/7 a pesar de estar lejos, pero, inevitablemente, un aparato de por medio siempre va a significar distancia.

Cada uno está en un lugar... y yo a veces siento que no estoy en el correcto.

Desbloqueo el móvil para compartir uno de los vídeos que he grabado en la fiesta y que he olvidado subir; no es de muy buena

calidad, mi pulso no es firme y mucha gente se cruza, bloqueando la vista principal con el logo de la marca, pero a mí me gusta; no se ve forzado.

También publico algunas fotos en Instagram, a pesar de ser más de las tres de la madrugada. Como viajo tanto, los husos horarios para mí no existen. No es mi red social favorita, pero tiene mucho peso, así que Andrew siempre me dice que debo mantenerme activo; además, atrae muchas oportunidades.

Lo último que hago es activar la alarma para mañana temprano; programo cinco avisos, sabiendo que ignoraré los cuatro primeros.

Entonces cierro los ojos y, no sé por qué, en lo último que pienso antes de dormirme es en las palabras de Andrew diciéndome que no llegue tarde ni pierda el avión.

Una de esas cosas termina ocurriendo y, la otra, hubiera deseado que también.

Capítulo 6

Dahlia

Mi despertador suena a las siete de la mañana. A pesar de no tener que presentarme en el aeropuerto hasta dentro de tres horas, me gustan demasiado las rutinas como para desactivar la alarma cuando llegué anoche de la fiesta.

Llevar despierta más de una hora no ha hecho que me desprenda de las sábanas. Mis ojos siguen clavados en un punto más allá de los enormes ventanales de la habitación de hotel con vistas a la ciudad de Nueva York.

Maia continúa durmiendo a mi lado ajena a la claridad que ahora baña la estancia, protegida por su antifaz rosa, o más bien el mío. Anoche el taxi nos dejó en la puerta de mi hotel, pagué yo y le pedí que se bajara conmigo; su apartamento está lejos de aquí y no me convencía la idea de que fuera ella sola.

Maia ha sido mi única agente desde que empecé mi carrera y, a estas alturas, nuestra relación va más allá de lo profesional; no creo que la gente famosa, de manera habitual, deje que sus agentes duerman en sus camas.

Muchas veces he considerado a Maia como una amiga. Es atenta conmigo, se preocupa por mi imagen y mi reputación, lleva todas las cuentas, actualiza mi calendario y sabe cómo me gusta el café y cuáles son mis dulces favoritos para acompañarlo, aunque en

ocasiones tenga que dármelos sin que mi entrenador personal se entere.

Lógicamente le pago por hacer todas esas cosas, lo que supongo que sí hace nuestra relación estrictamente profesional.

¿Qué clase de persona paga a alguien por ser su amiga? Exacto.

Sigo en la misma posición cuando el reloj marca las siete y media y es la alarma de Maia la que suena esta vez. Tarda bastante en desperezarse y me mira con cara de desconcierto, como si se preguntara qué hace aquí... y claramente con resaca.

—¿Por qué no estás vestida?

Desvío la mirada hacia las maletas que preparamos ayer, cada una más grande que la anterior, que siguen listas y cerradas.

—¿Cuánto me costaría ahora bajarme del barco?

—¿Qué barco? —Se frota los ojos, el antifaz está en este momento sobre su cabeza como si fuera una diadema—. Dahlia, acabo de despertarme y creo que todavía estoy un poco borracha. Por favor, nada de metáforas.

—¿Cuánto tendría que pagarles para no presentarme en una hora en el aeropuerto y que no hubiera consecuencias?

Maia por fin se endereza; está tensa y sigue mirándome fijamente con sus ojos oscuros y almendrados.

—No podrías pagarles, Dahlia. Para ellos no se trata de dinero, tienes un contrato vinculante.

—Quiero pasar inadvertida un tiempo y no aparecer cada día impar en una revista de cotilleos. Esto es literalmente lo último que debería hacer.

—Esto es exactamente lo que debes hacer. ¿Qué tienes aquí para quedarte?

Su pregunta me pilla desprevenida, me revuelvo en mi sitio y arrugo con fuerza un puñado de sábanas.

—Estabilidad y discreción —digo, de forma poco convincente.

—Dahlia, tienes a más de diez fotógrafos esperando en el vestíbulo del hotel. Has desaparecido dos meses, no quieren volver a perderte de vista.

Odio que me ponga los pies en el suelo y me diga que, debido a lo que inicié hace dos meses, no tengo escapatoria, no de esto.

Me dejo caer sobre el colchón hundiendo la cabeza de lleno en la almohada. Tengo ganas de gritar.

Maia sigue hablando.

—En este viaje todo es sorpresa, lo que significa que tú no sabes cuál será tu próximo destino, pero ellos tampoco. Esta sí es la oportunidad perfecta para escapar. No como la cagada de esconderse durante dos meses.

—Vas a recordármelo toda la vida, ¿verdad?

—Puede ser. A lo mejor te pido un aumento.

—Te odio.

—Me adoras y soy la mejor agente de la historia. Ahora vete y sube a ese avión.



Estoy lista en tiempo récord y, aunque no he podido llevarme nada al estómago ni tomar mi muy necesario café matutino, consigo meterme en el Uber que Maia ha reservado y voy de camino al aeropuerto.

El tráfico no acompaña mi propósito de llegar a tiempo y, como he dicho, detesto la impuntualidad. Acabo agradeciendo al conductor su temeridad al haber sobrepasado el límite de velocidad el ochenta por

ciento del trayecto y haber conseguido dejarme en la puerta principal cuatro minutos antes de que el reloj marque las diez.

Cuando bajo del coche, inmediatamente veo a un hombre, que viste un traje impoluto y gafas negras, con un cartel con mi nombre. Él se percata de mi presencia unos segundos después y me ayuda con el equipaje.

Gran parte del grupo que conocí ayer está aquí. No veo por ninguna parte a Wyatt ni a Nicole, así que mi humor mejora un poco.

Zhou, el creador de Travelator, está en el centro del semicírculo.

—Solo he venido a despedirme y a desearos una buena experiencia. A partir de aquí, todo lo relacionado con los vuelos, los hoteles y las actividades lo llevaréis a través de la aplicación que ya deberíais tener descargada en vuestros teléfonos. —Maia se ha encargado de eso—. Ahora, el equipo os va a entregar los billetes y la información aparecerá en unos minutos en vuestro perfil. No os preocupéis, todo está planeado, así que, cuando aterricéis, solo os toca disfrutar. Gracias otra vez por formar parte de esto y buen viaje.

Y con esas últimas palabras se va acompañado de sus guardaespaldas.

El mismo hombre trajeado que hace unos minutos se ha encargado de mis maletas me entrega una carpeta con mi nombre en letras grandes y mayúsculas. Dentro de esta, algunos folios con los términos y condiciones de la colaboración, la información del seguro médico, el número de mi vuelo y la hora de embarque, pero no el destino.

Tendré que descubrir cuál es en el enorme panel de salidas programadas.

Al entrar en el vestíbulo, muchos seguidores nos reciben pidiendo fotos y autógrafos. Mi atención es una de las más solicitadas y tardo más de media hora en recorrer los pocos metros que me separan de la sala vip del aeropuerto, que está mucho menos concurrida y libre de miradas curiosas e indiscretas.

Veo a Destiny esperando a unos cuantos metros delante y decido acercarme a ella, dado que a partir de este momento seremos compañeras. Es la opción más lógica, tenemos una buena relación y nuestros perfiles son parecidos. No sé quiénes más formarán parte de nuestro grupo, pero con ella me siento cómoda.

—¿Ya conoces tu destino? —le pregunto mientras veo cómo se pelea con los papeles de su carpeta.

—Todavía no, y veo que tú tampoco. ¿Lo descubrimos juntas?

Y eso hacemos. Espero paciente a que encuentre el número de su vuelo. Cuando lo tiene, levanta la cabeza para buscarlo en la pantalla, pero mis ojos están clavados en ese código de números y letras que no me resulta familiar.

«Espera».

—¡Me voy a Cancún! —grita emocionada.

—Me voy a Miami —digo yo, en un tono mucho más bajo (y desilusionado).

—¡Qué suerte! Nunca he estado allí. —Yo, por el contrario, he visitado la ciudad tres veces—. ¿Sabes? Creí que seríamos pareja —«Ya somos dos», pienso—, pero supongo que esa es la gracia de todo esto, ¿no?

A mí, ahora mismo, no me está haciendo ninguna gracia.

De repente, estoy nerviosa. Las posibilidades de que me toque con alguien con quien tenga que fingir complicidad se han multiplicado por diez.

Me despido de Destiny y me giro sin mirar atrás, alejándome del resto de las personas que ya se han dividido en los grupos establecidos.

Arrastro mi maleta de mano sobre dos ruedas, llevo el bolso colgado del hombro, mis AirPods hacen sonar un episodio de mis pódcast favoritos y consigo un café extragrande recién hecho para calmar un poco mi humor. Comienzo a andar hacia la otra punta de la terminal sin consultar aún la puerta de embarque exacta.

No pasa mucho tiempo hasta que me bebo todo el café y la taza de cartón en mi mano se vuelve templada. Me paro justo frente a un inmenso panel negro de líneas cambiantes con la información en letras amarillas. Nombres de destinos y horarios que desaparecen cada pocos minutos para dar lugar al resto de ellos; el número de aviones que se cruzan en un espacio de tiempo tan reducido nunca dejará de sorprenderme.

Aunque los aviones son lo último en lo que quiero pensar ahora mismo.

El embarque de mi vuelo se abre en veinte minutos, estoy a tan solo unos metros de la puerta correcta y no parece que haya ningún retraso.

Muchos de los pasajeros se aglomeran en la entrada de la puerta con la intención de poder subir los primeros. Yo no me preocupo por ello: en la información de mi billete señala que tengo pase preferente, lo que significa que podré saltarme la cola. Viajamos en primera clase.

Digo «viajamos», aunque en realidad no sé a cuántos de nosotros me estoy refiriendo; de momento no veo ninguna cara vagamente conocida.

El hecho de que Wyatt y Nicole no hayan aparecido aún, al igual que mis futuros compañeros, hace que el miedo a un posible

encontronazo se instaure de pronto en mi cabeza. ¿Habrán hecho caso omiso de mi petición queriendo jugar con el morbo?

Para cuando me doy cuenta, ya han pasado los veinte minutos y están llamando para embarcar. Nadie ha aparecido.

¿Y si han optado por diseñar un viaje individual para mí? Sin duda, yo soy quien más condiciones ha puesto y la que más compromisos tiene que cumplir sí o sí en estas semanas. No puedes decir que no a desfilar en una de las colecciones de alta costura más importantes en la Semana de la Moda de París.

Pero era demasiado pedir.

Ya casi han embarcado todos los pasajeros de primera clase, yo soy una de las últimas que entrega su billete y se dispone a cruzar la pasarela cuando los gritos de una voz familiar llaman mi atención y hacen que me gire.

Llega tarde, por supuesto; viene corriendo a toda velocidad, haciendo que el resto de los pasajeros que caminan a su alrededor tengan que apartarse si no quieren ser arrollados por él y su voluminosa mochila. Su pelo está alborotado y tiene la sudadera del revés con una enorme mancha oscura justo en el centro.

«No. *Nonono*. Esto no puede estar pasando».

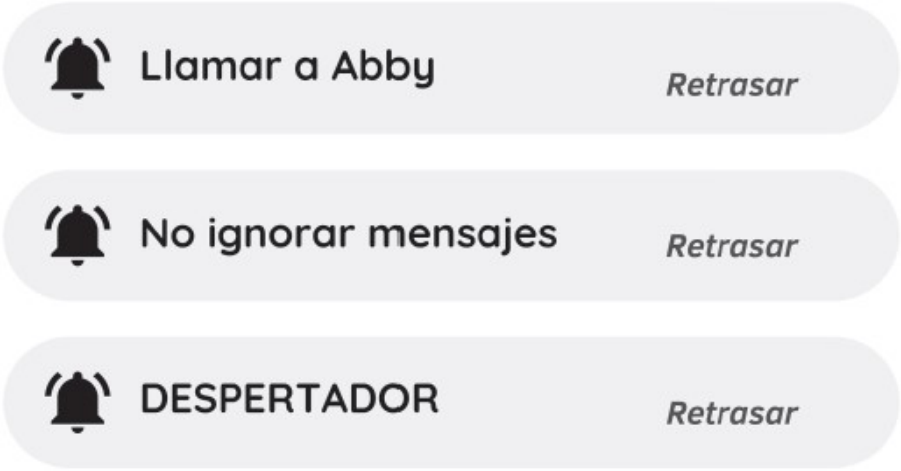
Capítulo 7

Ethan

—Tienes que estar vacilándome.

Capítulo 8

Ethan



Me he quedado dormido. Abro los ojos a la misma hora a la que tenía que estar en el aeropuerto averiguando mi destino, tras haber ignorado las cinco alarmas. Cojo toda la ropa que está esparcida por la habitación y la meto a presión en mi mochila al tiempo que salgo por la puerta a toda prisa.

Agradezco haber guardado un café frío preparado que compré ayer en el supermercado. Eso, al menos, antes de derramarlo encima de mi sudadera.

Digamos que ha sido una mañana dura, pero todo el estrés terminará cuando me siente en una de las plazas del avión rumbo a Miami. El destino ha aparecido en la aplicación de Travelator como

por arte de magia, ahora solo necesito que también lo haga la puerta de embarque.

No tengo tiempo de comprobar los enormes paneles; una vez más, llego tarde, y siempre gasto demasiado tiempo en localizar los vuelos, así que me guío por mi instinto y, a medida que corro todo lo que mis piernas me permiten cargando a los hombros mi enorme mochila, voy fijándome en aquellas puertas en las que se concentra un mayor número de gente.

Estoy corriendo de una punta a otra de la terminal, ¿a quién se le ocurre hacer estos sitios tan insufriblemente largos?

Me encanta viajar, pero odio los aeropuertos. Los espacios muertos, los tiempos de espera, los retrasos, los controles y los cambios de hora. Pero todo eso es compensado por el sonido del motor al coger velocidad mientras el avión surca el cielo y cuando aterriza con un pequeño bote al final de la pista.

Pensar en ello ya me ha puesto de buen humor y una sonrisa aparece en mi cara cuando veo a lo lejos una puerta con el destino «Miami, FL» escrito en mayúsculas. Estoy sin aliento, pero no me detengo y, en tan solo un par de metros, llego por fin a la puerta.

No sé a quién voy a encontrarme aquí o si ya han subido al avión, solo espero que el grupo...

Me paro en seco.

No hay grupo.

Solo hay una persona.

«No. *Nonono*. Esto no puede estar pasando».

—Tienes que estar vacilándome.

Estoy en medio del pasillo obstaculizando el paso, lo que hace que me lleve varios empujones de personas que quieren seguir su camino, pero yo no puedo moverme, ni reaccionar, ni pensar en otra cosa que no sea que tengo a Dahlia Harris delante de mis narices a

punto de entrar por la pasarela de acceso, con el mismo destino que yo.

Y que la chica tiene cara de pocos amigos.

—Dime que te has vuelto a equivocar de puerta.

—Ojalá.

Saco el móvil para consultar la aplicación como si la misma magia que antes ha hecho aparecer el destino en mi teléfono pudiera ahora cambiarlo. No hay suerte.

—¿Y esta tiene que ser la única vez que llegas a tiempo a algo?

—Créeme, yo también hubiera preferido llegar tarde.

Seguimos manteniendo el contacto visual. Dahlia aprieta tanto la mandíbula que sus pómulos se ensanchan y yo me replanteo seriamente dar media vuelta y fingir que verdaderamente he perdido el vuelo.

Sé que ella, por primera vez, accedería a ser mi cómplice.

—Perdone, caballero, ¿va a embarcar? —Una chica joven vestida de uniforme se dirige a mí. Se muestra paciente detrás del mostrador, con las manos entrelazadas, y me dedica una sonrisa amable—. Estamos cerrando el embarque de los pasajeros de primera clase.

Me adelanto unos pasos, consciente de que estoy saltándome la cola que se ha formado a un lado de la puerta, pero la gente no parece molesta, más bien nos mira curiosa. Tengo que pelearme con todo el contenido que he metido a presión en mi mochila para encontrar el pasaporte y la carpeta que me ha entregado al vuelo uno de los hombres trajeados de la entrada. ¿Quién entrega carpetas en estos tiempos?

Cuando por fin lo consigo, la azafata tarda tan solo unos segundos en pasarlos por el escáner y comprobar la información, manteniendo la sonrisa en la cara.

—Que disfrute del viaje y del destino, caballero.

—Gracias, igualmente. —Me muerdo la lengua, pero no lo suficientemente rápido para impedir que las palabras se escapen de mi boca.

«¿"Igualmente"? Que la mujer está trabajando, por Dios».

Para mi sorpresa, Dahlia todavía no se ha movido de su posición y me examina de arriba abajo.

No puedo leerle la mente, pero sé que sus pensamientos son ahora muy parecidos a los míos y ninguno de los dos está contento.

Varias de las chicas con uniforme se quedan mirándonos, atentas a nuestros movimientos. Me doy cuenta de que saben quiénes somos.

—¿Viajan juntos?

—NO —decimos los dos al unísono.



Sigo el paso de Dahlia por la pasarela de acceso, que camina a un ritmo frenético hacia la puerta del avión.

—¿«Igualmente»? —dice en un tono de voz grave que creo que intenta imitar el mío.

Pongo los ojos en blanco. Por supuesto que se ha dado cuenta.

—Se me ha escapado, ¿vale? Solo intentaba ser amable.

—Tranquilo, no siempre sale a la primera.

—Mírate a ti, años intentándolo y sin resultados.

—¿Quién te dice que estoy intentándolo?

Touché.

Resopla mientras trastabilla arrastrando su maleta de mano y de su hombro cuelga un bolso enorme. Está claramente de mal humor.

—¿Qué pasa, flor? ¿No te han gustado las fotos de ayer? —digo, a pesar de la tensión en el ambiente. Puede que no sea lo más inteligente, pero no puedo resistirme.

Observo cómo aprieta los dientes mientras me dirige una (otra, más bien) mirada de pocos amigos.

—¿Cuántos minutos al día puedes aguantar sin comportarte como un niño de cinco años?

—Te sorprendería.

No tardamos en darnos cuenta de que viajar juntos significa precisamente eso, viajar juntos. Al lado.

Y ahí están los dos asientos reservados para nosotros en una de las primeras filas. Se supone que tienes que pagar por elegir asiento, yo en este momento estaría dispuesto a devolver todo el dinero que hiciera falta. ¿Dónde hay una pareja con niños pequeños dispuesta a pedirte un cambio de asiento cuando la necesitas?

—¿No se puede cambiar de asiento? —pregunta Dahlia.

La azafata niega con la cabeza.

—Lo siento, señorita; el avión va lleno.

Y encima es a ella a quien le toca la ventanilla.

Capítulo 9

Ethan

El vuelo de Nueva York a Miami dura tres horas y diez minutos, pero a mí me parecen días enteros. Mi reloj no parece ser el único que se ha parado (he olvidado cambiarle la pila —desde hace dos semanas —, pero sigo llevándolo por costumbre, igual que mis múltiples pulseras), sino que el tiempo también ha decidido congelarse mientras volamos.

Dahlia permanece callada todo el trayecto. Me sorprende que no me recuerde lo molesta que le resulta mi mera presencia, como siempre le gusta hacer; pero no seré yo quien se queje, y mucho menos el que abra la boca. Estamos batiendo una especie de récord al ser capaces de ignorarnos el uno al otro durante tanto rato.

Yo, por lo menos, lo estoy intentando.

Es difícil cuando la chica cambia de posición cada cinco minutos, se levanta para recorrer el pasillo e ir al baño dos veces (creo que es una excusa para no estar sentada junto a mí) y revuelve su bolso para sacar una cosa nueva cada vez. En serio, parece el bolsillo secreto de Doraemon. Y, además, desprende un fuerte olor a jazmín que me envuelve durante todo el vuelo, recordándome que se encuentra a mi lado.

Agradezco pisar tierra firme y montarnos en el vehículo que han reservado para llevarnos al hotel, aunque la distancia entre ambos sigue siendo insuficiente para mi gusto. Vamos en los asientos

traseros, cada uno pegado a su lado de la puerta y con la mirada puesta en cualquier cosa que no sea el otro.

Mi móvil se ha quedado sin batería, porque olvidé cargarlo anoche, y el aburrimiento me está matando casi tanto como este silencio pesado. Sé que dije que me siento cómodo en los silencios con Andrew porque son solo eso. Pero, si no son con él, esta falta de sonido solo acentúa la estampida de pensamientos que se forman en mi cabeza y logran desestabilizarme.

—Deberías aprovechar el tiempo de Miami y tomar un poco el sol. Estás blanca, flor —suelto, sin poder aguantar más el silencio. Admito que también lo hago porque sé lo mucho que le molestan mis comentarios, así que meterme con ella es una especie de entretenimiento. Aunque, en realidad, sí está un poco pálida.

—Oírte me da dolor de cabeza.

Y así acaba la conversación para volver al incómodo silencio.

Cuando por fin llegamos al hotel, no esperaba que fuera un edificio con una altura desde la que estoy seguro de que se puede ver cualquier punto de la ciudad. Se trata de uno de los hoteles más grandes y lujosos del mundo.

Nos reciben como si fuéramos dos estrellas de Hollywood, aunque supongo que acoger a Dahlia Harris en una de tus habitaciones se siente como algo parecido. De hecho, solo la están mirando a ella, aunque ni siquiera se ha quitado las gafas de sol y mira distraída un punto lejano más allá del vestíbulo. No creo ni que esté escuchando nada de lo que le dicen.

El señor que nos recibe, que lleva un traje que parece costar más que todo lo que tengo ahorrado en el banco, nos habla de los diecinueve restaurantes, veinte bares, centro comercial interior, gimnasio, casino, tres piscinas... Y ahí pierdo la cuenta. Mi cabeza trata de procesar todo lo que mis ojos están viendo a medida que

avanzamos por los pasillos. Hay más cosas aquí dentro de las que podría encontrar fuera en la ciudad.

Nos señala cuáles son nuestras habitaciones, dos suites en una de las últimas plantas, nos da las llaves y nos deja solos. Ambos recorremos el pasillo a toda velocidad, deseando por fin poner distancia entre nosotros, aunque solo sea con una pared.

Ni siquiera ha terminado de cerrarse la puerta de la habitación cuando me lanzo al teléfono del hotel y marco el único número que me sé de memoria.

—Vas a explicarme qué demonios ha pasado y por qué estoy con Dahlia Harris ahora mismo.

—¿Estás con ella? Pásamela, quiero saludarla. —El tono jocoso de Andrew hace que me enfade más todavía.

—YA.

Sujeto el teléfono contra mi oreja y con la mano libre vacío todo el contenido de mi mochila sin ningún cuidado sobre la enorme cama. Sus sábanas de color blanco impoluto hacen que el resto de la estancia brille todavía más.

Cojo el cargador y conecto mi móvil en el primer enchufe que encuentro.

—Joder, Ethan, toda la planificación del viaje es sorpresa, ¡pues claro que no sabía que iban a emparejarte con ella con total seguridad!

—¿Cómo que «con total seguridad»?

—A ver, siempre hay posibilidades. La estadística ha jugado en tu contra. —Y esta es otra de las razones por las que odio las matemáticas—. Tú fuiste el que menos condiciones puso y ella, la que más, así que no me parece extraño que os hayan emparejado.

—Esto tiene que ser una broma.

Me muevo frenético por la suite y conecto el altavoz del teléfono inalámbrico. La voz de Andrew ahora inunda todo el cuarto mientras me froto la cara fuertemente con las manos y termino revolviéndome el pelo.

—El destino tiene un gran sentido del humor, sí. —Se está burlando de mí y ni se molesta en disimular. Hasta puedo imaginarme su sonrisa al otro lado del aparato.

—No me estás ayudando.

—¿A qué quieres que te ayude?

—A salir de esta.

—No puedes.

—Que nos metan a ambos en alguno de los otros grupos, no puede ser tan difícil. No aguantaré seis semanas teniendo que viajar con ella. Es...

—Sí, lo sé: una niña mimada, estirada, que siempre busca ser el centro de atención y con demasiado dinero en el banco, lo que hace que se crea muy superior a los demás. Siempre eres muy explícito en lo que se refiere a esa chica.

Puede que haya sido la protagonista de varias de nuestras conversaciones.

—Es que no la soporto.

—¿Y no puedes ser tú el maduro en esta relación e intentar llevarte bien con ella? —Abro la boca, pero, antes de que pueda responder, mi amigo se me adelanta y sigue hablando—: A quién quiero engañar, si tú tienes que aportar la dosis de madurez, esto no tiene futuro.

—Pero ¿tú de qué lado estás?

Dahlia seguramente se encuentra en la habitación contigua manteniendo el mismo tipo de conversación con su agente, aunque

a ella sí la estarán tomando en serio. Mi amigo, por el contrario, solo se está regodeando en mi desgracia.

Entonces se queda callado y se instaura un silencio.

—Hay algo que no me estás contando —digo, reconociendo ese silencio.

Con Andrew hay varios tipos de silencios, los conozco todos.

Y conozco a mi mejor amigo. A veces mejor que a mí mismo.

Tarda varios segundos en contestar.

—No has visto el vídeo. —Es más bien una afirmación que una pregunta.

—¿Qué vídeo?

—Es una jugada arriesgada, pero puede ser el motivo por el que decidieran poneros juntos a última hora. Sin duda va a dar que hablar...

—¿Qué vídeo?

No hace falta que me enseñe el vídeo. Basta con entrar en cualquier red social.

Porque no es solo un vídeo. Son cientos.

«Mierda».

Capítulo 10

Dahlia

—Ni de broma. No puedo hacer este viaje con Ethan Adams.

Llevo hablando con Maia desde que he entrado en la suite del hotel tras cerrar de un portazo. O más bien es un monólogo, porque le describo con pelos y señales todas las veces —que no han sido pocas— que Ethan me ha sacado de mis casillas en las escasas horas que llevamos compartiendo espacio.

Ella sigue escuchando cuando empiezo a enumerar todos los motivos por los que esto es un error.

La he obligado a llamar a los representantes de la agencia para pedirles explicaciones. Han dicho que somos el único grupo que encaja en el perfil del viaje que tenían preparado. Aunque no somos exactamente un grupo, con nosotros han jugado sucio. De nada han servido mis peticiones —y súplicas— para que nos trasladaran a otro de más de dos miembros. Su excusa: «La logística no lo permite. Ha sido difícil jugar con los calendarios, los compromisos y los diferentes perfiles, y vosotros sois una de las parejas más compatibles».

¿Compatibles? Casi me entra la risa. Esa sería una de las últimas palabras que yo usaría para describirnos a Ethan y a mí, y cualquiera que nos viera juntos se daría cuenta de por qué.

Estoy muy cabreada.

Oigo la voz de Ethan y la de quienquiera que esté al otro lado de la llamada que está manteniendo. Hablan de mí. ¿Acaso cree que no puedo oírlo? Las paredes son muy finas.

No sé si lo culpo, probablemente nuestra enemistad es lo único que tenemos en común.

Desvío la mirada hacia los enormes ventanales de la habitación, desde los que tengo una vista limpia y espectacular del océano Atlántico que consigue revolverme un poco el estómago.

Miami es una ciudad que he visitado varias veces con motivo de campañas y desfiles; el buen tiempo constante es un gran incentivo para celebrar ese tipo de eventos sin miedo a que el viento o la lluvia estropeen la puesta en escena. Nunca me he alojado aquí, así que agradezco tener la oportunidad de descubrir uno de los hoteles más lujosos y caros del país. Aunque, ahora mismo, lo que más me gusta de este establecimiento es que es lo suficientemente grande para poder ignorar a Ethan Adams. Si nos esforzamos, ni siquiera tendremos que vernos las caras durante nuestros días aquí.

Mi teléfono no para de sonar. Estoy acostumbrada al ruido agudo e incesante de las notificaciones de todas mis redes sociales o correos electrónicos en mi bandeja de entrada con jugosas propuestas de trabajo. Por eso suelo ponerlo en silencio, pero esto es distinto.

A través de la pantalla, sigo viendo la cara de Maia, que me observa fijamente y con atención.

—¿Por qué me estás mirando así?

—Estoy pensando cómo decirte esto sin que te vuelvas loca.

Pongo los ojos en blanco. Soy una experta de las apariencias y sé mostrar solo lo que quiero. Casi siempre mantengo la compostura y el «casi» solo se debe a mi episodio de hace dos meses; ¿es que va a utilizarlo siempre contra mí?

—Podré soportarlo —le aseguro, con voz fría y firme.

—No creo. —Se muerde el labio inferior, está nerviosa. Después de unos segundos, habla—: Hay un vídeo...

—¿Qué vídeo?

Al principio pienso que se trata de otro bombardeo de noticias acerca de mi ruptura con Wyatt y mi desaparición del mundo digital y real. Seguramente no me gustaría, pero no le he mentido a Maia: lo soportaría. Fingiría hacerlo.

Pero no se trata de eso. Es algo peor.

—Lo que me faltaba.

Tengo a Ethan Adams golpeando mi puerta antes de que pueda procesar lo que estoy viendo.


LIVE
Siguiendo
Para ti
25.106 comentarios
Shannon (taylor´s version)
DIOS MÍO, CÓMO LA MIRA😍😍😍
20,6k
Lauren
Están saliendo juntos???
Ver 39 respuestas
1,2k
Ashley Jenkins
¿De dónde es su vestido? 😍
1,6k
Donald T.S.
Pues sí que tenía que estar enamorada de @Wyatt para andar ya con otro nuevo 🤨
Ver 67 respuestas
231
Petra in Paris
Quién es él??
Ver 12 respuestas
608
SJM for you
Las miradas entre ellos!!!!!!!
83
McMacy
¿Alguien sabe qué se dicen?
2,5k

Capítulo 11

Ethan



Historia de amor a la vista… Y no es para nada lo que esperábamos, ¡es mejor!

El vídeo original ya cuenta con más de diez millones de reproducciones es tan solo un par de horas y ha causado un gran revuelo entre los seguidores de ambos…

El vídeo de la fiesta de Travelator que podría ser la prueba del posible romance entre la…

Los *influencers* comparten ahora un viaje sorpresa de la mano de la empresa de viajes que puede ser la oportunidad perfecta para dar rienda suelta a su nuev…

Dahlia Harris, de nuevo ilusionada. ¿Quién es él?

Analizamos las imágenes entre Dahlia Harris y Ethan Adams: el beso en el mentón, la caricia en el pelo… ¿Podríamos estar ante un nuevo amor de vera…

Aporreo la puerta con los nudillos hasta que se abre y veo a Dahlia con el entrecejo fruncido y los brazos cruzados al otro lado. Me

recibe con su cara habitual de pocos amigos, que ya he visto tantas veces que pienso que la ha debido de inventar ella.

—Creo que tenemos que hablar.

—Creo que no. —Y me cierra la puerta en las narices.

Me cierra la puerta. En. Las. Narices.

Así que vuelvo a golpear sin descanso hasta que vuelve a abrirse. Esta vez, sin decir nada, se da la vuelta y yo la sigo al interior.

Echo otro vistazo rápido a la pantalla de mi móvil: ciento cincuenta mil seguidores nuevos. El contador de seguidores de mi perfil de YouTube no para de subir. Y el de Instagram. Y el de todas mis redes sociales.

Ya estoy rozando la cifra del millón y Dahlia Harris es la responsable. No sé qué me molesta más: que ella esté ligada a esto o la forma en la que lo está.

La segunda, definitivamente la segunda.

Abro la aplicación de TikTok por décima vez para ser bombardeado de nuevo con cientos de vídeos con miles de visualizaciones y con nosotros como protagonistas. Estamos por todas partes.

El vídeo original nos muestra a Dahlia y a mí anoche, en la fiesta de Travelator. Ella está sujetando su móvil después de haber sacado unas fotos y haber chocado conmigo al dar unos pasos atrás. Entonces yo me inclino para decirle algo al oído. Ella me besa el mentón para irritarme. Yo le aparto un mechón de pelo detrás de la oreja. Le pido que sonría. Ella lo hace y me dedica una última mirada asesina antes de que me dé la vuelta sintiendo que he ganado la partida.

Me resultó muy gracioso en aquel momento. Ahora, en cambio, no me hace ninguna gracia.

Nuestros labios se mueven, pero con los cambios de luces de colores y la intermitente oscuridad resulta imposible saber qué nos estamos diciendo. Pero yo lo sé y no es para nada lo que la gente imagina.

Todo el mundo está actuando como si le hubiera confesado mi amor al oído o le hubiese susurrado alguna guarrada. Creo que la mirada intensa que me dedica ella mientras me alejo de su lado lo dice todo, pero al parecer dice todo lo contrario a lo que yo pienso.

Tengo miles de mensajes y mi nombre aparece en muchas de las páginas de cotilleos especulando sobre una posible relación entre nosotros.

¿¡En qué demonios nos hemos metido!?

—¿Qué vamos a hacer?

—No podemos hacer nada. Esto claramente no tiene que ver con nosotros.

—¿Que no tiene que ver con nosotros? —Me quedo ahí plantado, ella no reacciona y sé que está jugando con mi paciencia aposta. Quiere sacarme de mis casillas, como si no lo consiguiera cada vez que la miro—. Nuestras caras están por todas partes. ¿Es que te da igual?

—Claro que no me da igual. Me siento insultada por el hecho de que la gente crea que puede gustarme alguien con tan mal gusto.

Arrugo el entrecejo y entonces señala la camisa que ahora visto, parcialmente desabrochada, con estampado de plumas y tucanes.

Es tropical, estamos en Miami. No sé de qué habla.

—Si dejas ver que su opinión te importa, entonces creen que es más importante de lo que es —afirma.

—Pero lo que se ve en el vídeo no es verdad. Esto afecta tanto a tu imagen como a la mía.

—A ti parece estar yéndote bien.

Sé que se refiere a todos los nuevos seguidores que han pulsado el botón de mi perfil. Es difícil pasar por alto ese gran número. Pero eso no significa que esté contento.

—Y a ti —respondo de vuelta—. Por primera vez en dos meses no hablan de lo caprichosa que eres.

Una chispa de rabia ilumina sus ojos oscuros de la misma forma que ayer en la fiesta. No le gusta que mencione ese episodio que, algo me dice, permanece inacabado.

—Cállate. Nadie sabía quién eras hasta ahora —como siempre, contraataca.

—Tú sí.

—Para mi desgracia —resopla, en un tono bajo.

Y entonces, ese brillo desaparece tan rápido que, de no haberlo visto antes, hubiera pensado que lo había imaginado.

—Tarde o temprano la gente se dará cuenta, Ethan. Tú mismo sabes que la fama en redes sociales dura poco.

«La fama dura poco». Lo dice la misma persona que lleva siendo referente y foco del mundo de la moda y de los *influencers* desde que comenzó su carrera y esa palabra aún no estaba inventada. No sé cómo lo hace, no sé qué hay en esta chica que atrae la atención de tanta gente, a todas horas...

No lo sé, pero sí puedo entenderlo. El aura hipnotizante que desprende, cómo te detienes a estudiarla un par de segundos más de la cuenta...

Me percato de que es lo que estoy haciendo yo ahora mismo, precisamente. No quiero darle el gusto, ella ya es totalmente consciente del impacto que causa. No voy a alimentar más su ego.

Pienso en eso de que la fama es efímera.

¿Me pasará a mí también? ¿Será verdad que de aquí a un año la gente se olvidará de mí, de esta huella?

No sé si eso me reconforta del todo. Aunque haría las cosas más fáciles.

Estoy de camino a su puerta cuando unos golpes desde el otro lado me detienen.

—¿Puedes dejar de aporrear la puerta? —grita mientras rebusca algo en su bolso y sin dedicarme la más mínima atención.

—No he sido yo. Aún no me he ido.

—¿Y qué haces todavía aquí?

Los dos nos giramos hacia la entrada y abrimos la puerta para encontrarnos a un hombre trajeado que nos dedica una mirada sonriente.

—Disculpen las molestias. Quiero darles la bienvenida en nombre de todo el personal del hotel y recordarles que tienen una cena reservada para esta noche en uno de nuestros restaurantes.

Ninguno de los dos dice nada. Cuando el hombre se va tras facilitarnos la información del sitio y la hora, Dahlia cierra la puerta y se apoya sobre ella poniendo los ojos en blanco.

—¿Por qué la vida ha empezado a odiarme?

—Se llama karma —respondo, con una sonrisa agria. A estas alturas, ya soy inmune a las miradas asesinas de Dahlia Harris.

Seguramente el karma tiene motivos suficientes para querer devolvérsela, pero ¿tiene que usarme a mí?

Capítulo 12

Dahlia

La reserva era a las nueve en punto. Son las nueve y dieciséis e Ethan todavía no ha aparecido. En serio, ¿este chico no sabe lo que es un reloj?

No estoy contenta y, pensándolo bien, debería haberme ido hace por lo menos diez minutos, cuando estaba claro que su impuntualidad afectaría al resto de mi noche y a mi humor. Eso y los paparazi, que se arremolinan a mi alrededor porque el restaurante de la azotea está abierto al público en general. Aunque lo intento, se me hace imposible ignorarlos mientras me bombardean con sus preguntas y sus flashes disparando en mi dirección.

Aprieto la mandíbula; las mismas preguntas, una y otra vez. Su interrogatorio solo me hace rememorar recuerdos de la noche que me gustaría borrar. Más que eso.

Habíamos ido a la inauguración de la nueva tienda de una famosa marca de ropa. Muchas celebridades del sector de la moda estaban invitadas. Wyatt era mi acompañante, por supuesto.

—¿Es cierto que tu relación con Wyatt había terminado hace tiempo?

Él no quería ir, pero siempre sabía cómo llenar un espacio con palabras, embriagar a la gente con su encanto, y yo lo usaba como escudo para protegerme.

—¿Crees que es conveniente empezar otro noviazgo como si nada cuando todo es tan reciente?

Follamos en el baño y se sintió frío. Fue rápido e incómodo, como si se tratase de otra de las cosas del programa de la noche que había que tachar de la lista. No me corrí, pero no podía herir su ego. Yo ya era suficientemente difícil.

—¿No lo querías?

No derramé ninguna lágrima cuando presioné mis labios sobre los de Finn McLean aun sabiendo que sería el final de todo lo que había construido. Tampoco lo hice después.

—¿Por qué le hiciste eso a Wyatt?

Las preguntas siguen llegando. No me contengo más. Si no encuentro una vía de escape fácil, explotaré.

—No quería pasar el resto de mi vida sin tener un orgasmo y, para hacer yo el trabajo, prefiero estar sola.

Se quedan todos callados. Probablemente no debería haber dicho eso, pero, a estas alturas, me da igual. He logrado que termine.

Maia «agente» me regañará en cuanto se entere de mi declaración.

Maia «a secas» me dará una palmadita en la espalda.

Entonces, en ese momento, a las nueve y veintitrés, Ethan Adams hace acto de presencia. Y, por supuesto, lo ha oído todo.

Los objetivos giran sus flashes hacia el responsable de mis problemas. Aunque, en realidad, una parte de mí está más enfadada conmigo misma por haberse quedado aquí esperando y no aprovechar la oportunidad de escapar de esta estúpida cena.

Le lanzo una mirada hostil y él se revuelve su pelo rubio parcialmente húmedo.

—No sabía cómo funcionaba la ducha.

¿Esa es su excusa?

—Llegamos tarde —digo sin más.

Sin comprobar que me sigue, me dirijo hacia el interior para dar nuestros nombres al maître, que asiente efusivamente y enseguida nos acompaña a una zona del comedor apartada, donde el ambiente es menos ruidoso. Nos guía al lado de unos ventanales que ocupan toda la pared y a través de los cuales puede verse una gran panorámica de la ciudad. A lo lejos, las luces procedentes de los enormes rascacielos, erigiéndose a metros de distancia del suelo, como ahora lo estamos nosotros. Trato de no desequilibrarme.

La mesa es redonda, está perfectamente equipada con toda la cubertería, dos copas altas y una botella de una buena (y cara) marca de vino. Por supuesto, no podían haberse olvidado de las velas.

—El servicio los atenderá enseguida. Que disfruten de esta romántica velada.

—No es romántica —digo yo.

—Para nada romántica —secunda Ethan detrás de mí.

Esto es lo único en lo que vamos a estar de acuerdo en toda la noche. Puede que también en todo el viaje.

El maître nos dedica una mirada confusa antes de recorrer de vuelta el mismo camino que nos ha traído hasta aquí. No se lleva las velas.

La cena reservada por la agencia es de degustación, así que el menú comienza a venir en pequeños platos variopintos. Ethan se inclina con su cubierto hacia uno de ellos, dispuesto a dar el primer bocado, pero yo lo detengo con mi brazo a medio camino. Me mira confuso.

—Primero tengo que sacar una foto. —Se recuesta de nuevo sobre su asiento y se cruza de brazos, como un niño esperando un

caramelo. Me demoro más de la cuenta por el simple gusto de devolverle (al menos, en parte) mi larga espera de antes.

—¿Has acabado?

—Casi. —Saco un par de fotos más, a pesar de que no las necesito.

Cuando termino, comenzamos a comer y cada plato es rápidamente sustituido por el siguiente.

—¿No te vas a comer esto? —pregunta Ethan. Son las primeras palabras que intercambiamos en todo lo que llevamos de cena—. Está para morirse.

Niego con la cabeza.

—¿Y eso? —Señala una vieira, sellada con crema de maíz dulce y unas gotas de aceite de trufa, que queda en mi plato sin tocar.

—¿Es que a ti no te han dado nunca de comer?

—Estoy en plena etapa de crecimiento. ¿Te lo vas a comer o no?

Vuelvo a negar con la cabeza y él ataca la comida. Se zampa lo que queda en el resto del plato de un bocado y emite un sonido de placer mientras lo saborea.

—Me sorprende que se te contente con tan poco.

—No todos somos tan difíciles de satisfacer.

Resoplo ante su comentario. He sido una ilusa al pensar que lo dejaría estar y no me recordaría mi episodio de antes.

—¿Es verdad? —insiste.

Su pregunta tan directa me pilla desprevenida. Me revuelvo incómoda en mi asiento, no hay crítica ni reproche, solo... curiosidad. No entiendo qué busca con esto.

Ahora que no tenemos comida delante, me mira intrigado y, aunque no me afecta ser el centro de atención de miles de personas, en su caso sí. Me afecta más de lo que me gustaría admitir, y eso me enfada.

—Para ser una persona que me detesta, te veo bastante interesado.

—Dicen que has tirado la piedra y escondido la mano, pero lo que has lanzado es una puta bomba de relojería.

Solo quiero agotar la conversación sobre el tema, el cual me esfuerzo con vehemencia por no recordar, pero el resto de la humanidad no está dispuesta a darme el gusto. E Ethan Adams tampoco.

A quién quiero engañar. Yo misma me lo he buscado. Me lo merezco.

—Si me lo preguntas a mí... —no le he preguntado, pero sigue hablando—: Que lo jodan.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba.

—Pero sí que creo que eres difícil de complacer.

Hay algo en su tono y la forma de pronunciar esas palabras que deja entrever un significado que, al parecer, se me está escapando.

—Tal vez son los hombres como tú los que no tenéis ni idea de por dónde empezar.

—¿En qué estás pensando, Dahlia? —Levanta las cejas, burlándose. Noto mis mejillas sonrojarse—. No he dicho que sea algo malo. Además, no sabes nada de mí, te sorprenderías.

—Sé lo suficiente.

Me pongo a la defensiva. Odio ponerme a la defensiva, lo que me gusta es tener el control.

—¿Eso crees? —Se le dibuja en la cara esa sonrisa torcida que tanto me molesta, aunque aún no he descubierto el motivo—. Alguien ya se ha preocupado de poner solución a eso.

Extiende su brazo para salvar el diámetro de la mesa y gira la pantalla de su teléfono para que pueda ver uno de los memes que se ha viralizado en cuestión de minutos. Un montaje de una imagen

mía acompañada de un vibrador y una frase demasiado ingeniosa respondiendo a mis declaraciones anteriores.

—¿Le has dado «Me gusta»?

Se encoge de hombros.

—El chiste es bueno. Además, no soy yo quien ha decidido llamar la atención de esa manera.

Me muerdo el labio inferior, está claro que debo abandonar esta conversación antes de que el efecto bola de nieve acabe por aplastarme y llevarme por delante. No es el tipo de charla que busco tener con nadie. Mucho menos con él.

Ninguno de nosotros dice nada más el resto de la velada. Hasta el camarero —que sigue sin llevarse las velas— ha venido a preguntarnos si hay algún problema. Los dos, entonces, nos hemos mirado, teniendo el problema delante de nuestras narices.

—Ahora mismo les servimos el postre.

Mi estómago ya se queja por la copiosa cena que hemos tomado, así que la simple idea de seguir llenándolo con más carbohidratos y azúcar me revuelve por dentro.

Entonces, con el rabillo del ojo, veo algo que me llama la atención. Una cámara.

Estoy acostumbrada a ser consciente de lo que hay a mi alrededor; en mi trabajo se trata tanto de lo que dices como de lo que no dices y demuestras.

Sé que buscan más, siempre lo hacen.

Actúo en cuestión de segundos con lo primero que sé que los sacará de aquí: darles lo que quieren. O lo que creen que quieren.

Extiendo mi brazo sobre la mesa para acariciar la parte superior de la mano de Ethan. Pienso que va a apartarse, pero no lo hace.

Siento cómo su piel se estremece bajo el tacto frío de mis dedos deslizándose por sus nudillos huesudos. Sus manos son firmes y

ásperas, más grandes que las mías. En mi recorrido, distingo una pequeña cicatriz entre su dedo índice y pulgar.

—¿Qué haces?

—Quédate quieto y mírame.

—¿Quieres que te diga si tienes restos de comida entre los dientes? —Se inclina ligeramente. Mi mano sigue acariciando la suya formando pequeños círculos.

Ethan se da cuenta de lo que está pasando cuando pillan al paparazi que se ha colado en este lugar privado y tiene su cámara apuntando en nuestra dirección. El personal de seguridad hace acto de presencia y se lleva al intruso.

—¿Qué vamos a hacer con esto? —pregunta.

Entonces soy consciente de que mi mano sigue sobre la suya y la aparto, rompiendo cualquier contacto entre nosotros.

—Ya te lo he dicho, no podemos hacer nada. La gente hoy se encapricha con alguien y, al día siguiente, centran su atención en otra persona.

—Se han colado en un restaurante de lujo para poder sacarnos fotos.

—Han hecho cosas peores.

Si mi comentario buscaba reconfortarlo, hace todo lo contrario.

Pero es cierto. Solo vendo las partes de mí que me interesan, aunque la gente siempre pida más, estando dispuesta a pagar un alto precio por ello. No importa las veces que me niegue, eso no impide que sigan intentándolo, en ocasiones por medios poco ortodoxos y bastante cuestionables.

—¿Pasará?

—Pasará.

No sé si estoy tratando de convencerlo a él o a mí misma.

Pronto se darán cuenta de que Ethan Adams y yo somos polos opuestos.

Tras el postre, los dos damos por terminada la cena tan pronto como podemos sin que resulte descortés. Yo lidero la marcha y él me sigue por detrás caminando distraído con la mirada baja hacia su teléfono. Recorremos lo que me parece el pasillo más largo del restaurante hasta llegar a la salida, pasando entre muchas de las mesas de alrededor, cuyas personas se nos quedan mirando con interés. Y no es para menos.

Mientras yo llevo un vestido azul marino muy elegante de escote cuadrado y ajustado a la cintura, él viste unos vaqueros negros (por lo menos son largos, aunque no sé si eso debería ser un consuelo) y otra de sus camisas con estampados extravagantes que seguramente ha comprado en el mercadillo callejero de la ciudad. Y chanclas. Por el amor de Dios, ¿quién aparece en una cena degustación con chanclas?

El cuerpo que choca con mi espalda me despierta de mi ensimismamiento y me hace perder el equilibrio sobre mis tacones de aguja. Sin embargo, su mano sujeta mi brazo y hace que me recupere rápidamente.

—Perdón, he tropezado.

Pongo los ojos en blanco por enésima vez en lo que llevamos aquí.

—Por lo menos no tienes ninguna copa que tirarme encima esta vez.

—Después de nuestra romántica velada, necesito una urgentemente.

Veo que, de nuevo, pensamos lo mismo.

Nuestros dos teléfonos móviles vuelven a sonar descontrolados hasta que resultan difíciles de ignorar. Al parecer, más gente se ha

puesto al día de la nueva noticia esta vez. ¿Esto se va a convertir en una costumbre?

Nos quedamos en silencio el uno frente al otro. Es un tema que ninguno de los dos tiene ganas de retomar. En las redes sociales, todo es pasajero, pero también intenso. Los dos nos estamos viendo salpicados por todo este montaje ajeno cuyo resultado es incierto, pero que de momento no tiene pinta de frenar.

Ninguno de los dos se despide, aunque sabemos que tomaremos caminos separados.

Rumbo al dormitorio, recibo un mensaje que soy incapaz de ignorar y hace que mi corazón se acelere.

Tenemos que hablar.

Apresuro el paso para llegar a mi habitación.



«Tenemos que hablar».

Quienquiera que crease esa coletilla encontró la fórmula perfecta para matar a alguien de un infarto o provocarle una insuficiencia cardíaca a largo plazo.

Mando varios mensajes en respuesta, pero no contesta. Vuelvo a probar.

¿Qué pasa?
¿Ha ocurrido algo?
No puedes decirme algo así
y no contestar.

Nunca suele salir nada bueno de esas tres palabras y mi paciencia se acaba rápido, así que termino presionando el botón de videollamada, esperando cualquier cosa. Y, para qué mentir, esperando lo peor.

La pantalla de color oscuro pasa a mostrar la cara de mi agente Maia, que está sentada en la silla de su oficina, a pesar de la hora que es. Sé entonces que ha estado esperando mi llamada estos minutos.

—¿A que no ha sido tan difícil? —se burla.

—Te odio.

Detesto hablar por teléfono y ella lo sabe. Por otro lado, Maia es la única persona milenial que conozco que no tiene miedo de iniciar una llamada telefónica. Creo que incluso lo disfruta.

—Estás impresionante, por cierto. —Aunque agradezco el cumplido, me estoy impacientando—. Tienes que decirme dónde lo has comprado, tengo un evento pronto y me vendría genial. O podrías regalármelo. Me lo tomaría como un regalo de Navidad, aunque nunca me haces uno... Podría ser tu forma de redimirte por no haberme regalado nada jamás.

—Te doy una paga extra en Navidad.

—Eso es como regalar una tarjeta regalo.

Maia conoce el modo de torturarme. Arrugo el entrecejo y muevo la cabeza. No puedo seguirle el juego.

—Maia, ¿quieres decirme de una vez de qué tenemos que hablar?

Ella no responde, se muerde el labio inferior y se queda callada unos segundos. Puedo vislumbrar su sonrisa pícara a través de la pantalla.

Entonces entiendo adónde quiere llegar.

—Tienes que estar de broma.

—¡Necesito que me lo cuentes todo! Estáis por todo internet, el *hashtag* más viral de Twitter ahora mismo es DahliaxEthan y lo más buscado en TikTok en las últimas veinticuatro horas ha sido «Ethan y Dahlia beso».

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué le pasa a la gente?

—Que nos encanta meternos en la vida de los demás. Yo puede que haya dado *like* a un par de vídeos. Hay algunos muy buenos.

Por supuesto que Maia ya se ha subido a ese barco. Por alguna razón que desconozco, a Maia le cae bien. Ethan Adams cae bien a todo el mundo.

Pero no a mí. Hay algo en él que me hace hervir la sangre cada vez que su persona, con esa parsimonia y actitud despreocupada, entra en escena. No se toma nada en serio, ni siquiera es consciente de la suerte que tiene de estar aquí.

—Pensaba que ibas a reprenderme por lo que he dicho.

—¿Qué soy?, ¿tu madre? No es que ayude a limpiar tu imagen, pero mi trabajo se ha reducido a cero desde que habéis entrado por la puerta del restaurante. No se habla de otra cosa.

No sé si eso resulta ser un consuelo, aunque, por primera vez en mucho tiempo, he logrado que algo no me explote en la cara. Más o menos. Por lo menos me he librado, en parte, del asunto del vibrador. Digo, del orgasmo. Maldito Ethan.

Maia sigue hablando.

—Pero es mi deber como tu representante saber con todo lujo de detalles cómo ha ido la cena. Me preocupa tu bienestar. —Se pone la mano sobre el pecho para añadir dramatismo al asunto.

—¿Te preocupa también mi cordura? Porque estoy a punto de perderla con todo lo que está sucediendo.

Cómo no, ignora mi respuesta.

—¿Os habéis dado la mano por debajo de la mesa como parece confirmar este vídeo? —En mi pantalla aparece entonces un mensaje emergente con el enlace al mismo—. ¡Y qué romántico eso que cuentan de que te ha dejado el último bocado del postre!

Sigue parloteando atropelladamente con un tono agudo que no estoy segura de si se está burlando o de verdad está diciendo todo esto en serio.

—Primero: era mi postre. Segundo: se lo ha acabado comiendo él. Y tercero: sabes que no es real, ¿verdad? —Me obligo a recordárselo una vez más.

—¿A quién le importa que no lo sea? En el universo de las redes sociales, las apariencias lo son todo. Lo sabes mejor que nadie.

Pues claro que lo sé.

—¿Y qué quieres que haga?

—Aprovecharlo.

No sé cómo demonios puedo hacer eso.

Capítulo 13

Ethan

La agencia de viajes nos aseguró que lo tenía todo planeado. Eso se traduce, para nuestra desgracia, en un horario y programa de actividades tanto dentro como fuera del hotel. Mis favoritas: las segundas, porque incluso el hotel más impresionante del planeta se me queda pequeño. Y es que, ¿de qué sirve decir que estás en Miami si no estás realmente en Miami?

Pero todas esas actividades están destinadas a que las hagamos JUNTOS. Como si la cena de ayer no hubiera sido suficiente.

Aunque tengo que admitir que disfruté viendo a Dahlia Harris nerviosa por primera vez, mentiría si dijera que en ese momento no sentí curiosidad por saber cuál es realmente su versión de la historia.

Andrew estaría dando saltos de alegría.

Pasamos el segundo día paseando por las playas más famosas de Miami. Yo soy el único de los dos que se mete en el agua. Dahlia, por su parte, está demasiado ocupada recolocándose las piezas de su bikini diminuto y comprobando cada dos por tres lo bien que le queda. Ella y muchos de los bañistas a nuestro alrededor.

Se saca más fotos a sí misma de las que yo tengo en total en mi galería. Es la primera en volver al hotel sin avisar y yo finjo no darme cuenta.

El tercer día recorremos el centro emblemático de la ciudad, con muchísimos puestos callejeros de ropa y comida. Los dos nos

paramos con interés en muchos de los establecimientos; Dahlia, en los de ropa, y yo, desde luego, en los de comida. La veo mirando unas telas enrolladas en grandes tubos mientras me como una de las mejores arepas que he probado en mi vida.

Todo a mi alrededor es impresionante, lleno de color y atestado de gente. Nos dan cierta libertad para ir tachando las visitas del itinerario, pero siempre nos sigue un reducido equipo de seguridad para espantar a los paparazi, aunque parece tener el efecto contrario.

Dahlia hace todo lo posible por ignorar mi presencia tanto como la de los fotógrafos que nos siguen a todas partes y yo hago lo mismo con ella, aunque a veces nuestros roces son inevitables. Sobre todo cuando nos acribillan a preguntas sobre el misterio de nuestra «nueva relación secreta».

Para mi sorpresa, Dahlia responde a la mayoría de ellas como si nada. No mira directamente a las cámaras y lo hace aparentando desinterés...

—¿Cómo empezó vuestra historia?

—Nos conocemos desde hace tiempo.

—¿Cuáles son tus momentos favoritos con Ethan?

—Los silencios. Con ellos nos lo decimos todo.

Solo yo entiendo el verdadero significado de sus palabras: que preferimos no escuchar al otro.

«Joder, es buena».

No dice nada y aun así parece ser suficiente para contentar a los curiosos que nos siguen, que poco a poco van dispersándose.

Dahlia Harris sería capaz de decir que el cielo se ha vuelto violeta y conseguiría que todos alzaran la mirada para comprobarlo. Lo hace como si nada, porque sabe cómo interpretar su papel.

Mi móvil, durante estos días, no ha parado de sonar y ya no me molesto en comprobar el motivo de cada notificación. Todas ellas nos engloban a Dahlia y a mí, juntos, como si nos hubiéramos vuelto un único producto.

Por supuesto, no es todo malo. Las visualizaciones de mis vídeos están por las nubes y he logrado situarme en el mapa. Supongo que era lo que quería, pero, por algún motivo, me agobia.

«La fama dura poco». Las palabras de Dahlia resuenan en mi cabeza como si me las hubiera susurrado al oído en ese instante, pero está a metros de distancia.

Seguimos en el mismo punto desde hace media hora. Parte de culpa la tienen las decenas de personas que se acercan a nosotros con la intención de sacarnos una foto o pedir un autógrafo. Aunque, a quién quiero engañar, a todos les interesa Dahlia.

Si quiero avanzar para ver la ciudad, tengo que irme de aquí. Mi plan es disfrutar del atardecer en la playa y, a este ritmo, no llegaré ni para ver el amanecer. Así que esta vez soy yo el que se escabulle sin mirar atrás, aunque eso suponga dejarla enfrentarse sola a demasiadas miradas curiosas.

«Podrá soportarlo», me digo a mí mismo. Al fin y al cabo, le encanta ser el centro de atención. Eso está claro.

Sus ojos me pillan antes de que pueda desaparecer por completo, nuestro cruce de miradas dura varios segundos y, aunque temo que me arrastre de nuevo con el gentío, me niego a ser quien aparte la vista. Dahlia parece pensar lo mismo.

Al final soy yo el que se rinde y lo último que veo es el dedo corazón de Dahlia levantado en mi dirección.



Hoy es el último día que pasamos en Miami. Parece que dejamos lo mejor para el final, porque visitamos el barrio de Wynwood, con murales de los artistas más reconocidos del mundo.

Todo a nuestro alrededor está pintado de color, los edificios decorados con enormes murales y las calles llenas de música y vida. Es como si pudieras absorber la esencia de muchos lugares del globo sin necesidad de moverte del sitio. Me siento sobreestimulado. Dahlia, a mi lado, me repite sin palabras que no acelere el paso, pero apenas tenemos tiempo y yo quiero verlo todo.

Casi he logrado olvidarme de las personas que nos siguen con sus objetivos a unos metros de distancia. Casi.

—Esto es una pasada —digo en voz alta mientras saco fotos a todas las paredes con las que nos cruzamos para mandárselas a Andrew cuando llegue al hotel. Le encantaría este lugar.

Me quedo mirando una fachada concreta, pintada de arriba abajo con cientos de patrones entrecruzados, de manera que parece que el edificio cobre vida.

—Este mural es de Jessie y Katey, son dos artistas que siempre juegan con patrones abstractos y formas geométricas. —Me sorprende oír a Dahlia hablar y más sabiendo que esas palabras me las dedica a mí. Son las primeras que nos dirigimos en todo el paseo —. Los colores son muy intensos y puede dar un poco de vértigo, pero es imposible pasarlos por alto.

Nuestra proximidad provoca que también la haya por parte de las cámaras, que comienzan a disparar para encerrarnos dentro de un mismo plano en sus fotografías.

«¿Esto es lo que buscaba?».

—No te tenía por alguien a quien le gustara el arte callejero. Te pega más Lois Vutton.

—Es arte, claro que me gusta —responde encogiéndose de hombros. Esta vez, resopla—: Y es Louis Vuitton.

Pongo los ojos en blanco; por supuesto, va a darme clases de francés.

Seguimos caminando, cada vez más cerca del final del recorrido. Entre las tiendas, veo un puesto de postales hechas a mano. Me resulta difícil elegir y acabo comprando cuatro, ya decidiré cuál le mando a Andrew o, si al final, acabo enviándoselas todas.

Es una tradición que empecé en mi primer viaje: en cada lugar que visito, le compro una postal y se la mando. Es mi forma de decirle que lo llevo conmigo mientras hago de trotamundos.

—¿Hoy también vas a escaparte? —Dahlia me espera a la salida del pequeño comercio con los brazos cruzados y una mirada curiosa hacia las postales que tengo en la mano.

—¿Piensas impedírmelo?

—Te ayudaré. Si desapareces de mi vista, los dos salimos ganando.

—Estoy pensando en quedarme por aquí un rato más. Saber que te molesta tanto mi presencia es un plus, flor.

—Lo que me molesta es esa camisa tan hortera que llevas.

—¿Qué le pasa? Voy a juego con los murales.

—Eso es insultar a los artistas.

Creo que es la conversación en la que más palabras seguidas hemos pronunciado en todo el viaje.

Esta era la última de las actividades programadas por la agencia que quedaba por tachar.

El paseo se me ha hecho demasiado corto, o es que, en el fondo, no quiero terminar con el último de los rincones de este lugar. Me gustaría empezar de nuevo, aunque fuera con Dahlia Harris. Pero, en vez de eso, digo:

—Te veré mañana en el aeropuerto.

—Por desgracia —responde ella, antes de darse la vuelta y meterse en el coche que ya nos espera para llevarnos de regreso al hotel.

Yo, en cambio, comienzo a caminar en dirección contraria, alejándome del vehículo. Siento la mirada de Dahlia clavada en mí. Se queda estudiándome unos segundos, pero no hace preguntas y finalmente cierra la puerta y el coche arranca.

No estaba listo para volver al hotel y el sol poco a poco va desapareciendo tras el horizonte, así que me dispongo a hacer el mejor turismo que existe: el nocturno. Visitar las ciudades durante el día, ir a museos, bañarte en sus playas, comprar *souvenirs* carísimos... todo eso está muy bien, pero, para mí, nada es comparable a lo que descubres cuando se pone el sol. Es entonces cuando se asoma verdaderamente la esencia de una ciudad: su gente, la paz en los sitios que un par de horas antes estaban hasta arriba de turistas, y la calma. El tiempo parece ir más despacio por las noches y es lo que necesito.

Todavía faltan tres horas para la medianoche, así que dispongo de ese tiempo para recorrer hasta el último rincón de Miami sin la presencia de Dahlia Harris tocándome las narices. Ya es suficiente su constante recordatorio en mi teléfono móvil y en mi cabeza.

Luego volveré al hotel y lo dejaré todo al azar, supongo. Aunque no sé si la suerte estará de mi lado esta vez.

Capítulo 14

Dahlia

Tenía ganas de pisar el enorme salón que ocupa el casino desde que supe que era exclusivo para socios y clientes del hotel. El lugar es impresionante. Cuando le pregunté a la recepcionista, esta me indicó que no estaba en la quinta planta, sino que el casino era la quinta planta.

Es nuestra última noche aquí, así que no se me ocurre una mejor forma de despedirme de Miami por todo lo alto que probando un poco de suerte, con cierta privacidad.

A pesar de que aún es temprano y las agujas del reloj no marcan la medianoche, muchos hombres y mujeres se arremolinan alrededor de las mesas de juego y las máquinas tragaperras.

Enseguida quedo embriagada por todos los sonidos a mi alrededor: la música de fondo, el ruido de las máquinas soltando billetes a una velocidad vertiginosa y el contraste de los gritos de celebración y lamento de los jugadores.

El código de vestimenta es variopinto, igual que la multitud de juegos disponibles para probar suerte. Aun así, mi vestido negro ajustado no pasa desapercibido y despierta el interés de muchos curiosos que me inspeccionan de arriba abajo, algunos más de la cuenta.

Estoy acostumbrada a tener siempre miles de miradas puestas en mí, así que lo estoy también a fingir indiferencia ante ellas. Eso no

significa que lo disfrute, no en este tipo de situaciones. No cuando alguno de estos hombres suelta algún comentario obsceno que pretende que sea gracioso y se cree con derecho a hacer, como si yo fuera un mero objeto decorativo expuesto con el único propósito de llamar su atención.

Como el episodio de la playa. Me largué de allí sin previo aviso —aunque no creo que Ethan se diera cuenta siquiera— por sentirme demasiado expuesta. No por el bikini de dos piezas formado por pequeños triángulos que resaltaba mi figura a la perfección, sino por las miradas penetrantes de hombres que parecían ver a través de él, atentos al mínimo movimiento para lograr distinguir un mayor trozo de piel.

Su mundo es tan pequeño como su cerebro, así que, para ellos, es fácil creer que son los reyes.

Una mirada de pocos amigos en la dirección de un grupo de jóvenes que se ríen por lo bajo basta para que desvíen su atención, escondiéndose por detrás de las máquinas de juego y demostrando lo críos que son. Por desgracia, no siempre es tan fácil.

Sigo mi camino por el largo pasillo hasta llegar a la zona reservada donde se encuentran los juegos en los que quiero probar suerte esta noche. Me recibe un segurata tan alto como ancho con unas gafas negras que me hacen pensar que son una mera decoración para conseguir imponer —todavía más si cabe— a los presentes. Dudo que, con la oscuridad del lugar y esas gafas, sea capaz de ver algo a más de dos metros de distancia.

Inclina la cabeza al verme y retira el cordón de terciopelo, la única barrera que separa esta zona del casino, mucho más tranquila y sosegada, con motivo de la tensión que se respira en el ambiente provocada por el importe de las apuestas, mucho más

estratosféricas. Voy directa a mi objetivo y me siento en una de las mesas ovaladas junto con dos hombres y una mujer más.

Llego justo a tiempo con mis fichas y me preparo para que empiece la primera partida.

Gano con una mano que ni siquiera es buena, pero el hombre de mi derecha ha decidido apostar porque, estoy segura, me ha subestimado. «En el póker, no juegas contra el azar, sino con el que sostiene las cartas», eso decía mi padre.

Uno de los únicos buenos recuerdos que tengo de la casa en la que viví durante los primeros trece años de mi vida es deslizarme a escondidas (o al menos yo creía que estaba siendo discreta) en el despacho de mi padre mientras tenían lugar sus partidas de póker con sus amigos y socios los viernes por la noche. Me colocaba detrás de una planta enorme justo al lado del carro de bar y los observaba mirarse entre ellos, soltar fichas encima de la mesa y maldecir con palabras que mi madre siempre me decía que una «mujercita» como yo no debía usar bajo ningún concepto, en ningún contexto. No me gustaba nada ese apelativo, pero tampoco me gustaba el lenguaje vulgar, así que le dejaba ganar esa batalla y ella seguía satisfecha con su proyecto, que era yo.

A mitad de la velada, cualquiera de los hombres se acercaba al minibar; la primera vez, con la excusa de la bebida; las siguientes, ya acudían para fingir que se acababan de dar cuenta de mi presencia e invitarme a la mesa. Yo jugaba con mi padre, veía cómo estudiaba la baraja, cómo contaba las cartas... y cómo ganaba.

Le pedí que me enseñara. No tenía mucha relación con él, solo sabía que era dueño de una gran empresa, que éramos asquerosamente ricos y que trabajaba hasta altas horas de la noche, pero que llegaba aún más tarde porque se acostaba con su secretaria, a quien trajo a cenar un par de veces. A mi madre no

parecía importarle, así que fingía que a mí tampoco y respondía a las preguntas de esa mujer con cortesía, «como una mujercita».

De todas formas, de verdad quería pasar tiempo con él. Cuando mis amigas de aquel entonces del colegio hablaban de sus padres, les brillaban los ojos, mientras que yo me alegraba más de que viniese el fontanero del vecindario a arreglarnos la piscina, que tenía una hija de mi edad y siempre estaba al día de los temas adolescentes. De alguna manera, quería cambiar eso y el póker pareció ser el único motivo suficientemente grande para que estuviese dispuesto a compartir su tiempo conmigo.

Un par de años después, me emancipé y me fui de casa.

Mi padre solo llamó una vez para invitarme a una partida de póker —que gané—. Desde que fui portada de una de las grandes revistas de moda en ropa interior, no volvió a hacerlo. Dijo que sus socios tenían más interés en acostarse conmigo que en sus negocios.

No sé qué opinaría él ahora; puede que estuviera cerca del sentimiento de orgullo porque su hija hubiera perfeccionado de esta forma el juego, o puede que tal vez sus prejuicios siguieran pesando más que mis sueños.

Me río para mis adentros; es muy considerado por mi parte darle el beneficio de la duda cuando yo misma sé que la respuesta es la que menos me gusta.

Juego varias partidas más, que no resultan tan estimulantes como imaginaba al principio, pero al menos podré comprarme un bolso nuevo.

Creo que es momento de retirarme cuando un nuevo jugador se instala en el asiento justo frente a mí, sus ojos azules mirándome fijamente.

Por lo menos ha tenido el detalle de cambiar esas horteras camisas con diferentes dibujos y colores llamativos. Viste todo de

negro, un polo y pantalones rectos. Lleva el pelo rubio peinado hacia atrás, aunque algunos tirabuzones le caen sobre la frente dándole un aire desenfadado.

Sigue siendo demasiado informal, pero lo cierto es que le sienta bien. También puedo oler su colonia desde aquí, y me burlaría si no me pareciera agradable.

Me regaño a mí misma por ese pensamiento.

—Hola, flor —dice a modo de saludo. Ni siquiera ha mirado al crupier, que baraja las cartas mientras espera una respuesta por su parte de si va a entrar en el próximo juego—. ¿Probando suerte?

—Creo que se me ha acabado ahora que has aparecido.

—¿Miedo a perder? —Se inclina sobre la mesa y hace una señal al crupier. Ahora somos cinco jugadores.

De repente, han vuelto mis ganas de jugar.

—No tendrás el orgullo frágil, ¿verdad? No quiero que te dé una pataleta cuando me lleve la mano.

—Descuida, a la que le gusta montar numeritos es a ti.

El crupier reparte las cartas y echo un vistazo rápido a las dos que tengo en mis manos. Tras la primera ronda, nadie se retira y las apuestas suben sobre la superficie de fieltro antes de que reparta las tres cartas boca arriba, luego otra, y finalmente la quinta: el river. Y ahí es cuando sé que voy a ganar.

Mi mirada solo está puesta en Ethan; no es demasiado beneficioso para mi juego, pero sí divertido. Cuando se percata de que mi atención está centrada en él, arruga el entrecejo. Yo le guiño un ojo en respuesta.

Subo la apuesta y él la iguala, y el único de los hombres que todavía queda en la partida retira su mano a tiempo. Bien, hay que saber cuándo retroceder.

Entonces Ethan da la vuelta a sus cartas, que acompañando a las de la mesa forman una escalera. Y de valor alto.

Se recuesta esperando mi mano, seguro de su victoria. Al fin y al cabo, es una gran jugada, difícil de igualar con las cartas jugadas.

No se me borra la sonrisa mientras muestro mis figuras gemelas, formando un full.

Arrastro todas las fichas conmigo de nuevo, aunque el verdadero triunfo es ver su cara de sorpresa, sus labios entreabiertos y sus ojos arrugados sin apartar la mirada de mí.

—¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato?

Capítulo 15

Ethan

Dahlia gana la siguiente partida, y la siguiente.

En cada una, su mano es superior. A veces ni siquiera son jugadas tan buenas, pero sus cartas siempre son mejores que las mías. Ha ganado todas las partidas menos una, pero, aun entonces, su mano era superior a la mía. Y ella lo sabía.

Ni siquiera le ha dado rabia perder porque hemos establecido nuestra propia partida alternativa. Y me ha ganado a mí otra vez.

—Enhorabuena por el millón de seguidores, ya eres candidato para ganar ese concurso tuyo —dice. No estoy seguro de si se está burlando de mí o no, porque ella también está nominada en una categoría... aunque le dé absolutamente igual—. Ahora entiendo que necesites ganar ese premio. Si juegas así siempre, no pararás de perder dinero.

Definitivamente se está burlando.

—Ahora solo tienes que mantener el número de visualizaciones para alcanzar al número uno. Pero, ánimo, que estás en racha.

Ella sabe perfectamente el motivo de mi racha. La posibilidad de que Dahlia Harris aparezca en alguno de mis vídeos multiplica por mil el interés de millones de personas.

—¿Insinúas algo?

—Ya te gustaría.

Los dos nos hemos visto envueltos en esto y no sabemos cómo salir.

Dicen que en el ojo del huracán hay calma. Todo a nuestro alrededor se mueve a gran velocidad mientras ambos seguimos en el punto de partida.

—Parece que están tan ocupados persiguiéndonos y hablando de nosotros que ya no recuerdan tus últimos numeritos, como el de la noche de la cena...

Puede que se crea más lista que yo, pero me he dado cuenta de sus pequeños experimentos a lo largo de estos días por la ciudad de Miami.

Ninguno de nuestros roces ha sido fortuito. Con Dahlia, nada lo es.

Sé que es muy consciente del interés que provoca nuestra supuesta relación.

Ella desvía la atención del escándalo que todavía la persigue y yo la atraigo hacia mi contenido para ir ganando posiciones en la competición de creadores.

Aunque no nos guste la idea, a los dos nos está beneficiando.

Y a mi cabeza vienen ideas estúpidas. Porque estoy desesperado.

El concurso de creadores es una competición entre todos los *influencers* del sector del entretenimiento centrado en la plataforma de vídeos por excelencia, aunque se tiene también en cuenta la actividad en todas las redes sociales.

Cada año, el concurso nomina los perfiles más destacados y quien tenga más relevancia, traducido en número de seguidores y visualizaciones —vamos, quien llame más la atención—, se lleva el premio gordo. Y este año es más grande que nunca. Hablamos de siete cifras. Sería todo lo que necesito para terminar el viaje, y con todo, por todo lo alto.

Me retiro antes de perder (todavía) más dinero. Ya he perdido aquí el que tenía pensado apostar el resto de la noche —y no he sacado ningún beneficio de ello.

Me gusta el póker. En Holland, mi pueblo natal, me pasaba las tardes de domingo en el bar jugando con chicos de los cursos superiores y ganando muchas de las partidas, lo que se traducía en botellas de cerveza y entradas para algún concierto local.

Pero Dahlia juega de manera distinta. Claramente, su método le ha resultado más eficaz que a mí el mío. Puede que, si hubiera estado más concentrado en el juego y no tanto en el movimiento de sus dedos deslizándose lentamente sobre las cartas y su olor a jazmín, me hubiera ido mejor.

Ella no estudia sus cartas, estudia la baraja y las probabilidades de sacar una buena mano. Me estudia a mí. Es buena, joder si lo es, y yo la he subestimado.

—Cuando me acariciaste la mano en la cena... —comienzo diciendo, acordándome del tacto de sus dedos sobre mis nudillos, provocándome un cosquilleo incómodo que no he comprendido del todo.

—Les estaba dando lo que quieren; solo así te dejan en paz. Al menos durante un rato.

Entonces recuerdo cómo el fotógrafo se coló en el restaurante y, después de conseguir las fotos de ese momento, lo echaron los de seguridad. Por supuesto, esas imágenes ahora están por todas partes.

—¿Por eso me besaste en la fiesta?

—No, eso fue por pura satisfacción personal. Si hubiera sabido que nos traería hasta aquí, no lo habría hecho.

—Lo hecho, hecho está. —Sé que soy yo el que va a tener que materializar las palabras que llevan días gestándose en mi cabeza

alrededor de todo el caos. Después de unos segundos de silencio, finalmente digo—: Pero ¿y si lo aprovechamos?

Me mira. Me estudia durante varios segundos.

—¿Qué propones?

—Una tregua o... un espejismo. —Arruga el entrecejo, pero me escucha con atención—. La gente ya ve cosas donde no las hay. Imagínate si les damos algo que verdaderamente puedan ver.

—Espero por Dios que no te estés refiriendo otra vez al tema del orgasmo, guarro.

—La de la mente sucia pareces ser tú. Cómprate ese dichoso vibrador para que podamos seguir con nuestras vidas. Te necesito de buen humor si vamos a continuar con esto.

«Esto», sea lo que sea, aún está por determinar. Ni siquiera yo he llegado tan lejos todavía.

—¿Quieres fingir que estamos juntos? —pregunta. Yo asiento con la cabeza lentamente. Joder, esto es una locura—. Si de verdad necesitas el dinero...

—No se trata de eso —la interrumpo. Pero sí se trata de eso, claro que sí.

—Nunca funcionaría.

—Ya está funcionando. Solo tendríamos que alargarlo hasta el final del viaje.

—No podemos estar juntos en una habitación durante más de diez minutos sin sacarnos de nuestras casillas.

En eso tiene razón, de ahí que debamos tener un plan.

Andrew siempre dice que, si sabes lo que quieres, tienes que saber lo que haces. Yo no sé ni una cosa ni la otra, pero menos y menos es más... O era algo así. Siempre he odiado las matemáticas.

Cojo una de las servilletas dispuestas en la mesa y empiezo a garabatear en ella.

—¿Qué reglas pondrías a nuestra hipotética relación?

—¿Reglas? —pregunta Dahlia.

—Condiciones, para saber qué hacer y cuándo.

—¿Estás escribiendo un contrato en una servilleta?

—Hipotéticamente.

—¿Hipotéticamente? —Ella parece pensarlo un instante antes de decir—: Nos daríamos la mano en público.

Lo apunto en el trozo de papel.

—Hipotéticamente, también dirías que soy demasiado buena para ti todo el rato.

—Tampoco te pases, no vas a poner tú todas las reglas.

—Juguémonoslas, entonces. Hipotéticamente. —Dahlia le hace una señal al crupier, que vuelve a repartir las cartas. Solo estamos ella y yo—. Cada mano ganadora, una regla.

No sé en qué momento se han ido los demás; mi atención estaba puesta únicamente en Dahlia. Pero así el enfrentamiento es sencillo.

Ella gana la primera partida, así que tengo que apuntar que está fuera de mi liga, pero yo gano la siguiente y la tacho.

—Hipotéticamente, nos hablaríamos al oído, para fingir intimidad.

Escribo la regla en el papel. No lo digo, pero me parece una buena condición para evitar también oídos indeseados. A diferencia de lo que pueda decir el papel, nuestra verdadera relación no cambiará.

Yo gano la siguiente mano.

—Hipotéticamente —me tomo unos segundos para pensar en mi condición—: nos daríamos besos en situaciones concretas.

—Nunca en la boca —señala, pero, para mi sorpresa, no se opone.

—Nunca en la boca —confirmo, pero no lo apunto. No será necesario.

En otro golpe de suerte, yo escribo que debería reconocer que soy divertido, pero entonces ella gana la siguiente y la anula. Llegamos

al acuerdo —hipotéticamente— de que nos seguiríamos en redes sociales. O ella debería seguirme; yo ya lo hago.

—Hipotéticamente, subiríamos contenido juntos.

—E hipotéticamente, también nos miraríamos mucho, para que creyeran que nos gustamos.

—Hipotéticamente, me agarrarías de la cintura para acercarme a ti.

—Y tú me revolverías el pelo.

—Y a ti te quedarían restos de mi pintalabios en la cara.

—Hipotéticamente.

—Hipotéticamente.

Hemos dejado de jugar partidas antes de escribir las últimas cinco reglas.

—No necesitamos conocernos, solo fingir que sí.

—Lástima que todo sea hipotéticamente hablando.

Se levanta de la mesa dejándome solo junto a la servilleta arrugada que he ido garabateando en este tiempo.

«¿Y si, con esto, los dos pudiéramos conseguir lo que queremos?».

Es una puta locura.

Capítulo 16

Dahlia

Normas para nuestra relación falsa:

1. **Darnos la mano en público.**
2. ~~**Dahlia está fuera de la liga de Ethan.**~~
3. **Hablar al oído, ofrece la intimidad que queremos mostrar.**
4. ~~**Que Dahlia reconozca que Ethan es divertido.**~~
5. **Que Dahlia siga a Ethan en redes sociales.**
6. **Besos fortuitos cuando miren las cámaras (no en los labios)**
7. **Subir fotos juntos.**
8. **Si nos miramos mucho, la gente pensará que estamos enamorados.**
9. **Agarrar a Dahlia de la cintura.**
10. **Revolver el pelo a Ethan.**
11. **Pintalabios de Dahlia (opcional)**
12. **No necesitamos conocernos, solo fingir que sí.**

La bola da vueltas a toda velocidad por la ruleta, de la misma manera que pensamientos estúpidos se arremolinan en mi cabeza.

Apuesto mis fichas —anteriormente de Ethan— a pares rojos. En la siguiente partida, me arriesgo con los impares negros. En ambas jugadas, me llevo el dinero de vuelta conmigo.

Noto la mirada de Ethan clavada en mí desde el otro lado del tablero de este nuevo juego de azar. Trato de disimular que no tengo las pulsaciones disparadas.

—¿Impresionado?

Se encoge de hombros y reduce el espacio entre nosotros para situarse detrás de la silla en la que estoy sentada. No deja de observar el tablero.

—Ya sabes lo que dicen: afortunada en el juego...

—Eso es un golpe muy bajo, incluso para ti.

Ethan Adams se está burlando de mi vida amorosa. Yo soy la que ha caído bajo. Aunque nunca pienso admitirlo en voz alta.

—Venga, Dahlia. —Es una de las primeras veces que lo oigo llamarme por mi nombre y no por ese estúpido apelativo—. Hasta yo puedo admitir que alguien como Wyatt no te llega ni a la suela de los zapatos, y no precisamente los de tacón.

Su comentario me pilla desprevenida de la misma forma que los anteriores, pero logro recomponerme antes de que pueda darse cuenta de que mis manos han empezado a temblar.

No quiero a Wyatt en esta conversación, no en este momento.

He disfrutado demasiado de la ausencia mediática de mi exprometido en los últimos días. Por primera vez, no me han perseguido como si yo fuera la X de una especie de mapa del tesoro. Esta vez van en busca de otra cosa. Algo que yo puedo controlar.

—Si esta es tu idea de un cumplido, hacerme la pelota no te servirá de nada. Sigo pensando que es una locura.

Ethan eleva las cejas. Está sonriendo. Yo lo miro, confundida.

—Has dicho que es una locura, no que sea una mala idea.

Pongo los ojos en blanco, porque tiene razón. A estas alturas, debido al cansancio acumulado o al vino que proporciona gratuitamente el casino a los jugadores, puede que ambas, no me parece una mala idea. Ni siquiera una locura.

Ser el foco de atención, aunque puede no parecerlo, resulta agotador. Como figura pública, la gente cree que tiene derecho a hablar de ti, a juzgarte. Lo hacen a todas horas, sobre cualquier cosa. Yo he sido protagonista continua de sus atenciones y no tengo ganas de seguir siéndolo... Pero, si no puedo evitarlo, al menos quiero ser quien elige.

Maia tiene razón, la gente no sabe dejarlo estar. Le encanta ser cómplice de un secreto a voces, imaginar personajes y escenarios que no existen solo para llenar su aburrida existencia. Esta vez, nos ha tocado a nosotros ser los protagonistas. Y puedo usarlo a mi favor.

Porque todo esto no es más que una mentira. Y, precisamente por eso, es seguro.

He respondido a todas las preguntas de los paparazi como si nada y con seguridad porque no significaba nada. He comprobado por mí misma el resultado de tenernos como factores en la ecuación.

La gente solo ve lo que quiere ver y yo solo quiero que miren a otra parte.

Puedo aguantar a Ethan Adams durante estas semanas, o eso creo. Tampoco tengo otro remedio. Lo mínimo es sacar alguna ventaja de ello.

«¿Y si, con esto, los dos pudiéramos conseguir lo que queremos?».

Estoy harta de actuar como niños pequeños a los que obligan a jugar juntos en el patio del colegio. Pero si quieren que juguemos, entonces...

Capítulo 17

Ethan

—Dejémoslo al azar. —Nuestras caras se encuentran frente a frente y puedo leer sus labios. No sé cómo hemos acabado tan cerca—. Que sea el destino quien decida si continuamos con todo esto o lo dejamos estar.

—No te tenía por alguien que creyese en el destino.

—Me gusta creer más en el karma —responde. Entonces gira su cuerpo hacia el tablero mientras apila todas sus fichas—. Una tirada, a todo o nada.

Sé a lo que se refiere. No quiere hacer las cosas a medias.

Bien, porque yo tampoco.

—¿Por qué no tiramos una moneda?

—No le restes emoción al asunto —dice, y acto seguido pone todas sus fichas sobre uno de los colores—. Rojo: nos olvidamos de esta tontería, lo desmentimos y que la gente lo supere como hace con todo. Negro: cumplimos las reglas, fingimos soportarnos y rezamos por llegar al final del viaje sin que me arranque los pelos o a ti la cabeza.

Menos mal que he decidido guardar la servilleta en el bolsillo. Realmente necesito ese dinero y esta es mi única oportunidad de conseguirlo.

Antes siquiera de que pueda responder, la bola ya está rodando y los dos nos inclinamos hacia delante, mis brazos a ambos lados del

cuerpo de Dahlia rodeándola por detrás, mirando cómo la bola gira y gira hasta que...

Por favor. Ni siquiera sé lo que estoy deseando.

Pero sí lo sé. Lo que no sé es cómo sentirme al respecto.

La bola cae y suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo. Los hombros de Dahlia también se relajan.

Negro.

—Parece que sí te quedaba algo de suerte esta noche.

—Eso todavía está por determinar —replico. Creo oír a Dahlia reír por lo bajo.

Entonces se inclina para recoger todas sus fichas. Ha ganado la apuesta.

Lo ha jugado todo al negro.

La miro con atención mientras ella solo se encoge de hombros.

—Una opción ya era lo suficientemente mala; tenía que dividir el riesgo.

No se mueve de la barra y yo tampoco, esperando a que diga algo más, pero solo se dedica a mantener sus imponentes ojos oscuros sobre los míos.

—Parece que tenemos un trato —digo. Y no sé cómo, pero en ese momento el resto del salón se queda en silencio.

—Parece que sí —contesta ella, sin dejar de sostenerme la mirada.

Y es imposible haber conocido a Dahlia Harris un poco más en este tiempo, pero lo que sí sé es que ha tomado su decisión antes incluso de que la bola comenzase a girar, aunque se haya molestado en llamar al azar.

Ella sabía en qué color caería la bola. Y yo sé que ha escogido el color negro a propósito.

Miami está lleno de gente, de colores y de arte. Es por la última de las tres por lo que creo que este lugar te encantaría. También hay muchísimas cosas que hacer: he montado en moto de agua, pintado un mural y comido muchas arepas (no se lo digas a tu madre, las suyas siguen siendo de mis favoritas).

Dahlia me ha machacado jugando al póker. Apuesto que ver eso te habría encantado, incluso más que esta ciudad.

Diría que hemos hecho una locura y lo peor es que, en el fondo, no creo que lo sea.

Pregúntame en nuestra próxima llamada si sigo pensando lo mismo, seguramente te diga que sí.

Ojalá estuvieras aquí.
Te quiero.

Andrew Reid
Lake Shore Drive, 23
49423, Holland, Míchigan

Capítulo 18

Dahlia



Nuestro avión sale puntual del aeropuerto de Miami para aterrizar nueve horas más tarde en el Charles de Gaulle. Esta ciudad es una de mis favoritas y en apenas dos semanas ya no tendré que conformarme con pisar únicamente su aeropuerto. La Semana de la Moda de París es uno de mis eventos preferidos del año e incluso

ahora, con todo el drama que rodea mi situación y la necesidad de alejarme del foco mediático, sé que el balance será positivo.

He hablado con Romuald acerca de eso. Él sigue confiando en mí y yo no quiero decepcionarlo. A diferencia de la opinión del resto de la gente, la suya sí me importa. Él también se la tiene jurada a los medios y revistas de cotilleos por querer, según él, «jubilarlo antes de tiempo». La culpa había sido suya por decir que quería tomarse unas vacaciones largas.

Solo tenemos que esperar una hora antes de coger el siguiente enlace que nos llevará a nuestro destino final..., o eso creemos.

El vuelo a Atenas solo dura tres horas, que en comparación con el viaje anterior, en el que atravesamos el océano Atlántico, parece poco. Pero a mí se me hacen eternas.

Las náuseas acuden a mí cada poco tiempo, sin apenas descanso, y, a la mínima maniobra, mi cuerpo se tensa con la mera idea de tener que volver a recorrer a toda prisa el camino hacia el baño del avión.

La sensación de vértigo no me abandona en ningún momento, ni siquiera al aterrizar y dirigirme a los primeros baños que encuentro disponibles. Prácticamente me dejo caer de rodillas frente a la tapa abierta del váter para vomitar una vez más lo poco que ya queda en mi estómago, si hay algo. Las arcadas solo dan lugar a saliva, bilis y un sabor amargo en mi boca.

—Creo que la comida del primer vuelo me ha sentado mal —miento cuando veo a Ethan esperándome en la entrada del servicio.

Él no dice nada, solo asiente y a continuación los dos nos dirigimos hacia la salida. Ha estado muy callado durante el vuelo, sospechosamente tranquilo. Estaba demasiado ocupada echando las tripas fuera para disfrutar de esa especie de tregua que nos hemos

concedido mientras tratamos de averiguar en qué nos hemos metido.

Nuestros dos teléfonos se iluminan al mismo tiempo para señalar que todavía nos queda un viaje más. En barco.

—¿Te encuentras bien para navegar? —me pregunta mientras nos subimos en el taxi que nos llevará al puerto.

Cuando me veo la cara en el espejo retrovisor del conductor, me percato de mi piel pálida y un tono oliva antinatural. Tengo un aspecto bastante lamentable.

Asiento con la cabeza, respondiendo a su pregunta.

—Ahora mismo solo quiero llegar a cualquier sitio en el que pueda ponerme en horizontal y desaparezcan las ganas de vomitar.

«No acabo de decir eso en voz alta, ¿no? A Ethan Adams nada menos».

Pero está demasiado ocupado tratando de comunicarse con el conductor enseñándole la dirección a la que tenemos que ir, aunque no sé si el esfuerzo ha dado sus frutos, ya que el hombre conduce y conduce, pero el mar no se alcanza a ver por ninguna parte. Finalmente, y después de corregir la dirección dos veces —era Ethan quien la tenía mal, por supuesto—, cogemos el barco que nos lleva a la isla de Milos.

Nunca había estado en Grecia. Sus múltiples islas paradisíacas eran uno de mis destinos pendientes. Santorini es el nombre más sonado, pero esa parada nos espera más adelante, dado que, según ha apuntado Maia en el calendario de mis compromisos, tengo una sesión de fotos para la campaña de verano de una importante marca de ropa.

Tanto el nombre de Milos como su localización me resultaban desconocidos hasta ahora, pero supongo que eso forma parte de la gracia de este viaje. Conocer lugares nuevos por sorpresa.

Cuando te dedicas a las redes sociales y al mundo de la moda, viajar se convierte en un trabajo cuyo destino nunca decides tú. El término «vacaciones» se va diluyendo conforme transcurren los años, entre los meses de campañas, desfiles y eventos, aunque la gente lo confunda con un estado de descanso y disfrute continuo.

Nunca me he quejado, sé lo afortunada que soy por tener un trabajo como este, pero eso no significa que acepte todo lo que viene con él.

De todas formas, sienta bien acabar en un lugar en donde quieres estar..., aunque sea con Ethan Adams.



Ethan Adams, el mismo que ahora está golpeando la puerta de mi apartamento siguiendo un ritmo sincronizado, como si estuviera tocando una canción en su cabeza y sus nudillos siguieran el ritmo.

Por alguna razón, a mi cabeza viene la imagen de un mono con sus platillos dorados.

—Lárgate —grito sin salir de la cama y sin ni siquiera abrir los ojos. La cabeza todavía me palpita, pero el resto de mi cuerpo parece estar más relajado.

—¿Estás viva? —Oigo su pregunta como un hilo de voz desde el otro lado.

—Si digo que no, ¿me dejas en paz?

—Abre la puerta, tengo que hablar contigo.

No se rinde y vuelve a su concierto de golpes contra la puerta. Cuando por fin me levanto y abro, ni siquiera me percato de que he dormido con la misma ropa que vestía durante el vuelo, tengo el pelo revuelto y probablemente el maquillaje corrido.

Ethan no tiene mejor aspecto... o eso quiero creer. Viste unos pantalones de chándal cortos de color negro y una camiseta blanca, del mismo color que sus chanclas. También tiene el pelo revuelto, sus mechones rubios se disparan en todas las direcciones y las bolsas debajo de sus ojos me indican que él también acaba de levantarse.

Pero si este es el aspecto con el que se despierta él... es muy injusto.

—Me alegra verte de una pieza, flor. Ya estaba empezando a preocuparme —dice nada más verme, con su típica e insoportable sonrisa ladeada.

Me observa con atención, ni siquiera disimula al examinarme de arriba abajo, probablemente preguntándose por qué no me he cambiado de ropa. Como me supera ligeramente en altura y ahora no llevo tacones, mis ojos se encuentran directamente con sus labios rosados.

—Me emociona ver que te preocupas tanto por mi seguridad. Además de tu caballerosidad, ¿qué demonios haces aquí molestándome, Ethan?

—Quería saber si piensas salir de aquí. Llevas dos días durmiendo.

—¡¿Qué?! —chillo y mi voz aguda reverbera en el resto del pasillo.

«No es posible, hemos llegado hace tan solo un par de horas, ¿verdad?».

Me giro a toda prisa hacia las cortinas, que están solo parcialmente cerradas, pero por ellas no entra apenas luz. Es de noche.

¿Significa eso que me he pasado la mitad de nuestra estancia en este lugar durmiendo?

Corro de un lado a otro de la habitación, ni siquiera sé qué estoy haciendo, de repente me siento como si me hubieran dicho que me

he despertado en algún momento dentro de los siguientes treinta años.

Ethan me mira divertido, apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados, viendo cómo cojo mi teléfono esperando encontrarme cientos de llamadas de Maia y puede que el aviso de que un equipo de busca y captura viene hacia aquí.

Pero no hay nada de eso.

Porque solo han pasado seis horas desde nuestra llegada a la isla, y todavía es de madrugada.

—Te odio.

—Qué poco sentido del humor. Tendrías que haberte visto la cara.

Entonces, aún sin permiso, entra cerrando la puerta tras de sí y, de pronto, el ambiente cambia. Echo un vistazo rápido a toda la estancia de manera inconsciente buscando que todo esté en orden, pero cuando he llegado ni siquiera he deshecho las maletas y los tres bultos siguen en el mismo sitio donde los ha dejado el servicio de habitaciones, obstruyendo la entrada. Ethan los esquiva sin prestar atención.

—Ahora que tenemos que soportarnos varias horas al día para subir contenido juntos, quería saber qué te apetecía hacer.

«¿Horas? ¿Al día? Eso me parece excesivo». Pero miro otra vez la pantalla de mi teléfono y de mis labios salen otras palabras:

—Son las cuatro y media de la mañana, hora local.

—El sol está a punto de salir. Además, no podía dormir.

—Esa no es razón para que los demás no podamos hacerlo.

Ahora está apoyado contra la pequeña columna de carga de la entrada de mi apartamento. En realidad, todas las estancias del hotel tienen techos bajos de madera que contrastan con las paredes y los muebles de piedra blanca. A Ethan y a mí nos han ubicado en apartamentos contiguos, cada uno con un amplio espacio abierto

que alberga la enorme cama al fondo, un cuarto de baño descubierto y una sala de estar nada más atravesar la entrada. Yo estoy sentada en el sofá, que es mucho más cómodo de lo que imaginaba al principio, eso o que mi cuerpo sigue necesitando recuperarse del cansancio acumulado.

La decoración es minimalista y el único toque de color son los marcos de las ventanas y puertas azules, tan característicos de Grecia.

Ethan tiene un apartamento igual que el mío, o eso supongo. Ambos dan a la misma terraza trasera, solo parcialmente separada por un muro de piedra de un metro escaso.

—La agencia nos ha alquilado un coche para movernos por la isla y ha dejado una lista de actividades. El hotel prepara una cena al aire libre con música.

—Nos vemos en la cena, entonces.

—Míranos, pensando lo mismo como dos tortolitos. Dulces sueños, flor.

Tras esas palabras, se va. Ni siquiera tengo fuerzas para quejarme —una vez más— de ese ridículo apelativo.

Recorro el camino de vuelta hacia la cama, pero esta vez saco fuerzas para cambiarme de ropa a un conjunto cómodo y fresco, dado que el calor empieza a notarse y no quiero levantarme bañada en sudor.

Cojo mi teléfono antes de tirarme de espaldas sobre el colchón. Leo rápidamente los nuevos correos que he recibido en las horas de viaje.

Uno me llama especialmente la atención. Lo leo dos veces antes de que mis dedos abran mi agenda y llamen a mi contacto de emergencia sin ser consciente de la hora que es. Antes de que pueda colgar, contesta.

—¿Cómo está mi chica favorita? —Veo la cara de Maia algo borrosa y muy cerca de la cámara. Cuando lo posiciona para darme un mejor ángulo, veo que lleva puesto un vestido burdeos precioso y tiene el pelo parcialmente recogido.

—¿Qué haces despierta a estas horas? —pregunto.

—Nueva York es la ciudad que nunca duerme, *baby*. Además, solo son las nueve y media de la noche. ¿Quién crees que soy?, ¿mi abuela?

He olvidado que estoy en un continente distinto y que, por tanto, no solo nos separan miles de kilómetros, sino siete horas de diferencia horaria.

—¿Qué haces trabajando a estas horas? —es mi siguiente pregunta. Me ha contestado, lo que me confirma una vez más que Maia es una adicta al trabajo.

—Yo no lo llamaría trabajar. —Baja un poco el teléfono, lo suficiente para que pueda ver el escote pronunciado del vestido que no hace sino acentuar su esbelta figura. Y, por supuesto, delante de ella, apoyada sobre la barra, una copa.

—¿Es un sex on the beach?

Ella asiente con la cabeza.

—Yo preparo uno mucho mejor. Creo que debería presentarme a algún concurso.

Maia prepara uno de los mejores cócteles que yo he probado nunca. Mi favorito y su especialidad: sex on the beach. Por eso nos conocimos, al fin y al cabo, aunque no me dejara probarlo en aquel entonces.

Hace un año se le ocurrió visitar cada fin de semana un bar de Nueva York en busca de un cóctel como ese que fuera mejor que el de ella. De momento ha conseguido ir todos los fines de semana a

un bar nocturno a tomar esa bebida, pero no ha logrado encontrar una mejor.

—Podemos hablar mañana —digo arrepintiéndome por el impulso de haberla llamado. Maia no sabe rechazar a la gente—. No deberías estar trabajando.

—Cariño, estoy en un bar.

—Hablando conmigo. Tu trabajo.

—No digas tonterías. No puedo con la incertidumbre. ¿En qué parte del mundo estás ahora mismo?

—En Milos, Grecia.

—¡Qué envidia! Pero, entonces —hace las cuentas rápidamente—, la que debería preguntar qué haces despierta soy yo.

Pongo los ojos en blanco.

—Ethan —respondo sin más, pero, al ver su cara, con sus cejas levantadas e insinuantes, aclaro—: Deja de pensar lo que estás pensando, mente sucia.

—Una puede soñar.

—Espero que te refieras a ti y a él, porque, si no, da un poco de mal rollo.

Se encoge de hombros, sin sentirse para nada cohibida. Yo, sin embargo, no puedo deshacerme de esta sensación incómoda que sé que no desaparecerá mientras cumplimos las estúpidas reglas que se nos ocurrió escribir en una servilleta.

«Tú accediste», me recuerdo. Solo que soy demasiado orgullosa para admitirlo en voz alta.

—Quiero que me lo cuentes todo.

Me gusta hablar con Maia. Como mi agente, debe estar al día de todo lo que pasa en mi vida para así organizar mejor mi agenda y seleccionar negocios, por lo que siempre la mantengo perfectamente informada.

Así que, a pesar del cansancio, lo hago. Le cuento cada detalle y conversación entre Ethan y yo, excepto nuestra especie de pacto firmado en nuestra última noche en Miami. Supongo que hay cosas que no puedo contarle porque escapan de nuestra relación profesional.

—Esto es muy fuerte, ¡os vieron subir juntos a la habitación!

Dado que nuestros cuartos estaban uno al lado del otro... no tuvimos otra opción.

—¡Ibais de la mano! —chilla, sin importar que esté en un lugar público.

—Se me rompió el tacón —respondo sin más. Sé que no se lo cree, pero no me importa. El caso es que decidimos aplicar la primera regla de inmediato. Maia no dice nada—. Intenta no hacer una montaña de un grano de arena.

—¿Estás de broma? Ya he hecho un castillo. Estoy a esto de crearme una cuenta de fans con vuestro *shippeo*: ¿Dahlethan? ¡Ethalia!

Espero que ese no sea nuestro nombre definitivo.

—Disfrutas haciéndome sufrir, ¿verdad?

—No sé a qué estáis jugando, pero esto no hace más que impulsar la campaña que te he enviado.

No puedo olvidar el principal motivo de la llamada, aunque haya acabado alargándose casi una hora.

A pesar de mis dos meses desaparecida, Maia ha conseguido mantener muchos de mis contratos, en las mismas condiciones o incluso mejores, pero con una gran excepción. Una de las mayores empresas de moda y cosmética del país quería contratarme para el lanzamiento de una colección especial veraniega. Era una gran oportunidad que no se presenta todos los días, incluso para mí. Pero retiraron el contrato por mi desaparición. Los tiempos se volvían muy

justos y, además, ahora me ven como alguien volátil y poco fiable. Saben que puedo generar muchos beneficios, pero no están seguros de querer asumir el riesgo que puede suponer apostar por mí ahora mismo.

Ahora, al parecer, la situación ha cambiado. El contrato está de nuevo sobre la mesa. Pero con una condición.

Una condición muy grande.

—Mañana te digo algo.

—Qué ganas de escuchar tu respuesta. —Su tono es burlón.

—Vete a la mierda.

—¡Sueña cosas bonitas con Ethan Adams!

—Entonces serían pesadillas.

Tras colgar, me quedo tumbada boca arriba y con el móvil sobre el vientre. Las sábanas cubren parcialmente mi cuerpo y a través de la pequeña ventana puedo ver cómo empiezan a salir los primeros rayos de sol.

Trato de sacarme este tema y a Ethan de la cabeza. Pienso disfrutar estas pocas horas que me quedan de sueño. Así que cierro los ojos y me vuelvo a dormir en cuestión de minutos.

Acabo despertando con el sonido de mi alarma y el sol iluminando mi cara con un único pensamiento: «He soñado con Ethan Adams».

Y me he despertado sudando.

Capítulo 19

Ethan

> **Papá:** ¿Estás siempre con el móvil
> pero no puedes responder al teléfono?

—Así que se trata de una campaña para una colección especial.

Dahlia asiente.

—Que quieren que hagamos juntos.

Mueve de nuevo la cabeza afirmativamente.

—¿Los dos? ¿A la vez?

—¿Aparte de tonto eres sordo?

—Vaya, tú sí que sabes cómo convencerme.

Estamos cenando en uno de los mejores restaurantes de Plaka, la capital de la isla, con unas impresionantes vistas y música en directo, todo iluminado con pequeñas bombillas que decoran la terraza y montones de velas.

De verdad, ¿qué le pasa a la gente con las dichosas velas?

Dos cenas «románticas» con Dahlia en menos de una semana son demasiado. Por lo menos, esta vez pedimos cada uno nuestro propio plato y no tengo que soportar su escrutinio con cada bocado que doy.

Al parecer, es en estas ocasiones cuando tratamos los temas importantes. En la cena de Miami se me ocurrió por primera vez la idea de llevar a cabo este pacto y continuar con el engranaje. En la

de ahora, la oportunidad de realizar una campaña conjunta que afianzaría todavía más esta idea falsa de lo que sea que hay entre nosotros.

Casi no hemos empezado y la bola de nieve ya se está haciendo más grande. Solo espero que no nos aplaste.

—Lo siento, no estoy interesado —respondo después de varios minutos en silencio.

—¿Estás loco? Es una de las mayores compañías internacionales, el contrato no es exclusivo y el sueldo por el día de rodaje es de cinco cifras, más comisiones.

«Joder, eso es muchísima pasta».

Trago saliva y finjo que la oferta no me afecta en absoluto.

—No estoy en las redes sociales por temas de dinero.

—Pero lo necesitas, has accedido a esto —nos señala, haciendo referencia a nuestro acuerdo— con el propósito de ganar el premio del millón de creadores. Espero que tu necesidad económica no se deba a lo mal que juegas al póker.

—Primero, no juego mal al póker; me pillaste en un mal día. Segundo... —Me quedo a medio camino de responder—. Es complicado.

Y tanto que lo es, a veces no lo entiendo ni yo, pero la lógica está ahí. Un premio es un premio, no puede rechazarse. Y para mí tiene un único propósito. Pero el dinero en el banco da posibilidades, unas posibilidades en las que no me puedo permitir pensar.

—¿Quieres más dinero?

—No es eso. Diles que haces tú sola la campaña y ya está.

—No puedo. —Deja el cubierto sobre la mesa y lleva sus dos manos a su regazo, mira hacia abajo y está... ¿nerviosa?—. Nos quieren a los dos o a ninguno. He tenido algún problema con la

marca en los últimos meses y... bueno... quieren saber si pueden volver a apostar por mí.

Así que se trata de eso. No me está ofreciendo una oportunidad de trabajo, me está pidiendo ayuda. A su manera, claro.

Con su orgullo por delante, que comienza a flaquear ante la confesión de la verdadera razón de tanta insistencia. Por supuesto, no lo hace para perseguir mis posibles intereses, sino los suyos.

—Dahlia Harris, ¿estás admitiendo en voz alta que me necesitas?

—Puedo seguir con mi carrera sin esta colaboración, es solo una más —replica a la defensiva.

—Pero la quieres.

Ante mi afirmación, no contesta, y eso es respuesta suficiente para confirmarme que estoy en lo cierto.

Quiere ese contrato y le enfada que no dependa de ella. Que dependa de mí.

—Me lo pensaré.

—Tengo que darles una respuesta a finales de semana.

—Mañana la tendrás, flor.

Levanto mi copa y ella imita mi movimiento, vacilante.

Sé que quiere tenerme de su lado cuando no hace ningún comentario acerca del apelativo que uso con ella. Sé que lo odia, creo que por eso le he cogido tanto cariño. La dalia es una flor, al fin y al cabo.

Cuando busqué su significado en internet, vi que representaba la dignidad y la elegancia. Me pregunté si sus padres sabrían que su hija acabaría siguiendo este camino y reflejando esas mismas cosas, si habrían intervenido en ello, porque con el nombre habían dado en el clavo. De todas formas, no creo que haya ninguna flor que represente la mala leche.

—¿Por qué brindamos?

—No tengo ni idea —respondo sincero, con nuestras copas a escasos centímetros de chocar—. ¿Por el destino?

—No creo que nos tenga mucho cariño.

—¿El karma?

—Definitivamente nos odia.

Se me escapa una risa.

—Pues por nosotros. Hipotéticamente.

—Hipotéticamente.

Entonces sí hacemos chocar nuestras copas con un sonido agudo que reverbera en mis oídos durante unos segundos.

Al terminar de cenar, volvemos a pie a nuestros apartamentos contiguos, que no están lejos. La ciudad no es demasiado grande, así que todo queda bastante cerca, aunque sí agradezco el coche para movernos libremente por los alrededores y explorar el resto de la isla, que es lo que se supone que tenemos que hacer mañana si seguimos el itinerario que nos ha preparado la agencia. Un itinerario que estoy dispuesto a cambiar.

Dahlia no se ha unido a mí hoy. No me quejo, disfruto de la tranquilidad y de mi propia soledad, llevo ya unos años viajando solo y todavía siento que no han sido suficientes.

Mañana empieza el verdadero reto, porque se supone que tenemos que visitar juntos la ciudad de Klima, antiguo pueblo de pescadores que todavía conserva parte de ese estilo de vida, aunque el turismo haya cogido gran terreno.

Estoy especialmente emocionado. Miami me ha gustado, me encanta recorrer las ciudades más grandes e importantes del planeta, pero nada se compara con los pequeños y añejos lugares que aparecen en el mapa con un tamaño de letra diminuto, esos que conservan la esencia, donde te puedes perder en su naturaleza.

Grecia, concretamente la isla de Milos, es un paraíso natural, y muchas de las carreteras son solo eso, asfalto o tierra dando curvas durante kilómetros y kilómetros, conectando un pueblo con otro, embriagados de la más pura calma.

Los amaneceres y atardeceres... tengo muchas ganas de verlos. Si es verdad que sucede, este es un lugar en el que podría ocurrir.

Me encuentro tan perdido en mis pensamientos que no me doy cuenta de que me he parado frente a un local del que emerge música electrónica. Por fuera es como el resto de las edificaciones, una casa de piedra blanca con los marcos de las ventanas y la puerta de color azul. Lo único que la diferencia son las luces de colores que salen del interior y la gente que ocupa el patio en un ambiente animado. Sin duda es un pub local.

Dahlia también se detiene y saca un par de fotos desde la distancia. Unos hombres silban en nuestra dirección, pero ella los ignora.

—¿Vas a entrar? —pregunta.

—Tal vez —respondo—. ¿Y tú?

—Tal vez. —Pero ninguno de los dos se mueve—. ¿A qué hora tengo que estar lista mañana?

—Podemos salir a las ocho. Buenas noches.

—Buenas noches. No llegues tarde.

«Qué bien lo vamos a pasar», pienso.



Me despierto sin necesidad de oír la alarma que tenía programada para dentro de veinte minutos. Mi cuerpo ya se ha acostumbrado a

levantarse antes de que salga el sol y las calles todavía guardan silencio absoluto.

Me dirijo a la ducha en modo automático y salgo con ropa limpia puesta: una camisa blanca de manga corta con dibujos de diferentes atracciones y símbolos de la isla griega en forma de garabatos azules que compré ayer en un comercio local.

Me pregunto cuánto tardará Dahlia en criticarla.

Sobre los bóxers negros me pongo un bañador de color azul marino.

El apartamento tiene una zona de comedor con todo lo necesario, así que no me tengo que preocupar por molestar al servicio de habitaciones a estas horas. Necesito un buen café y no puedo esperar a la hora del desayuno.

Pongo la cafetera sobre el fuego y toda la estancia se impregna enseguida del característico olor del brebaje. Me lo sirvo solo, a pesar de que me gusta más con leche para combatir su amargura; por las mañanas me ayuda a despertar de golpe.

Salgo a la terraza. El sol todavía no ha salido, pero el horizonte ya se tiñe de los primeros destellos del alba y la claridad va ganando terreno tímidamente. Me siento en el banco de madera, cruzo las piernas y disfruto de las vistas. No pasa nada.

El aire fresco me eriza la piel, disfruto de las sensaciones y los escalofríos que provoca.

Entonces, ese ambiente de tranquilidad se rompe, y el silencio también. Desde el otro lado, comienzo a oír música a todo volumen.

Conozco la canción. Vaya si la conozco, es una de mis favoritas.

Mucha gente conoce este tema, lo que me sorprende es que provenga del apartamento de Dahlia. No es para nada el estilo de música que me pega con ella. Aunque, pensándolo mejor, no me la

imagino escuchando ningún tipo de música, ni siquiera a Taylor Swift.

Mi cabeza comienza a divagar con posibilidades poco agradables. Para mí, al menos. ¿No iría finalmente al pub y volvería... con alguien?

Me molesta. No la música, que es genial, sino que fuera anoche al pub (al fin y al cabo, fui yo quien lo vio primero) y yo no lo hiciera, pero cuando llegué aquí estaba demasiado cansado para volver a ponerme en posición vertical. Tal vez me molesta que ella esté acompañada y yo solo, u... otra cosa.

«Por favor, que esta música no sea para disimular los ruidos de un polvo mañanero».

No la tenía por una persona a quien le gustase el sexo matutino; es demasiado estirada.

El turno de desayuno casi ha abierto y no me apetece tener que interrumpirle la faena, pero menos me apetece llegar tarde al *buffet* y, por lo visto, tenemos que aparecer juntos.

No visualizo a Dahlia siendo de las que se levanta por las mañanas de buen humor, imagínate si le corto el rollo.

Sigo sentado en el banco y, desde mi posición, veo una sombra en movimiento. Aparto la mirada de manera inconsciente. Pero oigo el sonido de la ventana corredera del patio contiguo deslizándose, abriéndose.

«Por favor, no quiero oír ningún ruido». Pero sí que oigo su voz... cantando. «¿Cantando?».

La curiosidad me lleva a inclinarme hacia delante y encontrarme con una de las últimas cosas que esperaba ver.

Mi cabeza estaba tan ocupada NO imaginándose a Dahlia follando que no había imaginado otros escenarios. Pero, de haberlo hecho, no hubiera sido este.

Dahlia Harris, la misma Dahlia Harris que siempre calza tacones, te mira por encima del hombro y es demasiado buena al póker para mi propio orgullo, está bailando y cantando a todo pulmón una canción de pop-soul.

Lleva puesto un conjunto de ropa interior compuesto por un top corto de tirantes y unos pantalones muy cortos y ceñidos que marcan sus curvas. Tiene el pelo revuelto, así que es obvio que se acaba de levantar, con mucha energía por lo que veo. Y sola.

De repente, soy consciente de la intimidad de este momento y me obligo a apartar la mirada, pero mi cuerpo tarda unos segundos en procesar la orden que viene directamente del cerebro. Así que la miro. Solo unos segundos más de la cuenta.

Decido fingir que no he visto nada, por muchas ganas que tenga de ver su cara. Valoro demasiado mis huevos para hacerlo, y sé que me los cortaría en pedazos si conociera nuestro nuevo pequeño secreto.

Capítulo 20

Dahlia



Cuando estoy lista (antes de la hora prevista), salgo de mi apartamento para dirigirme al de Ethan pensando que seguramente llegará tarde, como de costumbre, al desayuno. Me sorprendo al ver su puerta ligeramente abierta, por cuya rendija se cuela la luz del sol. La empujo despacio y, cuando apenas he puesto un pie dentro, siento un objeto que vuela en mi dirección a toda velocidad, cortando el aire.

Aunque me considero una persona madrugadora, es demasiado temprano para que mis reflejos estén despiertos. La única razón por la que el aparato no impacta contra mi cara es que ha golpeado la pared.

—Has fallado.

Entonces Ethan parece darse cuenta por primera vez de mi presencia. Echo un vistazo rápido a la estancia. Está

asombrosamente ordenada. Recojo el teléfono y se lo tiendo de vuelta.

No solo cae bien a todo el mundo, sino que además tiene suerte: su pantalla no ha sufrido ni un rasguño.

—Perdón, no quería darte.

—¿Un *hater*? —pregunto, aunque no me importa.

—Peor: mi padre.

Me extraña la sinceridad de su respuesta, demasiado personal. Creo que a él también.

No sé qué responder a eso, así que asiento con la cabeza. Por suerte, el mismo Ethan da por terminada la conversación, liderando la marcha hacia el comedor y luego al coche que nos llevará a nuestros destinos programados para hoy.

El trayecto es silencioso, pero no tan incómodo como esperaba.

Ethan conduce. Después del desayuno ha tenido el detalle de preguntarme si quería llevar el coche a la ida y que él lo trajera a la vuelta. Me he negado simplemente alegando que llevaba tacones; no me ha apetecido explicarle que en realidad no tengo carnet de conducir.

Aprovecho para subir unas cuantas fotos. Ethan aparece en una de ellas y, por supuesto, es la que más está gustando. A pesar de su camisa.

Estar en uno de los rincones más paradisíacos del mundo también ayuda. Este lugar es de ensueño. Acostumbrada a las grandes ciudades, nunca había tenido la oportunidad de encontrarme perdida en un sitio como este. Por primera vez en mucho tiempo, esa palabra no tiene un significado negativo.

Miro a Ethan, que tiene la mirada puesta en la carretera de tierra a través de sus gafas de sol. Tengo el estúpido pensamiento de que no se ve tan despreocupado como siempre, incluso diría que está

atormentado, lo que no tiene sentido, porque yo no lo conozco en absoluto. Pero sus dedos golpean con un ritmo errático el volante, revelando su nerviosismo.

Me pregunto si su padre tiene algo que ver en eso y cómo será su relación con él. Niego con la cabeza eliminando ese pensamiento. No me importa lo más mínimo.

—Ya hemos llegado —anuncia apagando el motor y luego la radio, el único sonido que ha roto el silencio durante el trayecto.

—¿No estamos muy lejos?

—Hay un aparcamiento más abajo, pero suele estar lleno, así que lo mejor es caminar desde aquí. Además, hay cerca un acceso a una playa menos concurrida.

Cómo sabe todo eso, no tengo ni idea.

Cogemos nuestras cosas; él, la misma mochila enorme con la que viaja, yo una bolsa de mimbre.

—¿Nos damos la mano?

Asiento con la cabeza: regla número uno.

Le tiendo mi mano para que mis dedos se entrelacen con los suyos, cálidos de haber agarrado el volante. Nos costó varios intentos encontrar una posición cómoda. Me adapto a su ritmo y él al mío a medida que empezamos a andar, pero la sensación es antinatural.

Nuestra presencia no pasa desapercibida por algunos turistas, que se paran unos segundos a estudiarnos, una parte perplejos por encontrarnos aquí y la otra que duda de que seamos realmente nosotros.

Al final agradezco que nuestras manos estén juntas para que me ayude a descender por el camino de rocas empinado. Tal vez no debería haberme puesto tacones.

Cuando llegamos, Ethan tiene razón. En la otra orilla podemos ver a otros turistas disfrutando del mar, barcos navegando y niños salpicándose, pero, a este lado, solo estamos nosotros.

—¿Impresionada, flor?

Lo estoy, pero no pienso decirlo en voz alta.

A pesar de ser temprano por la mañana, el calor ya es intenso y mis pies piden refrescarse en el agua cristalina. El mar está en calma, el sonido de las olas reverbera firme y a intervalos regulares.

Extiendo mi toalla al lado de la de Ethan, pero a una distancia prudencial, mientras él se desviste hasta quedarse solo en bañador. Me quedo mirándolo un poco más de lo necesario pero él ya está corriendo hacia el agua, así que no se da cuenta de que mi atención está puesta en su piel bronceada, más morena que al principio del viaje, y en sus músculos tensarse con el movimiento de sus brazos.

Desaparece rápidamente bajo el mar, dejando un reguero de espuma tras de sí. Mientras nada, me quito la ropa para quedarme en un bikini azul de dos piezas del mismo color que el agua marina y cubro todo mi cuerpo con crema solar.

Estoy sintiendo mi piel tostarse bajo el sol abrasador cuando oigo pisadas sobre la arena en mi dirección y siento una sombra alargada cernirse sobre mí.

Ethan revuelve su pelo rubio, que mojado parece casi moreno, encima de mí, haciendo que pequeñas gotas caigan sobre mi vientre y todo mi cuerpo.

—¿Qué eres, un perro? No me salpiques.

—Tienes que probar el agua, está buenísima.

—Está fría.

—El frío es psicológico.

Finalmente accedo; él parece sorprendido de haberme convencido.

—Sácame unas fotos.

Pone los ojos en blanco, pero no se niega y me sigue hasta llegar a la orilla.

Como imaginaba, el agua está fría y mi primer impulso cuando mis pies se bañan en ella es salir corriendo de vuelta a la toalla, pero el paisaje es demasiado espectacular, así que valdrá la pena. Ethan ya está detrás de mí con el móvil en la mano esperando a que me coloque para las fotos.

Me adentro hasta que mis rodillas quedan totalmente cubiertas y me preparo para posar. Cruzo ligeramente las piernas y levanto los brazos por encima de la cabeza entrelazando mis dedos. Giro un poco la cabeza y cierro los ojos, aunque no se perciba a través de mis gafas, dejando que el sol acaricie mi rostro y me ayude a combatir el contraste de la temperatura del agua.

Me muevo lentamente probando otras poses, pero, cuando miro a Ethan, lo veo atento a un punto más allá de nosotros. Y ni siquiera tiene el móvil enfocando en mi dirección.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunto.

—Esperar a que termines de estirar.

«Tiene que estar de broma».

Cuando se encoge de hombros, me doy cuenta de que lo está diciendo en serio.

—Estaba posando —respondo con voz aguda al tiempo que me acerco hasta él para tirarle del brazo y atraerlo mar adentro—. Y estás mal colocado, desde ahí no van a salir bien las fotos.

Le doy el resto de las instrucciones y le digo cuál es mi lado bueno.

—¿Te ves capaz?

—Solo son unas fotos. —Lo fulmino con la mirada—. Empiezo cuando te estires.

—Estoy *po-san-do*.

Me gustaría saber cómo vamos a conseguir salir adelante con todo esto. A pesar de nuestro acuerdo, siento que no nos hemos movido del punto de partida.

Somos totalmente incompatibles. Ethan Adams sigue sacándome de mis casillas.

Ya no tengo frío, mi cuerpo se ha aclimatado a la frescura del agua. Doy media vuelta, dispuesta a colocarme de nuevo en el lugar inicial, cuando algo roza mi tobillo. Y luego el otro.

—¡AAH! —chillo dejándome la garganta.

No sé de qué se trata, solo que lo siento suave y escamoso sobre mi piel, con dos ligeros aleteos.

Actúo por puro impulso. Si mi mente hubiera sido capaz de recapacitar tan solo un segundo, no habría ocurrido. Pero, antes de ser consciente siquiera, mi cuerpo está colgado del de Ethan, mi pecho pegado a su torso y mis brazos agarrando su cuello con fuerza mientras mis piernas rodean sus caderas, todavía balbuceando algo sin sentido e ignorando sus gritos confusos.

El peso repentino de mi cuerpo lo desestabiliza, sus manos sujetan mi cintura en un intento por mantener el equilibrio, pero sus movimientos son en vano y ambos caemos sobre la arena blanda de la orilla. Yo encima de él.

—¿Qué demonios ha sido eso?

—Un pez me ha rozado el pie.

—Pues claro, Dahlia, ¡estamos en el puto mar!

Está tumbado de espaldas sobre la arena y yo, sentada a horcajadas sobre él; tengo sus ojos azules a escasos centímetros, que no me distraen del hecho de que nuestros cuerpos están demasiado juntos en ciertas zonas...

«No pienses en ello», me digo.

—¡Mi teléfono! —grito, desviando la mirada hacia el brazo que no tiene sumergido; entre sus dedos está el móvil.

Se lo arranco de golpe y lo examino con cuidado. La pantalla se desbloquea al identificar mi cara. Ha logrado salvarlo.

—Lo único que tenemos que lamentar es que voy a necesitar una espalda nueva.

Ethan trata de incorporarse, reduciendo la distancia y aumentando la presión que siento en el pecho. Y en la parte baja de mi abdomen.

En ese instante, los dos parecemos ser conscientes de la postura comprometida en la que nos encontramos. Me levanto rápidamente de encima de su regazo, él permanece unos segundos tumbado y cubierto por el agua fría. Veo que tiene rozaduras en los codos; uno de ellos sangra.

—Lo siento —digo. Él sigue la dirección de mis ojos hacia su codo —. Estás sangrando.

Se lo examina, no parece haberse dado cuenta.

—¿Sigues queriendo esas fotos?

Capítulo 21

Ethan

La decisión de ponerme un bóxer debajo del bañador no sé si ha sido la mejor o la peor que podría haber tomado.

Joder, en un momento estaba recibiendo instrucciones (bastante estrictas) sobre cómo hacer una foto decente en términos de Dahlia Harris y al siguiente la tenía colgando como un peso muerto de mí.

Todo sea dicho, su peso no ha sido el mayor problema, su pecho se ha pegado al mío con fuerza y sus brazos han rodeado mi cuello impidiéndome respirar.

Mi espalda ha golpeado la arena primero, pero ha sido la presión de su cuerpo lo que ha hecho que el mío reaccionase. Hostias, me da hasta vergüenza admitir la rapidez con la que mi miembro ha cobrado vida bajo su contacto. Parezco un puto adolescente salido.

«Hace demasiado tiempo que no echo un polvo».

La reacción de mi cuerpo a su contacto me pone de mala leche, más de la que me produce que nos hayamos caído por su estúpida reacción ante el roce de un pez que no sería suficiente ni para una comida en condiciones.

Nos quedamos así unos segundos. Mi miembro parece ser el único capaz de reaccionar, porque mi cabeza se niega a procesar que ambos nos encontramos muy cerca el uno del otro. Puedo contar las pecas que decoran sus mejillas y que no sabía que tenía.

Ella reacciona antes que yo y se levanta rápidamente. A mí no me viene mal seguir aprovechándome de la temperatura fría del agua.

—¿Sigues queriendo esas fotos? —digo, en un intento por desviar la atención de lo que sigue pasando en la parte baja de mi anatomía.

Sin responder, vuelve a tenderme su móvil y se pone en posición. Como ella me indica, pulso el botón más de diez veces entre pose y pose. Sigo pensando que parece que está estirando, pero qué sé yo sobre sesiones de fotos. Cuando termina, ni siquiera las mira y vuelve de inmediato a la toalla.

Mientras, yo sigo recuperándome de nuestro... lo que quiera que haya sido eso.



El resto de la mañana lo paso explorando la zona de las playas, grabando vídeos con mi cámara para subir a redes y haciendo fotos que luego enviaré a Andrew. Él fue la primera y única persona con la que compartí mis viajes al principio; lo grababa absolutamente todo para que él también pudiera verlo. Las redes eran la forma más fácil de hacerlo, hasta que en una ocasión olvidé marcar la opción de vídeo privado y este se hizo viral en cuestión de horas. Andrew me dijo que subiera los siguientes de la misma manera; él subió algunos de los anteriores.

En cuestión de meses, dejé de pensar en el poco dinero que tenía en mi cuenta bancaria y en los trabajos que debía aceptar durante mis escapadas para poder pagar el siguiente billete. Ya no tenía que preocuparme de eso ni de la vuelta, no mientras pudiera depender de mí. Más o menos.

Al fin y al cabo, todo trato tiene sus condiciones.

Andrew, desde Holland, se ofreció a ayudarme con la gestión de los contratos y mis viajes. Taylor lleva los números de mi cuenta. Cada vez más empresas y colaboradores están interesados en mí, pero yo siempre digo que ese no es el motivo por el que estoy haciendo todo esto.

Viajar por el mundo, ese es mi único objetivo. Quiero recorrerlo todo, no quiero pensar en dejarlo para otro momento. Porque solo tengo el ahora. Sé perfectamente que todo puede torcerse. Ya ha pasado una vez.

Así que Andrew se ha convertido en mi agente, si se puede llamar así, pero desde el principio he querido mantenerlo alejado de todo esto. Él no quiere llamar la atención y yo lo respeto, yo mismo querría pasar más desapercibido en la mayoría de las ocasiones y eventos a los que estoy obligado a asistir porque Andrew acepta las invitaciones sin consultarme, metiéndome en un compromiso que, según él, le agradeceré en el futuro.

De momento, aún no he sentido esa gratitud.

Vuelvo a nuestro punto de encuentro. Dahlia está tumbada sobre la toalla, ni siquiera se percata de mi presencia. Su atención está puesta en un pequeño cuaderno en el que dibuja lo que me parecen siluetas y prendas de ropa.

—¿Qué es eso? —Me inclino un poco, pero entonces cierra su libreta de golpe.

—No es nada —responde rápidamente.

—Si no fuera nada, no estarías sonriendo.

Arruga el entrecejo. ¿No era consciente de la sonrisa que se dibujaba en su rostro?

Entonces oigo mi teléfono sonar en algún lugar de mi enorme mochila. Cuando lo encuentro, veo que tengo dos llamadas perdidas

del mismo número.

Hablando del rey de Roma.

Me llevo el móvil a la oreja, esperando a que los sonidos monótonos acaben transformándose en su voz.

Pero, en su lugar, oigo una que es femenina y aguda.

—No entiendo cómo llamas tanto a mi hermano cuando podrías hablar conmigo.

Hablando de la reina de Roma.

—Hola, TayTay —respondo; se me dibuja enseguida una sonrisa en la cara—. ¿Cómo va todo?

—En unos días empiezo en mi trabajo de verano.

—¿Qué has encontrado esta vez?

—Monitora de *windsurf*.

—¿Alguna vez has hecho *windsurf*?

—Ya sabes que no, pero no es culpa mía que contraten a cualquiera. —Me río ante su comentario. Oigo voces a lo lejos, así que sé que no está sola—. Además, solo tengo que alquilarles las tablas a los críos, animarlos diciendo que mantengan el equilibrio y rescatarlos con la moto de agua si se alejan mucho de la orilla. Está chupado.

—¿Qué ha pasado con el trabajo que te ofrecieron el año pasado en la heladería?

—Ethan, cuando estuviste aquí durante dos semanas en agosto viniste a tomar un helado. ¿De verdad crees que querrían volver a contratarme este año?

Vuelvo a reír, con ella siempre es así.

Taylor Reid es muchas cosas: la hermana de mi mejor amigo, mi propia mejor amiga, una pelirroja que siempre se sale con la suya y una chica demasiado inteligente para su propio bien y el nuestro.

Pero hace los peores helados de la historia. Servía los cucuruchos de vainilla inclinados que ella misma había bautizado como conos de Pisa y las bandejas siempre llegaban medio derretidas y con el sirope equivocado (y eso que solo había tres sabores).

Pero nadie en el pueblo decía nada al ver la sonrisa de Taylor y porque, en el fondo, creaba las mezclas más raras de helado, pero que estaban sorprendentemente ricas.

Su jefe no pensaba lo mismo.

—Taylor, ¿has visto mi teléfono? —La voz de Andrew suena más allá de la línea, pero me llega con claridad—. Oye, que te he dicho un millón de veces que no cojas mi móvil sin permiso, joder.

—¿Por qué? ¿Tienes el porno aquí guardado o algo?

Desisto de toda esperanza de continuar la conversación con ninguno de los dos. Me imagino a los hermanos uno frente a otro retándose a un duelo de miradas por ver quién acaba cediendo.

—Dámelo.

—Atrápame si puedes —suelta Taylor.

Vale, eso ha sido un golpe bajo, pero ella parece ser la única capaz de bromear con eso y la única a la que Andrew se lo permite.

Andrew siempre se lo ha permitido todo. Al fin y al cabo, Taylor es nuestra chica.

Tres años de diferencia no parecen demasiado, pero lo eran cuando éramos unos críos y apenas llegábamos al metro cincuenta. Sin embargo, conforme fue avanzando el tiempo, las similitudes físicas entre los hermanos se fueron acentuando y pasaron de compartir no solo su piel clara y ojos pequeños, sino también unos rasgos angulosos, más marcados.

En personalidad, todo el mundo dice que son polos opuestos, pero en realidad yo creo que se complementan. Taylor es un huracán;

Andrew, la calma que le precede o le sigue, pero siempre van de la mano.

—Llámame, ¿vale? —El tono de Taylor se vuelve un poco más serio.

—Vale.

—Hablo en serio, Ethan.

Antes de que pueda responder, la voz de Andrew aparece al otro lado de la línea.

—¿Sigues ahí?

—Aquí estoy.

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —repito—. ¿Me has llamado dos veces en diez minutos solo para saber qué pasa?

—Quiero enterarme de la vida de mi mejor amigo a través de él, no de las redes sociales.

—No hay mucho que contar.

—La revista a la que estoy suscrito opina lo contrario. —No entiendo a lo que se refiere—. Iré al grano: vas a aceptar la colaboración con Dahlia, ¿no?

—No quiero —digo, sin importarme que Dahlia esté a mi lado y pueda oírme. Estoy siendo sincero. Además, ni siquiera creo que me esté prestando atención.

—En la vida hay que hacer cosas que no queremos.

«Dímelo a mí —pienso—. Al fin y al cabo, es lo que me ha traído hasta aquí».

—Lo sé, Pepito Grillo. Todavía lo estoy pensando —miento. Y Andrew sabe que miento.

—Hoy le tienes que dar la respuesta —me recuerda. Llevo dándole vueltas todo el día y, cada vez que pienso en ello, estoy menos

convencido—. Que me manden el contrato para echarle un ojo antes de que lo firmes.

—No voy a...

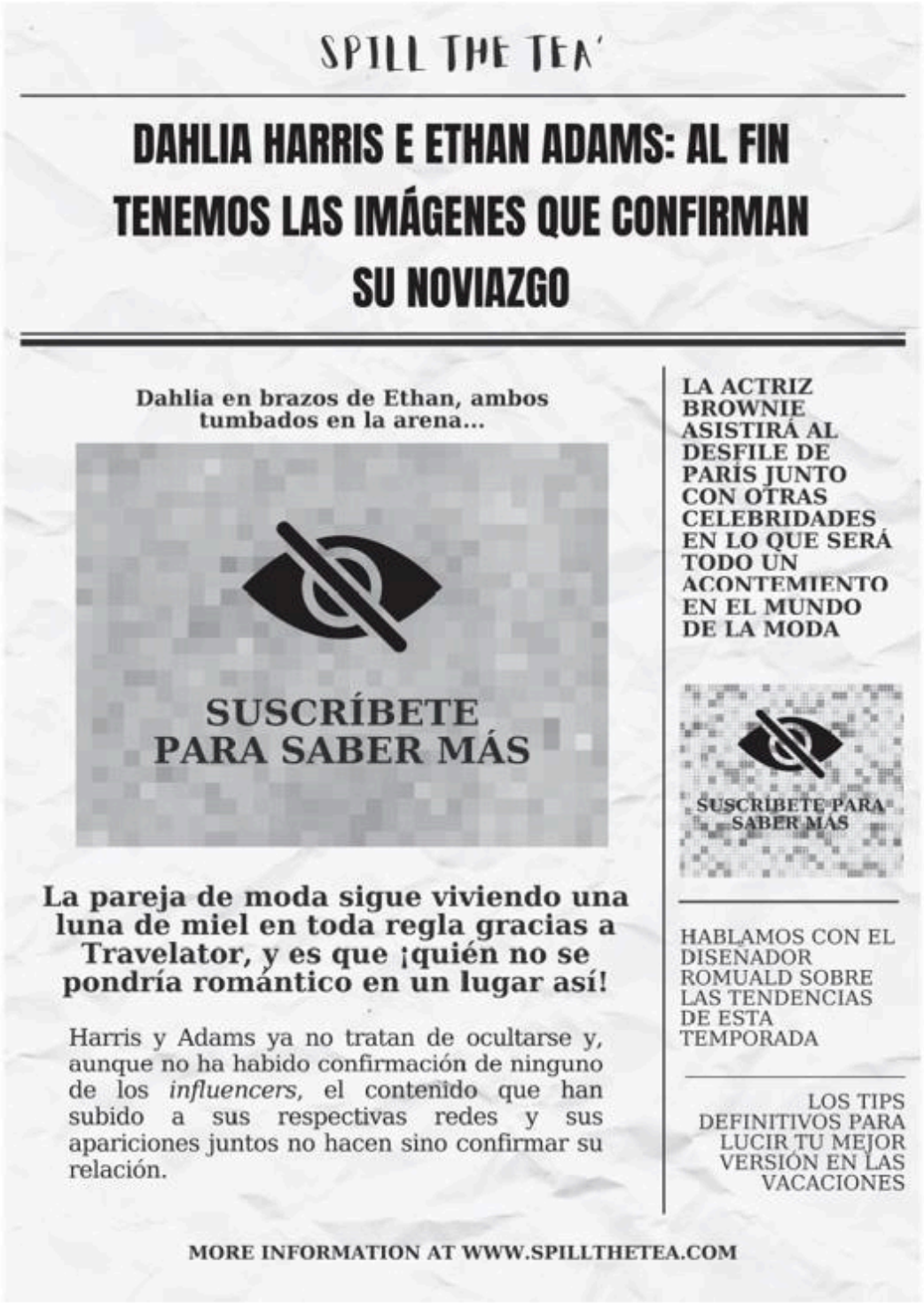
Me ha colgado.

Al mirar la pantalla para cerciorarme me doy cuenta de tres cosas: la primera, la hora que es; la segunda, que Dahlia ha estado observándome todo este tiempo, y la tercera, que tengo más notificaciones de lo normal.

Así que esto era a lo que se refería Andrew. Volvemos a salir en las portadas.

Capítulo 22

Dahlia



SPILL THE TEA'

DAHLIA HARRIS E ETHAN ADAMS: AL FIN TENEMOS LAS IMÁGENES QUE CONFIRMAN SU NOVIAZGO

Dahlia en brazos de Ethan, ambos tumbados en la arena...

SUSCRÍBETE PARA SABER MÁS

La pareja de moda sigue viviendo una luna de miel en toda regla gracias a Travelator, y es que ¡quién no se pondría romántico en un lugar así!

Harris y Adams ya no tratan de ocultarse y, aunque no ha habido confirmación de ninguno de los *influencers*, el contenido que han subido a sus respectivas redes y sus apariciones juntos no hacen sino confirmar su relación.

LA ACTRIZ BROWNIE ASISTIRÁ AL DESFILE DE PARÍS JUNTO CON OTRAS CELEBRIDADES EN LO QUE SERÁ TODO UN ACONTEMIENTO EN EL MUNDO DE LA MODA

SUSCRÍBETE PARA SABER MÁS

HABLAMOS CON EL DISEÑADOR ROMUALD SOBRE LAS TENDENCIAS DE ESTA TEMPORADA

LOS TIPS DEFINITIVOS PARA LUCIR TU MEJOR VERSIÓN EN LAS VACACIONES

MORE INFORMATION AT WWW.SPILLTHETEA.COM

—Esto es increíble —digo mirando atentamente mi teléfono mientras me llevo otro bocado de pescado a la boca.

Otra web de cotilleos ha publicado la noticia. Más fotos incluidas.

—Ya lo creo, esto de fingir se nos da genial y casi ni hemos empezado.

—Me refería a que han sacado mi lado malo.

Ethan está sentado frente a mí al otro lado de la mesa redonda y con mantel de cuadros azules de uno de los restaurantes locales del pueblo. El único restaurante del pueblo, para ser exactos. Ni siquiera estoy segura al cien por cien de que sea un restaurante.

Ethan nos ha guiado a través de la hilera de casas coloridas a pie de mar, todas ellas de piedra blanca con sus puertas y ventanas de colores vivos, diferentes unas de las otras. No son grandes y se nota que el tiempo ha ido ejerciendo su efecto sobre ellas, aunque parezca que este lugar no avanza a la misma velocidad que el resto del mundo y el paso de las estaciones aquí se ralentizara.

Hemos parado en una de las últimas casas antes de llegar a un callejón sin salida. La puerta estaba abierta, había un cartel que anunciaba que había pescado fresco y dos personas mayores esperando pacientes al otro lado de una barra de madera. El aire dentro era fresco y había unas cuantas mesas preparadas al lado de lo que parecía una sala de estar exterior. Desde aquí también se puede ver la cocina de la casa.

Ethan ha hablado con la entrañable pareja y enseguida nos hemos sentado a comer.

He querido decirle que esto no me parece un verdadero restaurante y que estamos en mitad de ninguna parte. Estaba de mal humor por la noticia, aunque no sabía por qué, porque Ethan tampoco tenía la culpa (yo me había colgado de él) y, en realidad, esto era supuestamente lo que buscábamos.

Nos han servido una botella de vino blanco, el pescado es uno de los mejores que he probado en mi vida y la señora que venía cada

poco tiempo con un nuevo plato (hemos tenido que decirle que parase porque estamos llenos, Ethan también) traía además una sonrisa en la cara.

Al final, sorprendentemente, estoy disfrutando de estar aquí.

—Si tu campaña iba a despertar especulaciones acerca de nuestra supuesta relación... ahora van a tomarla como una confirmación.

—¿Eso significa que harás la colaboración conmigo? —Levanto las cejas, asombrada de que saque el tema.

—Todavía lo estoy pensando.

—Me dijiste que me darías una respuesta hoy.

—Y soy un chico de palabra, pero qué tiene de malo darle un poco de emoción al asunto.

Pongo los ojos en blanco. Por supuesto que para él todo esto es solo un juego. En otras circunstancias, lo mandaría a la mierda, pero no se puede rechazar un contrato así. Yo no puedo permitírmelo, esta vez no.

El dinero es lo de menos, pero los contactos valen mucho más que cualquier fajo de billetes. Y necesito que todos vuelvan a estar de mi lado.

Quiero que dejen de odiarme. Por mucho que finja lo contrario, me importa demasiado la opinión de la gente. Al fin y al cabo, a nadie le gusta ser el malo de la película.

Terminamos y pagamos un precio irrisorio teniendo en cuenta la cantidad de comida que nos han servido. Cuando nos levantamos para marcharnos, dejo encima de la mesa un billete de casi el mismo valor que el importe que nos han cobrado. Veo que Ethan hace lo mismo.

—¿Damos una última vuelta antes de irnos? —pregunta Ethan, ya recogiendo sus cosas.

Asiento. No es tarde y nuestro hotel no está lejos de aquí, pero debemos cumplir con los compromisos de la agencia.

Aprovechando la luz, le digo a Ethan que me saque un par de fotos frente al mar y junto a las casas; él obedece sin rechistar.

—¿Quieres que te saque a ti alguna?

Él parpadea, como si mi pregunta lo hubiera pillado desprevenido.

—Vale.

Se coloca donde yo estaba y comienzo a sacarle fotos. No sabe qué hacer con las manos y mira todo el rato a la cámara con expresión incómoda; resulta casi adorable. La luz del sol aún en lo alto hace brillar su cabello dorado y sus ojos claros, a los cuales me quedo mirando demasiado tiempo a través del objetivo.

—Joder, ¿cuántas has sacado?

—Nunca son suficientes, debes tener material donde elegir.

—No se ven bien las casas —me dice, dándome de nuevo su móvil.

—Es que la foto te la he sacado a ti.

—Yo me veo todos los días en el espejo. Esto —se da la vuelta para señalar la línea de casas a su espalda— es algo que no voy a volver a ver.

—¿Quieres una foto de guiri?

—Sí, flor, eso es exactamente lo que quiero.



De vuelta al coche, vemos cómo algunos lugareños salen de sus casas cargados con sus redes para adentrarse en el mar y varios barcos que están atracados cerca de la orilla.

—¡Mira eso!

Me giro en la dirección que Ethan está señalando con la boca abierta. Hay un barco a tan solo un par de metros de nosotros, descargando su botín del día, pero es imposible prestar atención a otra cosa que no sea el enorme pez que cuelga boca abajo de un gancho sobre el que se arremolinan varias personas y turistas con sus cámaras, como si nunca hubiesen visto un pez grande en su vida ni un documental del Canal 7.

—¡Acerquémonos!

Y, al parecer, nosotros vamos a convertirnos en unas de esas personas. Abro la boca para protestar, pero Ethan ya está más de cuatro pasos por delante de mí y él es quien lleva las llaves del coche, así que lo sigo a regañadientes tratando de no resbalar con los tacones que llevo puestos.

Cuando por fin lo alcanzo, lo veo en primera fila, gesticulando mientras supongo que trata de comunicarse con los pescadores, que no entienden muy bien el inglés.

Lo espero suficientemente alejada del pescado, aunque no puedo huir del mal olor que desprende. Minutos después, Ethan se aleja de los hombres tras hacerles el gesto del pulgar arriba y se dirige hacia mí.

—Me han dicho que podemos verlo de cerca.

—Ni de coña pienso arrimarme a ese bicho.

—En realidad es un pez; un atún rojo, para ser exactos. Me han contado que hacía tiempo que no pescaban un ejemplar tan grande. Mide dos metros con cuarenta centímetros.

Le saca un par de fotos y luego coge su cámara para grabar un vídeo. Como si a la gente le interesara un dichoso atún.

Mueve el brazo, buscando que vaya con él, pero ignoro sus gestos.

—Ven, que te saco una foto.

—No quiero una foto con eso.

«¿Está hablando en serio?».

—Te dije que hoy te daría mi respuesta sobre la campaña —dice entonces, cambiando de tema y pillándome desprevenida—. Haré la colaboración contigo...

—¡Gracias! —respondo rápidamente, mostrando más entusiasmo del que me hubiera gustado.

Él lo nota, por supuesto. Eleva las cejas y una sonrisa socarrona se le dibuja en la cara.

—No me has dejado terminar. Haré la colaboración contigo si te sacas una foto con el atún.

—¿Me estás chantajeando con un atún?

Así que a eso venía la sonrisa socarrona.

—Yo no lo llamaría chantaje. —Se encoge de hombros—. Es solo una foto.

Pongo los ojos en blanco y cojo aire. El primer motivo, para respirar lo menos posible cuando esté cerca de ese bicho, y el segundo, para no cometer un asesinato y ahogar a Ethan en el mar junto con el atún.

—Un poco más cerca. —«Lo está disfrutando más de la cuenta», pienso. Y también estoy pensando en cómo se la devolveré. Estoy a menos de un metro cuando añade—: Y dame tu mejor sonrisa, flor.

No sonrío, pero él saca la foto igualmente. Cuando baja el móvil, quiero escaparme rápidamente de allí, pero Ethan llega antes a mi lado y rodea mis hombros con su largo brazo.

—Espera, nos falta el selfi.

—Tienes que estar de broma.



Volvemos al coche en silencio y pasamos todo el camino de vuelta con las ventanillas bajadas porque todo el coche —especialmente nosotros— apesta a pescado crudo.

El único sonido en el interior del vehículo es la radio, aunque apenas puedo escuchar la música con el ruido de la fuerte brisa entrando por la ventanilla y mis pelos bailando enloquecidos. Me lo recojo en una coleta y comienzo a analizar todas las fotos del día de hoy.

Acabo pronto, Ethan ha hecho trescientas trece fotos con mi móvil, de las cuales trescientas seis salen borrosas, a contraluz o con un dedo obstruyendo parcialmente la lente de la cámara.

Al rato de llegar al hotel, tras ducharnos y cambiarnos, asistimos a otra cena que nos tienen preparada con productos de alta gastronomía. Cuando acabamos, no puedo evitar pensar que la comida en la casa de aquella pareja de ancianos estaba mucho más buena.

Con un breve balbuceo como despedida, cada uno se mete en su apartamento, sabiendo que tenemos que ponernos al día con el trabajo. Mando un correo a Maia pidiéndole que envíe el contrato con los términos de la campaña a Ethan. Ella responde con una carita sonriente.

Entonces suena mi teléfono. Y otra vez. Y otra vez.

—¿Y ahora qué?

¿Qué más hemos hecho? Estoy demasiado cansada para encabezar un titular por segunda vez en el día de hoy.



—No se ha atrevido.

Tal vez necesito lentillas. Eso, o Ethan Adams acaba de subir a la plataforma de más postureo del planeta una foto mía con el atún acompañada de nuestro selfi.

Ya podrían haber salido esas dos fotos como las trescientas seis borrosas que contiene mi teléfono.

Capítulo 23

Ethan

DAHLIA «MIDAS» HARRIS, LA CHICA QUE CONVIERTE A TODAS SUS CONQUISTAS EN ORO PURO

Ehtan Adams, *influencer* de viajes primerizo, se posiciona como uno de los candidatos a los que batir en el concurso de creadores de contenido. Todo el mundo le sigue la pista a él, pero ¿no es en realidad para buscar a Dahlia Harris? ¿Desaparecerá la popularidad del chico cuando ella pierda el interés como hizo con Wyatt? Eso no lo sabemos; lo que sí sabemos ¡es que esta pareja nos encanta!

Me lo estoy pasando demasiado bien con nuestro juego. Ni siquiera me ha costado subir la foto con el atún, es increíble. Y sé que lo más increíble será ver la reacción de Dahlia.

De cara al público, ha respondido con emoticonos de peces y corazones. En realidad, no ha tardado ni dos minutos en aporrear con fuerza la puerta de mi apartamento en busca de explicaciones.

Ni la mejor de mis sonrisas me libra de la bofetada que me tenía preparada.

—No vuelvas a subir una foto sin mi permiso.

—Venga, flor, si lo está petando. Nunca he tenido tantos *likes* en una foto.

—No te despistes mañana: puede que te ahogue.

—Estoy deseando montarme en ese barco —contesto a modo de despedida mientras ella abandona a toda prisa mi puerta para meterse por la suya, justo al lado.

No es mentira. Estoy disfrutando mucho de este destino y pienso seguir haciéndolo al máximo los dos días que nos quedan en la isla. Mañana, a primera hora, tenemos un barco esperándonos en una de las entradas del hotel para pasar el día en alta mar.



Mi rutina es la misma de siempre, aunque esta vez el café me sabe más amargo y el sol sale acompañado de nubes que no están por la labor de enseñarme aquello que busco.

Lo cierto es que, lo que empezó como una especie de búsqueda del tesoro, se ha convertido en una rutina que disfruto. A veces ni me importa que no ocurra, otras ni siquiera estoy seguro de lo que estoy buscando. Ni que exista, ya puestos.

Andrew a veces está muy loco, pero yo siempre lo he seguido en sus locuras. Él era el de las ideas descabelladas y yo, el niño con tantas ganas de complacerlo que estaba dispuesto a tirarse a la piscina sin mirar primero que hubiera agua. Y, en el fondo, lo sigo haciendo; esto no es más que otra prueba de ello.

Esta mañana incluso vuelvo a presenciar el despertar de Dahlia a todo volumen con la misma canción, los mismos movimientos... Parece que ella también tiene su propia rutina y, joder, no puedo evitar volver a quedarme mirando.

He observado mucho a Dahlia Harris durante este viaje y, al mismo tiempo, una parte de mí siente que es la primera vez que la ve.

Nunca he prestado demasiada atención a su perfil; siendo sinceros, ni siquiera nos caíamos bien —siendo más sinceros aún, ahora malamente nos soportamos—. Simplemente no me imaginaba a una de las modelos más famosas y mejor pagadas del planeta bailar dándolo todo una canción de pop-soul por las mañanas, despeinada y con un conjunto de ropa interior desparejado y que parece suave.

Es una chica que parece que lo tiene siempre todo controlado y que el resto solo somos títeres en su función, pero en este pequeño momento del día está desinhibida, libre. Creo que por eso no puedo dejar de mirarla. Y, aunque no me doy cuenta, estoy sonriendo.

Hasta ahora.

—¿Qué haces, imbécil? —Me saca de mis pensamientos el grito que proviene de esa silueta que hace un minuto se estaba moviendo de un lado a otro y ahora está quieta a unos metros de mí—. ¡Pervertido!

Y, a continuación, cierra con fuerza la ventana, seguida de las cortinas. Ya no se oye música.

Sí, definitivamente, hoy voy a morir ahogado.

«Y lo peor es que seguro que sabe cómo hacer que parezca un accidente».

Me río ante mi propio pensamiento. Más o menos.



Llevamos un par de horas en el barco y esto es un auténtico muermo. El yate nos ha recogido en la zona del puerto a la hora prevista y recorremos las millas de las costas que visitamos estos últimos días. Las vistas son absolutamente espectaculares, eso sí.

El destino final de la ruta es Sarakiniko, probablemente el lugar más instagrameable de toda la isla, según Dahlia. Es un paisaje impresionante, con enormes rocas blancas volcánicas sobresaliendo del mar y formando cuevas que me muero de ganas de explorar.

Al menos hasta que me han dicho que no era posible.

—¿No podemos adentrarnos más en las rocas para bucear?

Hasta me he traído mi propio equipo de *snorkel*.

—Lo siento, no es seguro. Solo los locales están tan locos para ir más adentro.

Eso se traduce en largas horas sobre un barco en alta mar sin hacer ninguna otra cosa que no sea beber, comer y tomar el sol. Mi estómago se está cansando de que esté recurriendo a las dos primeras cada poco tiempo.

Aprovecho para meterme en la parte de abajo del yate y adelantar trabajo editando vídeos. Dahlia ya ha subido muchas fotos de hoy. Yo voy por detrás.

No me ha dirigido más que miradas asesinas todo el día, ni una sola palabra. Aunque no puedo evitar que esta situación me resulte graciosa, sé que le debo explicaciones, o más bien una disculpa, pues no hay excusa para justificar por qué la estaba mirando pasmado mientras bailaba en su apartamento.

Dios, cada vez que lo repito en mi cabeza suena peor; sí que parezco un pervertido.

Pero mi madre siempre dice que las palabras a veces no bastan y que hay que acompañarlas con acciones. Y, como yo siempre he sido

un niño obediente, decido ponerlo en práctica y empezar a dar forma a la idea que se me acaba de ocurrir.

En realidad, es un regalo para los dos, el plan perfecto para despedir la isla, dado que mañana es nuestro último día aquí. Tal vez hasta nos sirva para grabar algún vídeo juntos para continuar con nuestro otro juego.

Solo espero que ella sepa interpretarlo como una disculpa y no como un ataque más en nuestra guerrilla de trincheras.

Capítulo 24

Dahlia

DEL DOLOR AL AMOR
WYATT JOHNSON Y NICOLE ROUSELL CONFIRMAN SU RELACIÓN CON UNA FOTO DEL TODO PROVOCADORA MIENTRAS DISFRUTAN DE SU VIAJE «SORPRESA» DE ENAMORADOS. LA PAREJA NO SE HA PRONUNCIADO MÁS AL RESPECTO, PERO LAS IMÁGENES HABLAN POR SÍ SOLAS.
SIN EMBARGO, LOS OJOS DEL PÚBLICO NO PUEDEN IGMORAR QUE ESE VIAJE LLEVABA EN UN PRINCIPIO EL NOMBRE DE DAHLIA HARRIS, QUE, COMO SIEMPRE, TIENE TODAS LAS MIRADAS PUESTAS EN ELLA.
¡TODO EL MUNDO QUIERE SABER QUÉ ESTÁ PASANDO CON ELLA E ETHAN ADAMS!

>>Pulsa aquí para ver las fotos

Mi madre me enseñó que la venganza es un plato que se sirve frío.

No sé en qué demonios pensaba Ethan cuando se le ocurrió que esto sería una buena idea, pero pagará por ello.

—Me estás pisando —dice. Yo le golpeo de nuevo el pie, más fuerte, antes de que pueda terminar la frase.

Estamos sentados uno al lado del otro en una pequeña barca a motor en la que apenas caben nuestros dos cuerpos y el del hombre que la dirige.

El día de ayer en el yate fue tranquilo, horas bajo el sol y refrescándonos en aguas cristalinas; el ambiente perfecto para relajarse y desconectar. Ethan incluso logró comportarse y no chocamos ni una vez. Todo fue demasiado perfecto.

Muy diferente a la situación actual.

Esto no estaba en el itinerario. De hecho, la agencia nos ofreció el día libre para despedirnos de la isla, pero Ethan me dijo que sí teníamos un plan que había reservado él y que no podía cancelar. Al principio me negué, pero el contenido que subíamos juntos tenía tan buena acogida que quería usarlo para acallar los rumores de la relación entre Wyatt y Nicole.

Al parecer, no somos la única nueva pareja que ha surgido en redes sociales. Y he tenido que enterarme por las noticias. Muy conveniente para ellos.

A mí me llaman zorra por haber superado nuestra relación demasiado rápido. Él solo «está curando sus heridas, buscando refugio en una amiga y encontrando el amor por el camino», palabras textuales según un medio.

Se pueden ir a la mierda.

Pero, por alguna razón, la relación con Ethan parece distinta a los ojos del público. Los medios siempre son más severos con las mujeres, pero cambian rápidamente de bando cuando ven que el resto de la gente está en el otro lado. De momento, se divierten haciendo conjeturas de un posible «nosotros».

La incertidumbre atrae mucho más la atención. Si ellos supieran.

—¿Tienes que estar tan pegado a mí? —pregunto, revolviéndome en un intento por respirar.

—Si me muevo un poco hacia el otro lado, me voy a caer del bote.

—Pues mira, no es tan mala idea.

—Venga, flor, dale una oportunidad. Estoy seguro de que la excursión te va a gustar.

—Estamos en el mismo sitio que ayer.

—Pero esta vez vamos a verlo todo. —Señala hacia las impresionantes rocas blancas contra las que golpean las olas.

No pudimos acercarnos a la orilla por el fondo del yate, que no estaba hecho para atracar en ningún otro sitio que no fuera un puerto. Esa zona es la más bonita, pero también la más alejada del lado turístico, lo que hace que pocos turistas y marineros locales se adentren debido a la caliza y a las leyendas que protagonizan esas cuevas medio hundidas.

A mí no me llamó demasiado la atención; valoro más mi pellejo que mi espíritu aventurero, pero, por supuesto, Ethan piensa exactamente lo contrario.

—No lo dices en serio.

—Pues claro que sí, va a ser espectacular. Además, Bemus me ha dicho —señala al señor mayor que sigue con la mirada puesta en el motor de la lancha e ignorando nuestra presencia— que la gente exagera; solo ha habido dos accidentes por esta zona.

Bueno, eso suena esperanzador, aunque, si solo ha habido dos, no entiendo por qué lo consideran una zona tan peligrosa...

—Este año —añade en voz baja, pero lo oigo. Vaya si lo oigo.

En ese instante, decido que va a ser él solito el que se va a meter ahí dentro.



Cumplo mi promesa. A Ethan no parece importarle ser el único en meterse en el agua fría. No insiste tras mi primera negativa. Seguramente él tampoco tiene muchas ganas de disfrutar de mi compañía.

Primero decide saltar de un acantilado que parece estar a unos veinte metros de altura, aunque Bemus ha dicho que eran solo escasos cinco. Me pide que lo grabe y coloco el teléfono en alto, apuntando hacia el punto negro que es su silueta a lo lejos, pero, justo antes de que salte, aparto la mirada, incapaz de ver cómo su cuerpo se precipita al vacío y golpea la superficie del mar.

—¿Esto es una venganza por las fotos del otro día? —pregunta al subir de nuevo al bote. Al parecer, mi cabeza no es lo único que he apartado y el ángulo de la cámara se mueve justo durante su salto —. Voy a subirlo igualmente.

—¿Te da igual que haya salido mal?

—Es como ha salido, a la gente también le hacen gracia las tomas falsas. Creo que el vídeo de la GoPro ha salido bien.

Vuelve a sumergirse, cámara en mano, pero yo me quedo pensando en lo que acaba de decir. No recuerdo cuándo fue la última vez que subí una foto sin pensar, sin revisar mil veces mi aspecto, los elementos de mi alrededor y los comentarios. Creo que nunca lo he hecho. Soy demasiado consciente de todos los ojos que me observan a todas horas. Pero Ethan no parece tener ese problema, no tiene miedo a mostrarse a sí mismo, no a una marioneta.

Esta vez, nada hasta adentrarse en la boca de oscuridad que emerge de una de las cuevas. Espero que regrese con alguna frase

ingeniosa sobre lo que me he perdido.

Pero no lo hace.

—¿No lleva mucho tiempo ahí dentro? —pregunto después de lo que me parece una eternidad.

Ha pasado casi una hora, y mi estómago empieza a pedirme comida con más nutrientes que las galletitas saladas que nos ha ofrecido Bemus a mediodía y que, además, estaban resecas.

El susodicho se encoge de hombros en respuesta a mi pregunta, ni siquiera levanta la cabeza de su móvil. Me revuelvo en mi sitio, el incómodo asiento de madera se siente duro y frío bajo mi trasero y tengo las piernas entumecidas, a pesar del calor que hace.

—¿Deberíamos comprobar si está bien? —insisto, en otro intento por conseguir pisar tierra firme lo antes posible.

—Está dentro de cueva, no puede oír. —Esa es su única respuesta antes de devolver la atención al juego de su teléfono.

Estoy segura de que Ethan se ha llevado el móvil junto con su cámara en una mochila impermeable para grabar el interior de la cueva y los acantilados. Pero, por muy íntimos que le parezcamos al resto del mundo, ni siquiera tengo su número de teléfono para ponerme en contacto con él.

Maldigo en voz alta.

¿Y si le ha pasado algo? Dos accidentes en un año son muchos, ¿no? Solo estamos en junio.

¿Y si se ha perdido? ¿O se ha cortado nadando? ¿O golpeado contra una roca?

No tengo ganas de nadar hasta allí y meterme dentro, pero menos de explicarle a la agencia que me he quedado sin compañero de viaje por su propia estupidez, y también qué hacíamos aquí en primer lugar, ignorando todas las señales de «Peligro. Prohibido el paso».

Llamo la atención de Bemus una vez más golpeándolo en el hombro. Creo que estoy agotando su paciencia y las vidas que le quedan en su estúpido juego de obstáculos en el móvil.

—¿En qué cueva ha entrado? —Levanto el brazo para señalar la que tenemos justo delante de nosotros, una de las pocas que son visibles desde aquí—. ¿Esa?

Él asiente con la cabeza.

—*Spílaio pou ftýnei ándres.*

—¿Qué significa?

—Cueva Escupehombres, así se llama.

—¿Está de broma?

«Si Ethan aún no se ha matado, lo mataré yo misma».

Cojo la otra máscara de buceo que Ethan ha traído y salto del bote a regañadientes. El agua está fría y el choque de temperatura me paraliza unos segundos, pero empiezo a nadar rumbo al agujero de oscuridad a tan solo unos metros.

La distancia parece mucho más corta desde la barca, aunque tampoco ayuda que el único estilo de natación que conozco sea el perrito, y ni siquiera lo domino.

Como modelo e *influencer*, este no está siendo mi momento más sexy.

Cuando por fin alcanzo las rocas, debo tener cuidado con la corriente que golpea con fuerza contra ellas, pero logro subir y mis pies se posan por fin sobre algo sólido.

Hay un acceso a pie por un lateral. Voy muy pegada a la pared de piedra con cuidado de dónde piso, aunque eso se vuelve cada vez más difícil cuando la escasa luz que entra del exterior desaparece. ¿De verdad Ethan ha entrado aquí?

Ya es mayorcito, por supuesto que sabe cuidar de sí mismo, o al menos debería. El caso es que yo no debería estar aquí.

Cuando me dispongo a dar media vuelta, casi pierdo el equilibrio y suelto un grito como acto reflejo que retumba entre las paredes de la cueva; casi puedo oír el eco y cómo esta me devuelve mi propia voz. Me quedo en el sitio unos segundos, tratando de recuperar la calma. Lo único que se oye es el sonido ensordecedor de la corriente avanzando con fuerza debajo de mí a lo más hondo de la cueva.

«Por lo menos tus pies están tocando el suelo», pienso. Estoy en tierra firme y no a mil metros de altura.

—¿Dahlia? —Oigo mi nombre y, a continuación, la luz de una linterna me ilumina de repente, obligándome a cerrar los ojos—. ¿Al final te has animado?

Su voz es entrecortada y, conforme se acerca, puedo sentir su respiración acelerada.

—Tú eres imbécil —es lo único que digo mientras cojo su mano y dejo que tire de mí hacia su cuerpo.

Me fijo en el lugar por el que ha aparecido. Estamos en un saliente alejado de la fuerte corriente donde el agua está en calma, estática, como una especie de laguna.

Miro hacia arriba y me encuentro con una panorámica impresionante. Estalactitas de diferentes tonos y colores cuelgan de los techos de piedra y el color del agua es totalmente azul, uno de los más intensos que he visto nunca. De hecho, es muy parecido al color de los ojos de Ethan.

Está sentado con las piernas flexionadas contra su pecho, su mirada perdida en algún punto más allá de la cueva.

—¿Estás bien?

—Necesito un minuto.

Su voz es distinta a la que me ha recibido, no hay rastro del tono despreocupado que usa siempre conmigo y que tanto me molesta.

Quiero acercarme, pero no sé si es lo correcto, lo que él quiere. Doy un par de pasos inestables por las rocas irregulares. Ethan está pendiente de mis movimientos, no desvía la mirada hasta que estoy sentada a su lado. Permanecemos callados un rato en el que solo se oye su respiración irregular.

—Me ha dado un ataque de ansiedad.

—¿Y te metes en una cueva diminuta por alguna razón en particular?

Él sonríe ante mi comentario.

—Me calma. Tengo ansiedad, no soy claustrofóbico.

No sé muy bien qué decir, pero por primera vez tengo la necesidad de llenar el silencio que se ha formado entre nosotros.

—Sé que no somos amigos ni nada, pero tampoco tienes ninguna otra opción, al menos ahora mismo —empiezo a decir; él me mira con atención—. Quiero decir que, si necesitas hablar, yo no sé salir de la cueva sola, así que nos vamos cuando estés listo.

Ojalá me hubiera quedado callada. Otra de las pocas cosas que aprendí de mi madre es que, si no tienes nada que aportar, mantengas la boca cerrada. Es mejor hacerse la interesante que hacer el ridículo.

—Esto se te da fatal —suelta riendo. Una carcajada que retumba en las paredes de nuestro alrededor. En donde estamos, apenas se oye la corriente y hace más frío, se me eriza la piel—. ¿Alguna vez has tenido el síndrome del impostor?

—No. —Soy sincera. Sé que probablemente no es la respuesta que quería oír, pero, por alguna razón, no quiero mentirle. Aunque eso le confirme que soy exactamente como él cree que soy—. Me gusta pensar que tengo lo que merezco.

Y, a pesar de eso, no puedo ser del todo sincera con él. No lo soy ni conmigo misma.

—¿Tú lo tienes? —No sé por qué he bajado la voz hasta susurrar.

—Todo el tiempo. Y duele todos los días. —Él también susurra y hay algo en su tono que me hace temblar más fuerte—. Vámonos de aquí antes de que te dé una hipotermia. Estás temblando.

No me he dado cuenta hasta ahora de que mi cuerpo se agita bruscamente en busca de calor ni de que mis labios están hinchados.

Pero ahora soy yo la que no quiere irse. Hay algo demasiado puro en este paisaje para tener que dejarlo todavía. Es transparente, lo muestra absolutamente todo.

Todo lo contrario a lo que yo soy.

Puede que, al final, sí le haya mentido a Ethan y sí sea una impostora.

—¿Podemos quedarnos un poco más? Solo un minuto.

Él asiente y reduce un poco la distancia entre nosotros. Nuestros hombros se rozan y siento la calidez de su cuerpo.

—¿Por qué huiste, Dahlia?

Otra vez pronuncia mi nombre de esa manera.

—¿Quién dice que la que se fue fui yo?

—Renunciaste de repente a esa vida tan perfecta que mostrabas y que tanto te gusta. No te quedaste.

—Conmigo nadie lo hace.

Ahora sí que estoy siendo demasiado sincera, pero por alguna razón no puedo callarme. No cuando Ethan se ha confesado antes. Supongo que me siento en deuda con su secreto.

Después de varios minutos más de los que me ha prometido, salimos de la cueva. Al hacerlo, tengo que cerrar los ojos ante la luz que nos recibe de pronto. Cuando mis ojos vuelven a acostumbrarse a la claridad, veo que Bemus sigue en la barca mirando su móvil.

—Por lo menos no nos ha dejado tirados.

—Más le vale, con el dinero que me ha cobrado por traernos.

—Solo a ti se te ocurren este tipo de locuras. No vuelvas a hacerlo.

—Venga, no puedes enfadarte conmigo, si no te hubieras perdido eso.

En parte tiene razón, nunca me hubiera atrevido a entrar en una cueva oscura en donde hay más de dos accidentes cada año por derrumbamientos.

Pero ¿ha valido la pena? Sí, aunque no voy a admitirlo en voz alta.

Estamos nadando hacia el bote, que está a tan solo unos metros. No sé por qué, ahora no parece tan alejado, a pesar del cansancio acumulado en mis músculos.

—¿Sabes? Ya puedes soltarme el brazo —le digo, sintiendo sus dedos apretar con fuerza mi antebrazo. No me ha soltado desde que hemos salido de la cueva.

—Nunca sabes dónde está el peligro y tú eres muy patosa. —«¿Qué me ha llamado?»—. He de asegurarme de que no te ahogas ni te roza ningún pez. No queda muy bien que se muera tu compañera de viaje.

Lanzo una pequeña risa.

—Yo he pensado lo mismo cuando he visto que tardabas tanto en salir.

—¿Y has entrado para asegurarte de que estaba bien? Cuidado, Dahlia, voy a pensar que te preocupas por mí.

—Idiota.

Cuando ya estamos en la barca, Ethan le hace una señal a Bemus para irnos hacia el otro lado de las rocas, donde hay unas playas secretas y podremos subirnos a las enormes plataformas de piedra blanca.

Por algún motivo, estoy de buen humor. Ni siquiera me importa tener los dedos arrugados ni el pelo encrespado. Tampoco que el ángulo de las fotos que sacamos no sea el mejor. Por lo menos esta vez no han salido borrosas.

—Tienes que darme tu número de teléfono, antes no sabía cómo llamarte —digo cuando estamos de nuevo en la barca en el trayecto de vuelta. Ya casi se ha puesto el sol.

Ethan mira embobado hacia el horizonte, como si no quisiera perderse ni un segundo del descenso del astro rey hasta ocultarse por debajo del mar.

—¿Esa es tu coletilla para ligar? Es muy mala, flor.

—Ya te gustaría.

Me giro sobre mí misma para ver el atardecer con él, nuestros cuerpos apretados uno junto a otro por la falta de espacio.

Así, sin previo aviso, firmamos una especie de tregua que duraría muy poco.

Capítulo 25

Ethan

Mensaje nuevo de:

Flor: El autobús que nos lleva
al puerto para coger el ferri
nos recoge a las 11 a. m.
No llegues tarde.

Yo: ¿Cuándo he llegado yo tarde?

Casi perdemos el ferri, pero no por mi culpa. Quién iba a decirnos que nos encontraríamos con un rebaño de cabras en mitad de la carretera impidiendo el paso. Tenemos que esperar algo más de una hora hasta que somos capaces de desviarnos para coger un atajo.

Me reiría si no fuera porque Dahlia tiene cara de querer matar a alguien con sus propias manos y yo soy su única opción disponible. Ganas ya me tiene, estoy seguro.

El rodaje para su campaña es a primera hora de la tarde y llegamos justo a tiempo. El mismo equipo de publicidad nos recoge en el puerto y se encarga de nuestro equipaje para llevarnos rumbo al hotel, que tiene su propio acceso privado a una de las calas, donde tendrá lugar la sesión.

La mayor parte del espacio está ocupada por todo el personal allí presente. Nunca me hubiera imaginado que detrás de unas cuantas

fotos pudiera haber tantas personas haciendo... tantas cosas. También hay muchos trastos desperdigados.

Dahlia enseguida se mimetiza entre todos ellos, saluda al que supongo que es el fotógrafo y director con un apretón de manos serio y comparten comentarios que no logro oír desde mi posición.

Estoy en medio del vestíbulo del hotel, un complejo grande y moderno en contraste con el exterior de piedra blanca y azul, igual que el resto de las casas.

Santorini. El paisaje más explotado en las postales turísticas.

Por supuesto, mientras ella trabaja, yo pienso aprovechar las escasas horas que estaremos aquí.

—Hola, ¿podría decirme dónde encontrar la oficina de correos? —le pregunto a la recepcionista.

—Está un poco lejos de aquí, pero, si quiere mandar una postal, hay un buzón en el camino que baja hasta la playa.

—Gracias.

Me dispongo a salir a dar una vuelta y alejarme del alboroto que se ha armado alrededor de la zona de rodaje. Son varios los trabajadores que tienen que enfrentarse a muchos curiosos que buscan entrar en esas zonas privadas.

«¿Es verdad que Dahlia Harris está aquí?».

«Yo la he visto hace cinco minutos subiendo en el ascensor».

«¡Necesito una foto con ella!».

Nuestras habitaciones dan directamente a esa pequeña playa, supongo que para facilitar la intimidad y el trabajo. El caso es que, gracias a eso, el pasillo de esta ala está tranquilo y no me encuentro a nadie en mi camino. Me cambio la camiseta, húmeda por todo el viaje en ferri, por una camisa de formas geométricas y me pongo un bañador para refrescarme en el mar.

Cuando salgo de la habitación, me encuentro cara a cara con Dahlia. Tiene el pelo semirrecogido con muchas pinzas, sus ojos parecen más grandes gracias al maquillaje y viste un albornoz de seda desabrochado con el que puedo entrever el conjunto de lencería que lleva puesto. Supongo que es uno de los modelos de la colección.

«Joder, le queda espectacular; realmente realza su figura. Y sus pechos».

Quiero dejar de mirar, pero mi cerebro tarda en dar la orden unos segundos más de la cuenta, que a ella no le pasan desapercibidos.

—Disfruta de la visita exprés.

—Lo intentaré. Tú no me eches demasiado de menos, flor.

—¿De verdad no puedes parar con ese estúpido nombre?

Cuanto más sé que le molesta, más me gusta usarlo para referirme a ella. Le he cogido cariño.

—En ese caso tendría que cambiar tu nombre en mi lista de contactos.

—¿Me has agregado así en el móvil?

—¿Cómo me tienes tú?

Desliza el dedo por la pantalla de su teléfono antes de girarlo en mi dirección. Suelto una carcajada al ver el nombre.

—Tarzán, ¿en serio? —Ella se encoge de hombros—. ¿Porque estoy cachas? Me siento halagado...

—No —me corta ella, para entonces decir—: Porque más de la mitad del tiempo vas sin camiseta sin motivo aparente, parece que te criaron los monos y siempre vistes trapos.

Sabía que iba a meterse con esta camisa.

—Eso ha sido muy cruel, flor, incluso para ti. —Pongo mi mejor cara de cachorrito triste, pero ni el calentamiento global podría derretir el corazón de esta chica.

—Lo superarás.

—¡Harris! —Un hombre de mediana edad aparece detrás de ella; es ligeramente más bajo y tiene visibles entradas. La sujeta por la cintura acercándola a él, Dahlia pone de nuevo una distancia cauta entre ellos—. Te quiero lista en cinco, esto no es otra parada de tus vacaciones, algunos tenemos que trabajar.

Le da un beso en la coronilla antes de irse. Cuando vuelvo a mirar a Dahlia, está rígida y ya no sonríe.

—Nos vemos, ¿vale?

Abro la boca para responder algo, no sé exactamente el qué, pero ya se ha dado la vuelta y no vuelve a mirar atrás, así que yo sigo mi propio camino, listo para enviar una postal especial y zambullirme en otras de las aguas más cristalinas que he visto nunca.

Pero, por algún motivo, parte de mi cabeza se ha quedado en la cala privada del hotel con la sensación de que no tendría que haberme ido.

Hoy nos vamos de Grecia. Creo que es el sitio del mundo con las aguas más cristalinas que he visto en mi vida.

¿Sabías que Spílaio ftysímatos significa cueva que escupe hombres»?
Aquí hay una con ese nombre y sé que me vas a llamar loco, pero he entrado. Y Dahlia también.

Seguro que te gustaría todo esto. Me he tirado por uno de los acantilados y he recordado cuando me retabas a saltar al lago desde el puente más alto.

Ojalá estuvieras aquí.

Ojalá estuviéramos los dos juntos.

Te quiero.

Andrew Reid
Lake Shore Drive, 23
49423, Holland, Míchigan

Capítulo 26

Dahlia

Esto está siendo una tortura.

Las sesiones de fotos son la parte que menos me gusta de mi trabajo. Al principio las disfrutaba, el hecho de tener varias cámaras y decenas de miradas centradas en mí me gustaba. Pero con los años me fui dando cuenta de que esas miradas, especialmente las de los hombres, no estaban centradas en mí, sino en mi cuerpo.

Por supuesto, no odio todos los *shootings*, pero sí los de este tipo. Y este en particular.

No ayuda que lleve más de una hora posando bajo un sol abrasador; la cabeza me palpita con fuerza y tengo las mejillas sonrojadas.

—Más maquillaje, corregidle los brillos de la cara.

Enseguida viene alguien a cumplir la orden y, tras un par de fotos más, me mandan cambiarme de nuevo. Me visto con el penúltimo de los conjuntos programados para la sesión. Saliendo de la habitación en la cual reina el desorden, me encuentro de bruces con Ethan.

Nuestras frentes chocan y por un momento pierdo el equilibrio por culpa de los tacones, pero me recompongo rápidamente.

Lo miro de arriba abajo. Lleva puesta la misma camisa horrible de formas geométricas, un bañador del mismo color y unas gafas de sol negras. Colgada de su hombro, una bolsa de tela.

—¿Qué haces aquí? Deberías disfrutar de la isla.

Se encoge de hombros.

—Está llena de gente, no hay mucho que hacer. Además, Milos era más bonito.

Sé que miente, han pasado pocas horas desde que salió y no le ha dado tiempo a ver más que los alrededores, así que no sé por qué está aquí o por qué le han permitido el paso.

Al fin y al cabo, esta campaña es privada y no saldrá hasta el próximo mes, aunque los murmullos a nuestro alrededor por el propio personal de la sesión pueden darme una pista. Ellos también quieren averiguar qué hay entre nosotros y hasta dónde llega el juego.

Que sigan esperando.

Ethan saca de su bolsa un zumo de frutas y me lo tiende. Puedo ver que está fresco, las gotas de condensación aparecen en la superficie de la botella.

—No puedo comer ni beber nada hasta que termine —respondo muy a mi pesar; no sé dónde ha conseguido ese zumo de mango. Seguramente no lo sabe, pero el mango es mi fruta favorita.

—¿Está cerrado al público? —Señala la salida que lleva a la cala.

—Seguro que tú encontrarías una forma de colarte.

—No me tientes. Mi habitación está aquí, siempre al lado de la tuya, ¿recuerdas?

—Solo espero que no me despiertes nunca con sonidos que no quiero escuchar.

Enseguida se le dibuja una sonrisa en los labios, así que sé que va a decir algo que seguramente considere muy gracioso. A mi mente viene la escena de hace dos días, cuando me pilló bailando en bragas por la mañana... y yo lo pillé mirándome.

Todavía no sé cómo sentirme con respecto a eso.

Sea lo que sea lo que va a decir, lo interrumpe el grito del director llamándome a escena. Este se acerca a mí una vez más y siento que cada paso que da en mi dirección me hace sentir más pequeña. Su mirada recorre mi cuerpo en ropa interior sin tapujos, el escote del sujetador es pronunciado y la braga, diminuta. Me siento... expuesta, pero no desvío la mirada de sus ojos en ningún momento, no le doy la satisfacción de saberlo.

—Bien, nena, sigue dándome lo mismo que hasta ahora, y si te puedes contonear más entre pose y pose... sería delicioso; así también nos haces disfrutar a nosotros.

Asiento con la cabeza y voy tras él para ponerme en posición. Ethan nos sigue hasta la playa, camina pegado a mí como una sombra. No le mandan irse, pero lo sitúan en una de las esquinas apartadas de todo el equipo técnico, detrás de los ordenadores, y las miradas están puestas en él con el mismo interés que en mí. Por alguna razón, una parte de mí agradece que esté aquí... o lo hace los primeros minutos.

Estoy rígida como una tabla y me corrigen la postura en más de una ocasión. Cuando estoy tumbada sobre la arena, el fotógrafo se acerca para darme indicaciones.

—Estírate más para que tengamos un buen ángulo de los pechos. —Sin previo aviso, corrige mi pose agarrándome el culo.

—Quita la mano de ahí —le ordeno, con la voz grave.

Él obedece, pero se inclina más hacia mí para que solo yo pueda oírlo cuando dice:

—Estamos trabajando, tu puto trabajo es exhibirte para nosotros. ¿Tienes miedo de que me vea el tío que te está follando ahora?

Desvío la vista hacia donde está Ethan, quien observa la escena con atención y con cara de pocos amigos. Ya no me gusta que esté aquí, presenciando lo que ocurre.

Sigo posando durante los siguientes diez minutos, centrada en los flashes de las cámaras y en los resultados que se muestran en la enorme pantalla.

—Descanso de veinte minutos. Dahlia, princesa, ve a cambiarte.

Asiento con la cabeza, agradecida de tener una excusa para irme de aquí y sin importarme apenas el puñetero calificativo. Lo hago a toda velocidad antes de que a alguien le dé tiempo de cambiar de opinión y decidir que se necesitan más tomas.

Para mi mala suerte, Ethan me sigue.

—¿Qué pasa? —dice, pero no es un saludo. Es una pregunta y su tono es seco.

Niego con la cabeza, pero, antes de que pueda responder, el director pasa por detrás de mí, apartándome un mechón del rostro.

—Muy buen trabajo, princesa —repite el mismo apelativo que hace un par de minutos y solo quiero arrancarle la lengua de cuajo al oírlo por segunda vez, más lascivo que la primera si cabe. Mucho más pegado a mi oído, a mi cuerpo, para que solo lo oiga yo, añade —: Estoy deseando verte con el último conjunto, es mi favorito, aunque este color verde resalta tus tetas.

Me muerdo la cara interna de la mejilla tan fuerte que de inmediato percibo un sabor metálico en mi boca, pero es lo que hago, morder y no escupir, aguantar y no atacar.

Sin embargo, Ethan no hace lo mismo, más bien lo contrario. Antes de que me dé cuenta, me coloca detrás de su cuerpo, que ahora se enfrenta al del director.

Él también ha oído el comentario.

—Vuelve a hablarle así a mi chica y no solo te cortaré la lengua, sino también la polla, ¿me has oído?

Jamás lo había oído hablar así, con esa voz tan grave, pero enteramente tranquilo. Hace que se me ponga la piel de gallina.

Creo que tampoco había visto sus ojos, azules como el mar, de un tono tan oscuro.

—Perdón, tío, no sabía que era tu novia. Los rumores... —El director ya no se siente tan valiente; da un paso atrás, pero Ethan avanza al instante, borrando cualquier intento de distancia. Están casi cara a cara.

—Quiero que todo el mundo se porte bien con ella o habrá problemas. —No hay rastro de su tono habitualmente desenfadado y cómico.

Por Dios, siempre es un golden retriever. Pero esta vez parece que tiene ganas de morder. ¿Por mí?

Me ha llamado su chica; desde luego, se ha metido en el papel que supuestamente representamos y ha funcionado tal y como él esperaba. Lo que pasa es que a mí me ha sacado de la ecuación.

Los dos machos en los que se han convertido siguen haciendo un concurso de miradas hasta que tiro del brazo de Ethan para llevarlo conmigo al vestuario. No hay nadie dentro, así no tendré que echarlos y parecer, una vez más, la zorra que todo bicho viviente cree —sabe— que soy.

Esto es lo último que necesito, pero, de nuevo, a él no parece importarle.

Nada más cerrar la puerta, todo estalla.

—¿Cuántas veces has trabajado con este tío? —Él se adelanta y habla primero.

—¿Perdón?

—¿Cuántas veces has tenido que aguantar y callarte? Tendrías que haber dicho algo, Dahlia, no sabes cómo son los tipos como él...

Pongo una mano sobre su pecho para que deje de hablar.

—Sé exactamente cómo son los tipos como él, Ethan —pronuncio su nombre con rabia, porque no lo aguanto—. Llevo trabajando en

esta industria casi diez años; me he topado con ellos toda mi vida, a todas horas. Hombres que miran más de la cuenta y que se creen con el derecho a tocarme porque durante un par de horas me consideran de su puta propiedad, creyéndose los reyes del mambo. ¿Crees que no sé que la mitad pasan sus descansos masturbándose, pensando en cómo estaba tumbada en ropa interior delante de ellos? Lo sé porque además me lo dicen, como si fuera mi objetivo personal y debiera sentirme orgullosa. Así que no te atrevas a aleccionarme o decir que no tengo ni idea; no soy una niña indefensa a la que tienes que proteger, así que guárdate tu compasión.

Estamos el uno frente al otro, muy cerca, nuestros ojos mirándose con intensidad... y lo que yo puedo ver es un mar embravecido.

Nos quedamos así, en silencio durante unos segundos hasta que una de las *managers* entra gritando que empezamos en cinco minutos, rompiendo la ensoñación en la que hemos caído.

Ethan no dice nada y yo me giro en busca del último de los conjuntos de ropa interior.

—Lárgate para que me cambie, ¿o vas a volver a quedarte mirando?

Sale por la puerta sin decir nada. Cuando estoy lista y vuelvo a la cala, el sol ha descendido y una luz anaranjada adorna el ambiente, que, de alguna forma, se respira diferente. Debería estar aliviada, pero lo único que siento es rabia.

Me coloco en posición y el fotógrafo me da las instrucciones correspondientes. Las cumplo a rajatabla y las fotos salen espectaculares. Terminamos antes de lo esperado. Mientras recogen todos los aparatos, me dejan irme y lo agradezco en silencio. Estoy cansada y lo único que quiero es tumbarme en la cama y que acabe el día de hoy.

Mañana abandonamos las islas griegas rumbo a nuestro próximo destino secreto, donde Ethan y yo grabaremos la colaboración que hemos acordado hacer juntos. La empresa se mostró emocionada y no han querido decirnos antes de tiempo cuál era el lugar de rodaje para «sumarse a nuestra aventura sorpresa».

Estoy arrepintiéndome de haberlo convencido. Ahora mismo no quiero ni mirarlo, así que no puedo imaginarnos a los dos durante más de seis horas de rodaje.

—Dahlia. —Oigo su voz al otro lado del pasillo. Ha estado esperando este momento, donde ya nadie nos presta atención.

—Estoy cansada, Ethan —le digo en un intento por quitármelo de encima, pero no se mueve del sitio.

—No puedes enfadarte conmigo. Te he defendido.

—¿Qué esperas entonces?, ¿mi más sincero agradecimiento?

—Con que quitaras esa cara de culo me daría por satisfecho —resopla, revolviéndose el cabello.

Arqueo las cejas, no puedo creer lo que estoy oyendo.

—Ese es vuestro principal problema: no os merecéis una palmadita en la espalda por todas vuestras «hazañas». Te has metido donde no te llamaban.

—Solo quería ayudar.

—Yo no te he pedido ayuda.

—Entonces ¿por qué tú no haces nada? Así les estás dando la razón...

Su comentario es como un puñal. Debería estar acostumbrada, pero ¿por qué todo el mundo piensa que yo debo tener la culpa de algo que hacen los demás, que escapa a mi control?

Ethan se da cuenta de lo que ha dicho, su gesto cambia de inmediato. Pero ya es tarde, lo ha soltado.

Agarro con fuerza el pomo de la puerta hasta que mis nudillos comienzan a tornarse blancos.

—No quería decir...

Lo ignoro y respondo a su pregunta.

—¿Por qué no hago nada? Porque no puedo, porque antes los creerían a ellos cuando dijeran que la zorra tan narcisista que soy lo busca, que solo soy una niña mimada y estirada que siempre tiene la necesidad de llamar la atención y demostrar lo superior que es a los demás.

De repente, su piel palidece cuando se da cuenta de que he usado sus mismas palabras para describirme, literalmente.

¿De verdad creía que no sé lo que piensa de mí? La próxima vez debería hablar más bajo en un hotel, dado que nuestras habitaciones siempre están una al lado de la otra.

Abro la puerta de golpe, poniendo por fin distancia entre nosotros. Hasta este momento, no había notado cuánto me ahogaba.

—¿Sabes qué es lo realmente triste? Que estén dispuestos a respetarme más por ser tu chica que por ser una chica.

Cierro de un portazo, pero, no sé cómo, sé que Ethan permanece en el otro lado sin moverse. Yo también.

Hasta hace unos minutos, todo mi cuerpo me pedía un descanso. Pero ahora, cuando hundo mi cabeza en la almohada, no tengo sueño, ni siquiera cierro los ojos.

Y por primera vez en mucho tiempo, lloro hasta que mi cabeza duele demasiado y al final consigo quedarme dormida.

Capítulo 27

Ethan

Papá: ¿De verdad sabes
lo que estás haciendo?
Abre los ojos.

La tregua ha durado poco. Ni siquiera sé en qué momento se torcieron tanto las cosas para llegar a este punto.

—La has cagado.

Era nuestra oportunidad para llevarnos bien y la he pifiado.

UNAS HORAS ANTES

Nos levantamos muy temprano para coger el ferri que nos llevará de vuelta a Atenas, directos al aeropuerto y rumbo a nuestro próximo destino.

Apenas he pegado ojo. Me quedé hasta altas horas de la noche hablando con Andrew y las restantes las pasé dándole vueltas a mi discusión con Dahlia.

Antes de darme cuenta, eran más de las tres, aún tenía que hacer el equipaje y el sol iba a salir en un par de horas. Así que, como no quería perderme el amanecer, habré dormido un total de... cuarenta minutos.

He hecho siestas más largas.

Dahlia no tiene tan mal aspecto como yo, pero intuyo por su piel pálida y por las sombras oscuras alrededor de sus ojos que tampoco ha logrado dormir demasiado esta noche.

El trayecto de casi seis horas ha estado ocupado por un ensordecedor silencio. Dahlia no ha despegado la mirada de su teléfono y yo no he apartado los ojos de ella.

Había practicado varias veces lo que tenía pensado decirle, algunas delante de Andrew, otras a solas, delante del amanecer, mientras veía cómo el sol subía y no pasaba nada más. Tras tantas veces, mis ojos ya no necesitan adaptarse a la claridad repentina que trae consigo el astro.

Esta mañana no he oído como la música sonaba a todo volumen desde la habitación de Dahlia. Por alguna razón, eso me ha molestado más de lo que debería. He sabido que, de nuevo, era culpa mía.

No supe qué contestar a su último comentario, ni a lo anterior, simplemente... me quedé callado. En mi defensa diré que lo que había dicho hasta entonces no había ayudado a mi causa.

El trayecto en el coche que nos lleva al aeropuerto se me hace demasiado corto; vamos acompañados del chófer y del guía responsable de llevarnos a nuestro destino. La aplicación se ha encargado de todo, ni siquiera sé cómo se llaman.

Repito una vez más el diálogo que he acabado por aprenderme de memoria, pero nunca lo digo en voz alta. Si voy a pedirle disculpas a Dahlia, no me apetece tener público, aunque el taxista probablemente no pueda entender una palabra de lo que decimos.

Disculpas. No tengo ni idea de por qué me voy a disculpar.

No me arrepiento en absoluto de lo que hice, lo volvería a hacer. Se trataba de una situación injusta para ella y yo solo quería ayudarla. ¿Tan difícil es que lo entienda?

Entramos en el aeropuerto de Atenas y el ambiente me devuelve a la realidad, pues enseguida comienza a oírse el murmullo de los miles de conversaciones que están teniendo lugar al mismo tiempo.

El personal nos indica la dirección que debemos seguir, pero eso no evita la repentina atención por parte de algunos viajeros. Cuando varios de ellos sacan sus teléfonos, sé que nos han reconocido. En cuestión de segundos, ya tenemos a varios seguidores a nuestro alrededor.

Dahlia es la que acapara todas las miradas, todas las cámaras apuntando en su dirección. Ella no dice nada y accede a sacarse muchas muchas fotos. Tantas que en un momento dado pienso que perderemos el avión si no nos damos prisa, a pesar de haber venido con varias horas de antelación.

De pronto, una de las personas que se arremolinan a nuestro alrededor llama mi atención y me tiende su teléfono.

—¿Foto? —pregunta un adolescente con un acento forzado que me hace comprender que apenas habla inglés.

Asiento con la cabeza y extiendo el brazo dispuesto a sacar un selfi... hasta que veo que el chico se sitúa al lado de Dahlia y muestra una sonrisa tímida, sus mejillas rojas.

—Con ella, claro.

Pulso el botón y enseguida lo sustituye en el puesto un grupo de chicas que comienzan a hablar con ella sobre lo mucho que adoran cómo viste, pero la mirada de Dahlia se mantiene en mí unos segundos más mientras le devuelvo el móvil al chico.

Entonces me fijo en la curvatura de sus labios, por supuesto que le ha hecho gracia mi metedura de pata. A pesar de eso, me alegra haberle provocado una sonrisa que rebaje la tensión que hay entre ambos, aunque solo sea un instante.

El ambiente cambia rápidamente cuando aparecen de la nada decenas de fotógrafos con objetivos muy grandes y micrófonos, que empiezan a empujar a todos los presentes a su lado, incluido a mí, para llegar hasta la que es su protagonista.

Ahora mismo, soy invisible.

No tengo un ego grande, no puede importarme menos. No disfruto de la atención, no de esta, desde luego. En realidad, de ningún tipo.

Lo cual es contradictorio con lo que estoy haciendo. La gente se preguntaría por qué demonios estoy entonces en las redes sociales, exponiéndome a todo el mundo.

La respuesta: ni yo mismo lo sé. Efectos colaterales, supongo.

Dahlia se posiciona inconscientemente junto a mí. Extiendo mi mano para que la sostenga con la suya; no sé si su orgullo le permitirá cumplir con nuestras reglas esta vez. Para mi sorpresa, lo hace. La atraigo hacia mí y ella se inclina para hablarme al oído (regla número tres):

—¿Cómo han sabido que estaríamos aquí?

—Los he llamado yo.

—¿¡Qué!? —grita, también contra mi oído, casi perforándome el tímpano.

Aún no he tenido la oportunidad de hablar con ella, pero anoche tuve una idea que sería el punto de partida para arreglar las cosas.

Nos encontramos en el centro de la multitud, tratando de abrirnos paso en la dirección que nos indican los agentes de seguridad del aeropuerto, que tampoco pueden hacer nada contra el revuelo que se ha formado a nuestro alrededor. Dahlia camina mirando al frente con templanza, como si estuviese más que acostumbrada a todo esto... ¿Qué digo? Claro que lo está.

Hasta ahora, hubiera dicho que disfrutaba de esta atención, pero sé que no es el caso, lo noto en su lenguaje corporal. No sé en qué momento he aprendido a distinguir esas señales, pero el cuerpo de Dahlia está tenso y la sonrisa genuina que devolvía a la gente que le pedía fotos y autógrafos hace un instante no ha vuelto a aparecer.

Todos los sonidos se intensifican a medida que llegamos a nuestra puerta de embarque. Si alguien en esta terminal no sabía quiénes éramos, ahora ya lo sabe, o se hace una idea. Oigo voces que provienen de todas partes y preguntas que se superponen unas con otras. Hago caso omiso de todas ellas, centrándome solo en las palabras que llevo practicando desde anoche.

Me paro en seco y deshago el contacto entre nuestras manos. Me giro hacia los reporteros con una intención clara.

He tenido malas ideas a lo largo de todos mis años de vida, pero estoy seguro de que Andrew situaría esta en el top tres, como mínimo.

Pero no voy a quedarme callado, no cuando Dahlia tiene que hacerlo. Quiero ayudarla a contar su verdad.

Los comportamientos de esos gilipollas no pueden quedar impunes.

Estoy rodeado de medios mientras trato de dar una versión —ni de lejos tan buena como la que he practicado tantas veces en mi cabeza por los nervios—. Todos me escuchan con atención, pero, antes de que pueda responder a todas las preguntas, una mano me agarra de la camisa y me arrastra por la espalda.

Ya ha abierto el embarque y una azafata de baja estatura con el brazo extendido me pide el pasaporte y el billete. Dahlia, a mi lado y quien me ha arrastrado de aquí, tiene sus brazos cruzados a la altura del pecho y cara de muy pocos amigos.

Supongo que la presencia de los periodistas le molesta tanto como a mí en estos momentos.

Cuando me devuelven la documentación y me dispongo a cruzar la pasarela, su brazo me empuja con fuerza. Tropiezo con mi propio pie y mi espalda golpea la pared sobre la que me quedo apoyado. Su cuerpo está frente al mío y sus ojos marrón oscuro me miran con rabia.

—¿Qué demonios haces, Ethan? —Su voz es aguda, afilada. Está enfadada.

—¿Qué quieres decir?

—Te dije que lo dejaras estar.

—Y yo, que no me parecía bien lo que había ocurrido. Tenía que hacer algo, decirle a alguien...

—¿A los paparazi? ¿Los mismos a los que no les importa manipular la información con tal de venderla al mejor postor?

No había sido consciente de que la historia podría sufrir cambios, los mismos que yo he hecho entre versión y versión tratando de responder a todas las preguntas con las que me han acribillado. Tal vez he sido demasiado ingenuo.

El teléfono de Dahlia tiene la pantalla iluminada, más de tres llamadas perdidas de su agente no pueden significar nada bueno. Y esta vez es por mi culpa.

«Mierda». Me llevo la mano al pecho, tratando de calmar mi respiración.

—Solo quería ayudar —digo, bajando la cabeza.

—Y, de paso, aparecer en los titulares.

Entonces mis ojos vuelven a encontrarse con los suyos. De nuevo, solo veo rabia.

—¿Crees que eso me importa? —Me da igual que el resto de los pasajeros miren en nuestra dirección ni que los fotógrafos no se

hayan movido del sitio y sigan disparando sus flashes hacia nosotros.

Entonces llega, la primera puñalada.

—Creo que estás buscando la atención que no estás recibiendo en el viaje.

Suelto una risa seca, pero mi piel se estremece.

—¿Estás insinuando que te tengo envidia, flor?

—Venga, Ethan, los dos sabemos que no pintas nada aquí.

Son esas malditas palabras las que consiguen que explote. Porque son ciertas.

Y ella lo sabe, sabe que yo mismo lo sé.

«¿Alguna vez has tenido el síndrome del impostor?», le pregunté en la cueva. Ella contestó que no.

Y, como siempre, ha decidido atacar, para ser la última persona que queda en pie. No sé de qué me sorprendo.

—¿Sabes? No me extraña que estés sola. —Se la devuelvo.

Los dos podemos jugar al mismo juego. En este instante, no me importa caer tan bajo. Y sé que he dado en la diana cuando tiembla. Su cara sabe mentir a la perfección, pero su cuerpo no. No si sabes dónde mirar.

Me doy la vuelta, caminando en dirección contraria a la puerta de embarque ante el desconcierto y las llamadas de las azafatas, aunque no entiendo nada de lo que están diciendo.

Lo que sí entiendo son todas las preguntas que me caen encima de los periodistas y fotógrafos que se arremolinan frente a mí y que no sé cómo han logrado llegar hasta aquí.

Los voy apartando de mi camino en un intento por salvar la distancia que he recorrido antes, que ahora me parece mucho mayor.

—¿Alguna declaración?

—¿Son ciertos los rumores de una campaña juntos?

—¿Qué pasa entre Dahlia Harris y tú?

Estoy enfadado, solo ella consigue que mi mal humor se dispare en cuestión de segundos y, ahora, me enfada más que sepa cómo hacerlo y lo haya utilizado a su favor.

Así que hago lo último que sé que debería hacer. Algo que nos impedirá dar marcha atrás, y también continuar hacia delante. Pero todo eso me da igual cuando digo:

—¿Qué pasa? —repito la pregunta. Al ver que voy a hablar, todos se juntan con sus micrófonos hacia mí, pero no me paro en ningún momento, sino que suelto la bomba y escapo—: Lo que pasa es que es una puta niña caprichosa.

Tal vez no seamos tan diferentes, al fin y al cabo.

Capítulo 28

Dahlia



Puede decir lo que le venga en gana. Ya estoy acostumbrada.

A las críticas.

A convertirme en la Reina del Hielo.

A ser la mala de la película.

«No me importa. Su opinión no me importa».

Eso me repito una y otra vez, encerrada en la cabina del baño del avión.

La opinión de Ethan Adams y la del resto del mundo no me afecta en absoluto.

Capítulo 29

Ethan

DAHLIA HARRIS E ETHAN JAMES PROTAGONIZAN UNA DISCUSIÓN MUY SUBIDA DE TONO… ¿SE HABRÁ ACABADO SU LUNA DE MIEL ANTES DE EMPEZAR?

TODOS LOS DETALLES EN NUESTRA WEB

—La has cagado.

Estoy en mi habitación después de más de tres horas de viaje por aire y por tierra. El avión ha aterrizado en la ciudad de Nápoles, de la que nos hemos movido en coche hasta nuestro destino final: Amalfi.

No conocía este lugar, aunque, teniendo en cuenta parte del propósito de nuestra visita, suponía que sería bonito. Pero ni mis fantasías me habían preparado para el paisaje que nos recibe, con sus playas cristalinas y acantilados verdes, gente en bicicleta, coches antiguos y muchas casas de colores. Esto es impresionante.

He tenido el impulso de girarme sobre el asiento para ver la reacción de Dahlia, a quien he imaginado sentada perfectamente recta mirando su teléfono. Pero he tenido que conformarme

simplemente con eso, con mi imaginación, porque yo era el único pasajero del vehículo.

Nos han recibido en el aeropuerto con nuestros nombres escritos en unos carteles digitales que sujetaban dos hombres trajeados, por separado.

Estoy seguro de que ha sido Dahlia quien lo ha pedido, en otro intento por seguir manteniendo la distancia entre nosotros después de preferir pasar más de la mitad del vuelo metida en la cabina del baño del avión antes que permanecer sentada a mi lado. No me quejo, lo cierto es que yo tenía tantas ganas como ella de estar juntos. O sea, ningunas.

Y así ha sido como cada uno se ha montado en un coche moderno y espacioso que contaba hasta con una pequeña nevera con refrigerios. He tenido que preguntarle al conductor si eran gratis, lo que ha hecho que se riera en mi cara. Pero ha respondido que sí.

—La has cagado —repite mi mejor amigo, devolviéndome a la realidad.

—Te he oído la primera vez, ¿sabes?

—Pues no lo parece. Has sido un capullo.

—Empezó ella —me defiendo.

—Gran argumento, ¿se lo has copiado a tu primo?

Mi primo tiene cinco años.

Pongo los ojos en blanco y me giro hacia la pantalla, enfrentándome a la mirada inquisidora de Andrew.

—Pero ¿tú de qué lado estás?

Lo veo sentado en su silla bebiendo una gran taza de lo que estoy seguro de que es café solo, intenso y bien cargado, sin hacer caso a la enorme televisión que tiene encendida. En Holland apenas amanece a estas horas y sé que el resto de la casa está a oscuras y en silencio.

Sé que no soy el único que tiene el hábito de levantarse para ver salir el sol todas las mañanas; los dos buscamos lo mismo. Siempre ha sido así.

Andrew tiene sus horarios descontrolados. Le gusta disfrutar de la tranquilidad de la noche y despertarse temprano, pero sin alarma, lo que a veces se traduce en el mediodía; duerme varias horas durante el día, pero solo cuando hay ruido, y cuanto más tarde se duerme, más temprano se despierta. Lo dicho, sus jornadas son caóticas y puede que esos vasos enormes de café sean el motivo. Pero yo soy demasiado inteligente para proponerle que lo deje o que reduzca a la mitad la media de seis cafés que toma a lo largo del día.

Sería otra batalla más perdida con él. Siempre lo es.

—Yo solo intentaba ayudar —trato de explicarme.

Han pasado solo unas horas desde mi discusión con Dahlia y he tenido la brillante idea de llamar a Andrew para desahogarme.

Sé que no debería darle tantas vueltas; siempre estamos discutiendo, esta vez no tenía por qué ser distinta. Pero lo es.

Ni siquiera nos caemos bien para que deba afectarnos, pero el tema lo ha vuelto demasiado personal.

—Pues lo que has conseguido es hacerlo peor —responde mi amigo.

Atacar tras ser atacado. Pagar con la misma moneda. Eso hemos hecho.

—Oye, que te he llamado para que me animes.

—Ya te estás compadeciendo tú de ti mismo, no necesitas mi compasión.

Se hace el silencio entre nosotros por primera vez desde que ha descolgado el teléfono. Nuestros silencios son los únicos que no me ponen nervioso, pero, por alguna razón, no siento tanta tranquilidad como de costumbre.

Soy yo quien habla mientras me encuentro inclinado hacia delante en una posición incómoda, pero es la única que me permite ver la pantalla del teléfono mientras lo tengo enchufado a la corriente.

Soy creador de contenido y tengo la batería viciada y el espacio de almacenamiento lleno desde hace años.

—Ya he mandado la postal, por cierto.

—Estoy deseando verla. La de Miami llegó muy rápido. —Y, así, lo deja estar; entiende mi necesidad de cambiar de tema.

Él siempre lo ha entendido todo. Me entiende a mí.

Desde que empecé mis viajes, en cada destino que visito busco una postal peculiar para Andrew. Normalmente escribo alguna curiosidad del sitio en el que estoy o alguna anécdota que me haya pasado, le digo que lo quiero, que lo echo de menos. Al principio no las mandaba, tenía miedo de que lo interpretara de la forma equivocada y no tuviera el mismo significado para ambos. Cuando volví a casa del primer viaje un par de semanas después, las encontró entre mis cosas y leyó las doce postales que le había escrito. Se rio de algunas y lloró con otras. Me di cuenta de que solo lo había visto llorar una única vez además de esa.

Me hizo prometerle que le mandaría más, una de cada lugar. En ese momento no lo comprendí, pero él sabía que iba a montarme en otro avión después de aquello.

Las redes sociales lo permitieron, pero Andrew lo hizo posible.

Sé que guarda todas las postales, pero no sé dónde. Nunca me ha dejado volver a verlas.

—¡Eh! —Su voz me arranca de mis pensamientos—. ¿Tienes pensado visitar la ciudad esta noche?

—No, mañana a primera hora es el rodaje de la campaña. No puedo llegar tarde.

—Te desearía suerte, pero necesitas mucho más que eso.

—Lo que necesito es un milagro, todavía no estoy allí y ya sé que voy a hacer el ridículo. No pinto nada aquí.

«Venga, Ethan, los dos sabemos que no pintas nada aquí».

Las palabras de Dahlia han sido un golpe bajo. Y han dolido porque sabía que eran verdad.

Miro a cualquier punto menos a la pantalla del móvil para no encontrarme con su mirada por... ¿vergüenza? Es absurdo, pero es así. Yo estoy en la otra parte del planeta mientras Andrew está en casa, pero él sí sabría cómo actuar en esta situación. Y cómo debería haber actuado.

—Pues menos mal que eres guapo. Tal vez tu cara bonita eclipse tu poco talento.

A pesar de mis esfuerzos, se me escapa una carcajada.

Bajo la mirada y mis ojos se deslizan hacia todo mi equipaje deshecho. Localizo entre el montón de mi ropa las gafas de sol de Dahlia, que llevó a nuestra excursión a Klima. Debí de guardarlas por error.

En ese momento, golpean la puerta dos veces y sé que es el aviso sobre el que nos han informado en recepción al llegar.

—El turno de cena ha abierto, debo bajar. —Han preparado un menú especial para todo el equipo que participa en la campaña—. Te mandaré fotos.

—Ethan —dice mi nombre antes de que mi dedo se pose sobre la pantalla para finalizar la llamada—, yo creo que estás donde tienes que estar. Recuerda que las estrellas no pintan, ellas simplemente brillan.

Sonrío y cuelgo a tiempo. A tiempo para que no vea la lágrima que ahora desciende por mi mejilla hasta desembocar en mis labios, y tiene un sabor salado.

Pienso en las palabras de Andrew durante toda la cena y en que Dahlia no ha bajado.

Y en que, no sé por qué demonios, tenía ganas de verla.

Capítulo 30

Ethan

Abro los ojos de golpe, envuelto entre las sábanas. Hace calor, así que lo único que llevo puesto es la ropa interior y un pantalón de chándal corto, pero no es eso lo que me despierta.

Oigo el mismo ruido lejano que acaba por desvelarme del todo y me levanto para ir hacia el pequeño balcón. Sus puertas acristaladas están abiertas de par en par en un intento de que entre algo de fresco. Al principio, no identifico de dónde vienen esos sonidos ni de qué se tratan exactamente. Pero, de repente, reconozco algo ligeramente familiar. Una voz. Más bien un ruido gutural. Pero es su voz.

Entonces me acerco a la puerta, no a la principal, sino a la que une nuestras dos habitaciones, siempre una al lado de la otra. Está cerrada con llave, pero yo tengo una de las dos copias que puede abrirla. Nunca las hemos usado.

Eso no significa que lo vaya a hacer. De nuevo, valoro mucho mis pelotas y, después de las últimas veinticuatro horas, no puedo arriesgarme.

Hasta donde yo sé, Dahlia ha dejado claro que nada es de mi incumbencia. Mentiría si dijera que sus palabras, las de la discusión en el aeropuerto, no presionaron un botón en mí que no me apetecía encender. Pero, por supuesto, le dio igual pulsarlo y luego dejarlo ahí.

No estoy interesado en volver a enfrentarme a ella; por lo que a mí respecta, puede hacer lo que le venga en gana. Pero mañana, o más bien en unas horas, no tendré otra opción, ya no podré huir de la Reina del Hielo.

Nos espera la estúpida campaña que no tendría que haber aceptado.

No sé por qué me quedo unos minutos más delante de la puerta, como si retrasando de nuevo mi entrada en el mundo de los sueños retrasara también el resto.

Como si pudiera parar el tiempo. Por las noches, siento que es el único momento en el que eso sería posible.

Me doy la vuelta dispuesto a no hacer caso a mis cavilaciones nocturnas y regresar a la cama cuando lo oigo de nuevo. Es entonces cuando distingo el sonido con mayor claridad. Acerco mi cuerpo a la puerta hasta que mi cara queda pegada contra esta.

—Flor, ¿estás bien? —Me ha salido por costumbre, pero, si el estúpido apelativo que ella tanto odia no hace efecto, nada lo hará.

No hay respuesta desde el otro lado.

Otro sonido. Esta vez, acompañado de un golpe seco.

—Dahlia —digo, con un tono más fuerte. Tampoco responde, pero lo que oigo ahora son débiles susurros intermitentes. ¿Sollozos?—. Sé que estás enfadada, pero, joder, solo contéstame o mándame a la mierda.

Vale, ahora sí que me estoy asustando.

—Dime que estás bien o abro la puerta ahora mismo.

Sin esperar respuesta, me abalanzo sobre el juego de llaves y encajo la más pequeña en la cerradura. Antes de girarla, grito:

—¡Voy a entrar, así que espero que no estés desnuda!

Empujo la puerta demasiado fuerte y suena un golpe seco. Su habitación es exactamente igual que la mía, es como verla reflejada

en un espejo. La cama está deshecha, sus ventanas, cerradas, y un calor asfixiante me recibe al entrar. Su maleta está abierta por completo y algunas de sus cosas esparcidas por diferentes superficies, pero no hay nadie.

—Lárgate, Ethan. —Su voz suena muy débil, casi inaudible, y proviene del baño.

Se interrumpe a sí misma con otro sonido. Ahora lo distingo a la perfección. La puerta del baño está abierta, pero está completamente a oscuras, como el resto de la estancia.

La veo en el suelo, sus piernas flexionadas y su cuerpo ligeramente inclinado hacia delante. Respira entrecortadamente y su cabeza descansa entre sus brazos apoyados sobre la tapa del váter. Le sobreviene otra arcada que la obliga a volcar todo el contenido de su estómago dentro.

Hago caso omiso cuando me dice que me vaya. En su lugar, me coloco detrás de ella y acaricio su largo pelo oscuro recogiéndolo entre mis manos y atrapando algunos mechones sueltos que se pegan a su frente por el sudor. Lo tengo agarrado suavemente como si fuera una coleta para cuando arremete la siguiente arcada, que no es mucho después.

Se me revuelve el estómago cuando se me ocurre bajar la mirada hacia el contenido del agua del retrete, donde solo hay bilis. No había comido ni cenado nada.

—¿Puedo ayudarte? ¿Necesitas algo? —Paso los dedos desde su frente hasta la nuca; su pelo es realmente suave.

—Necesito que te vayas, por favor. —Su voz es muy débil, apenas una súplica.

Ambos sabemos que no voy a hacer caso.

Nos quedamos así varios minutos más, hasta que su estómago le da una tregua y su cuerpo se va recuperando de las convulsiones.

Me acuclillo detrás de ella para ponerme a su altura, mis manos acariciando sus hombros. Está muy tensa.

A mi cabeza viene nuestra discusión de hace apenas unas horas y cómo no puede importarme menos en este instante.

Ver a Dahlia así, tan vulnerable, genera una sensación en mi cuerpo extraña, muy extraña. Y la odio.

Sigo acariciándola, pero pierdo el equilibrio y me obligo a apoyar una de mis manos en el suelo. Entonces me doy cuenta; con la oscuridad que baña toda la habitación, no había sido capaz de verlo. El cuerpo de Dahlia se retuerce todavía con más fuerza en un intento por apartarme.

—Por favor, Ethan. Esto es vergonzoso.

—Solo es sangre, flor, no pasa nada.

Tiro de la cadena del váter y trato de ayudarla a levantarse, pero Dahlia se niega, mueve la cabeza de un lado a otro. Trata de incorporarse, pero otro dolor le recorre la parte baja del abdomen y se dobla sobre sí misma.

—Vete, puedo hacerlo yo sola.

—Te tiemblan las piernas. Deja que te ayude.

—Estoy manchada; si me levanto, habrá sangre. Es algo asqueroso.

—Es algo natural —respondo sin más.

Joder, Dahlia Harris no parece el tipo de chica que pueda sentirse avergonzada por algo así. En realidad, nunca la he visto de ninguna otra forma que no sea segura de sí misma.

Me agacho y paso mis brazos por debajo de su cuerpo, uno acaricia su espalda, otro rodea sus piernas y la levanto del suelo sin esfuerzo. Aunque balbucea algo que no soy capaz de entender, esta vez no se resiste y me deja cargarla hasta la enorme bañera en la que podríamos caber los dos sin esfuerzo.

No sé por qué he pensado eso.

Está ligeramente adormecida y lucha por mantener los ojos abiertos. Son más de las cuatro de la mañana y supongo que las arcadas y los dolores no le habrán dado una tregua hasta este momento. Abro el grifo, por el que empieza a correr una fuerte corriente de agua. Dahlia reacciona cuando algunas de esas primeras gotas frías rozan sus pies. Tiembla fuertemente.

—Perdona, cariño, ya sale más templada —digo y, cuando ya noto que el agua está subiendo de temperatura, me acerco a ella—. Estoy llenando la bañera, así podrás entrar en calor.

El agua ya le cubre la parte inferior del cuerpo cuando comienzo a acariciarle la cara con una toalla, tiene las mejillas enrojecidas y un reguero de lágrimas que han conseguido arrastrar consigo el maquillaje de sus ojos oscuros.

—Pareces un mapache —bromeo.

Al principio pienso que no me ha oído, pero una pequeña sonrisa aparece en la comisura de sus labios y hace que los míos se la devuelvan, aunque ahora tenga los ojos cerrados y no pueda verme. Le quito los restos de maquillaje con una toalla mientras ella balancea ligeramente la cabeza.

—Te dejo que termines de bañarte. Necesitas ropa limpia y... ¿compresas?

—En mi neceser.

Sigo sus indicaciones y no tardo en encontrarlo, pero espero un par de segundos antes de volver a entrar, consciente de que en estos momentos ya se habrá deshecho de la ropa interior mojada y estará desnuda en la bañera. Pensar en ello me afecta más de lo que estoy dispuesto a admitir.

Me muevo a trompicones con mi mano cubriendo mis ojos hasta que choco con el lavabo y dejo el neceser en su superficie. Espero

en la puerta mientras termina; cuando ya no oigo ningún sonido, me asomo y la encuentro inclinada sobre el váter. Esta vez su cuerpo no convulsiona.

—¿Estás bien?

—La cabeza me da vueltas. —Su voz es débil y dócil.

—Vamos a llevarte a la cama.

Por alguna razón, esas palabras suenan demasiado íntimas cuando las oigo salir de mi boca.

Vuelvo a cogerla entre mis brazos y se queda dormida en cuestión de segundos. Su cabeza está apoyada sobre mi pecho y su cabello suelto y húmedo cosquillea mis brazos, mi piel erizándose en todos aquellos puntos bajo su contacto. Me pregunto si sabrá lo ligera que es, lo pequeña que parece acurrucada sobre mí, a pesar de que somos casi de la misma altura.

Su cuerpo se acomoda cuando la dejo sobre mi cama y la tapo con las sábanas hasta la cintura. Hace calor, pero está temblando y solo lleva puesta su ropa interior, así que cojo una de mis camisetas y se la meto por la cabeza. Dahlia no se resiste y sostengo el peso muerto de sus brazos para hacerlos pasar por los agujeros y cubrirla por completo. Acerco mi mano para acariciar su frente. Está caliente, creo que tiene un poco de fiebre, pero por lo menos las arcadas han remitido.

Me siento en el sillón al lado de la ventana, próximo a la cama, y lo único que hago las siguientes horas es vigilar sus sueños. No aparto mis ojos de ella, como si fuera a desaparecer si lo hiciera.

Sus palabras me pillan por sorpresa cuando habla.

—¿Por qué haces esto? No me lo merezco.

—Está mal visto que se muera tu compañera, ¿recuerdas?

—Te diría que no me estoy muriendo, pero no estoy muy segura ahora mismo.

—Descansa, flor, tienes que recuperar fuerzas.

—¿Vas a quedarte? —Una pregunta vacilante.

—¿Quieres que me vaya? —digo, aunque sea a mi habitación.

Me iría si ella lo pidiera, pero, cuando niega con la cabeza, mi cuerpo se relaja.

—No, quédate. No quiero estar sola, Ethan.

Capítulo 31

Dahlia

Me despiertan los rayos de sol que impactan directamente sobre mis párpados. La claridad me impide abrir los ojos hasta que logran ajustarse a la luz que ya inunda la estancia.

Las ventanas están abiertas, consiguiendo que entre algo de brisa para combatir el calor sofocante. Me despierto cubierta de sudor, tengo la piel pegajosa por debajo de la enorme camiseta negra que cubre mi cuerpo hasta la altura de los muslos.

Entonces mi cabeza comienza a funcionar por primera vez desde que he regresado del mundo de los sueños, puede que incluso desde antes. Echo un vistazo a la habitación y me doy cuenta de varias cosas.

La primera, que llevo puesta una camiseta de Ethan que huele a él. La segunda, que estoy en su habitación, la cama también huele a él. Y la tercera, que él está a mi lado, tumbado en el sillón próximo a la cama en una postura que parece incómoda, profundamente dormido.

A mi mente regresan recuerdos vagos de esta noche: el dolor insoportable en la parte baja de mi abdomen; los vómitos interminables; las lágrimas, el tacto de Ethan sobre mi piel; cómo me cargó hasta esta cama que no es la mía; cómo me puso una camiseta suya porque, a pesar del calor, yo no conseguía dejar de temblar.

Si no me doliera tanto la cabeza y mi cuerpo no siguiese quejumbroso de los esfuerzos de anoche, sentiría mucha vergüenza ahora mismo.

Desde la cama, puedo ver el sol brillando en el horizonte, por encima del mar. La localización no puede ser mejor, un lugar reservado, escogido estratégicamente para...

«La campaña».

Oh. Dios. Mío.

No sé qué hora es, pero sí que es muy tarde y que ya deberíamos estar reunidos con el equipo de producción y los fotógrafos. No puedo decepcionar de nuevo a la marca. No puedo permitirme más fallos, ni más escándalos. No puedo afrontar más de todo eso.

Intento levantarme, pero lo hago demasiado rápido y varios calambres recorren mi cuerpo, mi cabeza empieza a dar vueltas.

—No te tenía por una de las que se escabullen por las mañanas, flor.

Me saluda con una sonrisa burlona. Su cuerpo adormilado se remueve sobre el asiento y en esos segundos me permito observarlo con atención. Tiene el pelo revuelto, los ojos hinchados y su piel desnuda brilla a causa del calor. Huele muy bien.

Eso último tal vez se deba a que llevo puesta su camiseta, pero me invade su olor a cedro y sándalo, con un toque cítrico y fresco.

—La campaña, Ethan. Llegamos tarde por mi culpa. —Me obligo a regresar a la realidad.

Hago otro intento de levantarme, pero esta vez es él quien me detiene. Llega a mi posición en tan solo dos zancadas y se sienta al borde de la cama. Me pilla desprevenida cuando levanta su brazo para tocar mi frente, sus dedos fríos sobre mi piel.

—Todavía estás caliente, pero parece que ya no tienes fiebre.

—¿Me estás escuchando? Tenemos que irnos.

Ethan vuelve a impedirme el paso. Tal vez él no se pueda tomar en serio este tipo de contratos, pero ¿acaso no entiende que es importante?

—He llamado a primera hora a los agentes. El rodaje y la sesión se han pospuesto para mañana.

Cierro los ojos, no sé si sentirme aliviada o rendida. La libertad de poder ocultarme bajo las sábanas durante veinticuatro horas resulta agradable, pero también sé cómo será la versión oficial: la Reina del Hielo consigue lo que quiere por capricho.

Como si fuera capaz de leer mis pensamientos, añade:

—No tienes que preocuparte, les he dicho que no prueben las gambas del *buffet* si no quieren posponerlo otro día más.

Me ha ayudado.

No tenía por qué hacerlo y lo ha hecho. Mucho menos después de nuestra discusión, tras lo que le dije.

—Quería pedirte perdón...

—No lo hagas —lo interrumpo—, no dijiste nada que no fuese verdad.

—Sí, sí lo dije.

Nos sostenemos la mirada durante unos segundos; está apretando la mandíbula e inclinando su cuerpo hacia delante y hacia atrás. Me resulta demasiado divertido ver a Ethan Adams nervioso, pero ahora mismo sé lo que tengo que decir.

—Yo también te debo una disculpa. —No estoy acostumbrada a disculparme, pero sé que él también se merece oírlo. Las palabras salen más fácilmente de lo que esperaba.

—Tampoco dijiste nada que no fuera verdad.

—Sí, sí lo dije.

Me quedo mirando el color azul de sus ojos unos segundos más de la cuenta.

—Entonces, supongo que estamos en paz.

El hecho de que limpiara mis vómitos le ha dado puntos extra, desde luego.

Las imágenes, aunque borrosas, se van arremolinando en mi mente y noto cómo el calor sube a mis mejillas. Me tapo la cara con las manos y me escondo sobre mi propio cuerpo.

—¿Cuántas posibilidades hay de que olvidemos lo que pasó anoche? —pregunto avergonzada, sin atreverme a seguir mirándolo a los ojos.

Ethan se ríe por lo bajo y me acaricia la pierna de manera inconsciente, pero hay algo íntimo en el gesto que hacía tiempo que no sentía. Entonces, me doy cuenta del poco espacio que nos separa, estamos sentados el uno frente al otro, y, cuando por fin me atrevo a levantar la mirada, él no ha apartado la suya.

—No soy tan capullo como parezco, flor. Aunque no todos los días uno consigue tener a Dahlia Harris en su cama.

Unos golpes en la puerta nos devuelven a la realidad. Una señora entra sin previo aviso empujando un carro de la limpieza. Tarda un par de segundos en vernos a través de la puerta que conecta nuestros dormitorios, que está abierta de par en par.

—*Scusi*, jóvenes, no sabía que había alguien dentro. Volveré en otro momento.

Ethan reacciona primero y rompe la distancia entre nosotros para dirigirse a la mujer que ahora nos observa curiosa.

—Si no es mucha molestia, ¿puede cambiar la ropa de cama? Nosotros nos encargamos del resto.

Yo también me disculpo por el estropicio, la señora solo asiente y nos sonríe.

—Esta es una de mis habitaciones fáciles, me enfrento a cosas mucho peores todos los días. —Empuja el enorme carro hasta el

centro del cuarto—. No es de mi incumbencia, pero ¿van a usar una sola habitación? Es por el número de juegos de sábanas.

—No, las dos habitaciones —respondo yo rápidamente, tapándome con la tela blanca hasta cubrirme el pecho. A pesar de llevar puesta la camiseta de Ethan, de repente me siento desnuda—. Esto solo ha sido puntual.

La mujer asiente con la cabeza.

—Me retiro, entonces. Permítanme decirles que hacen muy buena pareja, son los dos muy guapos.

Ethan cierra la puerta y volvemos a quedarnos solos.

Entre nosotros vuelve a establecerse un silencio que no es del todo incómodo. Ethan y yo tampoco tenemos mucho que decirnos habitualmente, así que, de todos modos, ya estamos acostumbrados.

—Respecto a eso... —Ethan se sienta de nuevo sobre el colchón, pero esta vez deja un espacio grande entre ambos—. Es el momento de ver qué vamos a hacer.

—Yo creía que ya no había vuelta atrás.

Esto no tiene gracia y más con lo que hay en juego, pero, por alguna razón, no puedo evitar esbozar una sonrisa.

—Te he llamado niña caprichosa delante de todos los periodistas de las revistas del corazón.

—Puta niña caprichosa —remarco.

Otra sonrisa. Me muerdo el labio.

—Mi madre me ha regañado por soltar tacos en la tele.

—Todas las parejas viven sus crisis, incluso las falsas. Mañana no solo se trata de la campaña, Ethan, tenemos que conseguir que se lo crean.

Él asiente con la cabeza. No me he dado cuenta hasta ahora y creo que él tampoco, pero hemos recortado de nuevo la distancia y

volvemos a estar sentados frente a frente.

—No quiero discutir más.

—Yo tampoco —admito. Para mi sorpresa, estoy de acuerdo con él.

—Bien, firmado el acuerdo de paz y ahora que somos amigos...

Lo interrumpo levantando la mano a la altura de mi pecho. Y muy cerca del suyo.

—*Amigos* es una palabra muy fuerte.

—Tienes razón. —Se lleva una mano al mentón en un gesto pensativo que me hace sonreír. Estamos... ¿bromeando?—. Digamos dos personas conocidas que fingen no querer matarse y tener una relación sana e idílica al mismo tiempo.

Muy a mi pesar, me río con su ocurrente comentario.

—¿Adónde quieres llegar?

—No tengo ni idea de cómo funciona una campaña de ropa. —Se rasca el pelo, nervioso. Por alguna razón, el gesto me resulta adorable. Hasta que vuelve a abrir la boca—: ¿Me enseñas cómo hay que estirarse para mañana?

—¡Se llama posar!

Sigo sonriendo.

Capítulo 32

Ethan

Si alguna vez había pensado que el modelaje consistía solamente en poner cara de mala leche delante de la cámara con poses antinaturales mientras vestías atuendos extravagantes, no iba desencaminado. Ahora bien, si en algún momento imaginé que eso era fácil, estaba muy equivocado.

A Dahlia la cara de pocos amigos le sale natural, incluso hace que se vea sexy, provocadora. Sus sesiones son rápidas, sabe qué pose utilizar en cada ocasión, qué movimientos hacer para lucir las prendas que lleva puestas. No pestañea, ni siquiera la siento respirar. Todas sus fotos salen perfectas.

Las mías, en cambio, son un conjunto de malos ángulos, ojos cerrados y ataques de alergia. El rodaje ha comenzado temprano, pero, dada mi torpeza delante de la cámara y las largas horas que hemos pasado consiguiendo unas fotografías decentes, el sol se ha colocado en lo alto del cielo indicando el mediodía. El calor abrasador golpea mi piel sin piedad y, si no fuera por los kilos de maquillaje y protección solar que llevo encima, juraría que me estoy achicharrando por fuera.

Cuando me indican otra pose y otro ángulo, no puedo hacer otra cosa que resoplar. Estoy deshidratado, aburrido y cansado, aunque esto último no es culpa de la maldita sesión. Mañana nos vamos de

Amalfi y no he visto absolutamente nada de la ciudad. Siento que estoy perdiendo un tiempo que ya no voy a poder recuperar.

No puedo echarle la culpa a Dahlia, fui yo el que retrasó la campaña para que descansara. Ayer pasamos el resto del día en mi habitación, la mayor parte del tiempo en silencio. Ella durmió casi todo el día y yo la acompañé mirándola como un tipo raro, pero no quería dejarla sola, por si le atacaban otra vez las náuseas o el dolor. Aunque no pudiera hacer nada por ella, tampoco quería que estuviese sola.

«No, quédate. No quiero estar sola, Ethan».

Le pregunté si había alguien con quien quisiera hablar. Me dijo que no.

Salí del hotel solamente para comprar algo de medicación que la ayudase con el dolor y unos tampones. Pero, por supuesto, es tan orgullosa que no los aceptó voluntariamente, aunque sí cedió a tomarse las pastillas.

Casi habíamos conseguido comportarnos como gente civilizada. «Casi», lo que con nosotros ya suponía todo un logro.

Pero en todo el día de hoy no hemos cruzado una palabra. Se han llevado primero a Dahlia al camerino para su sesión de chapa y pintura y, para cuando me han metido a mí ahí dentro, ella ya estaba delante de las cámaras.

Se le da condenadamente bien, la chica sabe lo que hace y sabe que lo hace perfecto. Mis ojos no pueden evitar bajar la vista por el conjunto que se ajusta a sus curvas dejando entrever muchos centímetros de su piel y poco a la imaginación.

Está preciosa, pero no seré yo quien alimente todavía más ese ego.

—Ahora los dos juntos.

Tardo en reaccionar unos segundos más de la cuenta y, cuando lo hago, Dahlia ya está a mi lado, analizándome con esos ojos oscuros.

—¿Listo?

—Qué remedio.

No sé qué se supone que tengo que hacer o si mi cuerpo tiene que estar tocando el de Dahlia y hasta qué punto y las decenas de cámaras y focos apuntando en nuestra dirección no ayudan. De repente, soy consciente de lo íntima que es esta situación y de que, con el cambio de vestuario, los dos estamos en ropa interior.

—¿Por qué no hacemos un descanso de cinco minutos? —Es la forma amable que tiene el director de decir «Esto es un puto desastre». Sus palabras son cordiales, pero la expresión de su cara revela que no está contento—. Dahlia, cielo, estás muy rígida, ¿todo bien?

Con su cuerpo tan cerca del mío, noto cómo se tensa todavía más, pero asiente con la cabeza. Me muerdo la lengua para no decir nada esta vez. Este ambiente de rodaje es claramente distinto al de Santorini, pero la condescendencia con la que la tratan no me pasa desapercibida.

Los apelativos cariñosos son una barrera que solo aplican con ella.

—¿Podemos hablar? —pregunto.

Antes de que pueda responder, la agarro del brazo y la arrastro hacia un lado del enorme fondo blanco situado a nuestras espaldas.

—Como te conviertas otra vez en un hombre de las cavernas...

Me inclino y le hablo al oído, para que nadie nos oiga (regla número tres).

—Dime qué estoy haciendo mal.

—¿Aparte de lo obvio? —La respuesta no le da el tiempo suficiente para conseguir ocultarse tras su máscara y lo veo: vulnerabilidad—.

Entiendo si te sientes incómodo tocándome después de la otra noche.

—¿Por qué iba a sentirme incómodo?

Enseguida recupera algunos de sus movimientos nerviosos. Me había fijado en cómo se pellizca la cara interna de la muñeca cuando está inquieta.

—Nunca dejo que nadie me vea así por un motivo: sé que puede dar asco... —balbucea en un tono débil, pero yo no puedo seguir escuchándola.

—Joder, Dahlia, ¿quién te ha hecho sentir así? —Son las primeras palabras que vienen a mi cabeza.

No responde, pero no necesito que lo haga; una vez que voy uniendo las piezas su nombre aparece en mi cabeza.

Wyatt. Si ese tipo ya me caía mal por jugar en el equipo que le había arrebatado al mío la copa de la NFL dos años seguidos, me cae mucho peor al descubrir la mierda que es por dentro.

¿Por eso rehúye mi contacto?

—Olvídalo, ¿vale? —dice ella, queriendo dar por terminado el tema, aunque yo no esté dispuesto a abandonarlo.

—¡Mantened esa pose! —grita uno de los directores, emocionado —. Veo que trabajáis bien sin la presión de las cámaras.

—No estábamos...

No lo pienso, es puro instinto. Dahlia se gira para responder, pero la rodeo por la cintura y la atraigo hacia mí. Su espalda golpea mi pecho y mi mano se desliza peligrosamente por la parte baja de su abdomen, jugando con la goma de su ropa interior.

Mis labios rozan su cuello y noto cómo su piel se eriza cuando susurro:

—Yo no tengo miedo a tocarte, flor. Me enfada que no sepas lo jodidamente bonita que eres incluso con esa cara de mala leche.

Sé que no necesito alimentar su ego, pero sí quiero mimar su autoestima. No puedo concebir que Dahlia Harris no sepa lo guapa que es.

Tengo miedo de haber cruzado un límite y, por un momento, creo que va a apartarse. Incluso a echarme una bronca por llamarla «flor» o meterme con sus poses de modelo. Pero no lo hace.

Para mi sorpresa, Dahlia agarra mi mano y la coloca debajo de la suya más abajo, en su muslo. Oigo los gritos ahogados de algunos presentes.

Ahora sí que estamos dando un buen espectáculo.

Mi corazón está a punto de salirse de mi pecho. Había subestimado el efecto que tendría Dahlia Harris tan cerca de mí, centímetros y centímetros de mi piel en contacto con la suya.

Continuamos con la puesta en escena. Cada toma sale perfecta sin necesidad de darnos indicaciones. En una, yo rodeo sus caderas; en otra, Dahlia, aún de espaldas a mí, me acaricia la nuca con los dedos y ese contacto no solo hace que se erice la zona bajo su contacto, sino toda mi piel. Trato de no pensar en ello y en por qué tiene este efecto en mí.

—¿Qué tal un beso?

Casi me atraganto. Tal vez se lo están creyendo demasiado. Aunque eso era lo que queríamos, ¿no?

—¿Qué hacemos? —susurro de nuevo contra su oído, aprovechando que nuestros cuerpos siguen en contacto.

—¿Tenemos alguna otra opción?

Supongo que podríamos negarnos, creo que en el contrato no venía nada de esto. Tampoco es que me molestara en leerlo. Acepté sin más a cambio de una foto con un atún.

Pero no sé qué imagen distorsionada de pareja enamorada daríamos si nos negamos. Se supone que estamos en una puñetera

luna de miel, cuando todavía no puedes mantener tus manos apartadas de la otra persona.

Y nosotros necesitamos que se lo crean. Llegados a este punto, no hay otra opción.

Estamos entre la espada y la pared.

—No tenemos por qué... —Dahlia empieza a hablar, dispuesta a dar la cara por los dos. Veo el cambio; es sutil, pero está ahí. Su rostro se ha vuelto más frío, lista para hacerse pasar por la Reina del Hielo que todos conocen para conseguir lo que quiere.

Pero, antes de que termine la frase y la oigan, mi mano rodea su muñeca y la gira para que ahora sea su pecho y no su espalda el que esté frente a mí. Y, debido a nuestra escasa diferencia de altura, también sus labios, a tan solo escasos centímetros de los míos.

«Deja de mirarlos, joder».

—¿Qué haces? —Esta vez es ella la que susurra contra mi oído.

—Vamos a darles lo que quieren. Si tú estás de acuerdo —susurro, mi pulso acelerado.

—¿Estás seguro?

—Solo estamos fingiendo.

No sé quién de los dos da el primer paso, pero ahora los labios de Dahlia están sobre los míos.

«Joder».

El beso es suave; al fin y al cabo, solo necesitan un instante para capturar la toma. Ya he oído el disparo.

Pero, por alguna razón, no me aparto. Por alguna razón, Dahlia tampoco.

No me esperaba que sus labios fueran tan cálidos, ni que, sin previo aviso, despertaran todas y cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Como ese día en la playa de Milos. Solo que multiplicado por diez.

El contacto de Dahlia Harris me afecta de una forma que no logro comprender. Creo que por eso la quiero lejos la mayor parte del tiempo, para evitar sus miradas asesinas, pero sobre todo porque así no tengo que lidiar con esta vorágine de sentimientos que amenazan con arrastrarme, empezando por esta descarga eléctrica así de intensa que me recorre por dentro.

El caso es que, ahora, no quiero apartarme.

Nuestras bocas se mueven ligeramente, como si quisieran encontrar la postura más cómoda y, al mismo tiempo, no romper ningún tipo de contacto. Mis labios se entreabren como un acto reflejo, como una invitación, y en ellos entra el aliento de Dahlia. Juro que oigo un débil gemido que no hace otra cosa que elevar mis pulsaciones.

«¿Qué me pasa, joder?». He conseguido olvidarme de las cámaras, mis sentidos solo prestan atención al olor a jazmín que me envuelve.

Es ella quien rompe el beso, yo no me muevo del sitio. Estoy demasiado aturdido. Tanto que tropiezo con la estúpida lona blanca.

Para mi sorpresa, Dahlia no dice nada sobre mi torpeza.

Durante el resto de la sesión y sin usar palabras me indica dónde colocarme, cómo tocarla y el instante en el que nuestras miradas deben juntarse. Esa última parte no es difícil; mis ojos no pueden apartar la vista de ella.

Es increíble la energía que desprende, una que es capaz de atraparte sin apenas esfuerzo. ¿De verdad no se da cuenta del efecto que causa? Yo todavía estoy recuperándome.

—Muy bien, chicos, estas últimas han sido espectaculares. Vamos a hacer un descanso —anuncia el director de fotografía, un hombre de unos cuarenta años, con el pelo negro y ligeras entradas, y dos hijas encantadoras que lo han obligado a hacerse un selfi con

nosotros para demostrar que iba a trabajar con «la pareja del momento», según ellas—. Aprovechad para cambiaros; ahora que el sol está en lo alto del cielo, haremos las fotos en el muelle.

Definitivamente, entre el calor sofocante y el contacto de Dahlia contra muchas zonas sensibles de mi cuerpo, que ahora mismo están muy despiertas, necesito una ducha bien fría. Los de maquillaje pueden quejarse todo lo que quieran.

Nuestros vestuarios se encuentran uno al lado del otro, en cabinas separadas, y son más grandes que muchas habitaciones en las que yo he estado en mis viajes, con gente entrando y saliendo todo el rato.

Tras refrescarme, apenas tardo unos minutos en vestirme. Se trata de la colección de baño, con un conjunto formado por un bañador naranja liso y unas gafas de sol redondas.

Salgo de nuevo para encontrarme con las altas temperaturas y veo a Dahlia hablando ya con el director. Ella, por encima del traje de baño, lleva un pareo atado a la cintura que le cubre la parte superior de sus largas piernas.

—Queremos que la campaña se centre no solo en la colección, sino en vuestro viaje..., en vosotros. Así que no dudéis en seguir dándonos vuestra esencia, queremos captar quiénes son Dahlia e Ethan, pero, sobre todo, quiénes son Dahlia e Ethan juntos.

Genial, este tipo resulta ser un auténtico romántico.

Lo que significa que ella no se equivocaba: quieren explotar al máximo la historia que se han inventado y que nosotros hemos alimentado.

Lo dicho, no hay vuelta atrás..., aunque siga sintiendo un ligero hormigueo en mis labios.



A pesar de su romanticismo, nos dan todas las indicaciones para la siguiente ronda de fotos: dónde colocarnos, hacia dónde mirar, la distancia que debemos mantener entre ambos y la secuencia que hemos de seguir. No hay nada de natural en la escena que estamos recreando.

—Estamos listos, chicos. ¿Necesitáis alguna cosa más?

—Eso va por ti, Ethan —dice Dahlia.

—Por mí, ¿por qué?

—Porque eres el que tiene cara de querer salir corriendo de aquí o de que no ha cagado en tres días.

—He cagado antes de bajar, gracias.

—No necesito ese tipo de información...

—Para ti es fácil decirlo, llevas haciendo esto toda la vida. Yo, en cambio, no sé qué demonios hago.

—Podemos poner algo de música si os ayuda a relajaros.

Asiento con la cabeza, conforme. Así intentaré olvidarme de toda la gente que tenemos a nuestro alrededor pendiente de nosotros.

Mi mente es invadida por una sola canción. TayTay estaría decepcionada porque no sea de Taylor Swift, pero desde hace casi una semana no puedo dejar de pensar en ella. Más veces de las que estoy dispuesto a admitir.

—¿Se aceptan sugerencias? —Digo el nombre de la canción, mi favorita, y todos asienten al unísono. Por supuesto, están de acuerdo; es una canción demasiado buena para que a alguien no le guste.

Puede que disfrute viendo cómo Dahlia está atenta a mis movimientos con el rabillo del ojo, sin mover la cabeza, a través de

esas gafas de sol que le quedan tan bien.

Cuando empiezo a distinguir los primeros acordes, a todo volumen invadiendo el espacio, doy unos pasos hacia atrás para obedecer las indicaciones que nos han dado para las fotos. Pero a mi manera, cogiendo carrerilla.

Empiezo a correr en el momento en el que Dahlia se da cuenta de qué canción es solo un par de segundos después. Entonces se baja las gafas de sol por el puente de la nariz y sí me mira fijamente. Y juro que puedo ver más allá de esos ojos marrones.

Lo que veo me hace esbozar una sonrisa genuina.

No me sorprende que haya descubierto de qué canción se trata tan pronto, al fin y al cabo, la escucha todas las mañanas.

—Yo a ti te mato.

La oigo decir esas últimas palabras al tiempo que salto por encima de ella y me zambullo en el agua cristalina y refrescante. Mi cuerpo agradece el cambio de temperatura y tengo que luchar contra el impulso de quedarme sumergido un rato más.

Vuelvo a llenar de nuevo mis pulmones y me acerco hasta el borde del muelle, muy cerca de la superficie del agua. Solo tengo que estirar un poco los brazos para apoyarme sobre las tablas, en el mismo punto en donde Dahlia está tumbada. La han mandado colocarse ahí, con su cabeza reposando en el borde. Pequeñas gotas de agua se deslizan ahora sobre su piel morena.

—Venga, flor, pensé que te encantaba esta canción.

—Casi tanto como a ti ser un mirón, al parecer.

No habíamos hablado de nuestro encontronazo de esa mañana de hace tan solo unos días, aunque parezca que haya pasado una eternidad. Cuando la pillé bailando en ropa interior con la música a todo volumen. Desde entonces no había vuelto a bailar con las

cortinas abiertas, pero escuchaba la canción todas las mañanas y yo me había acostumbrado a escucharla con ella.

Hasta hoy, que ha abierto las ventanas nada más sonar los primeros acordes, el sonido de la música llegando a mi habitación nítidamente. He vuelto a quedarme mirando y esta vez ella sabía que lo hacía mientras bailaba en un conjunto que no tenía nada que envidiar al que lleva puesto ahora mismo.

Me inclino un poco para acercar nuestras caras, gotas de agua descienden por mi piel y mi pelo y caen a su alrededor, y también sobre sus mejillas, pero ella no mueve ni un músculo. Yo tengo que reprimir el impulso de secar algunas de ellas.

Empiezo a captar los disparos y notar los flashes de las cámaras, el bullicio va enmudeciendo y ahora todas las miradas están fijas en nosotros. Pero mis ojos solo están puestos en los de Dahlia. Su mirada es tan intensa que hace que necesite volver a sumergirme de lleno. Porque, por debajo de toda esa fachada que se esfuerza tanto en construir, lo veo de nuevo. Otra grieta.

—¿No tienes calor, flor?

A continuación, muevo la cabeza de un lado a otro, haciendo que toda la humedad de mi pelo caiga sobre ella como gotas de lluvia en una tormenta de verano. Ella se revuelve y trata de taparse, pero su espacio es limitado al estar rodeada por mis brazos, que comienzan a quejarse por el esfuerzo.

Cuando sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, lo que distingo ahora son chispas. Me pregunto si siempre han estado ahí. Me pregunto qué verá ella en los míos.

Finalmente soy yo el primero en romper el contacto visual cuando me distraigo viendo cómo humedece sus labios carnosos. Esos que todavía recuerdo cómo saben. Me pregunto si ella también está repitiendo nuestro beso guionizado en su cabeza.

Joder, tiene que ser el calor que no solo siento cómo me derrite la piel, sino que también tiene que estar derritiéndome los sesos.

—Ethan —oír mi nombre en su boca no solo impide que ponga distancia entre nosotros, sino que hace que flexione un poco los brazos para escuchar mejor sus siguientes palabras, que son apenas un susurro—: vuelve a llamarme flor y te rompo todas y cada una de esas estúpidas y horteras camisas que tienes.

Esbozo una sonrisa genuina. Y aunque mi piel está ardiendo, un escalofrío me recorre el cuerpo.

—¿Es una amenaza, flor?

—Es una promesa.

Y, a continuación, su mano se posa en mi pecho. Lo acaricia unos segundos antes de empujarme, haciendo que pierda el equilibrio y caiga de nuevo al mar. Esta vez, el agua no está lo suficientemente fría.

Capítulo 33

Dahlia

—¿Cuánto falta?

—No seas crío, tienen que comprobar que todas las tomas han salido bien o si hay que repetir alguna.

Puedo sentir sus nervios desde aquí, su impaciencia. Y lo más importante de todo, sus tripas. Dios mío, no hacen más que rugir descontroladas pidiendo lo que probablemente sean carbohidratos y azúcares. El chico es tan simple que podrías dejarlo en una tienda de caramelos y sería feliz.

Para mi sorpresa, y a pesar de no haber tenido una pausa para comer porque ya íbamos con demasiado retraso en el horario de rodaje, lo ha hecho bien. La mayoría de las fotos son un desastre, pero las que han salido bien son muy buenas. Por lo menos, tiene la genética a su favor.

Sería ridículo negar el atractivo de Ethan, su altura acompañada de un torso musculoso en su justa medida, su piel morena, todavía más desde que comenzó el viaje, que hace destacar aún más su pelo rubio y sus ojos azules, clavados ahora mismo en los míos. Claros, cristalinos. No solo como un reflejo del mar, sino de él mismo.

—Tierra llamando a Dahlia.

«Mierda, está hablando conmigo». Estaba completamente abstraída. Tal vez yo también necesito un descanso.

—¿Qué?

—Voy a subir a la habitación a despejarme un poco.

—No tardes, seguramente quieran empezar con las últimas grabaciones en el centro de la ciudad tan pronto como acaben de comprobar el material.

Él asiente con la cabeza y enseguida desaparece a través de la puerta de cristal del hotel. Es un edificio impresionante por fuera que conserva su encanto por dentro, el mismo que comparte con la ciudad.

El hotel cuenta con más de cinco plantas de habitaciones con balcones de piedra blanca decorada sobre una fachada de color amarillo claro. En la planta baja hay una enorme terraza, que por las tardes se encuentra prácticamente vacía, pero que no tardará en llenarse. Ahí es donde estoy ahora mismo, con los codos apoyados en la barandilla de madera clara, el mar a mis pies y el sonido de las olas rompiendo justo debajo. A pesar de estar trabajando, por primera vez en mucho tiempo, me siento relajada, me siento... yo.

«Me enfada que no sepas lo jodidamente bonita que eres».

A mi mente no solo vienen sus palabras contra mi cuello, sino la cercanía de su cuerpo. Sobre todo, sus labios.

Tengo que dejar de pensar en ello. Su contacto me ha pillado totalmente desprevenida, pero lo he... ¿disfrutado?

Por supuesto, ese es un secreto que me llevaré a la tumba.

Definitivamente, estoy perdiendo la cabeza.

En ese momento, mi móvil comienza a vibrar, sacándome de mis pensamientos. Al ver su nombre en la pantalla, descuelgo. Es la única persona con la que siempre me apetece hablar.

—¿Cómo está mi diva favorita? —La voz de Maia se oye entrecortada al otro lado de la línea, con un gran ruido de fondo.

—¿Dónde estás?

—Tengo una reunión programada a primera hora, acabo de llegar. —«Claro», pienso, la diferencia horaria—. ¿Cómo ha ido la campaña?

—Todavía estamos aquí, creo que solo quieren sacar un par de fotos más en el centro y habremos terminado.

Le dije a Maia que la sesión se pospuso por problemas técnicos, no quise tener que involucrar a Ethan en mi mentira con terceras personas, pero el día de hoy está siendo más soleado que el anterior, así que al final hemos ganado todos.

—¿Qué tal se ha portado Ethan? ¿Lo has visto en ropa interior?

—Digamos que tiene suerte de ser guapo, porque el modelaje se le da de pena.

—Conque guapo, ¿eh?

Pongo los ojos en blanco.

—No empieces.

—Debo vivir mi fantasía a través de ti. No has contestado a la segunda pregunta.

—No quiero darte un motivo más para que te imagines a Ethan Adams en calzoncillos.

—Pero solo soy una chica —dice imitando el acento de Julia Roberts en la famosa película que me ha obligado a ver más de una vez (a pesar de que ella ya la ha visto veintitrés veces, y lleva la cuenta).

Entonces, como si nuestra mención lo hubiese invocado, Ethan aparece a través de las puertas acristaladas que dan a la terraza de su dormitorio y apoya los brazos en la baranda.

No sé cómo he notado su presencia, el caso es que para mí es difícil no sentir a Ethan Adams cuando entra en una habitación; por alguna razón, el ambiente cambia y mi cuerpo lo siente antes que mi mente. Lo cual no tiene ningún sentido.

Creo que es por eso, en parte, por lo que nuestra mutua presencia nos resulta insoportable la mayor parte del tiempo.

Se ha revuelto un poco el pelo y va sin camiseta, solamente los pantalones de la colección y las mismas gafas que ha llevado puestas durante todo el día.

—¿Cómo están las cosas entre vosotros? —La voz de Maia me devuelve a la realidad, pero no aparto la mirada de él.

—Bien, supongo, los dos seguimos de una pieza. —No sé qué más decirle, a pesar de que en nuestra relación ha habido un punto y aparte.

No le he contado a Maia nada de nuestras reglas. Primero, porque no quiero que me juzgue. Segundo, porque tendría que explicarle más cosas de las que estoy dispuesta a confesar. Maia sabe muchas cosas sobre mi vida porque es su trabajo, pero, si no lo fuera, ¿seguiría llamándome para burlarse de mí con Ethan Adams? Probablemente no. Así que debo mantener las distancias.

Porque yo, por el contrario, no sé cuál es su segundo nombre ni por qué empezó como camarera en Nueva York si lucía un bolso auténtico de Hermès cuando la conocí. Ella nunca me lo ha contado y yo nunca le he preguntado porque, bueno, trabaja para mí y no quiero invadir su intimidad. Me gustaría saber si Maia pone en nuestra relación las mismas barreras que yo.

—Lo del aeropuerto...

—Ya está olvidado —la corto antes de que pueda continuar, como si impedir que hable del tema pudiera cambiar el mensaje que sé que tenía que decirme.

—Genial; igualmente, mucha gente creyó que vuestra discusión era una *fake new*. Con respecto a la sesión de Santorini, han abierto un expediente al director y se han puesto en contacto conmigo para

pedir disculpas formales. En los próximos días emitirán un comunicado público.

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Por qué?

—Las declaraciones de Ethan fueron muy contundentes. Otras modelos también han denunciado tratos similares por su parte. Puede que no fuera la manera más inteligente de hacerlo, pero el chico, resolver, resolvió.

Oigo gritos que indican que el equipo está listo para continuar con el rodaje; entre ellos, distingo nuestros nombres.

—Sé que no estás acostumbrada —dice Maia.

—¿A qué?

—A que den la cara por ti.

Tiene razón; nadie, nunca, se pone de mi parte. Pero Ethan lo ha hecho.

De pronto, mi corazón late más rápido de lo que debería.

—Tengo que dejarte; debemos volver al trabajo.

—¿Tú estás bien? —Su pregunta me pilla desprevenida. Por algún motivo me desestabiliza un poco.

—Sí, estoy muy bien —miento y lo hago tan natural que la voz me sale sola, casi consigo engañarme incluso a mí misma—. Ya hablaremos. Un beso.

Cuelgo antes de oír su despedida. Entonces, mi mirada se encuentra de lleno con la de Ethan. ¿Cuánto tiempo lleva mirándome?

Sin guardar el teléfono, marco su número. Responde al primer tono.

—Hola, pervertido.

—Tú me estabas mirando primero.

«¿Se ha dado cuenta?».

Inclino las gafas de sol y las bajo por el puente de mi nariz hasta quedar apoyadas en su parte baja. Él me imita poniendo las suyas sobre su cabeza, quedando atrapadas en su pelo largo. Me guiña un ojo, no puedo evitar reírme.

—¿Disfrutando de las vistas?

—Ya te gustaría —respondo. Detrás de mí, oigo la voz del productor dando instrucciones—. Baja, al parecer hay una sorpresa.

Ethan no hace más preguntas, simplemente sale de la terraza y lo pierdo de vista. No tarda ni tres minutos en aparecer en el vestíbulo con una camisa (por supuesto, le han dado libertad y ha escogido la más colorida de la colección), peinado y con un calzado que no son chanclas. Cuando quiere, el chico puede ser formal... o todo lo que se puede llamar «formal» tratándose de él.

—¿Cuál es la sorpresa?

Yo me encojo de hombros, pero el productor entra en escena y no tarda en resolvernos la duda a ambos al mismo tiempo.

Hay un objeto en medio del aparcamiento del hotel cubierto por una sábana blanca. Cuando la levanta, los dos reaccionamos, pero de formas totalmente contrarias.

—¡Esto es la leche!

—Ni. De. Coña.

Capítulo 34

Dahlia



—Venga, Dahlia, es un paseo corto.

—¡En moto!

—Es una *scooter*.

—En lo que a mí respecta, cualquier vehículo de dos ruedas es inestable y peligroso.

Estamos teniendo una conversación intensa acerca de la «maravillosa» idea que han tenido para llegar al centro de la ciudad, la última localización para las fotos de la campaña, y que el mismo trayecto sirva como parte del rodaje.

Pero si esperaban, por un segundo, que accedería a montarme en una moto —con Ethan Adams, nada menos—, estaban muy, pero que muy equivocados.

—Los tramos de calle o carretera por los que vais a pasar están cortados y no tenéis que preocuparos por la velocidad —dice el director en otro intento por convencerme.

—¡Yo no firmé hacer nada que ponga en riesgo mi seguridad!

—¿No hiciste un rodaje con un tigre una vez?

—¡Estaba bien adiestrado!

Cómo sabe Ethan de la existencia de esa sesión, ni idea.

Las posibilidades de no tener que montarme se reducen por momentos; dejo caer los hombros en señal de rendición y me acerco a la moto mientras veo cómo le explican a Ethan los mandos, aunque él se adelanta a las indicaciones y enseguida acelera para incorporarse a la calzada. Viéndolo conducir, no parece tan peligroso. Solo recorre unos metros antes de dar la vuelta y regresar al punto de inicio, se baja de la moto y viene a mi encuentro.

—¿Alguna vez has montado? —pregunta.

Niego con la cabeza.

No me gusta el tráfico, lo cual parece una incongruencia teniendo en cuenta mi trabajo y lo mucho que viajo. Tampoco tengo carnet de conducir y nunca he tenido interés en sacármelo; prefiero confiar mi vida a gente más experimentada que yo en la carretera. Además, odio las motos. Me parecen peligrosas, el casco no le sienta bien a nadie y, cuando llueve, te mojas. De entre todos los vehículos, está en lo alto de mi lista de los más terroríficos, en segunda posición.

—No te voy a obligar a montar; si no quieres, diremos que no. Los dos. —Voy a abrir la boca para agradecérselo, pero él sigue hablando—: Pero antes sube conmigo, solo cinco minutos. Y, si no cambias de opinión, podemos ir en bicicleta si te apetece. Confía en mí.

¿Confiar en él? Me quedo prendida de sus últimas palabras. *Confianza* no es la palabra con la que describiría nuestra nueva relación, pero sí sé que dice la verdad. Ethan no miente.

Supongo que puedo confiar en él.

Sus términos son justos. Son solo cinco minutos, así que no puede ser tan malo. Con suerte pasarán rápido, le diré que no quiero montarme en una de esas nunca más y seguiremos con nuestras vidas.

Dos victorias en un día, casi parece demasiado bueno para ser verdad.

Ethan ya está delante de mí con sus piernas a ambos lados del asiento y el casco puesto. Detrás de él reposa otro de color crema, casi amarillo, del mismo color que la moto. Lo encajo en mi cabeza, me queda bastante ajustado, y trato de agarrar la correa para sujetarlo por debajo de la barbilla.

—Yo te ayudo.

Ethan se inclina hacia mí y juega con la cuerda del casco sin esfuerzo. Lo aprieta en su justa medida y, antes de separarse, juraría que se queda unos instantes con la mirada clavada en mis labios. Él se recupera antes que yo de nuestra repentina cercanía, que no hace sino reducirse todavía más cuando ocupo el asiento trasero de la moto.

Busco algún punto de sujeción, pero no hay ninguno salvo él.

Noto todos los ojos puestos en nosotros, en mi próximo movimiento.

Como si hubiera leído mis pensamientos y sin ni siquiera girarse, sus manos se mueven buscando las mías y guiándolas hacia su cintura con toda naturalidad, como si hubiéramos compartido este contacto muchas veces.

Oigo el sonido del motor encenderse, una y dos veces. Entonces soy consciente de la ropa que llevo, un vestido blanco de tirantes finos, corto y vaporoso, que apenas me cubre los muslos cuando estoy erguida.

—Espera, creo que... —empiezo a decir, al tiempo que él grita:

—Agárrate fuerte.

—¡Me has prometido no ir muy rápido! —chillo en cuanto comenzamos a movernos y salimos a la carretera... a una velocidad aproximada de veinte kilómetros por hora.

Aun así, mis brazos rodean su abdomen duro apretando con fuerza todo mi cuerpo contra el suyo.

—Flor, necesito respirar —dice, en un tono ahogado, pero me da igual. Mi pecho sigue pegado totalmente a su espalda y mi cabeza está apoyada en su hombro, permitiéndome inspirar su olor combinado con el de la sal del mar.

Ethan no vuelve a decir nada a pesar de que no aflojo mi agarre, simplemente oigo su risa por encima del viento que nos golpea de frente y hace que mi pelo oscuro se revuelva indomable por debajo del casco y golpee sin control mi espalda descubierta. Y no es lo único que vuela salvaje.

La parte baja de mi vestido se levanta dejando mis largas piernas al descubierto; con cada ráfaga, más centímetros de piel desnuda, muy cerca de la parte superior de mis muslos. Trato de mantener rígidas las piernas en un intento por frenar el vuelo de la prenda, pero es en vano.

La cabeza de Ethan está ligeramente inclinada hacia atrás, sus ojos no pierden de vista la calzada. Creo que me dice algo, pero no lo escucho. Me encuentro demasiado ocupada pensando en los drones que nos siguen la pista para captar las imágenes y en que me siento demasiado expuesta. Pero estoy demasiado rígida y asustada para soltar a Ethan y hacer algo.

Entonces, uno de sus brazos viaja desde el manillar hasta mí, más concretamente hasta mi pierna desnuda, acariciando mi piel y dejando un rastro eléctrico bajo su contacto. Mis alarmas se disparan a medida que sigue subiendo, así como el calor que siento

en las mejillas. Voy a abrir la boca —para decir no sé muy bien el qué— cuando me doy cuenta de sus intenciones. Alcanza su objetivo agarrando en un puño el bajo del vestido, devolviéndolo a su lugar y cubriendo los centímetros de piel que me hacían sentir desnuda. No rompe el contacto inmediatamente y su mano permanece sobre mi muslo unos segundos más.

Me doy cuenta en ese instante de que me ha estado estudiando. Se lo agradezco en silencio apoyando mi cabeza contra su espalda. Mi casco choca primero e impide que mi mejilla roce la tela de su camisa, pero, aun así, puedo oír su corazón latir rápido, muy rápido.

—Prueba a gritar —brama para que pueda oírlo—. Vamos, desahógate.

Y a continuación, su abdomen se tensa, su espalda se estira y de él sale un grito de euforia que se hace oír por encima de todo a nuestro alrededor. Sonrío.

—Libérate, Dahlia.

Lo hago. Grito.

Grito como hace tiempo no hacía. En realidad creo que nunca lo había hecho. Entonces vuelvo a reír, y también me doy cuenta de que hacía mucho tiempo de la última vez que lo hacía así.

Y puede que sea la adrenalina la responsable de mi arrebato de valentía, pero uno de mis brazos desata la cintura de Ethan y lo extiendo para encontrarme con el viento, sintiendo la corriente impulsándolo hacia atrás. Cierro los ojos y, por primera vez, me dejo llevar.

No sé cuánto tiempo dura el trayecto, pero cuando Ethan anuncia que ya hemos llegado a nuestro destino, despertándome de mi ensoñación, mi cuerpo está relajado y no tengo ganas de bajarme ni de dejar de abrazarlo.

Nos metemos en una de las calles con caminos empedrados y casas de colores pastel del centro de la ciudad. Todo el ambiente respira verano, a pesar de no haber alcanzado oficialmente el solsticio que le da comienzo.

El equipo de cámaras y directores está inspeccionando en las pantallas las tomas que han grabado durante el viaje. Los planos son increíbles.

La gente piensa que un rodaje es intenso, que consiste en sacar miles de tomas en diferentes poses y caracterizarse con el vestuario, pero la realidad es que la mayoría del tiempo estás de brazos cruzados.

La química entre Ethan y yo es palpable en las últimas tomas, ya no me pregunta dónde tiene que tocarme y yo inclino sin vergüenza mi cuerpo contra el suyo.

—No están mirando —me susurra Ethan al oído. Está a mi lado, ambos de pie apoyados contra la pared de uno de los edificios decorados para el rodaje—. He visto que hay un puesto de helados artesanos en la esquina. ¿Quieres pillar uno?

En teoría, no podemos comer durante el tiempo que dura la sesión, aunque sé que Ethan se ha saltado ya esa regla.

—No podemos... —comienzo a decir, pero me corta.

—Las fotos han salido espectaculares, está claro que hemos terminado.

Por algún motivo, cedo sin más. Puede que mis tripas también estén cansadas de esperar. Soy la primera en despegar la espalda de la pared, pero Ethan se sitúa a mi lado rápidamente y sus dedos se entrelazan con los míos en un gesto tan natural que me sorprende. Su mano está caliente y un poco sudada, pero no retiro la mía.

—Pide tú primero —dice Ethan cuando llegamos a la heladería y el hombre con un delantal manchado con los colores del arcoíris dirige

su atención hacia nosotros.

—Un helado de pistacho, por favor —pido al vendedor, que enseguida se inclina sobre la barra para preparar mi cono.

Oigo a Ethan resoplar.

—¿Qué persona de menos de cincuenta años pide helado de pistacho?

—Está muy bueno —replico, como si tuviera que excusarme.

No sé por qué, le resulta gracioso.

El hombre me tiende mi pedido y lo cojo entre mis manos con cuidado, pero sin poder evitar pringarme un poco los dedos.

—Yo quiero uno de vainilla y chocolate.

—¿Y tú cuántos años tienes?, ¿cinco?

—Mejor que tener cincuenta.

Y no se me ocurre otra respuesta que sacarle la lengua. Muy maduro por mi parte.

Lo peor es que sé que él ha disfrutado del gesto todavía más que yo y que me lo recordará. Vaya si lo hará. Pero no puede ocultar la sonrisa.

Cuando los dos ya tenemos nuestros helados —Ethan ha insistido en invitarme, ya que ha sido idea suya—, caminamos en sentido contrario al equipo de dirección para que nos dé tiempo a deshacernos de las pruebas incriminatorias en caso de que haya que continuar con la sesión. Solo espero que mi barriga hinchada no les dé una pista de ello.

—Déjame probarlo.

—Ni hablar, te has burlado de toda la población que, como yo, adora el helado de pistacho y no lo puedo permitir.

—Dudo que seáis tantos como crees.

—Está bien, te dejo que comas un poco solo para que también te comas tus palabras.

Levanto el helado en su dirección y él se inclina hacia la bola que reposa sobre mi cono.

Es tan rápido que no lo veo venir y, para cuando aparto mis manos por acto reflejo, más de la mitad de la bola ha desaparecido tras el mordisco descomunal de Ethan.

—¡Oye!

—Pues es verdad que está más bueno de lo esperado. A partir de ahora voy a respetar un poco más a la gente mayor en sus decisiones sobre helados.

Todavía conserva el color verde alrededor de su boca y pasea su lengua por sus labios para borrar esos restos mientras muestra su mejor sonrisa, como si nunca hubiera roto un plato; como si nunca hubiera robado un helado de un mordisco.

—¿Sabes? No me gustaría que te quedaras con ganas de más.

Y, a continuación, hago lo último que se espera, lo último que yo esperaría de mí misma. Le planto lo que queda de mi bola de helado de pistacho medio derretido en su cara, que ahora combina con la zona de alrededor de sus labios.

Me echo a reír al ver su expresión, sus ojos abiertos como platos. Me río tanto que empieza a dolerme la tripa y me doblo apoyando las manos sobre mis rodillas.

—¿Y tú de qué te ríes?

Ataca rápido, pero yo lo soy más y logro esquivar su helado cuando roza la punta de mi nariz, pero el objetivo era el mismo que el mío: mi cara.

Una pena que solo uno de los dos haya acertado de lleno.

Una suerte para mí que haya sido yo y ahora esté mirando de frente a Ethan Adams cubierto con helado de pistacho.

—Tienes un poco de... —comienzo a decir, pero la risa me impide completar la frase, así que señalo toda su cara con el dedo índice.

—Esta me la vas a pagar.

Y, sin previo aviso, se lanza sobre mí, pero esta vez su arma no es el helado. La vainilla y el chocolate se han derretido hasta el punto de no distinguir qué parte perteneció a un sabor u otro, pero Ethan sigue sosteniendo con la misma mano el cono mientras se vale de la otra para, en cuestión de segundos y antes de que mi mente pueda procesarlo, colocarme sobre su hombro como a un saco de patatas.

Me revuelvo en vano y empieza a caminar como si nada. La gente que pasea por las calles nos mira curiosa; entre ellos, algunos de los miembros del equipo de la campaña, que no sueltan las cámaras.

—Me sabe mal que no te hayas podido tomar el helado para refrescarte, así que ¿qué tal si solucionamos eso, flor?

«Oh, no».

Muevo las piernas, sin importarme que pueda perder el equilibrio y tirarme al suelo. No lo hace, sé que no lo haría. Mi peso muerto ni siquiera le impide correr en línea recta hacia su destino, ese que temía.

—¡No, no, no! ¡Por favor!

Mis súplicas no sirven de nada.

Ethan recorre la arena de la playa en un tiempo récord y, sin frenar, se adentra en el mar, conmigo aún a cuestas. Sumerge nuestros cuerpos, todavía entrelazados, y me sorprende el cambio de temperatura y la humedad sobre mi piel y mi pelo.

Salgo a la superficie para coger aire y me encuentro con él frente a frente. El agua nos llega a la altura de la cintura.

—Estamos trabajando y hemos huido literalmente del equipo; esto es muy poco profesional. —Su respuesta simplemente consiste en hundirse por debajo de la nariz y hacer burbujas—. Podemos meternos en un lío.

—Habíamos terminado antes de ir a comprar el helado, he preguntado. Y ahora les hemos dado incluso más de lo que necesitan.

No sé por qué mi cabeza ha tardado tanto en juntar las piezas.

Darnos la mano en público, hablar cerca el uno del otro, mirarnos fijamente y un beso fortuito delante de las cámaras (aunque nunca en los labios). Bueno, puede que esa última no la hayamos cumplido a rajatabla. Pero todas son lo mismo: reglas. Las reglas de nuestro trato.

—Así que de eso iba esto, ¿no?

—Claro.

Por supuesto, esto era otra escena más en la obra moderna que nos hará conseguir nuestros objetivos. De momento, está pasando.

La gente se está olvidando poco a poco de mi desaparición y ruptura escandalosa e Ethan ha entrado en la lista de los principales candidatos para ganar ese premio gracias a los millones de visitas que reciben todos sus vídeos desde que comenzó el viaje. Yo solo he visto el último de ellos.

En esto consiste nuestro plan. Queríamos que se lo creyeran y está funcionando.

Entonces ¿por qué no siento la satisfacción que debería?

Tal vez porque, esta vez, he sido yo la que también se lo ha creído. Pero a diferencia del resto, yo sé que es mentira. Que ha sido mentira.

Capítulo 35

Ethan

Es nuestra última noche en Amalfi y podría ser también mi última noche en toda Italia, así que, a pesar del cansancio acumulado y de que mis músculos me piden un descanso, pienso aprovecharla, aunque tenga que presentarme por mi cuenta en el aeropuerto a primera hora sin haber tocado la almohada y con la ropa que llevo puesta ahora mismo. Todavía hay muchas cosas que quiero explorar: el encanto de estas calles, los bares..., la atención femenina.

Hace bastante tiempo desde la última vez que me he dejado llevar en ese tipo de asuntos y lo cierto es que me vendría bien una distracción para no seguir pensando... en ella.

La conversación que he tenido con Dahlia en el agua todavía me ronda por la cabeza.

Le he mentido.

No la he utilizado. No la he invitado a un helado, reído con ella y acabado ambos en el mar por puro espectáculo. Por supuesto, eso ha sido un plus viendo el revuelo que hemos causado. Pero no he pensado en eso, simplemente me he divertido. Me he divertido con Dahlia Harris.

Ahora mismo no sé si estamos en Europa o en una dimensión paralela.

Estoy terminando de abotonarme la camisa cuando golpean la puerta de mi habitación con elegancia.

¿Cómo se toca una puerta con elegancia? No tenía ni idea hasta ahora. Pero así es exactamente cómo suena.

Recorro la escasa distancia, no hacia la puerta principal, sino a la que conecta nuestros dormitorios y que usé hace dos noches por primera vez.

—Pensé que habíamos acordado no arreglarnos para cenar —digo, a modo de saludo.

Dahlia aparece delante de mí con una falda blanca que le cae por debajo de las rodillas en contraste con un top negro ajustado y sin tirantes. Y, por supuesto, sus característicos labios rojos.

—Y tú te lo has tomado demasiado al pie de la letra, por lo que veo.

Me miro una última vez en el espejo antes de coger mi teléfono listo para irnos. No sé qué tiene de malo mi camisa esta vez, es de pequeñas caras sonrientes. Si se fijara, se daría cuenta de que algunas de ellas incluso guiñan un ojo.

Salimos de la habitación rumbo al restaurante de la planta baja del hotel. Normalmente hubiera insistido en comer en alguno de los locales de la ciudad, pero sabía que Dahlia se habría negado. Además, las vistas desde el balcón son insuperables: el mar Mediterráneo —un nombre que todavía no sé cómo pronunciar correctamente— a nuestros pies, ahora oscuro, acariciando la costa.

Todas las mesas están ocupadas salvo una, a la que nos conduce el camarero. Me fijo en que nuestros nombres están escritos en un sobre con una tipografía refinada. Y, en el centro de la mesa redonda, unas velas. ¿Por qué siempre tiene que haber velas?

—Un pequeño detalle de parte de todo el personal del hotel. Espero que hayan disfrutado de su visita y que la cena sea la despedida perfecta.

Entonces Dahlia abre la boca, pero los sonidos que salen de ella no suenan para nada familiares. No entiendo ni una sola palabra de lo que dice, pero el camarero le muestra una sonrisa y se da la vuelta para volver un par de minutos después con las cartas y una botella de vino. Enseguida, volvemos a quedarnos solos.

—¿Qué le has dicho?

—Le he dicho «Gracias, todo ha sido perfecto». —Y repite las mismas palabras en italiano, con un acento incluso respetable.

—¿Sabes hablar italiano? —pregunto sorprendido mientras ella presta atención a la carta.

—Claro que no —responde sin levantar la vista de esta.

«¿Cómo la entiende?», me pregunto. Echo un vistazo a la mía. Vale, está en inglés. Menos mal que no lo he dicho en voz alta.

—Cuando visito un país en el que se habla un idioma diferente, me gusta aprender un par de frases.

—Eso está bien —respondo.

—¿Tú no lo haces?

—Se me dan de pena los idiomas, a veces ni siquiera sé hablar inglés.

—Eso explica por qué no puedes decir «mar Mediterráneo».

«Por supuesto que se ha dado cuenta —pienso—. Por supuesto que lo ha aprovechado».

Un camarero diferente viene a tomarnos nota; es joven y le tiemblan las manos al escribir en su pequeña libreta. Su mirada no se despega de Dahlia.

Los dos pedimos el plato de pasta boloñesa: yo, con extra de queso; ella, con espinacas.

Dicen que no te puedes ir de Italia sin probar la pasta. Yo ahora mismo no quiero irme de Italia, punto. Tan solo con el primer

bocado, tengo claro que podría comer esto durante el resto de mi vida.

Me lo acabo antes de darme cuenta y maldigo por no haberme tomado mi tiempo para saborearlo más, como está haciendo Dahlia en estos momentos, que todavía conserva la mitad de su plato intacto.

La observo llevarse el siguiente bocado a la boca. Joder, la chica consigue que comer se vea sexy. Yo parecía un idiota mientras me he comido la pasta, tratando de atrapar todas las espirales y manchándome en el intento; ella no. Su forma de coger los cubiertos es perfecta, la forma en la que sus labios se abren tan solo el espacio justo para dejar pasar el tenedor, coloreando sus labios de un tono de rojo diferente del que ya lucen... Y ahora se lleva la copa de vino a la boca, dejando un rastro carmesí sobre el cristal.

—¿Quieres terminarlo?

—¿No comes más?

—Demasiados carbohidratos. El desfile es en una semana, debo prepararme.

Me tiende el plato y yo lo acepto con gusto, pero sus palabras todavía reverberan en mi mente cuando doy el primer mordisco.

Siempre me ha parecido estúpido. Como es evidente, no lo digo en voz alta. Dahlia ha decidido formar parte de ese mundo y no quiero que se sienta juzgada, no tengo el derecho de hacerla sentir así.

Cuando era adolescente, una parte de mí había fantaseado con esos cuerpos alargados y sensuales que aparecían en las revistas, los desfiles y la televisión. Al fin y al cabo, soy un tío.

Pero luego veía a mis hermanas, a Taylor, a Abby —mi cuerpo se estremece al pensar en esta última; no sé por qué me molesta hacerlo delante de Dahlia—, mirar aquellos cuerpos imposibles de

puntillas, como si ellas estuvieran muy por debajo de esos estándares de belleza que la sociedad había decidido imponerles. Me enfadaba pensar que eso las hiciera no sentirse suficientes.

Por supuesto sé en qué consiste exactamente su trabajo, sería un hipócrita si tratara de negar que es preciosa, pero me pregunto si ella sabe que ganar un kilo, una arruga o una mancha no resta nada a su belleza, sino que la intensifica, la hace real.

—¿Qué crees que pasaría si me tirara desde aquí?

Nuestra mesa está cerca de la barandilla de piedra, a los pies de la cual se encuentra el mar. Se puede oír cómo las olas chocan con las rocas. Ese sonido, a pesar de la ferocidad que representa, siempre me ha transmitido calma.

—¿Siempre tienes este tipo de pensamientos?

—¿Qué tipo?

—Locos. ¿Por qué querrías tirarte desde tan alto?

Es una costumbre que he desarrollado a lo largo de mis viajes. Adoro la adrenalina que te provoca el sentir que estás cayendo al vacío y el silencio absoluto cuando te sumerges en el mar. Muchas veces ayuda también a acallar mi cabeza.

Mi primer salto fue con diez años; apenas eran unos metros, pero Andrew me retó a hacerlo, convencido de que no me atrevería, y yo solo quería impresionarlo. Parte de mí se preguntaba qué había debajo, cómo se sentiría..., así que hice lo mismo que hacía con todo: me lancé.

—Las vistas son impresionantes desde arriba, ¿sabes?

—Pero luego la caída es más fuerte.

Lo pensaba desde hacía años: ¿De qué servía hacer siempre lo mismo para llegar al mismo punto? Correr riesgos siempre nos lleva a otro lugar, más lejano, más recóndito, diferente. Y yo no podía quedarme quieto. Quería verlo todo.

—Cuanto más alto puedas saltar, a más profundidad puedes sumergirte.

—Y más riesgo tienes de morir, o de ver cosas que no te gustan.

Entorno los ojos. Creo que ya no estamos hablando de lanzarse por acantilados. Y puede que haya empezado yo, pero no esperaba que Dahlia me siguiera.

—Quiero ver más allá de lo que he visto. —Puede que esté refiriéndome a algo, o a alguien, concreto. Y que la tenga delante.

—Allí está todo oscuro. Créeme, no vale la pena.

—Claro que sí. Está oscuro porque está escondido, no porque no sea espectacular. Y algún día quiero verlo, Dahlia. A mí no me asusta la oscuridad. La oscuridad no debería asustarnos.

Desvía la mirada, pero no dice nada.

Creo que veo otra grieta, pero esta vez es distinta a las anteriores.

«¿De verdad se siente así?». Noto un pinchazo en el pecho, el sentimiento me resulta demasiado familiar. Compartir el postre con Dahlia era una cosa, pero esto que estamos haciendo... No quiero pensar en ello ahora mismo.

—Espero que en el siguiente destino no haya tanta humedad; entre eso y la sal del mar, tengo el pelo fatal.

Agradezco el cambio de tema, aunque sea superficial. Yo le contesto con una broma poco original y los dos terminamos la cena riéndonos y subiendo unas fotos que revolucionan las redes.

Las estadísticas de mis últimos vídeos son absolutamente espectaculares. El efecto Dahlia Harris es imparable y me ha posicionado en el *ranking* de los diez primeros, con muchas más posibilidades de ganar el premio.

Un millón de dólares.

Un millón de razones por las que este cuento que nos hemos inventado vale la pena; por las que mentir a Andrew y Taylor está

justificado, y por las que volver a casa no sería tan malo, después de todo.

Salimos del restaurante y caminamos por el vestíbulo de la planta baja del hotel.

—Te acompaño hasta la habitación antes de irme —digo. Ella arruga el entrecejo, confusa—. Quiero explorar un poco, aprovechar la última noche en la ciudad.

Dahlia asiente con la cabeza.

—No te atrevas a llegar tarde mañana o le diré al taxi que nos vamos sin ti.

—Apuesto a que voy a estar despierto antes que tú. —Siempre lo estoy, por eso siempre oigo las primeras notas de la canción que actúa como su despertador personal, pero no se lo digo, porque entonces me preguntaría el motivo y no quiero explicárselo.

El ascensor alcanza pronto el piso correspondiente. Ya estamos en el pasillo que lleva hacia nuestras dos habitaciones conectadas, al fondo.

—Apuesto a que ni siquiera vas a acostarte. —Un breve silencio—. Buenas noches, Ethan.

Abre la puerta de madera oscura con la tarjeta de plástico y ella y la tímida sonrisa que me dedica antes de entrar desaparecen tras ella. Yo me quedo quieto en el sitio unos segundos.

Estoy a punto de pedirle que me acompañe, pero no lo hago. De todas formas, ella me habría respondido que no.

Pero no puedo evitar que una parte de mi mente se imagine cómo sería una noche con Dahlia Harris.

Y pensar qué tendría que hacer para que ella dijese que sí.

Capítulo 36

Dahlia

Volvemos a estar entre terminales, pasajeros yendo de un lado a otro y paneles que anuncian los vuelos inminentes. El nuestro es uno de ellos.

Estoy intentando no perder los nervios porque Maia no me coge el teléfono. Si no supiera que Romuald —el diseñador europeo más reconocido, como le gusta que se refieran a él— me dejaría sin desfilar en la Semana de la Moda de París, ya estaría mordiéndome las uñas. Solo lo hago cuando estoy demasiado nerviosa y él no puede enterarse. Romuald, el esnob, fingiría un desmayo y no me hablaría durante días. Ya lo hizo una vez.

Nuestra relación es más bien peculiar. Se ha molestado en llamarme varias veces para saber cómo estoy —algo impropio en él —, aunque su principal intención, según ha acabado confesando, era asegurarse de que no desapareceré de nuevo. Igual que me ha dicho que tiene una sorpresa para mí en el desfile. Tratándose de él, puede ser cualquier cosa. Incluso su jubilación. Los rumores habían empezado a coger mucha fuerza y el propio Romuald se había visto obligado a confirmar que pasaría... en algún momento. Responder a una pregunta sin responder realmente: típico de Romuald.

—¿Todo bien? —Me sobresalto al oír la voz de Ethan muy cerca de mí, no lo he oído acercarse—. Estás blanca.

«¿Cuántas veces puede colar la historia de que me ha sentado mal la comida? Hoy ni siquiera he desayunado».

—No he dormido bien.

No es mentira, aunque se trate de otra excusa. Él se gira para darme privacidad cuando mi teléfono por fin suena con una llamada entrante.

—¿Estás bien? ¿Quién se ha muerto? —oigo la voz adormilada de mi agente al otro lado.

En Nueva York son las tres de la mañana. «Mierda».

—Lo siento, no he pensado en la diferencia horaria...

—No me refiero a eso. Tú nunca me llamas. ¿Te has cargado a Ethan y quieres que libere tu agenda para enterrar el cuerpo?

Si no fuera por lo nerviosa que estoy en estos instantes, me habría reído.

Maia tiene razón, nunca la llamo, salvo que se trate de una reunión programada. Ella sí lo hace, todas las semanas, varias veces. Por supuesto, es su trabajo, pero también lo hace para recordarme que tengo dentista o para preguntarme cómo me ha ido un rodaje.

Maia es la única persona que ha sido una constante en mi vida desde que entré en este mundo y decidí mostrar este personaje que yo misma he ido creando. Aceptó ser mi agente y dejar el único trabajo por el que le pagaban sirviendo copas cuando yo solo tenía diecisiete años y un único contrato sobre la mesa; aunque ya me hubiese labrado cierta reputación, seguía siendo una apuesta arriesgada.

El juego nos salió bien a las dos. Sigue negándose a aceptar pagas extra por mi parte (salvo la de Navidad para gastarla en adornos navideños), pero sí logré convencerla para incrementar su porcentaje de ganancias en la última renovación de su contrato.

Le regalé un sofá de piel y una mesa de centro para celebrar que le concedieran su propio despacho en la oficina, aunque fuera diminuto, y ella estaba conmigo cuando conocí a Wyatt en una azotea de Nueva York. Me ayudó a escoger el regalo de mi quinto aniversario que nunca llegué a darle, y lo destrozó conmigo hace dos meses, cuando todo explotó.

Y, aun así, a pesar de todos estos años, no soy capaz de confesarle lo que pasó esa noche, la que hizo que la flecha girase en otra dirección.

Sé que puedo contar con ella. Maia jamás ha traicionado mi confianza y siempre ha luchado porque los contratos fueran lo más ventajosos para mí, para ambas.

Maia es mi única amiga. Pero yo soy su jefa.

No puedo evitar pensar que, si no nos uniese nada, si no hubiese ningún tipo de lazo laboral entre nosotras, ella tampoco querría permanecer a mi lado después de tantos años. Al fin y al cabo, nadie lo ha hecho.

—¿Cuántas pastillas me puedo tomar? —susurro, para evitar que alguien me oiga—. Antes de dormir me tomé una y no me hizo nada, necesito aumentar la dosis.

—Déjame que lo consulte. —Su tono cambia. A continuación, cuelga.

Aprieto el móvil entre mis manos mientras espero e ignoro a Ethan diciéndome que ya podemos embarcar. Cuando ya no puedo retrasar más nuestra entrada por la pasarela, el mensaje llega. Lo leo y apago el móvil.

—¿Quieres ventanilla? —pregunto a Ethan cuando llegamos a nuestros asientos contiguos.

—Claro, gracias.

Antes de sentarse, sube nuestro equipaje a los compartimentos superiores, estira su espalda y puedo entrever la piel morena de la parte baja de su abdomen. Su ropa es distinta a la de la noche anterior y me hace preguntarme cuánto tiempo ha pasado en el hotel desde su vuelta... o si ha vuelto con alguien.

Aunque no sea para nada de mi incumbencia.

Por alguna razón, me molesta imaginarme a Ethan en un bar nocturno, probablemente con compañía. ¿Y si lo reconocen? No podemos engañar a nadie con rumores sobre una supuesta relación si anda ligando en los pubs de las ciudades que visitamos.

Aunque, de nuevo, no sea para nada de mi incumbencia.

—¿No te sientas? —me pregunta el susodicho.

—Voy al baño antes de despegar.

Me meto en el pequeño cubículo y saco del bolso el nuevo blíster de pastillas. Sigo las indicaciones que me ha enviado Maia después de hablar con mi psiquiatra. Cómo ha logrado contactar con ella a las tres de la mañana es un misterio para mí, pero Maia siempre consigue lo que quiere.

Me cuesta volver a mi asiento al tener que esquivar al resto de los pasajeros que todavía están entrando en el avión y acomodándose en sus asientos.

Antes de que me dé cuenta, la voz de la azafata anuncia el despegue inminente, el avión comienza a acelerar por la pista y yo me agarro con fuerza a ambos reposabrazos de mi asiento hasta que mis nudillos se ponen blancos.

—No sabía que tuvieses miedo a volar —dice entonces Ethan.

Abro los ojos y me obligo a mirarlo.

Voy a negarlo, pero a estas alturas ya no tiene sentido.

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre estás nerviosa antes de coger un vuelo. Y ahora estás apretando mi mano tan fuerte que creo que se me ha cortado la circulación.

Desvío la mirada hacia el espacio que hay entre nosotros y encuentro nuestras dos manos entrelazadas, o más bien la mía atrapando la suya.

Pues no se trataba del reposabrazos.

La retiro rápidamente.

—Lo siento.

El avión sigue inclinándose hacia arriba, mi espalda contra el asiento y mis ojos cerrados hasta que me duelen los párpados. El despegue es rápido, pero la altura cada vez es mayor. Intento no mirar por la ventanilla, no quiero ver la distancia que nos separa del suelo. Necesito que las pastillas hagan efecto pronto y mi cuerpo pueda relajarse durante las horas que dura el vuelo.

En ese momento, una leve turbulencia sacude el avión.

—Eh, tranquila —susurra Ethan y nuestras manos vuelven a estar juntas, pero esta vez es él quien sostiene la mía.

Después de eso, no recuerdo nada más; duermo el resto del vuelo.

Capítulo 37

Ethan

Papá: Se acaba el tiempo, James.
No puedes huir eternamente.

«Estambul. Joder, estamos en Estambul».

Mi mente no es capaz de asimilar todos los colores, sonidos y olores entremezclados en cada paso que damos.

Ni siquiera hemos parado en el hotel en el que nos alojaremos estos días. Un hombre trajeado que tenía nuestros nombres escritos en una pizarra nos ha recogido del aeropuerto y nos ha llevado directamente a nuestra primera parada del día.

En Estambul adelantamos los relojes un par de horas y necesitábamos aprovechar los últimos rayos de luz. Pronto se pondrá el sol y me muero de ganas de ver los tonos anaranjados colorear el cielo de la ciudad.

Tal vez lo encuentre aquí.

Se me acababa el tiempo.

Me saca de mis pensamientos el cambio de temperatura cuando por fin entramos en la Mezquita Azul, uno de los monumentos más conocidos de Estambul, después de un paseo por sus alrededores a demasiados grados centígrados acompañados del guía privado que nos ha proporcionado la agencia.

Dahlia camina a su lado, escuchando atentamente aquello que nos va contando acerca de la historia de la ciudad y su arquitectura. El chico es joven, de tez morena y cabello oscuro, casi azabache, habla bien inglés y no despega la mirada de mi supuesta pareja. Está coladito por ella, resulta demasiado obvio.

Dahlia lleva puesto un vestido largo que le cae por debajo de las rodillas, de color blanco y con botones en el centro de arriba abajo. Es una de las pocas veces que no lleva los labios pintados de su característico color rojo. Sus complementos se reducen a unas gafas de sol redondas marrones, del mismo color que el pañuelo sobre sus hombros.

Yo llevo puesta una camiseta que huele a ella. Intento desprenderme del recuerdo de Dahlia pegada a mí, pero su olor a jazmín hace que se materialice tan rápido en mi cabeza que no soy capaz de frenarlo.

Apenas he dormido esta noche. Volví al hotel a tiempo para ver el amanecer, tomarme un café solo bien cargado y escuchar de fondo la canción de Dahlia de todas las mañanas. Aunque no sé muy bien en qué momento se ha convertido en suya.

Estoy acostumbrado a viajar solo, llevo haciéndolo durante varios años y, la mayoría de las veces, disfruto de mi propia compañía. Pero, por alguna razón, anoche no fue una de esas veces. Visité cada rincón de la ciudad que quería ver, charlé con un par de chicas y bailé en el centro de la pista de un bar que Andrew describiría como «garito de mala muerte» pero que seguro le encantaría, y regresé solo a la habitación. Mi cabeza volvía una y otra vez al hotel donde descansaba la pelinegra y maldecía no haberla convencido para tomar una copa. Había acabado por acostumbrarme a nuestras conversaciones, nuestra necesidad constante de discutir, de tener la última palabra.

Era un juego que había empezado hacía mucho, pero que ahora estaba empezando a disfrutar.

Por eso, cuando nos subimos al avión y Dahlia por fin había conseguido dormirse, no había querido despertarla.

Su cuerpo descansaba relajado sobre mi hombro hasta que yo también caí en brazos de Morfeo, víctima del cansancio acumulado.

Me desperté con su olor a jazmín y solo tardé unos segundos en darme cuenta de lo cerca que estábamos, mi mejilla apoyada sobre su pelo y la cara de Dahlia descansando en el espacio de mi cuello.

Iba a separarme en un intento porque la distancia restara intimidad a la situación, nunca habíamos estado tan pegados el uno al otro sin una cámara de por medio, pero no quería despertarla, así que me quedé quieto lo que quedaba del vuelo.

A escasos minutos de aterrizar, su cuerpo se revolvió en el asiento y utilicé esos segundos para cerrar los ojos y fingir que estaba durmiendo. Dahlia se alejó lentamente, marcando de nuevo un espacio entre nosotros. Fue entonces cuando me atreví a abrir los ojos y ninguno de los dos dijo nada.

Pero nuestras manos no se separaron hasta que las ruedas tocaron tierra.



Pasamos las siguientes dos horas rodeados de los más de veinte mil azulejos que revisten el interior de la Mezquita Azul y, para cuando llegamos al hotel, ya se ha hecho de noche. Caigo rendido en cuanto mi cabeza roza la almohada y me despierto horas más tarde con la misma ropa pegada al cuerpo, sudando por las altas temperaturas ya desde incluso antes de salir el sol.

Esta mañana, Dahlia sale al pequeño balcón dando giros al ritmo de la música, como cada día. Yo estoy en la terraza con una taza de café solo y una parte de mí estaba esperándola. Como si ella lo supiera y sin pudor, sale en ropa interior. Se lleva dos dedos a la frente y, antes de volver a meterse en su habitación, hace una especie de saludo militar. Yo imito su gesto con una sonrisa dibujada en la cara.

Nos pasamos todo el día metidos entre paredes de piedra: Santa Sofía, la Cisterna Basílica, el palacio de Dolmabahçe... Toda la ciudad, su historia y sus construcciones me resultan impresionantes.

Adem, nuestro guía de ayer, nos recoge a la hora prometida para continuar la ruta, respondiendo a nuestras preguntas —sobre todo, las de Dahlia— y esperando paciente mientras sacamos fotos en todos los lugares —sobre todo, también Dahlia.

—¿Quieres que te saque yo alguna? —Me acerco hasta donde está posando frente a Adem, que flexiona sus rodillas temblorosas buscando cumplir los ángulos imposibles que pide la modelo, y le quito el teléfono de las manos.

Saco la lengua y me hago un selfi con el móvil de Dahlia, que estoy seguro de que borrará en cuanto revise su galería y vea mi cara.

—Preferiría que no salieran borrosas —contesta ella, haciendo referencia a las fotos que le hice en Milos.

Pongo los ojos en blanco.

—Uno no puede cometer ni un fallito —digo con voz aguda.

—En realidad, fueron trescientos seis fallitos —apunta utilizando mi mismo tono, pero me tiende el teléfono igualmente.

Oculta una sonrisa cuando les echa un vistazo. Le gustan, pero no va a admitir que he conseguido hacerle fotos decentes. No sé por qué, me lo tomo como una victoria personal sobre Adem.

«Joder, ¿es que ahora lucho por su atención?».

El caso es que me he acostumbrado a que estemos los dos solos, a nuestra dinámica y bromas internas. Un tercer factor en la ecuación me descoloca y me hace dudar sobre cómo actuar. Pero no en lo que respecta a ella.

Los dos vamos hablando ahora sobre las publicaciones que acordamos subir a nuestras respectivas redes sociales (regla número siete). Algunas cámaras que siguen nuestros movimientos a una distancia prudencial apuntan en nuestra dirección y Dahlia me revuelve el pelo (regla número diez), señal para que yo la agarre de la cintura y la atraiga hacia mí (regla número nueve).

Me lo estoy pasando en grande. Quien diga que no juega para ganar, miente, y nosotros, ahora mismo, somos los reyes de la partida. Salvo cuando se trata de póker, ahí Dahlia sigue invicta en lo que respecta a pegarme una paliza.

Hasta ahora he disfrutado de las visitas, pero no veo el momento de terminar con ellas. Desde que estamos aquí hemos salido de un monumento para enseguida entrar en otro. Dos días en la ciudad de Estambul y tengo la sensación de no haberla pisado todavía.

Pasamos muy pocos días en cada destino y yo necesito aprovecharlos al máximo.

Para mí, viajar a un lugar nuevo es vivirlo, descubrir sus calles, hablar con los lugareños y perderme por no saber el idioma. Vivimos en un mundo en el que hemos conseguido atrapar la historia en libros de texto e internet, pero las experiencias solo se pueden vivir cuando sales de las paredes del hotel y escapas de las visitas guiadas. Como esta misma.

No sé cuándo nació mi necesidad de ver y descubrir el mundo, tal vez cuando me di cuenta de que no siempre iba a tener la posibilidad de hacerlo.

Cuando salimos (por fin) del último monumento de nuevo a las calles de la ciudad, el sol ya ocupaba una línea baja en el cielo y tengo que disimular mi enfado porque vaya a perderme, por segunda vez consecutiva, la puesta de sol. Creo que Dahlia se da cuenta. Adem se despide de nosotros con una sonrisa sin ser consciente de mi mal humor y nos dice la hora a la que nos recogerá mañana en el hotel para seguir explorando el otro lado del Bósforo, como si no hubiéramos tenido ya bastantes lecciones de historia. Yo, por lo menos, las he tenido.

Por eso sé que esta vez, a pesar del cansancio, no me meteré en la habitación, al menos durante las siguientes horas.

—¿Te apetece algo de cenar? —pregunto.

Dahlia, por primera vez, parece pensar su respuesta. No oculto mi sorpresa cuando accede a acompañarme. Empezamos a caminar calle abajo y ella marca el ritmo.

—¿No te molestan las sandalias? Llevas en esos tacones todo el día.

—Esto no es nada, podría correr kilómetros con ellos.

Por supuesto que podría, a veces siento que ese calzado es una parte más de su anatomía que luce con orgullo.

Soy más alto que ella, pero, cuando se pone esos zapatos de aguja, recorta la distancia entre nosotros, dejando nuestros ojos a la misma altura. A veces, incluso la sobrepasa. Eso, por algún motivo, me pone un poco, aunque inmediatamente aparto ese pensamiento extraño.

Se adelanta algo y me permito observar cómo camina, la forma en la que sus caderas se contonean con cada paso, su espalda recta. La chica desprende una elegancia natural que hace que todo el mundo se fije en ella al pasar.

A mí también me cuesta unos cuantos segundos apartar la mirada.

Nuestros pies y el ruido nos llevan hasta la entrada del famoso Bazar de las Especias. El lugar es una explosión de olores fuertes y entremezclados, mucha gente caminando de un lado a otro y lámparas de colores proyectando sombras en todas las direcciones del largo pasillo de techo alto y abovedado. El ambiente es espectacular, decenas de lenguas diferentes se hablan al mismo tiempo, cientos de cosas que mirar en cada uno de los puestos.

Con toda una multitud a nuestro alrededor, apenas puedo distinguir la figura de Dahlia a mi lado. Acerco mi mano para entrelazar sus dedos con los míos y así no perdernos en medio de la muchedumbre. Para mi sorpresa, no solo no se aparta ante el contacto repentino, que sé que no le gusta, sino que sus dedos también se doblan acariciando mi piel.

Por algún motivo, se siente natural, como si en este tiempo mis dedos hubiesen aprendido a encajar con los suyos.

Ninguno de los dos dice nada, simplemente caminamos de la mano.

Pruebo diferentes comidas típicas, como el *baklava*, el *lahmacun* y el *döner kebab* (este último para nada es nuevo, pero no podía irme sin comer uno de origen). Dahlia, por otro lado, deambula conmigo observando los puestos, pero sin comer nada. Cuando le pregunto si quiere un bocado, su respuesta siempre es no.

—Tienes que cenar algo, oigo tus tripas desde aquí.

—Desfilo en menos de una semana, no me puedo comer una barra de azúcar con más de quinientas calorías.

—Prueba esto. —Le tiendo lo que queda de mi kebab. Arruga el entrecejo y me mira confusa—. Espera, ¿no sabes lo que es un kebab?

—Claro que sé lo que es, pero nunca lo he probado.

—Veintidós años y no has vivido en absoluto.

—Tengo veintitrés.

—Todavía peor. —Pongo los ojos en blanco mientras mantengo la misma posición con mis brazos extendidos hacia ella—. Verdura y carne, todo nutrientes. No acepto un no por respuesta.

Resopla, pero no ofrece resistencia, lo que me indica que debe estar famélica. Le da un pequeño mordisco y, mientras mastica, oigo un gemido de satisfacción. Se le encienden las mejillas y yo no puedo evitar esbozar una sonrisa reprimiendo la urgencia de acariciar la parte de arriba de sus labios para borrar los restos de salsa que se camuflan con su color rojo característico. Para salir, se ha vuelto a pintar los labios.

—Está bueno —dice con una sonrisa tímida.

—Te lo he dicho.

Le doy el resto del kebab y ella se lo come todo. Ya es bastante tarde cuando nos disponemos a volver al hotel. El ritmo de la ciudad, que parece haber ido en aumento con la entrada de la noche, me tienta a quedarme y seguir explorando, pero mañana debemos madrugar para cumplir con el itinerario de la agencia.

Antes de abandonar el caos del centro, algo llama mi atención. Me freno en seco, tirando de la mano de Dahlia, que retrocede por inercia hasta mi posición.

—Hay que entrar ahí. —Señalo con la mano que tengo libre la dirección de mi mirada, justo delante de nosotros.

Sé que ella también lo ve cuando pone una mueca.

—Venga ya, Ethan. Eso solo son trampas para turistas.

Insisto y acabamos moviéndonos en dirección a una pequeña carpa de terciopelo rojo a tan solo unos pasos de nuestra posición. Las cortinas están abiertas y desde ellas se puede ver el interior

lleno de tapices y mosaicos por todas partes, una mesa redonda que ocupa casi todo el espacio cubierta por una sábana negra, muchas velas —que son la única iluminación de la estancia—, juegos de cartas y amuletos.

Todo en el ambiente desprende un aire místico. Y huele intensamente a incienso.

Detrás de la mesa, hay una mujer con toda la parte delantera de su cuerpo, incluida la cara, cubierta por un velo fino que solamente deja entrever sus facciones. Su pelo es largo y oscuro, y creo que debe de rondar la mediana edad. Sus manos, apoyadas sobre la mesa, son lo único que tiene al descubierto y lucen unas uñas muy largas.

—Buenas noches. Queríamos...

No puedo terminar la frase, soy interrumpido por sus palabras.

—Hola, jóvenes. Os estaba esperando —dice, pero no levanta la cabeza—. No todos los días una tiene el privilegio de recibir a Ethan Adams y Dahlia Harris.

«¿Cómo sabe...?».

—No te muestres tan sorprendido. Esta mujer, como el resto del mundo, puede tener redes sociales —susurra ella a mi lado.

Supongo que eso puede explicar que sepa nuestros nombres.

—Veo que tenemos un público exigente. Eres escéptica, aunque no te culpo, nunca te han dado motivos para confiar.

Dahlia traga saliva, pero su voz suena firme cuando contesta.

—¿Y qué más te dice tu bola mágica?

—No seas boba, no existe tal cosa. Puedo leer vuestras mentes, ver lo que os espera en el futuro. La clarividencia es un don que me ha sido otorgado y que siento el deber de compartir.

—¿Para eso está la caja registradora?

—Regalo mi don, niña, no mi tiempo. La sesión cuesta veinte dólares americanos —continúa hablando—: Venís desde muy lejos y, a la vez, de diferentes sitios: Míchigan y Nueva York, una pareja curiosa.

Abro la boca, asombrado. Dahlia, a mi lado, pone los ojos en blanco, no parece nada sorprendida, pero yo me inclino un poco hacia delante, muy atraído por las palabras de la pitonisa.

—Tú sí me crees. —Ahora se dirige a mí—. Tanto tiempo queriendo huir de tu casa y el destino te ha traído aquí para conocer tu fortuna... o no. ¿Es lo que quieres?

Joder. No puedo responder, solo asiento con la cabeza.

La mujer, entonces, cierra los ojos con fuerza, a través del velo se pueden ver las arrugas que rodean sus párpados, y comienza a murmurar algo ininteligible.

—Necesito una conexión. Dame tu mano.

Me acomodo en uno de los asientos frente a ella y estiro mi brazo sobre la mesa. Dahlia no se ha movido, sigue de pie detrás de mí con los brazos cruzados a la altura del pecho, mirando con atención. Ambos estamos esperando una respuesta.

—Compartís un secreto, uno tan grande como los que guardáis dentro de vosotros. Os salpicará si no lo soltáis todo antes de que explote.

Los dos sabemos a lo que se refiere, al menos en parte. Luego, se dirige solo a mí.

—Vives una vida que no es la tuya, una que no te corresponde. Aprovéchala.

Sus palabras me cortan la respiración. Ahora sí que abro mucho los ojos.

«No, no tiene sentido, ¿de verdad puede descifrarme tan fácilmente? ¿Acaso tiene razón o solo me está recordando lo que ya

sé?».

—Y una cosa más: lo que buscas con tanto fervor, no lo encontrarás aquí.

Otro tirón, esta vez en mi pecho.

Aparto la mano por acto reflejo, ya no estoy tan interesado en que me abran en canal.

—Veo que todavía no lo has superado. Huir no sirve eternamente.

Me levanto de la silla, no sé si ha pasado el tiempo completo de la sesión, pero yo desde luego ya he tenido suficiente. Me coloco al lado de Dahlia, cuyos ojos están clavados en la pitonisa. Ahora habla con ella.

—Encontrarás tu hogar allí donde te niegas a mirar, niña, pero te preguntaré una cosa —hace una pausa dramática—: ¿no te has cansado ya?

—¿De esto? Y tanto que sí. —Pone los ojos en blanco.

—De unir tantas veces las piezas. Hasta acabar creando algo nuevo. Hasta olvidar cómo encajaban antes.

No entiendo lo que quiere decir con sus palabras. La cara de Dahlia es una máscara inexpresiva, pero no puedo evitar preguntarme qué guarda debajo.

—Gracias por «su tiempo». Vamos, Ethan, ya hemos perdido veinte dólares, no quiero perder también más minutos.

La pitonisa no se molesta en despedirse más que esbozando una sonrisa torcida cuando le dejo el billete sobre la mesa. Cuando salimos de la carpa, nos recibe de nuevo la oscuridad de la noche, pero las calles siguen abarrotadas de turistas e iluminadas por cientos de luces de todos los comercios y faroles. Esta vez es Dahlia la que busca mi mano.

La atmósfera es extraña, como si todavía cargásemos con el ambiente del interior de la carpa. Lo que definitivamente llevamos

con nosotros es el fuerte olor a incienso que ataca mis fosas nasales. Necesito darme una ducha al llegar al hotel.

—¿No crees en la magia, flor? —Por alguna razón, el silencio me pesa y siento la necesidad de llenarlo.

—En lo que no creo es en los cuentos.

Sabía que no creía en esas cosas, no sabía si yo mismo lo hacía, pero me gusta pensar que puedo invocar al destino, jugar con él. Por eso tenía tanto interés en entrar; he pensado que sería divertido. Lo que no esperaba es que lograra desestabilizarme.

—Entonces ¿cómo ha podido saber de dónde soy?

—Hablas con un acento de Míchigan que asusta.

—¿Y lo que ha dicho después? Que tú y yo compartimos un secreto...

—Todo el mundo tiene secretos.

El caso es que ella ha adivinado el mío. Dahlia no se ha dado cuenta del enorme torbellino que ha causado en mí, tal vez piense que es simplemente porque creo en estas cosas.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—Si todo el mundo tiene secretos, ¿cuál es el tuyo, Dahlia?

Capítulo 38

Dahlia

No sé qué me desestabiliza más, la pregunta o que utilice mi nombre. Estoy tan acostumbrada a que me llame por ese estúpido apelativo que cuando mi nombre suena en sus labios se abre algún tipo de grieta.

Me hace sentir vulnerable, como si Ethan pudiera ver más allá de los muros de cristal que me he esforzado tanto en construir, aunque sea imposible, aunque yo no se lo permita nunca. Ni a él ni a nadie. Ni siquiera a Maia.

«¿No te has cansado ya? De unir tantas veces las piezas. Hasta acabar creando algo nuevo. Hasta olvidar cómo encajaban antes».

¿Que si estoy cansada? Pues claro que lo estoy. Todos los días. A todas horas. Pero el caso es que no sé cómo arreglarlo o si quiero hacerlo.

Es fácil vivir en un castillo de cristal hecho a medida. Lo que no te paras a pensar al construirlo es que es frágil, se rompe y los trozos acaban cortando, formando grietas.

El cristal no es tan bonito cuando está roto, pero a veces, si juntas mucho las piezas, rellenas el espacio hasta parecer que nada ha ocurrido. Sigues siendo la pieza nueva y reluciente que eras, la que la gente quiere ver.

Miro el reflejo que me devuelve el espejo. Estoy de vuelta en mi habitación, hemos regresado en silencio. No he contestado a su

pregunta y él tampoco ha insistido.

Lo primero que hago al llegar es meterme en la ducha. Me tomo mi tiempo disfrutando del roce de las gotas de agua caliente descendiendo por mi piel. Salgo envuelta en una toalla, mi pelo mojado cae pesado sobre mi espalda, provocándome escalofríos.

Debería secarlo, debería vestirme, pero no me muevo, lo único que hago es mirar fijamente mi figura en el espejo, devolviéndome la mirada.

«Si todo el mundo tiene secretos, ¿cuál es el tuyo, Dahlia?».

—No me gusta lo que veo.



Me despierto temprano, con los primeros acordes de la misma canción. Como todas las mañanas, me da el chute de energía necesario para levantarme y ponerme a cantar y bailar. Es pronto, me he acostumbrado a madrugar y despertarme cuando los rayos de sol empiezan a iluminar el horizonte y el cielo todavía conserva el color anaranjado. Mi mente y mi cuerpo reaccionan al mismo tiempo. Es el único ejercicio de cardio que hago por voluntad propia. Y me encanta.

Tengo que admitir que echaba de menos esta rutina.

Cuando vivía con Wyatt, no lo hacía. Sabía que era algo que lo molestaba, no le gustaba el ruido, disfrutaba de las mañanas tranquilas... y cuanto más se acercaran al mediodía, mejor. Así que dejé de hacerlo cuando ambos dormíamos juntos y, a la larga, también cuando estaba sola.

La primera vez que puse de nuevo la canción fue por accidente, ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que la había

escuchado. Luché contra el impulso de pasarla, la dejé sonar hasta el final. Y luego volví atrás para volver a escucharla.

Después de todo ese tiempo, seguía siendo mi canción favorita. Por alguna razón, que eso no hubiera cambiado me tranquilizaba, seguía manteniendo esa parte de mí misma.

Había aprendido que todo es pasajero. Había creado un personaje que todo el mundo quería y, a veces, me olvidaba de que había alguien debajo viviendo primero. De que yo misma estaba ahí.

Así que comencé a escucharla todos los días y puse el sonido como despertador.

Me muevo al ritmo de la música y, cuando me doy cuenta, compruebo que la hora se me echa encima. Freno entonces el impulso de abrir la ventana, donde seguramente esté Ethan esperando mi saludo de buenos días con un café en la mano.

Parece que ha pasado una eternidad desde nuestro primer encontronazo esa mañana en Milos, cuando cerré las ventanas de golpe al ver que estaba siendo un espectáculo para él y me prometí que no volvería a ocurrir. Por Dios, me había visto bailar en ropa interior.

Ahora, no me molesta tanto como debería. Ahora, es mi parte favorita de las mañanas.

Y no sé qué significa eso.

Me preparo deprisa, elijo otro vestido, esta vez largo y de color camel, ajustado y con una pequeña abertura en la pierna. Termino de perfilarme los labios y los relleno con mi color característico.

Salgo de la habitación y me detengo en la puerta contigua, la correspondiente al dormitorio de Ethan. Golpeo la puerta con los nudillos, suavemente. Al otro lado no se oye ningún ruido. Vuelvo a intentarlo, esta vez con más fuerza. Nada.

—¿Ethan?

No hay respuesta. Tampoco responde al teléfono.

«Ahí se queda», pienso.

Puede que su deporte favorito sea la impuntualidad, pero yo no estoy dispuesta a llegar tarde. Nuestro guía, Adem, nos espera en media hora para continuar nuestra visita guiada por todos los monumentos de la ciudad, y yo primero quiero llenar mi estómago con un buen café y las delicias del *buffet* del hotel.

Cuando llego al vestíbulo, a pesar de la hora temprana, compruebo que está bastante concurrido, botones y turistas van de un lado a otro transportando maletas y muchos coches esperan en la entrada para llevarlos a sus próximos destinos.

—Buenos días, señorita Harris —me saluda el chico de recepción al otro lado del mostrador con una sonrisa; le devuelvo el gesto—. Me informan de que el vehículo que han reservado ya está disponible.

Al parecer, uno de esos coches de ahí fuera es para nosotros.

«¿Tan pronto? Imposible». Adem sí es puntual, no se atrasa un minuto, pero tampoco se adelanta. Salgo a la entrada para encontrarme de frente con la figura de Ethan, que está hablando con otro hombre vestido con traje. Finalmente, se estrechan las manos.

—¿Qué está pasando?

—Tienes diez minutos para subir a la habitación y coger todo lo que necesites para una noche. Nos vamos —contesta sin más.

¿Acaso se ha dado un golpe en la cabeza?

—No me pienso mover de aquí hasta que me expliques de qué va todo esto. —Cruzo los brazos a la altura de mi pecho y cambio el peso de una pierna a otra.

Ethan respira hondo antes de hablar, como si estuviera pensando qué decir.

—La pitonisa dijo que lo que buscaba no lo iba a encontrar aquí, lo cual está claro con esas estúpidas excursiones...

«¿Qué estás buscando, Ethan?».

—A mí me parecen interesantes —digo en cambio; él sigue hablando.

—Así que me largo y tú te vienes conmigo. A Capadocia.

Definitivamente, se ha dado un golpe en la cabeza.

—Ni de broma —niego con rotundidad—. Ni siquiera sé dónde está eso. Y no puedes hacer esto de repente por lo que te ha dicho una adivina de pacotilla...

—No es por eso —responde contundente.

—Es una locura, Ethan.

Permanecemos unos segundos callados, mirándonos fijamente a los ojos. Ninguno de los dos se mueve, nadie cede un centímetro. Intento buscar en sus ojos alguna explicación lógica a todo esto, como si el azul de sus iris pudiese traicionar al resto de su cuerpo, pero no veo nada.

Ethan es el primero en volver a hablar.

—¿Vienes o no?

Capítulo 39

Ethan

> **Papá:** Empieza a actuar
> como un hombre, James.

Sé que piensa que estoy loco. Es algo que, además, se ha molestado en recordarme más de una vez desde que hemos subido al coche.

Pero no puedo explicarle la razón que hay detrás de este impulso; si no, acabaría de confirmarle lo que de momento solo piensa: que se me está yendo de las manos.

No le he mentido al decirle que esto no se debía solamente a las palabras de la adivina, pero sí está relacionado con ellas.

Lo primero que hice al llegar a la habitación anoche fue entrar en internet. No tardé ni dos minutos en encontrar lo que no sabía que buscaba.

Entonces no dudé, reservé un coche, busqué un hotel por la zona y miré las actividades. Tardé más de lo que pensaba porque el hombre al otro lado del teléfono no entendía ni hablaba bien inglés, pero finalmente me confirmó la visita.

Podría haber avisado a Dahlia en ese momento, pero eso solo le hubiese dado más margen de tiempo para llevarme la contraria, buscar excusas y recordarme lo pésima que era la idea.

Aunque a mí, de momento, me parece la más correcta.

Ahora, dentro del coche reina un silencio que solo es interrumpido por el sonido intermitente de las tripas de Dahlia.

—Has sido tú el que me ha arrastrado a esta estúpida excursión, más te vale darme algo de comer; no he desayunado.

Aunque me gustaría hacer las menos paradas posibles, cedo. Nos detenemos en la primera estación de servicio que nos encontramos, y en la segunda, pero finalmente tenemos que desviarnos de la ruta en busca de una famosa cadena de sándwiches y batidos. Cogemos el pedido para llevar y mientras Dahlia come una ensalada de frutas yo voy dando pequeños sorbos a mi batido de chocolate.

—¿Contenta?

Ella simplemente me muestra una sonrisa triunfante que hace destacar sus largas pestañas.

—Pon el navegador, necesitamos entrar de nuevo en la carretera principal. —Le digo la dirección de nuestro destino—. ¿Lo tienes?

—Repítemelo, lo he escrito mal. Me pone que está a siete horas.

—No, está bien —confirmo.

A ella se le borra la sonrisa de la cara.

—¿Siete horas para visitar un único lugar? Estás loco.

—Eso ya lo has dicho —contesto sin apartar la vista de la calzada. Veo de reojo cómo pone los ojos en blanco—. En realidad es solo una hora en avión, pero claramente no era una opción, ¿verdad?

Dahlia pestañea una, dos veces. Mi mirada se desliza entre ella y la carretera en línea recta que se abre ante nosotros.

—Podrías haber ido sin mí.

Pestañeo una, dos veces. Tiene razón, podría haberlo hecho. Pero no lo digo.

Porque entonces también tendría que decirle que ni siquiera miré los vuelos antes de reservar el coche de alquiler.

Sabía que no querría venir, pero aun así lo hice. Simplemente, no pude imaginarme hacer el viaje sin ella. Al fin y al cabo, somos compañeros, ¿no?

Habíamos acabado de firmar una tregua; más que eso, incluso. Nunca me habría imaginado conducir junto a Dahlia Harris a uno de los destinos más remotos del planeta mientras el tiempo de mi reloj se estaba acercando a cero.

Cómo me hace sentir eso es algo en lo que pensaré después.

El teléfono de Dahlia suena por sexta vez en menos de una hora.

—Mierda —resopla al mirar la pantalla de su móvil.

—¿Otra llamada de Adem?

En realidad, me estoy empezando a sentir mal por el chaval. Le hemos dado plantón.

Aunque, desde luego, no echaré de menos sus lecciones de historia y leyendas de amor, las últimas claramente para llamar la atención de Dahlia, que lo atendía absorta. No sabía que escondía un lado romántico debajo de ese corazón de hielo que se esfuerza en mostrar.

—No, de la agencia —responde, pero tampoco coge la llamada; deja sonando su móvil hasta que se detiene—. Sabes que vamos a meternos en un lío, ¿verdad?

Asiento, probablemente no estén contentos con nuestra decisión de cambiar los planes sorpresa que tenían preparados para nosotros y que debíamos promocionar. Ahora mismo, no me puede dar más igual, pero sé que para Dahlia sí es importante.

—La vida es una, ¿no?

Abre la boca dispuesta a responder, pero justo en ese momento es mi móvil el que suena. Estaba seguro de que lo había apagado, precisamente hoy. El aniversario del peor día de mi vida.

Lo cojo de la guantera dispuesto a apagarlo, pero entonces veo de quién se trata. Todo mi cuerpo se tensa a la vez.

—¿No lo coges? —pregunta.

Sé que ha visto el nombre en la pantalla.

—No —respondo.

No insiste.

Las siguientes horas son tranquilas y el paisaje, monótono. El sol se encuentra ahora en lo más alto de un cielo azul despejado y tenemos el aire acondicionado al máximo para combatir el calor sofocante que es capaz de atravesar las ventanas.

Dahlia ha conseguido que cesen las llamadas intermitentes en su teléfono y yo sigo ignorando las mías.

De repente, un golpe seco corta el ambiente y hace que ambos tensemos nuestros cuerpos ante el descontrol del vehículo. Giro el volante en un intento por mantenernos en la carretera, pero soy incapaz de evitar el viraje brusco que ha tomado el coche. Nos salimos de la carretera, levantando una nube de arena a nuestro paso que nos envuelve durante unos minutos en los que no logro ver nada a través de los cristales.

—¡Joder! —grito. Desabrocho mi cinturón y me giro rápidamente hacia Dahlia. Tiene el cuerpo encogido, sus piernas dobladas contra su pecho y sus brazos envolviéndolas. Reprimo el impulso de coger su cara entre mis manos—. ¿Estás bien?

—¿Qué ha pasado?

—Mírame, ¿estás bien? —insisto, mi voz más ahogada.

Ella simplemente asiente despacio. Yo respiro, no me había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—Creo que hemos pinchado —respondo al tiempo que salgo del coche para comprobar los daños.

Tengo que cerrar los ojos al encontrarme con la repentina claridad; el sol golpea con fuerza y las partículas de tierra flotando en el aire me hacen toser. Rodeo el vehículo. Una de las ruedas ha reventado y el olor a goma quemada inunda el aire. Sigo inspeccionando el coche. Por lo menos no ha habido más daños visibles, aunque dudo que el seguro vaya a estar contento conmigo.

—Hay que cambiar la rueda —le informo, abriendo la puerta del copiloto.

—¿Cuánto vas a tardar?

—Lo menos posible, o eso intentaré. —Ya estamos perdiendo demasiado tiempo con esto, un tiempo que no tenemos. Que yo no tengo, al menos—. Podrías ayudarme.

—¿Tú crees que tengo pinta de saber cambiar la rueda de un coche?

—*Touché*.

Abro el maletero en busca de herramientas. Para mi sorpresa, está vacío, ni siquiera una maldita señal de aviso.

—¡No me jodas! —maldigo y vuelvo a cerrarlo con un golpe seco.

—¿Qué pasa? —pregunta Dahlia, saliendo del vehículo.

—No hay rueda de repuesto. Estamos tirados en medio de la nada.

Pongo los brazos en jarras, mirando fijamente a un horizonte desierto.

Esto es lo último que debería estar pasando. Apenas contamos con un día entero para llegar a nuestro destino y volver a Estambul para coger el vuelo a París. Esto solo nos roba tiempo.

—Genial, Ethan. Buen trabajo —resopla.

—Como si esto fuera culpa mía.

—¿De quién ha sido la idea de hacer esta estupidez?

—Oye, yo no te he obligado a venir —me defiendo.

—Tampoco me has dado muchas opciones —contraataca.

Siempre es así con nosotros. Un golpe, luego otro. La tregua estaba durando demasiado.

—Podías haberte negado. Yo no soy el responsable de todos tus problemas.

—Ahora mismo, mi problema eres tú.

He sido un iluso al creer que esto podía salir bien. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Se están agotando mis opciones, se está agotando mi tiempo.

Cojo el móvil y me paso los siguientes minutos tratando de ponerme en contacto con la empresa de alquiler del coche para intentar que alguien nos recoja cuanto antes. Además, continúo rechazando las repetidas llamadas procedentes del mismo número (el de mi padre) y sus mensajes, e ignoro los comentarios mordaces que Dahlia suelta cada vez que pasa por mi lado, lista para volver a la carga en otra de nuestras discusiones.

—Buenos días —una voz femenina me recibe al otro lado del teléfono.

—Por fin, joder, llevo intentando contactar...

—Bienvenido al servicio de atención al cliente. Si desea hablar con uno de nuestros operadores, por favor, marque uno... —la voz neutra y monótona retoma su discurso.

Marco el número uno sin terminar de escuchar. Vuelvo a poner el móvil contra mi oreja.

—Por favor, manténgase a la espera.

Resoplo, el sonido comercial de la llamada comienza a darme dolor de cabeza.

Las llamadas insistentes de antes se han sustituido por mensajes, los cuales no me encuentro con la fuerza suficiente para abrir. De

todas formas, ya sé lo que dicen. Son un recordatorio de mi cuenta atrás. Pero a ese, de repente, se unen otros.

—¿En qué puedo ayudarle? —Otra voz distinta suena a través del aparato, grave y masculina.

—Hemos pinchado una rueda, necesitamos que nos recoja alguien.

—Dígame su nombre y número de reserva. —Rebusco en mi teléfono toda la información que he recibido al recoger el coche en el hotel a primera hora de la mañana, que ya se me antoja como mucho tiempo atrás—. ¿Podría decirme dónde se encuentra?

—En medio de la nada —respondo por inercia.

—¿Perdón?

—¡No sé dónde demonios estamos! —le respondo gritando. Estoy empezando a perder la paciencia. A perder el control.

El operador no dice nada, solo teclea. El sonido se clava directamente en mi cabeza. Cierro los ojos con fuerza.

—Creía que tú lo sabías todo. —La voz de Dahlia se hace hueco en mi mente. La fulmino con la mirada.

—No, esa eres tú —replico sin poder contenerme, aunque sé que lo último que necesito ahora es entrar en su estúpido juego.

Ignoro las palabras que farfulla para sí misma, que probablemente no me están dejando en buen lugar.

—Caballero, ¿sigue ahí? —Mis pensamientos son interrumpidos por las palabras de mi interlocutor.

—Sigo aquí —respondo al tiempo que desvío la nueva llamada entrante y trato de seguir escuchando las palabras del operador, pero mi cabeza va a demasiadas revoluciones por minuto.

—Actualmente tenemos todos nuestros servicios ocupados. Podremos asistirle en una hora.

Antes de que pueda decir algo, suena otra voz diferente por la misma línea.

—Por favor, manténgase a la espera.

Lo hago, no cuelgo la llamada.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Dahlia.

—Tardarán por lo menos una hora.

Otra llamada entrante de su número.

«¿Es que no se va a dar por vencido?».

Me conoce, por supuesto que sabe que lo estoy ignorando adrede. Y eso solo hace que siga insistiendo más. Somos iguales. O yo soy igual que él.

—Ahora sí que estamos jodidos —resopla, cruzando los brazos a la altura de su pecho.

Me giro en su dirección para encontrarme de frente con ella.

—Ya lo creo: la perfecta Dahlia Harris ha empezado a maldecir. ¡El fin del mundo se acerca! —suelto, gesticulando dramáticamente.

Se para en seco, se lleva las gafas de sol a la cabeza arrastrando algunos de los mechones de su flequillo con ellas, perforándome con la mirada.

—Podrías fingir que al menos te importa algo.

—¡¿Crees que esto no me importa?! —grito. Se me rompe la voz —. Lo único que quiero es llegar al puto destino y olvidarme de todo.

«Por favor, manténgase a la espera». La coletilla suena cada pocos segundos a través de la línea.

A las llamadas se han unido más mensajes. De Andrew. De Taylor. *Es Abby.* ¿Va a ser precisamente hoy?

Hoy. La fecha golpea mi mente con la misma velocidad a la que sigue latiendo mi corazón, cada vez más fuerte.

Hoy es el aniversario del peor día de mi vida y yo, por primera vez en todos estos años, lo había olvidado. Había estado demasiado ocupado jugando a las aventuras con Dahlia Harris.

La culpa me envuelve entero.

Todo lo siento como una bomba tras otra, todas a punto de estallarme en la cara.

—Tienes que estar de broma. ¿Aún estás dispuesto a seguir? Esto es una señal más de que esto ha sido una idea horrible.

—¡Pues vete! —Levanto los brazos, exhausto—. Haz lo que quieras, como siempre haces. La Reina del Hielo consigue todo lo que quiere, ¿no?

Aprieta la mandíbula. Sé que le he dado donde más le duele.

—¡Y el impostor prefiere huir a afrontar las consecuencias de sus acciones!

Y ella ha golpeado de vuelta. Más fuerte.

«Impostor».

«Vives una vida que no es la tuya».

Sin darnos cuenta, hemos comenzado a gritarnos, o tal vez sí somos conscientes de ello. Cuándo hemos descubierto nuestros puntos débiles, no estoy seguro, pero ninguno ha dudado en usarlo a su favor, como si arremeter el uno contra el otro fuera nuestra única vía de escape. Pero para mí ya no es suficiente, estoy a punto de explotar.

—Por favor, manténgase a la espera.

Mi móvil suena, otra vez. El sonido agudo me perfora los oídos, mi dolor de cabeza no se detiene. A este se unen pinchazos en el pecho. Mi corazón va demasiado deprisa.

—Se me acaba el tiempo, joder, se me acaba el tiempo... —susurro contra mi pecho. Doblo las piernas hasta que mis manos se apoyan contra el suelo, estoy hecho un ovillo.

—¿De qué estás hablando, Ethan? —Lejana y confusa, oigo la voz de Dahlia, pero no la escucho. Ahora mismo solo capto el sonido de mi corazón acelerado. Me duele el pecho.

«Por favor, manténgase a la espera».

No puedo. No puedo seguir esperando. No puedo enfrentarlo. No puedo huir. No puedo terminar lo que he empezado. No puedo...

No puedo respirar.

Me falta el aire. Mi boca está seca y mi cuerpo tiembla descontroladamente. Estiro la espalda hacia atrás en un intento por llenar mis pulmones, pero nada entra. Me estoy ahogando.

—Ethan.

«... manténgase a la espera».

«Contesta al teléfono».

«Vives una vida que no es la tuya».

—Ethan.

«Ethan». Mi nombre resuena en mi cabeza por encima de todo lo demás. Me doy cuenta de que es la voz de Dahlia, que me mira preocupada a través de sus grandes ojos oscuros. Pero no puedo decirle nada, porque no puedo respirar. Mi vista se nubla.

—Ethan, estás teniendo un ataque de pánico. Mírame.

—No... puedo... respirar...

—Sí que puedes. —Dahlia se arrodilla delante de mí, su frente a escasos centímetros de la mía, bañada en sudor—. Respira conmigo, Ethan. Mírame.

Lo hago. La miro e imito sus movimientos, trato de acompasar mi respiración a la suya; a pesar de que mis pulmones no se llenan, sigo intentándolo. Sigo mirándola.

Poco a poco, comienzo a sentir de nuevo los dedos de mis manos, cubiertas por las de Dahlia.

—Ethan, estás bien. —Mi nombre en sus labios, de alguna forma, consigue tranquilizarme. Siento que recupero el control sobre mi cuerpo—. Dime qué necesitas.

—Sigue dándome la mano, por favor.

No me suelta y nos quedamos ahí durante unos minutos, o puede que horas. Con este episodio, he perdido la noción del tiempo. El tiempo...

—Estás caliente. —La mano fría de Dahlia sobre mi frente me devuelve a la realidad—. ¿Puedes caminar?

Me ayuda a levantarme y carga con casi todo el peso para dirigirnos hacia el coche. Abre la puerta del maletero, me ayuda a subir y después ella hace lo mismo. Estamos sentados el uno al lado del otro, nuestros hombros rozándose y nuestras piernas extendidas sobre el amplio espacio, la puerta abierta sobre nuestras cabezas protegiéndonos del sol.

Dahlia es la primera en romper el silencio.

—¿Qué ha pasado realmente, Ethan?

Trago saliva.

—Nosotros no hablamos de estas cosas.

—Fingimos para el resto del mundo, podemos fingir esta vez entre nosotros. Cuéntamelo. —Una pausa—. Si quieres.

Un segundo de silencio. Dos. Tres.

Dahlia comienza a alejar su cuerpo, pero la detengo. Es cuando me doy cuenta de que nuestras manos siguen juntas, que no se han separado en ningún momento.

—Nuestro viaje acaba en Chicago —digo en apenas un susurro, mi voz ronca.

—Lo sé, fue tu única condición.

—Chicago está a dos horas de mi casa. —Arruga el entrecejo—. Mi viaje, en realidad, termina ahí. Todos ellos acaban con este.

—No lo entiendo.

—Este es mi último viaje. Esta vida... siempre tuvo fecha de caducidad.

Cojo aire y empiezo a contar la historia que más miedo me da a Dahlia Harris: la mía.

Capítulo 40

Ethan

A veces me cuesta pensar en el momento en que comenzó todo, como si mi mente no quisiera recordar otra vida que no fuese esta: yendo de un lado a otro y viviendo con una mochila. Pero, al mismo tiempo, sé por qué me esfuerzo tanto en olvidar algunas partes: porque duelen demasiado.

Otras, en cambio, no puedo hacerlo: una fecha que no solo está grabada en mi mente, sino que también quise grabármela en la piel.

Para recordarme cómo puede cambiar todo en un instante.

Por qué tengo que vivir el presente.

—Al principio viajaba por un compromiso —comienzo a contar—. Mi mejor amigo y yo teníamos un trato. Viajaríamos juntos antes de que yo empezase la universidad. El sueño de Andrew siempre ha sido verlo todo y yo estaba dispuesto a seguirlo a cualquier parte, hasta el fin del mundo. Siempre fue así.

Respiro hondo, mi corazón continúa latiendo acelerado, pero ahora lo hace a un ritmo constante.

—Yo, en realidad, nunca quise hacerlo; viajar, digo. Se suponía que iba a estudiar y luego heredar la empresa familiar. Esto último aún voy a hacerlo.

Desvío inconscientemente la mirada hacia mi teléfono, situado entre nuestras piernas, que ha dejado de sonar hace rato. Me doy

cuenta de que Dahlia lo ha apagado, ella sigue mirándome atentamente. Continúo.

—De repente todo se torció: Andrew tuvo un accidente y el dinero que habíamos ahorrado desapareció para pagar facturas en lugar de cumplir sueños. Andrew me dijo que fuera yo por él. El viaje ya estaba planeado, al fin y al cabo. Así que me monté en ese avión convenciéndome de que lo estaba haciendo como una especie de vía de escape para él. Le pedí dinero a mi padre a cambio de la promesa de que, cuando volviera, comenzaría la universidad y trabajaría en el negocio familiar para dirigirlo algún día. Me dio tres años.

»Esas fueron sus condiciones y las acepté. Me resultó fácil, tampoco tenía otra opción y, al fin y al cabo, era lo que quería hacer con mi vida.

Un escalofrío recorre mi cuerpo haciéndome temblar. A veces me olvido de la persona que era antes de todo esto. La vida que podría haber tenido.

—Volví un par de semanas más tarde, pero todavía no se habían acabado las vacaciones de verano, así que compré otro billete. Unos meses más tarde, otro. Dejé la universidad.

»Un viaje de solo dos semanas se convirtió en uno de dos meses y, a partir de entonces, las visitas a casa fueron más infrecuentes. Buscaba trabajo de lo que podía y me quedaba en cada lugar el tiempo justo para ahorrar lo suficiente para el siguiente destino. Llevo tres años viviendo con una mochila. Entré en el mundo de las redes sociales por accidente, publiqué un vídeo casero que solo estaba destinado a mi familia y lo petó. Sigo creando contenido porque eso paga el siguiente avión y porque me da dinero para...

Me detengo, estoy contándole mi historia, pero hay cosas que simplemente no puedo decirle. Dahlia sigue escuchando con

atención, sus ojos clavados en los míos, nuestras manos todavía entrelazadas.

—No me las tomo en serio porque ¿qué sentido tendría? —confieso. Sé que siempre me ha odiado por eso y estoy a punto de darle su respuesta—. Es más fácil fingir que algo no te importa antes que demostrarle a los demás lo mucho que te afecta fallar.

A mi cabeza viene la vez que nos conocimos y el resto de nuestros encuentros desafortunados. Yo intentando hacerme el gracioso para desviar la atención y ella buscándola solo para que jugara a su favor. Siempre pensé que éramos incompatibles de todas las maneras posibles.

Sigo pensando que somos dos piezas de un rompecabezas sin solución, pero la primera vez que miré a Dahlia Harris a los ojos no me di cuenta de que su color se vuelve más intenso si la haces enfadar, o de que se muerde el labio inferior de modo casi imperceptible cuando se pone nerviosa.

Eso, de alguna forma, cambia el juego.

—¿Por eso querías ir a ese sitio? —pregunta, su voz es apenas un susurro, como si alguien más pudiera oírnos—. Quieres verlo todo porque...

—Probablemente no tenga otra oportunidad de hacerlo —termino su frase—. Me he dado cuenta de lo que me gusta esto a pesar de que siempre he sabido que tendría que renunciar a ello.

—Entonces, el premio del concurso...

—Es para ayudar a Andrew.

Asiente con la cabeza. Puedo ver las preguntas cruzando por sus ojos, pero no hace ninguna y yo se lo agradezco en silencio. No estaba seguro de poder responderlas. De estar preparado para hacerlo.

Nos quedamos callados unos minutos y, esta vez, no me molesta en absoluto escuchar mis pensamientos. Mi cabeza ha dejado de doler, mi corazón late a un ritmo normal y mis hombros se relajan, como si les hubiera quitado un enorme peso de encima.

Dahlia coge su teléfono para atender unas llamadas y hacer otras. Tan solo precisa de unos minutos antes de decir:

—Vienen de camino.

Levanto las cejas, sorprendido.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Puedo ser muy convincente. —Gira sus hombros haciendo que su pelo pase de descansar de un lado al otro—. Y dar mucho miedo.

—De eso estoy seguro —respondo curvando los labios. Ella me devuelve la sonrisa.

Veinte minutos después, por fin divisamos el primer vehículo que recorre este tramo de carretera, que resulta ser quien viene a nuestro rescate, acompañado de una grúa.

Me muevo rápido, ansioso por irnos de aquí y pegarme una buena ducha. El calor sofocante me ha hecho sudar hasta el punto de sentir la ropa pegada a mi piel.

Por suerte, la conductora que viene con el equipo habla inglés. Después de hacernos unas cuantas preguntas, comienzan a levantar el coche.

Voy a montarme en el vehículo que ha venido a recogernos, cuando la mano de Dahlia me detiene.

—Realmente no importa cómo has llegado hasta aquí, pero creo que deberías darte más crédito. El que lo ha conseguido, quien se lo merece, eres tú. No lo olvides, Ethan.

Sus palabras me pillan por sorpresa, su voz es dulce. Y sincera. Por eso se me clavan.

Ella no sabe lo que significan para mí y yo no me siento capaz de explicárselo, así que le digo lo primero que se me pasa por la mente.

—¿Sabes? Me recuerdas a Andrew. Creo que os llevaríais bien.

—Estoy segura de que me caería mejor que tú.

—Eso ha sido un golpe bajo, flor.

Juraría que es la primera vez que sonríe cuando la llamo así.

Capítulo 41

Dahlia

Para cuando por fin llegamos a nuestro destino, la noche se cierne sobre todos los rincones. El cielo, totalmente negro, está salpicado por muchísimos puntos blancos y luminosos, más brillantes de lo que había visto nunca. Supongo que, en Nueva York y otras grandes ciudades, las estrellas pisan las calles, protagonizan películas y titulares, y la gente se olvida de mirar al cielo en busca de un espectáculo más impresionante.

La grúa nos ha dejado en el taller más cercano y, además, nos ha ayudado a recortar un poco más de distancia hacia nuestro destino final, el cual sigue siendo un misterio para mí. Hemos conseguido evadir —al menos, de momento— todo el papeleo correspondiente al seguro del coche y que nos den otro sin coste adicional. Por cómo nos han mirado, sé que nos han reconocido, y que no van a arriesgarse a hacernos enfadar. Estaba dispuesta a aprovechar la situación.

Salimos del vehículo, un modelo parecido al anterior en negro. Ethan saca el equipaje del maletero sin decir ni una palabra, en el mismo silencio que nos ha acompañado el resto del camino hasta aquí.

No estoy acostumbrada a él. En mi mundo siempre hay ruido, personas a mi alrededor dando instrucciones, fiestas y eventos

importantes, nuevas celebridades buscando sus segundos de gloria, seguidores persiguiéndome con sus ojos y sus cámaras.

Para mí, el silencio pesa más que el ruido. Me recuerda que estoy sola.

Pero este ambiente es distinto. Por algún motivo, con Ethan siempre lo es. De una forma u otra, se las apaña para ser la excepción a mis reglas.

Por eso me saca siempre de mis casillas, me descoloca el mecanismo que tanto tiempo me ha llevado poner en marcha.

En mi cabeza todavía se repite nuestra conversación de hace unas horas, la forma en la que mi corazón ha comenzado a latir rápido y con fuerza al ver su cara de pánico; cómo necesitaba que se recuperara, porque, si no, yo iba a caer en el mismo agujero.

Quiero decirle algo, he querido hacerlo desde que se ha abierto en canal conmigo y ha terminado mirándome con esos ojos grandes y azules que me desesperan y atrapan a partes iguales. Pero de mi boca no ha salido nada. No he sabido qué decirle, y en este momento tampoco. No puedo encontrar las palabras correctas, tal vez porque no las hay.

Pero, ahora, todo tiene más sentido. Su urgencia por verlo todo, por empaparse de los lugares y hacer locuras, como la de recorrer más de setecientos kilómetros. No he querido preguntar por qué estamos aquí.

Así que lo único que he hecho ha sido posar mi mano sobre su pierna, de la misma forma en que él entrelazó sus dedos con los míos durante el vuelo. Me pregunto si el contacto le ha quemado tanto como a mí durante todo el trayecto.

Llegamos a un hotel que se erige firme entre dos elevaciones rocosas. No es muy grande, pero el contraste con las pequeñas casas de una sola planta de la misma calle lo hace notable.

Ethan se encarga de hablar con el recepcionista mientras yo inspecciono el recibidor, las paredes de color terracota y el suelo decorado con amplias alfombras de estampados vistosos que transmiten un ambiente acogedor.

No hay ascensor. Ethan carga con nuestras maletas —más bien mi maleta y su mochila— por las empinadas escaleras hasta la segunda planta, con un largo pasillo que recorremos hasta el final.

—Esta es la habitación —dice mientras encaja la llave de latón dentro de la cerradura.

—¿Y la mía? —pregunto.

Ethan me mira confuso, arruga el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—¿No has reservado dos habitaciones?

—¿Tú sabes lo caro que es este sitio? Al parecer, está de moda, y este era el único hotel que aún tenía habitaciones disponibles. El dinero sale de mi bolsillo, tengo que ahorrar.

No me lo puedo creer. Pongo los ojos en blanco.

—Yo puedo pagar mi habitación —insisto, nerviosa por la posibilidad de tener que compartir el espacio con él.

Volvemos al mostrador. Nos atiende el mismo recepcionista. No quedan más habitaciones. Maldigo en voz baja.

—Ya te he dicho que es un sitio muy popular —responde él, encogiéndose de hombros.

Recorremos de nuevo el mismo camino —Ethan vuelve a cargar con el equipaje por las escaleras— y esta vez entramos en la habitación para encontrarnos un espacio entre cuatro paredes de piedra caliza decorado con columnas y otros detalles ornamentales. Los muebles son coloridos, hay cojines rodeando una mesa baja de madera oscura y, detrás de esta, escondida entre dos pilares, una cama enorme.

«Espera».

«Una cama».

—¡Ethan! —grito su nombre. Él viene enseguida para mirar exactamente lo que yo estoy viendo. Sin embargo, no se muestra sorprendido.

¿Un sitio tan grande y solo pueden poner una cama?

—Ha habido un error, solo hay una cama.

—No es un error —dice. Se lleva la mano a la cabeza y se revuelve el pelo—. Es que me cobraban cien dólares extra por poner otra. Soy creador de vídeos, no rico.

«Yo lo mato».

Cierro los ojos, me muerdo el labio inferior.

—¿Qué pasa, flor? ¿Tienes miedo a no poder resistirte a mis encantos?

A pesar de que la situación no me hace gracia, agradezco en silencio que utilice el estúpido apelativo que tanto le gusta y rebaje tensión al asunto. Después de estas horas de desconcierto, volvemos a recuperar nuestra dinámica habitual, que no pensé que fuera a echar en falta.

—A lo que tengo miedo es a no poder resistirme a otros pensamientos que se me están pasando ahora mismo por la cabeza.

—Voy a esconder las cosas punzantes que encuentre.

Sale de la habitación y aprovecho para meterme en la ducha; necesito sacarme la suciedad que se ha pegado a mi piel. Aunque la temperatura actual es elevada, disfruto de la calidez de las gotas resbalando por mi espalda y el vapor que envuelve todo el cuarto de baño. Me recreo lo máximo que puedo en la presión del agua golpeando mi cuerpo antes de envolverme en una de las toallas que apenas logra cubrir la parte superior de mis muslos.

A pesar del recogido que me he hecho para atrapar mi largo cabello, algunos mechones se desprenden y ahora reposan sobre mi cuello, húmedos.

Me visto rápidamente, siendo consciente de que mi conjunto para dormir no me tapa demasiado, ya que se compone solo de un top de tirantes ajustado (y un poco transparente) y unas bragas *culotte*. Ni siquiera he traído sujetador.

Él ya me ha visto en ropa interior, varias veces, y con conjuntos más escandalosos. Pero, por alguna razón, esta vez estoy más nerviosa que todas las anteriores.

Cuando salgo del baño, Ethan, que ya ha vuelto, finge tener su atención puesta en su móvil, que tiene la pantalla apagada. Quiero preguntarle en qué está pensando. Me gustaría saberlo.

—No me vas a decir cuál es el plan, ¿verdad? —digo en su lugar.

—¿No te gustan las sorpresas, flor?

Él sabe que no, pero aun así muestra una sonrisa pícara.

Pedimos la cena al servicio de habitaciones y ya es casi medianoche cuando mi cuerpo me ruega un descanso, pero mi mente sigue despierta.

Me meto entre las sábanas lo más cerca que puedo de la esquina, dando la espalda al centro del colchón. Entonces, me asalta un pensamiento estúpido: nunca he compartido cama con ningún hombre que no fuera Wyatt.

Por supuesto, he tenido amantes, pero me largaba o los echaba antes de que la situación se volviera demasiado íntima. ¿No es en nuestros sueños donde más vulnerables somos?

Noto el colchón ceder ante el peso del cuerpo de Ethan en la otra esquina. Soy consciente de su presencia, de la distancia que nos separa, de que inmediatamente las almohadas se han impregnado de su olor a cedro y sándalo.

—Buenas noches, flor.

Sus palabras me acompañan durante lo que me parece una eternidad. El silencio se instaura entre nosotros, todo está oscuro y, aunque tengo los ojos cerrados, no soy capaz de dormir. Puedo oír la respiración acompasada de Ethan a mi lado. Creo que ha caído rendido, pero, no sé por qué, no me atrevo a comprobarlo.

Media hora después —medida, ya que mi único entretenimiento es contar ovejas—, sigo en la misma posición, la cual empieza a resultarme incómoda.

Entonces, con cuidado de no hacer movimientos bruscos y despertar a Ethan, giro sobre mí misma apoyando la otra mejilla sobre la almohada, recortando solamente unos centímetros la distancia que nos separa... y encontrándome de lleno con sus ojos, que están abiertos.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

Me hubiera sobresaltado si mi cuerpo no hubiera decidido quedarse congelado en ese mismo instante al tener el cuerpo de Ethan tan cerca. Ninguna parte de nuestra piel está en contacto con la del otro, pero la mía arde, sobre todo en aquellas zonas en las que estamos a punto de rozarnos... como si lo reclamaran.

De repente tengo mucho mucho calor y sus ojos azules, del color del mismo mar, lejos de apagar ese fuego, parecen avivarlo. No puedo apartar la mirada de ellos.

Ethan parece tener su atención puesta en un punto ligeramente por debajo de mis iris. Humedezco mis labios por puro reflejo y los separo un poco. Como en el rodaje en Amalfi.

«¿Por qué viene precisamente ahora eso a mi cabeza?».

—No te he dado las gracias por lo de hoy —dice en un susurro—. Gracias.

Sonríe con timidez y entonces me percato de que tiene una sonrisa preciosa. Creo que no la había visto antes. No así, al menos.

Tampoco me había mirado así, como lo está haciendo ahora. Nunca.

Respiro hondo antes de contestar, con la intención de que mi voz no tiemble. Pero se me adelanta.

—Se nos da bien esto.

—¿Estar en presencia del otro en los momentos menos oportunos?

—Supongo que eso también. —A Ethan se le escapa una risa—. Me refiero a que somos buenos fingiendo.

—Sí, lo somos.

«¿Podrá oír la velocidad a la que late mi corazón ahora mismo?».

Estamos más cerca, nuestras narices casi rozándose; las puntas de mis dedos, si se mueven, podrían acariciar los suyos. Quién ha acortado la distancia, no estoy segura.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunto; mi voz suena lejana en mis propios oídos. Por encima, haciéndose eco, una vocecita en mi cabeza grita que me retire.

La ignoro por completo.

—No lo tengo claro —responde él, sin apartar la mirada de mis labios. Su voz suena entrecortada—: Esto es... una mala idea.

Tiene razón. ¿Qué estamos haciendo?

Mi cuerpo no parece dispuesto a colaborar con mi cabeza, solo está siendo partícipe de que el espacio se haga cada vez más pequeño.

Y, para colmo, no solo rememoro sus labios sobre los míos, sino que los siento. Pero esta situación es muy distinta, aquí no tenemos a nadie a quien engañar.

—No significa nada, ¿no?

Su mano ahora está rodeando mi cintura.

—Nada.

La mía está apoyada sobre su pecho desnudo. No me había dado cuenta de lo suave que es su piel.

Su respiración es irregular, yo dudo de que en mis pulmones esté entrando aire.

Siento su aliento cálido sobre mi cara y, a pesar del calor, mi piel se estremece.

Todas esas partes que ardían a punto de tocarse ahora sienten frío. Porque su tacto sobre mi cuerpo solo provoca que mis células sensitivas ansíen más contacto.

Nuestros labios son el último punto que falta por colisionar y supondría uno de no retorno. Trato de recordar todos los motivos por los que esto es una locura, pero mi cuerpo no responde a otra cosa que no sean las manos de Ethan acariciándome y mi cabeza solo piensa en que le gustaría volver a probar esos labios.

Un ruido seco rompe el silencio y, con él, el hechizo. Nuestros cuerpos se contraen del sobresalto, el mío moviéndose hacia el suyo, el de él marcando distancia, aunque sus dedos presionan con fuerza mi cadera.

Veo cómo sus ojos se oscurecen al ser consciente de lo que estábamos a punto de hacer.

Ambos hablamos a la vez.

—Perdón, yo...

—No, ha sido...

Ninguno termina su frase.

Entonces, Ethan saca la fuerza de voluntad que ninguno de los dos ha tenido hasta ahora para poner espacio entre nosotros.

—Deberíamos dormir, mañana tenemos que madrugar.

Es más fácil decirlo que hacerlo. ¿Cómo cree que voy a pegar ojo con él a mi lado después de esto? Ni siquiera sé qué demonios

significa.

Me revuelvo entre las sábanas con una sensación incómoda en mi piel. Y entre mis piernas.



No sé de qué estoy huyendo, solo sé que corro todo lo que me permiten mis piernas y, aun así, no es lo suficientemente rápido.

Choco con un espejo delante de mí y este se rompe en mil pedazos, tantos que los míos y los del cristal se vuelven indistinguibles. Trato de recomponerlo. Trato de recomponerme.

La voz de Wyatt en el baño aquella última noche me paraliza. Me recuerda que jamás voy a volver a estar completa.

—Flor, tranquila, es una pesadilla.

En mi sueño, oigo de repente la voz de Ethan, pero no lo veo. Me giro de un lado a otro en su busca, unas manos me sostienen por los hombros. ¿Estoy soñando?

Pido ayuda, pero nadie viene. Estoy sola.

—Yo estoy aquí.

Otra vez su voz me responde, como si estuviera hablando en sueños. Los brazos que antes sentía que me atrapaban, ahora me envuelven regalándome el calor de su cuerpo.

—Duerme, yo cuido tus sueños.

Confío en sus palabras y acabo entregándome por completo a los brazos de Morfeo, sabiendo que, en realidad, estoy entre los suyos.



Me despierto en medio de la noche, desorientada. Es de madrugada, lo sé porque la oscuridad todavía lo envuelve todo. Oigo unos ruidos a tan solo unos metros de mí, pero mi cuerpo se niega a abrir los ojos. Unos brazos me sacuden suavemente, obligándome a reaccionar.

—Flor, es hora de levantarse.

Me incorporo a duras penas, mi cuerpo quejándose y luchando por recuperar el abrigo del sueño. Apoyo los brazos a ambos lados de mi cuerpo, me doy cuenta de que ocupo la parte central de la cama y de que el lado izquierdo está frío.

—¿Qué hora es? —Arrastro las palabras.

—Las cuatro de la mañana —responde él como si nada.

—¿Tienes el reloj biológico estropeado? —Me dejo caer de golpe sobre el colchón, hundiendo mi cara en la almohada mientras balbuceo—. Déjame seguir durmiendo.

Ethan aparta las sábanas, exponiendo mi cuerpo a la fresca brisa que entra por la ventana. Me revuelvo, pero eso no impide que agarre mis muñecas y me impulse hacia delante, incorporándome. Me sobresalto al sentir su cara a tan solo unos centímetros de la mía.

—Podremos dormir cuando estemos muertos. Ahora, arriba. Tenemos que irnos.

Desvía su atención de nuevo hacia la bolsa a medio llenar que hay sobre el banco, a los pies de la cama. Ya está vestido con una camiseta blanca y una camisa de estampado tropical de tonos claros por encima en contraste con unos pantalones cortos de camuflaje. Su pelo, como de costumbre, está alborotado.

Luchando contra mis propios instintos, que me piden seguir durmiendo, obligo a mi cuerpo a levantarse y voy directa al baño.

Me lavo la cara para ayudarme a despertar, pensando en lo tentadora que suena una ducha fría ahora mismo.

No pasan ni cinco minutos cuando Ethan golpea la puerta.

—Date prisa, vamos tarde.

—¿Precisamente tú me estás dando lecciones de puntualidad?

Mi idea de meterme debajo del agua se esfuma al instante. Me visto con rapidez con el único conjunto que he traído en la maleta: un top ajustado negro con tirantes en forma de lazo atados al hombro y unos pantalones cortos blancos fluidos. Al desprenderme del pijama, un olor familiar me envuelve: huele a él.

No me da tiempo a pensar en ello. La cabeza de Ethan se asoma entonces por la puerta del baño.

—Nos esperan abajo —anuncia.

—Todavía no me he maquillado.

Me mira de arriba abajo, dos veces.

—Estás preciosa. Vamos —suelta sin más.

Maldigo cuando me pregunto si lo dice en serio y por qué me importa.

De un tirón me arrastra fuera de la habitación sin que ni siquiera me deje echar un último vistazo.

—No me vas a decir adónde vamos, ¿verdad?

—Te va a gustar, o eso espero. Confía en mí.

Confiar. Es más fácil decirlo que hacerlo.

No puedo explicarle que esa es otra parte de mí que está rota y que no sé cómo arreglar, o si quiero hacerlo.

La confianza es algo que nunca me he permitido sentir. No cuando mi padre traía mujeres a casa para ligar con ellas descaradamente. No cuando mi madre empezó a sentir vergüenza de mí por querer dedicarme al mundo de la moda. No cuando filtraron mis asuntos personales con la excusa de venderlos al mejor postor. No cuando

Wyatt rompió todas sus promesas. No cuando, después de todo, estoy sola.

La confianza actúa como una llave con la que concedes a una persona el poder para hacerte daño, para robarte otro fragmento de ti misma. Y entonces tienes que crear uno nuevo. Uno mejor, más fuerte. Yo ya no tengo fuerzas.

Me saca de mis pensamientos el golpe seco del maletero al cerrarse. Ethan termina de meter el poco equipaje que hemos traído con nosotros. Mueve el cuello indicándome que suba al coche, él me imita y lo primero que hace es poner la radio para que la música inunde el espacio. Me tiende un café en un vaso de plástico y un sándwich de jamón y queso que no sé muy bien de dónde ha sacado; él ya se ha comido el suyo. Antes de arrancar se pone una gorra y unas gafas de sol que me resultan familiares.

—¿Son mías? —pregunto, sabiendo la respuesta.

Se encoge de hombros y responde sin apartar la vista de la carretera.

—Aparecieron por arte de magia en mi mochila.

—Ya, claro. Las quiero de vuelta. —Extiendo el brazo en un amago de quitárselas.

Ethan me aparta la mano con la suya.

—Lo que se da, no se quita.

—¡Pero yo no te las he dado!

Me encantan esas gafas, pero me gustan más puestas en él, a juego con su piel morena y haciendo destacar los tonos dorados de su cabello. Por supuesto, eso es algo que no voy a admitir en voz alta.

Antes de darme cuenta, el coche se detiene.

—Ya hemos llegado.

Lo que veo delante de mí me deja sin palabras.

Capítulo 42

Dahlia

Salimos del coche para encontrarnos con uno de los lugares más bonitos que he visto nunca.

Hemos recorrido kilómetros de una carretera de tierra en un entorno adornado únicamente con piedras y naturaleza seca, en donde no hay rastro del paso del hombre. Ahora, un acantilado marca el fin del camino, la línea del horizonte ante nuestros ojos dibujada con otra irregular de montañas rocosas y, muchos metros más abajo, una gran explanada de tierra se abre a nuestros pies, pero mis ojos solo pueden prestar atención a los enormes globos de colores que se erigen imponentes.

La llama que mantiene las estructuras a flote es la única luz que hay ahora en el lugar y desde aquí arriba se vislumbran como pequeños puntos naranjas.

El sol todavía no ha salido y solo tenues rayos iluminan el cielo con tonalidades oscuras. El amanecer tendrá lugar en cuestión de minutos.

—¿Qué hacemos aquí?

—Vas a tener las mejores vistas a uno de los mayores espectáculos del mundo.

Caigo en la cuenta de que solo ha hablado de mí.

—¿Y tú dónde vas a estar?

—Ahí arriba —señala al cielo con su dedo índice.

—¿Vas a montar en globo?

—Ese es el plan. —Mira hacia abajo del acantilado, donde muchos de los globos ya se están preparando para despegar—. Sé que te dan miedo las alturas, por eso he reservado un sitio en el mirador y un fotógrafo para que no estés sola mientras yo estoy arriba.

Que haya preparado todo esto en tan poco tiempo es increíble.

—Todavía tenemos unos minutos antes de despegar, ¿quieres ver el globo de cerca?

Asiento con la cabeza. Descendemos por unas escaleras de piedra esculpidas en uno de los lados de la pendiente que no había visto hasta ahora.

Los globos aerostáticos son mucho más grandes desde aquí abajo. Nunca había visto uno tan de cerca. Las envolturas de tela deben medir al menos veinte metros y están decoradas con decenas de colores llamativos.

Nos recibe un señor de mediana edad, de baja estatura y extremidades delgadas. Tiene una barriga prominente, la piel muy morena, y viste unos pantalones holgados y una camiseta blanca interior de tirantes.

—*¡Merhaba!* ¡Hola! —dice el hombre en tono jovial mientras mueve los brazos para que nos acerquemos—. *Benim ismimEmir*.

—¿Qué ha dicho? —le pregunto a Ethan por lo bajo, inclinándome hacia él.

—Se llama Emir, no sabe hablar inglés.

Mientras Ethan trata de comunicarse con él para su viaje, yo me presento al fotógrafo, que está sentado a unos cuantos metros preparando el equipo. Es joven, alto y desgarbado, con un flequillo que le ocupa toda la frente.

—Hola, soy Dahlia.

—Omar, encantado. —Estira la mano, yo respondo a su apretón—. Va a ser una experiencia muy especial, seguro que no olvidas este momento.

Sonrío, parece simpático. Él sí sabe hablar inglés y no da señales de saber quién soy. Esto último me tranquiliza; a veces agradezco las oportunidades de anonimato.

—¡Dahlia, ven! —Ethan me llama desde un punto cercano a la cesta del globo, que es más grande de lo que me imaginaba—. Aún faltan los últimos detalles, ¿quieres una foto en el globo antes de que me marche?

—¿Una foto guiri?

—Una foto guiri hecha por un fotógrafo profesional —remarca él.

Ethan se presenta a Omar, quien entra al globo detrás de él y se coloca enfrente de mí con su objetivo mirando en mi dirección. Hago un par de poses, cambiando mi posición cada vez que oigo el «clic» de la cámara.

—Tienes un talento natural para las fotografías —comenta el chico, mirando el resultado después de cada disparo.

Ethan y yo nos miramos y sonreímos. Si él supiera.

—¿Ahora una de los dos? Para recordar cada instante. —Mira a Ethan y hasta pienso que le guiña un ojo. Este asiente y se sitúa a mi lado, extendiendo los brazos a lo largo de la barra superior de la cesta en una posición relajada. Apoyo la espalda ligeramente en su lado izquierdo—. Un poco más juntos, abrazados.

Ambos hacemos una mueca ante esa petición extraña, pero Ethan reacciona primero y mueve el brazo para rodear mis hombros, yo respondo inclinando más mi cuerpo hacia el suyo. Omar se muestra conforme con el resultado.

Cuando nos separamos, la brisa me acaricia la piel que hace un segundo estaba en contacto con la de Ethan y tiemblo.

—Tú avísame antes. Para estar preparado —susurra el fotógrafo cuando pasa a su lado, pero tanto Emir, que, aunque no sabe inglés, nos mira con atención, como yo lo hemos oído.

No sé lo que significa y, al parecer, Ethan tampoco, por la mueca de confusión que pone, pero asiente igualmente.

En ese momento, el hombre llama nuestra atención moviendo su mano derecha y colocando su dedo índice hacia arriba. Ethan le devuelve el gesto, levantando el pulgar en señal de confirmación.

—Creo que ha dicho que despegamos en un minuto, o algo así —dice, a modo de despedida—. ¿Nos vemos luego?

—Intenta no matarte.

—¿Llorarías por mí, flor?

—No te emociones; solo de felicidad.

Él se ríe como respuesta. Cuando me dispongo a ir a la puerta de salida, algo me detiene. Un movimiento. Bajo nuestros pies.

De repente, la superficie es inestable. Y nos estamos alejando del suelo.

Me quedo petrificada.

Estamos subiendo, el suelo cada vez más lejos de nosotros.

«Oh, Dios mío».

—Dejadme bajar. —No sé a quién me dirijo, a quien sea. Apenas me sale un hilo de voz.

—¿Por qué hemos despegado? —oigo a Ethan dirigirse al hombre que sigue alimentando la llama, haciéndonos ascender rápidamente —. ¡Necesitamos aterrizar!

Sus gritos no hacen reaccionar a Emir, que simplemente niega con la cabeza y hace el mismo gesto de antes, el dedo índice levantado hacia arriba.

—Eso significa subida, no que falta un minuto para despegar — nos informa Omar, traduciendo la voz grave del hombre al que

ninguno de los dos entendemos.

—¡¿Por qué no lo has dicho antes?! —chilla Ethan.

—Le has hecho «ok» con la mano; pensé que lo habías entendido. —El fotógrafo se encoge de hombros.

—Dile que tenemos que bajar. Ya.

Omar obedece e intercambia unas palabras en turco con Emir, a quien veo negando con la cabeza de nuevo a la vez que mueve las manos.

Mis oídos pitan amenazando con hacer explotar mi cabeza.

—No se puede descender ahora, vamos a subir hasta arriba y luego bajar —traduce finalmente Omar.

—Como prometido —añade Emir, arrastrando las palabras en inglés. O al menos creo que es lo que ha querido decir.

Ethan mueve la cabeza en ambas direcciones, rápidamente vuelve a girarse hacia mí. Estoy agarrada con todas mis fuerzas a la barra que recorre la canasta de lado a lado y divide el espacio en dos, actuando de barrera con la zona en donde están Emir y Omar.

—La próxima vez prometo contratar a alguien que sepa inglés.

—No habrá próxima vez, Ethan; te voy a matar. —Mi voz suena ahogada.

A pesar del viento frío que nos azota, mi cuerpo arde. Empiezo a sentirme fuera de mí; me hormiguean los dedos y todos los sonidos suenan lejanos. Solo soy capaz de oír el latido de mi corazón, fuerte y acelerado. Hasta que duele.

—Dahlia, tienes que calm...

—No me digas que me calme, ¡tengo que salir de aquí! —lo corto.

«Tengo que salir de aquí». Es el único pensamiento que se repite en mi cabeza una y otra vez, a toda velocidad.

Así que hago lo que menos espero de mí misma. Pierdo el control.

El miedo se apodera de mi cuerpo y soy incapaz de contenerme. Por eso no puedo explicar lo que hago a continuación.

Me lanzo contra uno de los lados del canasto, que no hace más que seguir subiendo a toda prisa, y en cuestión de segundos estoy pasando una de mis piernas por encima con la intención de lanzarme al vacío. Algo me detiene.

Más bien, unos brazos que rodean mi cintura y la atrapan. Mi mente no es capaz de gestionar la información, pero mi cuerpo reconoce su tacto. Aun así, me revuelvo con la intención de escapar de su agarre.

—¡¿Qué demonios haces?! —chilla con una voz aguda.

—¡Ethan, tengo que bajar!

—Dahlia, estamos ya a diez metros de altura. ¿Cómo vas a saltar?

Está gritando para que lo oiga, pero no lo escucho. Sigo luchando contra mis instintos, mi cuerpo y mi mente mandan señales contradictorias. En un intento por hacer frente a la inestabilidad que siento bajo mis pies, paso mis brazos por el cuello de Ethan y pego un salto que hace que mis piernas rodeen su cintura.

Acabo colgada de él como un koala. Otra vez.

Esto no puede ser más bochornoso; si no estuviera tan asustada, me importaría lo suficiente para sentir vergüenza, pero en lo único que puedo pensar es en que cada vez estamos más lejos del suelo y que la caída va a ser más grande. Eso y que Ethan me envuelve entre sus brazos, apretándome fuerte contra él, su mano peligrosamente cerca de la zona baja de mi espalda.

—¿Tiene miedo a las alturas? —pregunta Omar. Supongo que Ethan le responde, porque dice—: ¿Por qué ibas a pedirle matrimonio aquí si sabes que le da pánico?

Me pongo rígida, más de lo que estoy. Ese comentario me hace reaccionar.

—¿¡Qué?! —gritamos los dos al unísono.

—Yo soy fotógrafo de bodas y eventos. Pensé que me habías contratado para...

—¡No iba a pedirle matrimonio aquí!

—¡No iba a pedirme matrimonio! —remarco yo.

—Eso tampoco.

Hundo mi cara en su cuello y cierro los ojos con fuerza hasta que mis párpados se quejan por la presión, cada vez me cuesta más respirar. Siento cómo seguimos subiendo. El viento sopla con más fuerza y, aunque la estructura es estable, me siento desestabilizada.

—Flor, te tengo; no te va a pasar nada. —La voz de Ethan se cuela en mi cabeza. Su boca junto a mi oído.

No respondo, no puedo hacerlo. La garganta se me cierra. Me aprieto más fuerte contra él cuando siento que se remueve, luchando por separarse. Mi cuerpo se resiste a dejarlo ir, no puedo soltarlo. Necesito seguir agarrada a él. Necesito que se quede.

—No me voy a ninguna parte, voy a coger algo del bolsillo —dice contra mi pelo, como si me hubiera leído la mente—. Tranquila, no es un anillo. —Suelto una risa sincera—. No voy a soltarte, Dahlia. Confía en mí.

Me obligo a ceder y aflojo el agarre contra su cuello hasta que consigue acceder a lo que sea que busca en el bolsillo trasero del pantalón. Una de sus manos permanece en todo momento en mi cintura, yo sigo con los ojos cerrados.

Un par de segundos después, los dedos de Ethan acarician la melena alrededor de una de mis orejas e insertan un casco inalámbrico en ella. No entiendo por qué lo hace; no me muevo y sigo con mi cara hundida en su pecho, pero puedo sentir su mirada fija en mí, a pocos centímetros de distancia.

Obtengo mi respuesta en forma de notas musicales sonando cada vez más alto a través del auricular.

Es mi canción favorita.

Los latidos de mi corazón, hasta ahora acelerado, se acompasan con los acordes de la canción que enseguida me pongo a tararear, olvidándome de todo. De lo único de lo que soy consciente es de los brazos de Ethan que continúan abrazándome, y sus dedos golpeando el espacio de mi piel desnuda entre mi top y mis bermudas al compás de la canción que él también está cantando. Me hace temblar, pero en este caso no me importa.

—Joder, esto es una pasada —dice. Respira hondo—. Flor, sé que no te gustan las alturas, pero no puedes perderte esto.

No sé qué me da la valentía para abrir los ojos. Puede que sea la emoción que suena en su voz, o que sus brazos siguen sosteniéndome, pero lo hago. Y me encuentro con uno de los paisajes más impresionantes que he visto jamás.

El cielo está totalmente despejado, sin una nube, solo decorado con los colores característicos del alba. Nunca he visto el sol de un naranja tan intenso, como si se hubiese inventado en este lugar y por eso se sintiese tan cerca. Lo vemos ascender a través de la línea del horizonte hasta que me arden los ojos y me es imposible seguir sosteniendo la mirada. Pero en esta ocasión, cuando cierro los ojos, quiero volver a abrirlos de inmediato.

Todo se ve más bonito desde aquí arriba y, con los brazos de Ethan sosteniéndome, no tengo tanto miedo.

Mi mirada se posa en él, que sigue mirando fijamente el astro rey. Le brillan los ojos y su cabello parece más rubio que nunca. Por primera vez, me fijo en que tiene una pequeña cicatriz en la parte izquierda de la barbilla y lucho contra el impulso de acariciarla. Entonces arruga el entrecejo, como si estuviera buscando algo.

—¿Qué pasa? —pregunto.
—Tampoco está aquí.
No sé a lo que se refiere. Solo me aferro un poco más a su pecho.
Y él responde abrazándome más fuerte.

Capítulo 43

Ethan

—¡Más rápido!

—¡Ya estoy corriendo todo lo que puedo!

De hecho, me sorprende que mantenga el ritmo subida a esos tacones. Tienen por lo menos diez centímetros de altura.

Recorremos el aeropuerto a toda velocidad, esquivando a las personas que se cruzan en nuestro camino e ignorando la atención que atraemos, las cámaras de los móviles que apuntan hacia nosotros y a la gente que intenta interceptarnos para conseguir una foto.

En unas horas seremos portada de varias revistas, estoy seguro. Pero, ahora mismo, no me puede importar menos; lo único que quiero es llegar hasta nuestra puerta de embarque, que no sé a qué distancia está, pero demasiado lejos.

¿Por qué hacen las terminales tan exageradamente largas? Estoy teniendo un *déjà vu*.

—Más deprisa, Dahlia —le digo, casi sin aliento.

—Me gustaría verte a ti corriendo con esto —responde. Le sorprendería constatar la elegancia con la que mueve su cuerpo, aunque probablemente ya lo sepa.

—Demuéstrame quién es la reina de la pasarela. —Atrapo su mano entre mis dedos y tiro ligeramente de ella, haciendo que dé un traspié, pero se sobrepone de inmediato.

Ninguno de los dos se detiene.

Cuando hemos llegado al aeropuerto, han anunciado la última llamada para nuestro vuelo a París; solo espero que tengan piedad de nosotros y lleguemos a tiempo.

La capital francesa era uno de los destinos que, junto con Chicago, conocíamos incluso antes de tomar el primer avión. Desde que lo supe, estoy emocionado; nunca he estado allí y será la penúltima parada de este viaje, antes de aterrizar en nuestro destino final. Es una buena forma de terminar por todo lo alto... y de ponerme hasta arriba de *croissants* y *baguettes*.

—¡Por el otro lado! —grita Dahlia, sacándome de mis pensamientos. Cambio la dirección bruscamente, mis pies resbalan sobre la superficie brillante y tengo que apoyar una mano en el suelo para que mi cuerpo no corra la misma suerte, pero logro dar el giro de noventa grados. Dahlia sigue yendo detrás de mí—. Es la puerta del fondo.

Desde aquí puedo ver a varias azafatas charlando en el mostrador. Se dan cuenta de nuestra presencia incluso antes de que alcancemos su posición. No me permito recuperar el aliento mientras busco a toda prisa mi pasaporte entre todas las cosas que hay en mi mochila, que no son pocas.

Dahlia, por supuesto, ya lo tiene preparado en la mano.

—Lo siento, ya se ha cerrado el embarque.

No. Esto no puede estar pasando.

—No lo entienden, es superimportante —responde Dahlia, dirigiéndose a la más bajita de ellas, que la mira con atención y con las mejillas sonrosadas. Me doy cuenta de que sabe quién es—. Desfilo en la Semana de la Moda de París, tengo que montarme en ese avión.

—Ojalá pudiésemos hacer algo, pero ya está en pista preparado para despegar.

—¿No pueden parar el avión? —pregunto. Todas se giran en mi dirección con expresiones confusas. Dahlia se encoge de hombros y niega con la cabeza—. ¿Qué? En las pelis lo hacen.

—Tienen que ir al mostrador a ver si los pueden reubicar en el siguiente vuelo —nos informan. Ellas no pueden hacer nada.

Es casi de noche, el sol ha desaparecido y son pocos los rayos remanentes. Deshacemos todo el camino que hemos recorrido viendo a través de los cristales cómo el avión despega delante de nuestras narices, dejándonos a nosotros en tierra.

Dahlia se mantiene inexpresiva hasta que llegamos a los mostradores. Su expresión no cambia mientras se muestra decidida a encontrar una solución que suponga montarnos en un avión dirección París en el menor tiempo posible. Pero me doy cuenta de cómo frunce el ceño ante cada negativa, juguetea con los anillos que decoran sus dedos y enrolla su pelo en tirabuzones. Está enfadada por lo que ha pasado, está en juego uno de sus trabajos más importantes por mi culpa.

Solo espero que podamos embarcar en el próximo vuelo.



No nos pueden subir en el próximo vuelo, ni en el siguiente.

Dahlia, desesperada, propone volar a otro país y hacer escala allí, pero tendríamos el mismo problema para encontrar un vuelo a París que no tenga todas sus plazas ocupadas. La Semana de la Moda ha colapsado todas las aerolíneas que operan con la capital francesa.

Tenemos que dormir en uno de los hoteles cercanos al aeropuerto y despertarnos a primera hora para ser rechazados por cada uno de los vuelos que han salido hasta ahora: ningún pasajero ha renunciado a su billete a última hora.

—Dahlia, yo...

—No pidas perdón —dice antes de que pueda terminar la frase—. No me arrepiento.

—Yo tampoco.

Ahora estamos sentados en unos de los muchos asientos de la planta superior del aeropuerto, mirando hacia los grandes ventanales que nos separan de la pista. A nuestros pies, cientos de personas caminan de un lado a otro; saltos de emoción, sonrisas y lágrimas se entremezclan entre todas ellas y, a pesar de eso, no puedo evitar pensar que los aeropuertos son uno de los sitios más solitarios sobre la faz de la tierra.

Desde dentro, parecen todos iguales; podrías pasar por todos los que hay en el planeta y no habrías visto nada en absoluto. Se oyen muchos idiomas diferentes y el tiempo pasa más lento.

En otras circunstancias, me estaría volviendo loco por haber perdido el vuelo, por estar perdiendo un tiempo que se agota sentado en el limbo.

¿Alguien más aquí tendrá su reloj de arena en marcha, a punto de agotarse?

—¿En qué piensas? —La voz de Dahlia me saca de mis pensamientos.

—En que odio los aeropuertos.

—A mí me gustan —replica ella, encogiéndose de hombros.

—Son aburridos y te cobran por un café más que si estuvieras en Times Square. ¿Qué te puede gustar de ellos?

—No me hacen sentir tan mal conmigo misma. —Me giro para mirarla; como de costumbre, sus emociones se esconden tras la máscara de su rostro—. Todo el mundo está solo de paso, se dirige a algún sitio. Nadie pertenece a este lugar, así que aquí no importa que yo tampoco pertenezca a ninguno.

Pestañeo varias veces, procesando cada una de sus palabras. Me quedo callado, sin saber qué responder.

No la imaginaba así. Nuestros encuentros pasados y fortuitos me habían hecho construir una idea bastante acertada, o eso creía, de quién era Dahlia Harris, la Reina del Hielo.

Pero en cada ocasión que me muestra una faceta suya, una que desconocía que tenía, esa imagen se me cae a pedazos. Me demuestra que estaba equivocado, una y otra vez. Y no sé dónde nos sitúa eso.

En este momento, me asaltan dos pensamientos. Dos cosas que han cambiado.

La primera es que hemos derribado una especie de muro entre nosotros.

Nos hemos ceñido a las normas del papel, pero los momentos en los que actuamos se vuelven cada vez más difusos, las líneas que marcan los límites se están borrando y el qué pasará cuando todo esto termine sigue en el aire. Pero me estoy adelantando, primero tenemos que afrontar lo que viene.

Creo que esto nos convierte en amigos, o algo así. Amigos con un secreto que nos permite ganar a ambos.

Mi móvil vibra en el bolsillo trasero de mi pantalón. Cuando miro de quién es el mensaje, lo abro inmediatamente y le muestro a Dahlia el contenido del correo.

—No me puedo creer que contratases a un fotógrafo de bodas y eventos.

Omar ha cumplido su palabra: han pasado menos de cuarenta y ocho horas y ya tengo todas las fotografías en mi teléfono. Con razón sus servicios me costaron una pasta, pero, viendo el resultado, ha valido la pena. El chico es bueno.

—En mi defensa diré que la web estaba en turco. Por lo menos tenemos a Dahlia Harris colgada como un koala en HD.

—Esas fotos nunca saldrán a la luz, Ethan.

—Ya veremos —la provoco.

Ella me dedica una mirada asesina, pero sigue analizando con atención las imágenes. Pasamos así las siguientes horas.

«Amigos, o algo así».

La segunda de las cosas es que no sé en qué momento ha dejado de importarme perder este avión, porque, de algún modo, Dahlia tiene razón: este no parece un lugar tan solitario si estoy sentado junto a ella.

Capítulo 44

Dahlia



Tras más de dieciséis horas de espera en el aeropuerto y un vuelo con turbulencias que se me hace eterno, por fin llego a París.

Solo ha aparecido una plaza disponible, así que Ethan se ha quedado en tierra con la promesa de que lo asignarán al próximo vuelo nocturno.

La despedida no ha sido emotiva, más bien incómoda. Ethan ha posado sus labios sobre mi mejilla (regla número seis) en un beso sonoro que ha despertado los vítores y suspiros del grupo de viajeros que se arremolinaban a nuestro alrededor con sus móviles en alto, listos para subir las fotos a sus redes sociales. Eran demasiado fáciles de satisfacer, y para nosotros, demasiado fácil fingir. Según Maia, somos *trending topic.*

Ethan y yo nos veremos en pocas horas, pero eso no ha evitado que sintiese un tirón en el pecho al cruzar la pasarela. Estas

semanas juntos han hecho que me acostumbre a su continua presencia. Puede que demasiado.

Durante el vuelo, con cada leve sacudida que ha provocado que mi cuerpo se estremeciera, me he dado cuenta de que echaba de menos su contacto, el roce de sus manos que, de alguna forma, me calma. Lo hizo en el vuelo a Estambul y también mientras sobrevolábamos Capadocia en globo.

Entre la oleada de miradas y flashes que me reciben en la terminal, reconozco una figura diminuta que da saltitos, empuja a varios periodistas sin contemplaciones y se lanza hacia mí para recibirme con un abrazo y mi café favorito.

Tira de mí haciéndonos avanzar entre la multitud sin detenernos y me cuesta seguirle el ritmo. Cuando por fin nos metemos en el coche, el mundo logra recuperar su silencio. Respiro aliviada.

—Quiero que me lo cuentes todo.

Pero quien habla es ella, a una velocidad de vértigo. Casi todas las novedades están relacionadas con Ethan y conmigo, y una sonrisa se dibuja en su cara a medida que me las cuenta.

Maia, probablemente, encabeza nuestro club de fans. La veo demasiado ilusionada por el tema, por mí, y eso solo aumenta el sentimiento de culpa en mi interior, pero no puedo contárselo.

Sé que no lo utilizaría contra mí, pero sí podría mirarme de esa manera inquisidora que a veces me dedica cuando hablamos de *The Bachelor*.

No podría soportar esa mirada, ni tampoco que se fuera, como seguramente haría.

Se me da bien jugar porque sé cuándo tengo ante mí una apuesta segura.

Y yo no soy una de esas.

—No tenemos tiempo de pasar por el hotel, tienes que vestirte aquí —termina diciendo.

—Qué *glamour*.

Siento el cuerpo entumecido, mis músculos gritan de dolor y necesito liberar la tensión ejercida sobre ellos durante todo el vuelo. Pero eso tendré que hacerlo más tarde, ahora nos dirigimos al evento inaugural de la firma para la que desfilo mañana, una de las más prestigiosas de la alta costura. La de Romuald.

Así que me toca ponerme la máscara.

Las celebridades más conocidas del mundo, no solo del sector de la moda, asistirán al desfile, que promete ser uno de los mayores espectáculos del año.

Veo la prenda que me ha traído colgando de uno de los lados de la parte trasera del vehículo. Un vestido negro con escote corazón que se ajustará a cada centímetro de mi torso para luego caer hasta los tobillos. Tiene una gran abertura en la pierna que sube hasta algún punto por encima de la cintura, dejando poco a la imaginación y casi ninguna opción de llevar ropa interior. Adoro este vestido.

Vi el potencial que tenía desde que puse los ojos en él y pregunté si podía adaptarlo a mi estilo. Recibí total libertad para hacer un diseño único y exclusivo que estaba segura despertaría el interés de todas las miradas.

Hice un boceto del diseño final en la libreta que llevo siempre conmigo, esa que vio Ethan y preguntó de qué se trataba.

«Si no fuera nada, no estarías sonriendo».

Me obligo a sacar el recuerdo de mi cabeza. Claro que no era nada, estaba muy lejos de serlo. Pero ahora no puedo permitirme pensar en eso, un sueño que se escapa mientras la realidad llama a mi puerta todos los días.

Aceptaron todos los cambios, así que decidí que sería el que luciría en este evento. Sola.

Es la primera vez que me enfrento a las masas sin un brazo que sostenga mi cuerpo a lo largo de las horas, conversaciones y fiestas.

En estos eventos siempre acabo sintiéndome como uno más de los objetos de exposición; la gente se dirige a mí con un discurso de adulación preparado, la petición de una fotografía o una propuesta de negocio. Muchos ni siquiera esperan mi respuesta; no les interesa lo que tengo que decir, solo quieren mi imagen.

Wyatt sabía qué contestar en todos esos casos, siempre fue mejor que yo relacionándose con los demás. A él lo querían, era fácil quererlo.

Tenía esa mirada juguetona y algún comentario ingenioso preparado en la recámara que lograba desviar la atención y conseguir darme un respiro. Él asistía a todos los eventos conmigo, aunque siempre fuera para terminar emborrachándose. Pero no a los desfiles, no si podía evitarlo. Había dejado claro que tenía la misma opinión que mis padres acerca de la moda, pero la respetaba por mí y supongo que la toleraba mejor cuando consistía en mirar a otras veinte chicas en ropa interior.

El pensamiento me provoca un escalofrío. Él no era así, ¿verdad? Me exhibía ante el resto del mundo orgulloso. Y sabía...; lo sabía todo.

Los mensajes en mi cabeza son contradictorios, pero una parte de mí sigue aferrándose a esa idea, porque, si estaba equivocada, lo que tanto esfuerzo puse en construir no sería sino otra cosa más que estaba hecha pedazos. Otra versión de mí rota.

En ese momento, mi móvil vibra sobre el asiento, despertándome de la vorágine de mis pensamientos.

Ethan el más guapo 😎**:** ¿Cómo ha ido el vuelo?

Yo: ¿Cuándo has cogido mi teléfono? 😡

Ethan el más guapo 😎**:** Vas a tener que ser más específica...

Yo: ¿Por qué apareces como "Ethan el más guapo"?

Ethan el más guapo 😎**:** Vaya, por fin lo admites.

Ethan el más guapo 😎**:** No te olvides del emoji 😎.

Yo: Eres insufrible🙄. El vuelo bien, supongo. Voy de camino al evento.

Ethan el más guapo 😎**:** No te lo pases bien sin mí.

Yo: ¿Al final vuelas ahora?

Ethan el más guapo 😎**:** Estoy embarcando, te mando un mensaje cuando aterrice.

Yo: 👍

Guardo el móvil en el bolso y, al levantar la cabeza, me encuentro con la mirada de Maia acompañada de una sonrisa traviesa.

—Por cierto, ya he reservado...

—No va a ser necesario —la corto mientras acaricio con mis manos el vestido y palpo lo suave que es.

—Pero si me lo pediste hace una semana.

—Las cosas han cambiado —respondo sin más. Ella se gira y damos por concluida la conversación.

Esa es una de las cosas que más me gustan de Maia, que sabe cuándo no quiero responder a sus preguntas y acepta mi silencio como respuesta.

Nos preparamos en un tiempo récord, lo que se traduce en los minutos que le lleva al coche llegar al enorme edificio de estilo renacentista, que ahora está rodeado de cientos de personas apretadas unas junto a otras en la lucha por conseguir un sitio decente que les permita observar a los famosos invitados.

—¿Cómo estoy? —pregunto cuando termino de atrapar mi pelo en una coleta que disimule que he pasado demasiadas horas en un aeropuerto en lugar de en una peluquería.

—Tú eres la única que puede lucir así de bien arreglándose en un coche. Estás asquerosamente preciosa.

Sonrío. A pesar del cansancio acumulado, me siento guapa con este vestido a juego con unos tacones altos de aguja. Como toque final, pinto de rojo mis labios justo antes de que se abra la puerta y enseguida me envuelven las luces procedentes de las cámaras de fotos y móviles de los presentes.

Tengo que cerrar los ojos ante el golpe de claridad que emana de los focos, pero me recupero rápidamente, lista para posar para los cientos de paparazi y fans congregados.

Mi cuerpo recibe demasiados estímulos al mismo tiempo, mis ojos cambian la dirección de su mirada entre unas cámaras y otras, mis oídos captan los gritos tratando de llamar mi atención, preguntas de reporteros y órdenes del equipo de seguridad para que no se acerquen demasiado.

Si no estuviera tan acostumbrada a ello, me sentiría sobrepasada. No siempre disfruto de la atención, al menos no en estos casos, pero

he aprendido a soportarla.

La entrada del enorme edificio está ocupada por un número igual o casi mayor de medios de los que hay fuera.

Siento la presencia de Maia detrás de mí, que me dirige discretamente hacia la rueda de prensa. Sé que aquí es donde nuestros caminos se separan. La fiesta sigue un protocolo muy exigente, con una lista de invitados reducida, en la cual no se incluyen agentes ni amistades fuera del mundillo.

—¿Cómo te has preparado para el desfile de mañana?

—¿Consideras que has llegado al pico de tu carrera gracias a Romuald?

—¿Cómo has sobrellevado tu ruptura con Wyatt?

—Has pasado página muy rápido, ¿el secreto es que Ethan es el nuevo dueño de tu corazón?

Las preguntas bombardean mis oídos. La mayoría tienen tres cosas en común. La primera, que no son solamente sobre mí o mi carrera. La segunda, que incluyen el nombre de algún hombre. La última de ellas, que me traen recuerdos de esa noche...



Habíamos ido al evento de inauguración de la nueva tienda de una famosa marca de ropa, Wyatt era mi acompañante. Mi novio no quería venir, no le gustaba aparecer conmigo en ese tipo de compromisos porque yo era la protagonista. Pero él me había hecho creer que lo necesitaba como un escudo detrás del que esconderme, aunque eso no detenía los ataques, ni tampoco hacía que dolieran menos. No si venían desde dentro.

Los periodistas me rodearon y me hicieron preguntas. Wyatt se metió en el baño. Nicole había desaparecido y yo me sentía inestable. Lo seguí y follamos en los servicios; fue rápido y frío. Las palabras de Wyatt tras nuestro polvo se habían incrustado en mi cabeza, provocando otra grieta.

Vi por primera vez a Finn McLean en la fiesta. Sabía que estaba allí; Wyatt se había encargado de recriminarme que me miraba demasiado, como si fuese culpa mía o fuese yo quien buscara su atención.

Entré de nuevo en el baño en su busca. Esa última grieta hizo que todo estallara. Sabía que sería el final de cuanto había construido, pero, después de todo, mi castillo ya se había desmoronado. No derramé ninguna lágrima. Al menos, no por él.



—Con un vestido tan atrevido, ¿no te preocupa que se vea la ropa interior?

—¿Quién dice que llevo ropa interior?

Trato de sonar despreocupada, pero no logro forzar una sonrisa. No entiendo por qué solo las mujeres recibimos preguntas sobre nuestra ropa o, peor, nuestra ropa interior.

Me giro hacia otro periodista intentando olvidar las miradas que están puestas en el resto de mi cuerpo.

—A raíz de unas fotos, han crecido los rumores acerca de un posible embarazo...

Dejo de responder, ni siquiera me molesto en despedirme.



Las manecillas del reloj no avanzan. Las largas horas en el aeropuerto no son las únicas responsables de que esté agotada, pero todavía no puedo irme. Sé que, para algunos, la fiesta continuará hasta las primeras horas del amanecer. Las modelos estamos excusadas con motivo de lucir perfectas mañana en el desfile: ocho horas de sueño reparador, piel hidratada y nada de alcohol; todas conocemos las reglas.

Sin embargo, irse antes de la medianoche se considera descortés y, para Romuald, un insulto. Así que aquí estoy, mirando atentamente el reloj enorme que cuelga de la pared, esperando que las dos agujas apunten hacia arriba.

Y puede que sea el aburrimiento, o que por primera vez estoy en un rincón apartada sin nadie que busque algo de mí, por lo que cedo por fin al impulso que llevo ignorando toda la noche de coger el teléfono y teclear.

Yo: Odiarías esta fiesta. Todo el mundo viste sin camisas feas.

Ethan el más guapo 😎**:** Auu.:(
Admite que te aburres sin mí.

No esperaba que fuera a contestar, por eso le he hablado.

Es curioso cómo en estas últimas semanas me he acostumbrado tanto a su presencia. Al principio, me esforzaba por ignorarla, pero en algún punto se volvió soportable y ahora... resulta que estoy buscándola.

Yo: ¿Ya has llegado?

Ethan el más guapo 😎**:** Estoy volando. La wifi está incluida
en primera clase.:)
Ethan el más guapo 😎**:** Manda una foto de la fiesta.

Yo: <Foto>.

Ethan el más guapo 😎**:** Pero de ti, tonta.

Yo: <Foto>.

Ethan el más guapo 😎**:** Ahora sacando la lengua y haciendo
el signo de la victoria.

Voy a contestar, más concretamente para mandarlo a la mierda, cuando una voz masculina que reconozco al instante me hace levantar la mirada del teléfono.

—Estás espectacular esta noche, querida.

Romuald aparece a mi lado sosteniendo una copa de vino blanco. Con los años he aprendido que solamente se permite beber alcohol en este tipo de celebraciones, solo una copa. A sus sesenta recién cumplidos, sería injusto decir que lo define la edad, sino que la luce como si de un accesorio más se tratase, con elegancia. Alto y esbelto, de piel morena y cabello fino y grisáceo, con una barba del mismo color, larga pero perfectamente recortada, sus ojos son pequeños, pero siempre los lleva pintados, lo que provoca que su mirada sea profunda.

—Elegir el vestido adecuado hace todo el trabajo.

—No te quites mérito; son los cambios en el vestido los que hacen que deje de ser anodino.

—¿Te has dado cuenta?

A veces le cuesta ver más allá de sí mismo.

—Siempre has tenido buen ojo para el diseño.

Mi pecho se hincha al recibir el reconocimiento de Romuald. No solo porque sea el gran diseñador que es, sino también porque es... Romuald. No sé explicarlo.

Su personalidad y ego le impiden admitir los logros ajenos a menos que estos merezcan verdaderamente la pena. Lo sé bien, yo he sido muchas veces su víctima.

—¿Y cómo está mi chica favorita?

—Le dices eso a todas las chicas.

—Pero a ti te lo digo de verdad. —También lo sé. Mi relación con Romuald siempre ha sido especial. Tal vez porque nunca ha esperado nada de mí y yo tampoco de él—. Ver mundo te sienta bien, querida. Espero que te hayas estado cuidando.

—¿Lo dices porque he engordado? —No lo he hecho, pero el comentario de aquella periodista todavía está clavado dentro de mí.

Por qué la gente se cree con el derecho de hacer ese tipo de comentarios, es algo que escapa a mi entendimiento.

Sé que vendo mi vida, que es mi trabajo, pero existen barreras, y las he tenido que construir yo. Me esforcé por hacerme inmune a la opinión pública y ajena, pero luego descubrí que vale tan solo con hacerles creer que no te hiere. Si te conviertes en la Reina del Hielo, no esperan nada de ti, para empezar.

—No me importa lo más mínimo, sabes que yo no peso a mis modelos. —Es cierto, basa su elección en otros criterios, como el éxito, la presencia, la fama... Me gusta eso de él—. Me refiero de aquí.

Se lleva la mano al pecho, a la altura del corazón. Levanto una ceja y él simplemente sonríe. Siempre ha sido un romántico; me río internamente al pensar que puede estar tragándose nuestro teatro.

—¿Tienes la lista de mañana? —pregunto, cambiando de tema. Quiero confirmar mi posición en el desfile de su colección más especial.

—Esperaba que pudieras ayudarme —me responde, llevándose la copa de vino a los labios. Le encanta hacerse el interesante—. ¿Qué debería hacer con Nicole?

Supongo que él también ha visto la prensa rosa.

Su nombre todavía pincha. Por supuesto, no le dejo ver que me afecta. Romuald es otra de esas personas a las que no les permito ver más allá de mis muros. Respiro hondo y finjo pensar la respuesta.

—Eso depende de ti, es tu desfile. Su andar es demasiado potente y a veces acelera el ritmo. No la pongas para abrir el desfile.

Romuald asiente, como si la pregunta fuera algún tipo de prueba.

—¿Quién debería abrirlo? —pregunta finalmente.

—Sabes que yo. —No es arrogancia, Romuald es consciente de eso. Solo levanta una ceja y sonríe levemente.

Abrir el desfile es, sin duda, la posición más importante. Como modelo, eres el primer contacto que el público tiene con la colección; debes crear impacto, atraer la atención. Brillando tú, haces brillar a las siguientes. Todas sueñan con tener el honor de abrir pasarelas, yo lo he hecho en muchas ocasiones.

Desde que empecé, me he esforzado por ser la mejor, por hacerme un nombre y que luego ese nombre valiese más que mi cuerpo, que me valorasen por algo más que unas medidas perfectas. Y lo he conseguido. Ojalá muchas más puedan decir lo mismo. Ojalá algún día nos valoren sin necesidad de tener que alcanzar unos estándares imposibles.

—El reloj ya ha dado las doce, Cenicienta. —Desvío la mirada en esa dirección, las dos finas agujas apuntando al techo—. Tienes

suerte de ser mi chica favorita; aprovecha y lárgate de aquí.

—¿Podría ser el afortunado que te acompañe? —dice alguien detrás de mí. Si no tuviera clavada su voz en mi interior, así como cada detalle de esa noche, no la hubiera reconocido, pero se trata de él—: Estás preciosa, Dahlia.

Finn McLean aparece a mi lado con su sonrisa ladeada y el pelo perfectamente peinado hacia atrás.

Nos saludamos con dos besos y, al inclinarme, la siento. Una mirada que provoca que mi cuerpo arda.

Los ojos oscuros de Wyatt están clavados en mí y yo le sostengo la mirada, dispuesta a no ser quien huya esta vez. Solía ser capaz de leer lo que se ocultaba tras esos ojos marrones, o eso creía, pero ahora me resultan tan desconocidos como los de cualquier otro.

Él fue una de las personas a las que sí dejé ver más allá; no puedo cometer el mismo error. No cuando sé el resultado.

Es el primero en moverse dando un paso al frente, en mi dirección, como si quisiera romper la distancia que nos separa. Una mano sobre su pecho lo hace detenerse. La chica que está con él, de pelo largo y liso, mueve los labios. Sigue la dirección de la vista de Wyatt y sus ojos también se posan en mí. De repente, Nicole, sin hacer ningún movimiento, se vuelve pequeña y desvía la mirada.

Me pregunto si lo saben.

De todas formas, ya no es mi problema. O eso quiero creer, a pesar de que me incomoda la manera en la que se me eriza la piel bajo la mirada penetrante de Wyatt, como si siguiera manteniendo su capacidad de ver a través de mí.

Él sabe todo lo que hay dentro: cristales rotos.

—Cuánto tiempo, Finn. —Trato de recuperar la compostura, pero sé que el chico se da cuenta de lo que pasa.

—Demasiado si me lo preguntas. —Decide seguirme la corriente, como la última vez. Por eso es divertido jugar con él.

—El tiempo es relativo. Además, creo que has estado entretenido.

—Lo mismo digo. —Recorta la distancia entre nosotros, consiguiendo llamar la atención de algunos de los periodistas, que comienzan a disparar flashes en nuestra dirección—. ¿Es verdad? Que Ethan Adams y tú...

—Apuesto a que te gustaría saberlo.

—¿Así ligan los jóvenes de hoy en día? Veo que solo el vino mejora con el tiempo... —Romuald da el último sorbo a su copa.

Pongo los ojos en blanco. En ese momento, mi atención se desvía hacia la luz procedente de mi teléfono. El nombre de Ethan aparece en la pantalla, pero no contesto.

Romuald me mira curioso, casi puedo entrever la sonrisa en sus labios. Desvío la vista de nuevo hacia Finn.

—¿Por qué no nos vamos de aquí? Los dos lo estamos deseando —dice, extendiendo el brazo. Una invitación. Una oportunidad.

Tenía razón, sabe jugar, así que mi respuesta es rodear su brazo con el mío.

—Como mañana no tengas ocho horas de sueño reparador en esa bonita cara, querida —oigo la voz de Romuald a mis espaldas, suena tranquila y con su particular acento—, te la vas a cargar.

Abro la boca para aclarar la situación, cuando entonces añade:

—No me refiero a él, Dahlia.

No me molesto en responder. De una u otra forma, no puede estar más equivocado. Porque esto no es más que una mentira entretejida entre las reglas de una servilleta y las que yo he tenido que poner en mi cabeza. Por mi propio bien.

Capítulo 45

Ethan

¡EXCLUSIVA!
DAHLIA HARRIS Y FIN MCLEAN SON VISTOS SALIR DE LA FIESTA DE LA MANO… SEA A LO QUE SEA A LO QUE ESTÁN JUGANDO, ¡NOS APUNTAMOS!
¿Pareja nueva o no tan nueva? Sabemos que estos dos tienen historia. Ahora todas las miradas están puestas en si Ethan Adams asistirá al desfile a apoyar a nuestra chica rompecorazones.
Podéis votar cuál es vuestra pareja favorita en nuestra web: ¿Dafinn o Ehatlia?

Dahlia no responde a mi último mensaje. Para colmo, las noticias más recientes que veo antes de aterrizar comparten como protagonistas a los mismos modelos que encabezaron todos los titulares hace tres meses.

Se ha ido de la fiesta. Con Finn McLean. Juntos.

No debería molestarme. Ni importarme.

Pero lo hace. ¿Por qué lo hace? Tal vez porque teníamos unas reglas, joder. Y tampoco conoce tanto a ese tío. ¿Y si resulta ser un psicópata?

Por lo menos voy ganando la encuesta de los *shippeos*.

Ni siquiera me ha dicho que se va de vuelta al hotel. A no ser que se haya ido a su hotel.

Ese pensamiento todavía me persigue cuando al fin tomamos tierra y bajo del avión para recorrer la terminal hasta la salida con la intención de conseguir un taxi.

Le mando otro mensaje a Dahlia, tampoco obtengo ninguna respuesta. Resoplo y me dirijo a la parada llena de gente. Pero una voz me detiene.

—¿Compartimos taxi? Creo que vamos para el mismo sitio.

Cuando me giro, mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza, o tal vez ya la había reconocido sin necesidad de mirarla.

Su espalda está apoyada sobre el vehículo, tiene los brazos cruzados a la altura del pecho y un impresionante vestido negro de aberturas atrevidas se ciñe a su cuerpo. Y, por supuesto, sus labios están pintados de rojo.

Recorto la distancia que nos separa y dejo caer la mochila de mis brazos para que lo siguiente que tenga entre ellos sea a Dahlia. Ella rodea mi cuello y mi cara se hunde en su suave cabello mientras la levanto ligeramente del suelo. Al inspirar, me impregno de ella y su olor.

La he... ¿echado de menos?

—¿Qué haces aquí? —pregunto extrañado.

—Te lo he dicho: la fiesta era aburrida.

Quiero preguntarle por Finn McLean, pero no lo hago. Entonces me doy cuenta de que somos el centro de atención; nos han reconocido y ahora muchas miradas y móviles apuntan hacia nosotros.

Ser consciente del público hace que mi cuerpo se tense y me obligo a separarme de Dahlia. Hemos cumplido con nuestras reglas, aunque no sea en lo que estaba pensando cuando la he visto. Ella

también parece querer huir del revuelo que hemos causado con nuestro reencuentro.

Tal vez encabezaremos portadas que desbanquen las de Finn McLean y así no tendré que verle la cara, aunque sea a través de una revista.

Cuando la gente comienza a acercarse y nuestro espacio personal se vuelve más reducido, meto el equipaje en el maletero y Dahlia le hace una señal al taxista, que inmediatamente arranca.

—¿De verdad no llevas bragas debajo del vestido? —bromeo a modo de saludo ahora que estamos solos.

Por suerte, esta vez no me regala una bofetada, sino que levanta las cejas y sonríe.

—Deja volar tu imaginación, Ethan.

—Ese es el problema.

Se le escapa una risa fugaz, pero su expresión cambia rápido y lo veo: nerviosismo. Vacilación. Dahlia es demasiado buena controlando sus emociones a través de su máscara, pero es el brillo en sus ojos el que la delata.

—¿Qué pasa, flor?

Tarda unos segundos en contestar.

—¿Crees que voy guapa?

No sé por qué, la inseguridad que desprende su voz hace que apriete los nudillos.

Incluso en las horas que ha durado el vuelo y con una conexión a internet demasiado inestable, ha sido imposible pasar por alto la figura de Dahlia Harris entrando en la fiesta con ese espectacular vestido negro que ahora tengo delante de mí y del que es difícil apartar la mirada.

—¿Tú lo piensas?

—Me encanta este vestido.

—Entonces el resto de las opiniones no importan, ¿no crees?

Ella asiente con la cabeza y desvía la mirada hacia la ventanilla.

Una especie de espina se queda clavada en mi pecho, como si no hubiera dicho lo correcto o lo que verdaderamente quería decir.

«¿Qué quería decir?».

Cuando el taxi nos deja en la entrada del hotel, todo está en completo silencio. El recepcionista me entrega la tarjeta de mi habitación, Dahlia espera paciente y los dos subimos en el ascensor. Como siempre, mi cuarto está al lado del suyo.

—Debes estar cansado —susurra.

—Y tú debes descansar —respondo.

Pero nos quedamos uno frente al otro unos segundos más. Esta vez, no siento la necesidad de romper el silencio.

—Hasta mañana.

—Buenas noches, flor.

Espero a que se meta en su habitación antes de entrar en la mía. Ni siquiera me molesto en deshacer mi mochila, me quito la ropa hasta quedarme en calzoncillos y me tiro sobre la cama, que amenaza con ser mi billete de alta velocidad al mundo de los sueños.

Pero antes tengo que hacer una cosa. Porque, aunque son las dos de la mañana, las reglas son las reglas.

Es algo que he hecho cientos de veces, pero, por alguna razón, mi corazón late a todo trapo cuando pulso el botón de publicar. Reconozco que soy un cobarde por utilizar una pantalla para decirle las palabras que antes no me he atrevido a pronunciar y que se me han quedado clavadas.

Me quedo mirando la foto unos segundos. Unos minutos.

Al final tardo mucho tiempo en dormirme.

Capítulo 46

Dahlia

Cuando entro en la habitación, no me molesto en echar un vistazo para ver dónde están las maletas; ni siquiera voy a necesitarlas, mañana mi vestimenta estará a merced de los diseñadores de Romuald.

Siempre que me alojo aquí estoy en esta suite, desde la que tengo una de las mejores vistas de la ciudad. La segunda de ellas, en mi opinión, después de la Torre Eiffel.

Además, cuenta con un espacio enorme para hacer frente a las decenas de personas que sobre las diez de la mañana entrarán aquí para prepararme para el desfile.

Me deshago del impresionante vestido con tan solo dos movimientos, haciéndolo caer al suelo, sin apenas energías para recogerlo.

«¿Crees que voy guapa?».

He odiado la inseguridad que ha desprendido mi voz. No sé por qué he sentido la necesidad de preguntárselo.

«¿Tú lo piensas?».

«Me encanta este vestido».

En realidad, no he respondido a su pregunta, pero no se ha dado cuenta.

Me enfundo en el pijama de tela fina que reposa encima de la cama, cortesía del hotel. Me desmaquillo y lavo la cara en un tiempo

récord y me desplomo sobre el colchón.

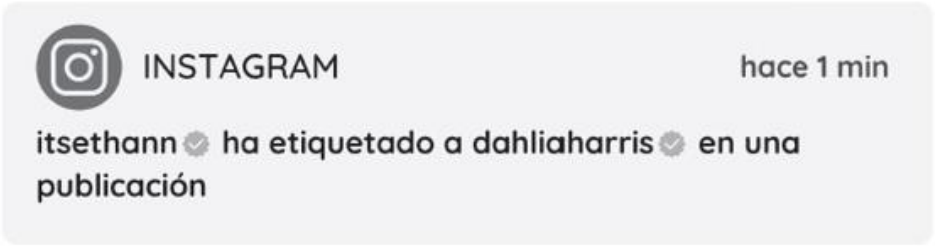
«Entonces el resto de las opiniones no importan, ¿no crees?».

¿Es lo que necesitaba oír? Sí.

¿Es todo lo que quería oír? No.

Maldigo esa parte de mí que deseaba que Ethan Adams me llamase «bonita».

Mi cuerpo me pide un descanso y me cuesta mantener los ojos abiertos. Entonces siento el móvil vibrar a tan solo unos centímetros de mi posición, anclándome todavía a la realidad. Estiro el brazo con la intención de silenciarlo, pero la notificación me llama la atención. Levanto las cejas.



Nota mental para mí misma: regañarlo, porque esta es una hora terrible para publicar una foto.

Según nuestro trato, era su turno para subir una foto juntos, que por el número de mensajes en mi bandeja de entrada está causando el efecto deseado. La gente sigue disfrutando de este espectáculo, creyéndose una historia que nosotros no hemos creado, pero sí estamos alimentando. Y está dando sus frutos.

Yo no he tenido que volver a enfrentarme al incidente de hace unos meses con los medios e Ethan consigue millones de visualizaciones con cada vídeo, posicionándose en uno de los primeros puestos para ganar el premio de su concurso.

Todo está funcionando.

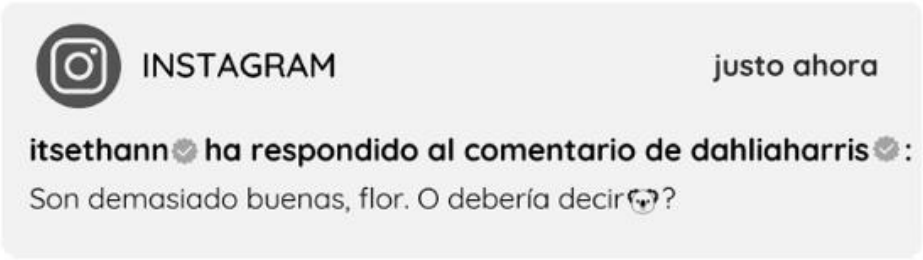
¿Por qué siento entonces esta opresión en el pecho? Tal vez porque sé cómo son las cosas, sé que nunca pueden ir tan bien por mucho tiempo.

Se torcerá. Se acabará.

—Yo lo mato —digo en voz alta al ver la publicación.

Las fotos que ha escogido, que ya cuentan con cinco cifras de *likes* y miles de comentarios en los primeros minutos, ya las había visto junto a Ethan en el aeropuerto. Son las que nos sacó Omar durante nuestro paseo en globo.





A nuestros comentarios, se unen otros más. Pero en ese momento mis ojos prestan atención por primera vez a la descripción que acompaña a las fotografías: «Las vistas fueron impresionantes, pero el paisaje no era lo más bonito».

La primera de las instantáneas no es una captura del paisaje, sino nuestra. La única que no había sacado Omar y que yo estoy viendo por primera vez. Se trata de un selfi, probablemente con el móvil de

Ethan, ligeramente borrosa. Por encima de nuestras cabezas se ve el cielo coloreado de diferentes tonos naranja. Nuestras pieles brillan con la luz del sol, mi mejilla pegada a la suya, todo mi cuerpo apretado contra el de él. Mi mirada está puesta en un punto del horizonte y a pesar del miedo... estoy sonriendo. Fue segundos después de atreverme a abrir los ojos, mientras escuchaba mi canción favorita. Ethan también sonríe, pero él me está mirando a mí.

«El paisaje no era lo más bonito».

Tiro el móvil de nuevo sobre la cama, sin importarme que quede fuera de mi alcance, y giro mi cuerpo ciento ochenta grados, hundiendo la cabeza en la almohada para deshacerme de esta sensación.

Me repito a mí misma que solo está haciendo lo que acordamos hacer, pero aun así no logro frenar mi corazón, que late a gran velocidad.

Tardo mucho tiempo en dormirme.

Capítulo 47

Ethan

Solo tendría que haber subido la foto.

Desde anoche me pregunto si ha sido buena idea. Tal vez he cruzado un límite.

La gente, desde luego, se ha vuelto loca. La publicación es ahora mismo una de las más virales en la red. En la recta final de la competición de los creadores de contenido, esto resulta muy ventajoso para mí. He pasado de no tener ninguna posibilidad de ganar ese premio a estar entre los tres primeros candidatos. Sé que Dahlia es la principal responsable, la chica tiene el toque de Midas, convirtiendo en oro todo lo que toca.

Ella, por otra parte, tiene asegurado el premio en su categoría desde el comienzo. Dudo que haya tenido siquiera rivales.

Pero ese fue el último motivo en el que pensé cuando subí esa fotografía con esa frase. Por alguna razón, la pregunta de Dahlia todavía reverbera en mi mente: «¿Crees que voy guapa?».

La incomodidad que la acompañó me hizo enfadar. Odié que se hubiese sentido insegura por los estúpidos comentarios de gente que no tiene una vida lo suficientemente interesante y tiene que meterse en la suya.

La puerta que tengo delante de mí se abre de golpe, devolviéndome a la realidad. He golpeado con mis nudillos con fuerza sobre la superficie de madera para poder ser oído por encima

del jaleo que proviene del otro lado de la puerta de la habitación de Dahlia.

Me encuentro cara a cara con una chica delgada de rasgos asiáticos, piel muy clara, ojos pequeños y alargados, y un cabello negro adornado con mechas rosas en las puntas. Aunque, bueno, cara a cara es decir mucho, mide por lo menos veinte centímetros menos que yo.

Esboza una sonrisa cuando me ve.

—¡Hola, Ethan! Soy una gran fan tuya. —Me tiende la mano a modo de saludo, le correspondo con un apretón—. Me llamo Maia, por cierto. Dahlia está al fondo, terminando el maquillaje.

Maia, la agente de Dahlia. Recuerdo ese nombre en la boca de la modelo en alguna ocasión desde que empezamos el viaje.

La chica se mueve de un lado a otro, con el móvil en una mano y una carpeta en la otra, dando órdenes; sin duda es quien manda aquí.

Me dirijo en la dirección que me ha indicado y veo a Dahlia sentada delante de un espejo rectangular enorme bordeado de bombillas redondas y brillantes. A su alrededor, varias personas juegan con su cabello y dan color a su cara.

—¿Siempre es así? —Dejo mi cartera y mi móvil en la mesa y le robo dos fresas de su bol, que me como enteras.

—Nunca como hoy. Este desfile es muy muy importante.

Por el gran número de periodistas cubriendo cada calle y los miles de turistas que han venido desde todas partes del planeta, me había hecho una idea.

—¿A qué hora es el desfile?

—A las nueve de la noche, aunque yo tengo que estar allí en una hora.

—¿Voy contigo ahora o tengo que ir después?

—Tú no vienes.

Siento un ligero tirón en el pecho. Veo que hace un leve gesto a los estilistas para que se larguen. Cuando ya están a una distancia prudencial —para que no nos oigan, me doy cuenta—, vuelve a hablar.

—No te reservé una entrada. No imaginé que quisieras venir.

—No quiero —respondo rápidamente. Ella no muestra ninguna reacción—, pero pensé que como estamos..., ya sabes..., que esto formaba parte de nuestro trato. —Bajo la voz al pronunciar esa última palabra.

—El viaje acaba en una semana, para entonces todo habrá terminado igualmente ¿no?

Pasan varios segundos antes de que conteste.

—Claro.

Dahlia asiente con la cabeza, luego devuelve su atención a lo que sea que hay en la pantalla de su teléfono. Los estilistas regresan al trabajo.

—Aprovecha para ver la ciudad, mañana ya nos vamos —dice finalmente, dedicándome una mirada de soslayo.

Por culpa de haber perdido nuestro vuelo desde Estambul, he perdido también dos días en París. Mañana a mediodía, la aplicación de Travelator nos mandará los horarios de nuestros próximos vuelos al último destino sorpresa.

—Vale, genial. Buena suerte o rómpete una pierna, como se diga.

—Ethan, disfrútalo todo —contesta; yo le respondo con una sonrisa.

Me despido de ella y del resto de las personas de la estancia, que parecen muy interesadas en seguir mis movimientos; algunas no se molestan en disimularlo.

Tras coger mi teléfono, salgo de la habitación y, al cerrarse la puerta, vuelve a reinar el silencio. Pero de lo que no logro desprenderme es de esta extraña sensación.

¿Me interesa a mí la moda? En absoluto.

¿Quería ir yo a ese desfile? Ni de coña.

Entonces ¿por qué me ha hecho sentir tan incómodo su rechazo? Dahlia tiene razón, esto es solo una cosa temporal, tenemos la misma fecha de caducidad que este viaje.

Demasiado tiempo juntos está empezando a afectarme.

Decido centrarme en lo importante: tengo todo el día para visitar la ciudad, solos París y yo.

No me guío por ningún itinerario, me dejo llevar por mis pies y el transporte público y, a lo largo de la jornada, logro ver los lugares imprescindibles: Notre Dame, el Museo del Louvre, la Ópera de París y el Arco del Triunfo.

Ahora entiendo por qué París es la ciudad favorita de Dahlia: es preciosa. Cada rincón desprende historia, arte y elegancia.

Ya he ejercido mi papel como turista modelo, pero no puedo esperar a ver la magia de la noche causar su hechizo en la famosa ciudad del amor.

Doy un par de vueltas sin rumbo. Por primera vez no siento la emoción de estar en un sitio completamente nuevo, tan solo yo y la aventura.

De hecho, no sé qué hacer.

Joder, me estoy aburriendo, es eso.

Seguramente, ahora mismo, Dahlia me estaría exigiendo que le hiciera algunas fotos y yo me burlaría de ella, pensando, en el fondo, lo bien que se le da estirarse y verse natural. Iríamos de la mano como acordamos hacer siempre en público, yo caminando más rápido sin darme cuenta y ella tirando cada dos por tres de mi brazo,

cambiando la dirección de nuestros pasos sin previo aviso. Yo le soltaría mis datos curiosos que he visto en internet y ella me diría alguno genuinamente interesante.

¿En qué momento me he acostumbrado tanto a la presencia de Dahlia que ya no me basta mi propia compañía?

El móvil vibra en mi bolsillo por cuarta vez en las últimas horas. Vuelve a ser el mismo número misterioso. Decido seguir ignorándolo, pero lo tomo como una señal para regresar al hotel, descansar un rato y cambiarme de ropa antes de salir por la noche.

A cada momento que pasa, las calles están más abarrotadas, todos caminando en la misma dirección, hacia el mismo icono de París: la Torre Eiffel. A sus pies, han montado una enorme pasarela rodeada de miles de focos y luces apuntando hacia ella. Es el desfile con el que se cerrará la Semana de la Moda y Romuald piensa ir con todo. Eso, al menos, es lo que me ha contado Dahlia.

Cuando llego a la puerta del hotel, es un caos. Miles de cámaras se abalanzan sobre mí con sus flashes, reporteros pisándose unos a otros con preguntas que no soy capaz de entender. Me empujan de un lado a otro y mi cuerpo no logra hacerse con un punto de apoyo firme.

En medio de este gran revuelo, una mano agarra con fuerza mi brazo y tira de mí hacia dentro del vestíbulo; una línea roja para el resto de la gente, al parecer, pues nadie me sigue.

Doy un traspié, pero consigo sobreponerme a tiempo de no caerme sobre la persona que ha conseguido sacarme de ahí. Me quedo sorprendido al ver de quién se trata.

—¿Maia?

La chica está delante de mí, con los brazos en jarras, las piernas ligeramente separadas. Si ella ha sido la que se ha bastado para

sacarme de esa marabunta, no sé de dónde ha sacado la fuerza; es realmente pequeña.

—Te he estado llamando, ¿por qué no coges el teléfono? —Su voz es dulce, pero su tono me indica que, ahora mismo, no está contenta conmigo.

Mierda, ella era el número misterioso de las últimas horas.

—No me gusta hablar por teléfono. —Me encojo de hombros.

—¿Y si es un tema importante de trabajo? Eres *influencer*. Sois exactamente iguales —susurra, más bien para sí misma, así que no sé a quiénes se refiere.

De pronto, el motivo por el que Maia ha podido buscarme hace que se activen todas mis alarmas y mis músculos se tensan.

—¿Le ha pasado algo a Dahlia? —pregunto, inquieto.

—No, ella está bien.

Respiro aliviado. Solo entonces me doy cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Mi corazón recupera su ritmo normal.

—Pero que sea la última vez que no me coges el teléfono cuando te llamo, Ethan James Adams.

«¿Cómo sabe mi segundo nombre?».

Maia está apuntándome con su dedo índice y regalándome una expresión de pocos amigos. A pesar de su baja estatura, la chica impone. Asiento enérgicamente con la cabeza.

—Escucha, tengo que contarte algo y vas a hacer con esta información lo que quieras. Sin presión, no pienso juzgarte. —¿Por qué siento que ya me está juzgando?—. Tienes una entrada para el desfile.

No sé qué esperaba que dijera, pero no esto. Pestañeo una, dos veces.

—¿Cómo?

—Te la conseguí yo. Hace una semana.

¿Una semana?

—Pero Dahlia me ha dicho...

—Dahlia fue la que me mandó reservarla para que fueses su acompañante.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco. Y probablemente me matará cuando sepa que he venido a sus espaldas a decírtelo.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque sé que ella quiere que estés allí.

—Tal vez ha cambiado de idea...

—No lo ha hecho. —Me corta; su voz es firme, segura—. No estás obligado a ir, pero podrías ir. Si quieres.

Por qué Dahlia ha decidido mentir acerca de la entrada, no lo entiendo. Pero, si voy al desfile, tendré la ocasión de preguntárselo. Ni siquiera dudo.

—No tengo nada que ponerme —le digo a Maia como respuesta.

Por la sonrisa que esboza de oreja a oreja, sé que es la que quería escuchar.

—Ya me he encargado de eso —contesta, como si antes de todo esto ya supiera que iba a decir que sí.

Capítulo 48

Dahlia

DAHLIA HARRIS DESAPARECDA A MENOS DE UNA HORA DEL COMIENZO DEL DESFILE.
¿SU ENCAPRICHAMIENTO HA IDO DEMASIADO LEJOS?

Todo es un caos y todavía faltan varias horas para que empiece el desfile. Trabajadores vestidos de negro con cascos y un micrófono en la cabeza caminan apresuradamente de un lado a otro maldiciendo o gritando órdenes a quienquiera que esté al otro lado de la línea. Todas las modelos estamos en el *backstage*, una enorme carpa preparada especialmente para Romuald y su colección.

Decenas de tocadores dispuestos en fila llenos hasta arriba de cajas de maquillaje y utensilios para el cabello. Un enorme espejo rectangular me devuelve mi reflejo mientras cada centímetro de mi pelo está sostenido por rulos para dar una buena forma a mis ondas naturales. El maquillaje está listo; es muy suave y natural, pero, como siempre, me han dejado conservar mis característicos labios rojos, en contraste con el resto de las chicas, que llevan tonos *nude* y brillos.

Los vestuarios están al fondo a la derecha, cada una de nosotras con su propio camerino en donde guardan los conjuntos que

luciremos a lo largo del desfile.

Soy la última para la prueba de vestuario antes de comenzar con los últimos preparativos y sesiones de fotos previas al espectáculo, el cual se va a retransmitir en directo en casi todos los países del mundo. Se han pagado millones por los derechos de imagen, batiendo un récord para el sector de la moda.

Me meto dentro del camerino, donde ya se encuentran Romuald, la directora de vestuario y dos chicas más que me ayudan a encajar todos los conjuntos. Son impresionantes, cada uno de una temática. Es muy típico de Romuald querer contar una historia a través de sus colecciones.

Esta habla del crecimiento y del deseo. La evolución de la moda en la mujer como una extensión de ella misma, comenzando con looks sencillos e inocentes, de estilo tradicional muchos de ellos, sin ni siquiera un nexo común, como una niña que trata de encontrar su estilo al mismo tiempo que desea encontrarse a sí misma, dejándose influenciar por los estereotipos que la sociedad quiere imponerle. Y el contraste con la segunda colección, el salto a lo más alto, con diseños elegantes pero atrevidos y empoderados. Con un mensaje en sí mismo: no hay nada más poderoso que una mujer segura de sí misma.

—Ha sido una idea estupenda, querida.

La temática detrás de la colección fue idea mía, incluso colaboré en algunos de los diseños. Llevo trabajando con Romuald desde que empecé mi carrera como modelo; es el único que me ha dejado aprender de él, que no se ha detenido en una cara bonita y unas piernas largas y que ha estado dispuesto a usar no solo mi imagen, sino mi voz.

El hombre es egocéntrico, superficial y en ocasiones se le olvida fingir el acento inglés que en realidad no tiene. Pero a mí me ha

ayudado; no soy lo bastante estúpida para no saber que lo ha hecho para cumplir con sus propios intereses, pero lo ha hecho.

Me quitan con cuidado el último vestido y me quedo en ropa interior delante de las cuatro personas presentes sin sentir ningún pudor.

Veo al fondo a una de las ayudantes coger otra percha.

—Este era el último, ¿verdad?

Tanto la directora como sus ayudantes miran a Romuald, que sigue escudriñándome, sus ojos arrugados y los brazos cruzados, apoyado ligeramente sobre la pared. Está guardándose algo.

Cuando abre la boca para responder, una de sus ayudantes, con los dedos sobre el dispositivo de su oreja, le dice que es hora de atender a la prensa.

—Hablaremos luego, querida. Tenemos cosas que discutir.

Sin dar más explicaciones, se marcha sin despedirse. Así es Romuald.

Me ofrecen una bata que me cubre hasta la mitad de los muslos, me envuelvo con ella y salgo a que me quiten los rulos del pelo, que comienzan a provocarme dolor de cabeza.

Mientras terminan de arreglar mi peinado, veo a través de las pantallas gigantes el revuelo del exterior. Decenas de celebridades invitadas al evento posan en esa especie de alfombra roja que han preparado.

Mis ojos buscan inconscientemente un rostro que enseguida me doy cuenta de que es imposible encontrar. Yo misma lo he querido así. Pensé que no me importaría, pero la verdad es que pesa más de lo que esperaba.

Su presencia me afecta más de lo que estoy dispuesta a admitir. Pero ¿por qué lo hace también su ausencia?

Entre todas las personas famosas, distingo a Brownie, una de mis actrices favoritas. Por lo que sé, tenemos la misma edad. Ella fue descubierta cuando yo ya llevaba varios años trabajando en mi carrera. Cuando vi su película debut, por la que le dieron un Óscar, me quedé sin palabras. Cómo alguien tan joven, con apenas la mayoría de edad, podía guardar tanto dolor en sus ojos y ser capaz de proyectarlo en su personaje.

Desde entonces, aunque no me gusta demasiado el cine, no me pierdo ninguna de sus películas.

Está hablando con los periodistas, regalándoles una sonrisa amable. Como siempre.

Me gustaría preguntarle cómo lo soporta.

La cámara que emite para la mayoría de los televisores del *backstage* se mueve y enfoca en la dirección por donde entra Romuald, recibiendo con gusto la ovación del público. Todos los medios se arremolinan a su alrededor y va respondiendo a sus preguntas.

—Todas mis chicas están radiantes y más preparadas que nunca. Solo queda esperar a que empiece el espectáculo.

Otra pregunta, su siguiente respuesta.

—Estoy seguro de que no defraudará. No solo es el aniversario del proyecto de mi vida, siento que también es el principio de una era. Los sesenta son los nuevos treinta, ¿no creen?

Todo el mundo se ríe, Romuald tiene el poder de encandilar a las masas, darles lo que quieren sin hacerles olvidar quién es el protagonista.

—¿Puedes adelantarnos quién abrirá el desfile esta noche?

La pregunta despierta mi interés; sin darme cuenta, estoy inclinada hacia delante esperando oír mi nombre.

Oigo la respuesta a través de los altavoces. Su anuncio retumba en mis oídos.

Porque no es el mío el que pronuncia. Varias chicas se giran hacia ella para felicitarla por el honor que supone abrir un desfile así. Pero Nicole me está mirando a mí, como la mayoría de la gente, atenta a mi reacción. Me da igual.

—Ya tienes lo que querías, ¿no te bastaba? —Me levanto de la silla y me dirijo hacia ella, manteniendo una distancia prudencial.

—No quiero competir —contesta, encogiéndose de hombros, con un tono dulce que antes me gustaba; ahora me chirría.

—No es una competición si jamás has estado a mi altura.

Creo oír una exclamación de los presentes, toda la atención está puesta en nosotras. No me gusta la altivez de mis palabras, pero no pienso retirarlo. No cuando estoy enfadada, pero, sobre todo, no cuando confío en mi trabajo.

Es fácil confundir la soberbia con la confianza. Porque yo sigo siendo la Reina del Hielo que se cree mejor que las demás.

Pero, si piensan que no tengo sentimientos, no tratan de destruirlos.

—Soy yo quien abre el desfile, al fin y al cabo —responde sonriendo. Y, en ese gesto que he debido de ver cientos de veces, no reconozco a la persona que quise llamar «amiga».

No sé cómo estuve tan ciega. Cómo me lo creí.

—Que te den —espeto, sin importarme que el resto de las modelos alrededor me miren con una mezcla de lástima y satisfacción.

Salgo de allí apartando del medio a las decenas de cámaras que se agolpan a mi alrededor y a las personas que se cruzan en mi camino. Entre ellas, veo a Romuald.

—Y tú puedes irte a la mierda. —Lo aparto de un empujón y él no intenta detenerme; sabe que no valdría de nada.

Bueno, ya tienen lo que querían de mí: puro espectáculo.



Nadie se ha molestado en venir a buscarme, el desfile está a punto de comenzar y yo ni siquiera estoy vestida, pues sigo enfundada en esta fina bata. También sé que nadie se atreverá a enfrentarse a la Reina del Hielo.

Todo el mundo está ultimando los detalles, corriendo de un lado a otro, por lo que logro hacer el camino de vuelta a mi camerino sin que nadie advierta mi presencia.

Cuando entro, un escalofrío me recorre el cuerpo cuando veo reposando encima del tocador un enorme ramo de rosas rojas. A su lado, un sobre.

Me acerco a él, aunque no necesito leer lo que pone en la tarjeta para saber quién las ha traído aquí. Igual que no necesito girarme en su dirección para notar su presencia en este pequeño espacio.

—¿Te gustan?

La voz de Wyatt inunda cada rincón, haciéndome temblar.

Capítulo 49

Dahlia

Ese es el motivo por el que no lo he visto rodeado de cámaras, sabiendo lo mucho que le gustan. No ha estado en el *photocall* porque ha estado aquí.

—¿Te gustan? —repite la pregunta.

—Creo que te has confundido de camerino. —Trato de que mi voz suene firme, pero no lo consigo.

—Te buscaba a ti. —Wyatt recorta la distancia entre nosotros y su repentina cercanía me desestabiliza—. Dahlia, he venido para decirte que lo siento. Sé lo que debes pensar de mí, pero me equivoqué al creer que podía llenar el espacio que dejaste con Nicole.

Su pelo ahora está más largo y también se ha dejado crecer la barba. Desde tan cerca, me fijo en sus rasgos angulosos y en cómo aprieta la mandíbula mientras habla.

—Durante estos meses, he soñado contigo todas las noches; ha sido una tortura. Es a ti a quien quiero, Dahlia. Siempre ha sido así.

Tal vez yo fuera la protagonista de sus sueños, pero era el cuerpo de otra mujer el que calentaba el suyo. Y quería perdonárselo.

—Lo peor que he hecho nunca es hacerte daño, Dahlia. —No para de pronunciar mi nombre y, aunque no quiero, mi piel se eriza—. Di algo.

—Deberías irte, el desfile está a punto de empezar...

Me muevo con la intención de poner distancia, pero él me imita, manteniendo el corto espacio entre nosotros. Respira entrecortadamente, puedo sentir su aliento rozar mi barbilla.

—No voy a irme hasta recuperarte.

Entonces levanta la mano para acariciar mi mejilla, yo doy un paso atrás y mi espalda choca con la pared. Él abre más los ojos, sorprendido por mi rechazo.

—Dios mío, no puedes soportar que te toque. ¿Es porque te lo estás follando?

Me quedo en silencio. No lo miro a la cara, mi mirada está puesta en el ramo de rosas. Es enorme. Me ha regalado muchos a lo largo de estos años, pero nunca han sido tan grandes.

Somos de la misma altura. Ese estúpido pensamiento entra en mi mente cuando recuerdo que no le gustaba que me pusiera tacones porque entonces mi mirada quedaba por encima de la suya. Una vez rechazó ir a un evento conmigo por ese motivo; yo tenía un contrato con la marca de los zapatos, no podía cambiarlos. El caso es que, en aquel entonces, lo habría hecho si hubiese podido porque él me lo había pedido.

Al día siguiente me regaló un ramo de rosas rojas; no era la primera vez que utilizaba las flores como disculpa y a mí me gustaba el gesto, así que ya no me esforzaba en repetirle que odiaba las rosas.

A pesar de eso, ahora me siento pequeña. Muy pequeña.

—Respóndeme, Dahlia, ¿te gusta tu nuevo juguetito? Porque para él solo eres eso, un juego más. Y tú siempre has sido una puta, con tu continua necesidad de atención... Pues ya has conseguido lo que querías, estoy aquí pidiéndote que vuelvas conmigo.

«¿Lo que quería? ¿Eso es lo que cree que estoy haciendo?».

Estoy harta de que me persigan y me pongan la etiqueta de villana. Por supuesto que lo he echado de menos. Antes de él, nunca había dejado entrar a nadie, él fue el primero, en muchos sentidos, y fue también quien consiguió romper algo más que mi corazón.

—Yo sé lo poco que vales en realidad, conozco todas tus partes feas y, aun así, estoy aquí. Nadie más va a quererte como yo, Dahlia.

Todo mi cuerpo se revuelve en un escalofrío.

Porque tiene razón. Nadie se ha quedado nunca, como si conocer más grietas de mí los hiciera huir por miedo a cortarse. Soy una bomba de relojería.

Me he esforzado tanto en crear un personaje al que no pudieran hacer daño que hasta yo he olvidado quién está realmente debajo de todas esas capas. Si sigue existiendo alguien.

—Yo te quiero, joder. —Nunca pronunciamos esas palabras, me acabo de dar cuenta. Nunca le dije «Te quiero»—. Danos otra oportunidad. Los dos hemos cometido errores, pero tú me ves a mí y yo te veo a ti. Vámonos de aquí, déjalo todo. Deja de castigarme y volvamos a casa.

Quiere que me vaya ahora, con él, que lo abandone todo una vez más. Alguna vez pensé que quería hacerlo, que no me hacía falta nada más si lo tenía a él. Alguien que decidiera estar conmigo.

«Joder, Dahlia, ¿quién te ha hecho sentir así?».

Las palabras de Ethan se cuelan en mi subconsciente sin previo aviso mientras recuerdo las chispas que saltaban tras sus ojos, como el reflejo de la luz sobre las olas rompiendo en la arena, salvaje.

Me quiero perder en ese recuerdo, pero Wyatt está delante de mí, esperando una respuesta. Trato de luchar contra el impulso de darle lo que quiere. Pero ¿no es lo que yo también quería? Con él iba a

tener un hogar, podría pertenecer por fin a algún sitio. Nadie más tendría que ver las partes más feas de mí misma.

Estoy temblando. Mi cuerpo está entre la pared y el cuerpo de Wyatt, que me acorrala con los brazos apoyados en el tabique a la altura de mis hombros. Su mirada pendiente de mí, que hace que me vaya haciendo más y más pequeña..., como si, en cualquier momento, fuera a desaparecer.

Odio el control que tiene sobre mí, pero no puedo desprenderme de él. Tal vez porque sabe que mis muros son de mentira y, por tanto, sabe cómo atravesarlos para poder llegar a lo más profundo, donde todo duele.

En ese instante, la puerta se abre de golpe y, como si mis propios pensamientos lo hubieran invocado por arte de magia, veo a la última persona que esperaba encontrarme.

Ethan.

Capítulo 50

Ethan

No puedo resistirlo más.

Cuando he visto a Wyatt entrar en su camerino con el enorme ramo de flores, me he dicho a mí mismo que eso no era de mi incumbencia. He tratado de ignorar el tirón que he sentido en el pecho durante diez minutos enteros. Diez minutos con la mirada fija en la puerta, nadie más ha entrado o salido después de Dahlia.

Sabía que tenía que ocupar mi sitio en las gradas del público, pero, tras oír el anuncio del diseñador —y la reacción de Dahlia— quería saber si estaba bien.

Necesitaba verla, es eso.

La espera me estaba matando.

No me gusta Wyatt. Como he dicho, ya no lo hacía cuando jugaba al fútbol y su equipo robó al mío dos veces consecutivas la victoria en el campeonato de la NFL. Pero eso ahora se ha vuelto secundario.

No me gusta cuando pienso que alguna vez ha tenido a Dahlia entre sus brazos. No me gusta cuando veo la forma en que se oscurece la mirada de ella al pronunciar su nombre. No me gusta saber lo vulnerable que la ha hecho sentir y no me gusta cómo ella trata de huir de él en sus pesadillas.

No me gusta que quiera recuperarla. No me gusta que crea que la merece siquiera.

Así que dejo de luchar contra mis impulsos, mi cuerpo toma el control y antes de darme cuenta ya estoy frente a la puerta del camerino. No me molesto en llamar antes de abrirla de par en par.

—Aléjate de ella. —Hasta yo mismo me sorprendo de lo gutural que suena mi voz.

Dahlia está apoyada contra la pared, Wyatt peligrosamente cerca de ella. Puede confundirse con una posición comprometida, íntima, pero una mirada a la cara de ella es suficiente para decirme que no se trata de eso. Menos mal.

—Pero si es tu mascota —dice Wyatt, sin separarse todavía de Dahlia—. La correa no es muy larga, por lo que veo.

—Y tú, por lo que veo, tienes un instinto suicida. Eso o alguno de los muchos golpes que recibías en la NFL te acabó por dejar tonto del todo. No te lo voy a repetir: apártate de ella.

Soy tan solo unos centímetros más alto que él, pero sus hombros son el doble de anchos. A pesar de su retirada, sigue conservando su cuerpo atlético, no dudo que todo eso que tiene debajo son músculos bien desarrollados dispuestos a darme una paliza. Tal vez lo hiciera, pero él tampoco saldría impune. Y por muy estúpido que fuera por mi parte, disfrutaría cada minuto.

Por fin se separa de ella, con su mirada clavada en mí; yo la sostengo con los ojos entornados. No retrocedo aun cuando quedamos muy cerca el uno del otro, nuestras frentes casi rozándose; un desafío.

—No pienses ni por un segundo que le importas. Tú no eres nadie. —No dejo que sus palabras me afecten. En otro momento, de otra persona, lo harían. Pero no pretendo concederle ese honor—. Y no te confundas: no es oro todo lo que reluce. Ella no...

Entonces sí que no lo dejo terminar. Las palabras que tuviera en la boca se le atragantan cuando lo empujo con ambas manos contra la

pared y le aprisiono el cuello con un antebrazo; suena un golpe seco.

—Ni te atrevas a hablar así de ella, ¿me oyes?

Suelta una risotada con esfuerzo, la acallo apretando un poco, haciendo que exclame un quejido en busca de aliento.

—No puedo creerlo, te has encoñado con ella. No te culpo, tío, a mí también me volvía loco cuando me la chupaba y se lo tragaba todo...

Suelto su cuello, lo estampo enérgicamente contra la pared y vuelvo a ahogarlo con mi antebrazo. Opone resistencia, pero no le sirve de nada; no esperaba que lo superase en fuerza bruta. Sus ojos se abren como platos.

—Ethan —la voz de Dahlia es la que me devuelve a la realidad—, que se vaya, por favor.

Es tan solo un susurro, pero suena tan rota... que hago caso. Lo dejo ir. Retiro mi brazo y Wyatt se dirige rápidamente hacia la puerta, no sin antes decir:

—Volverás conmigo, Dahlia, y yo te estaré esperando.

«Por encima de mi cadáver».

Cuando desaparece, el espacio entre estas cuatro paredes de plástico queda en completo silencio. Me giro hacia el sitio en el que he visto a Dahlia nada más entrar. Sigue ahí, quieta, pero está sentada en el suelo, con las rodillas dobladas contra su pecho y su cara oculta en ellas; se abraza a sí misma y se balancea ligeramente hacia delante. Me lanzo hacia ella.

—Flor, ¿estás bien? —Cojo varios mechones de pelo entre mis dedos con la intención de apartarlos, pero ella me lo impide.

—¿Qué haces aquí?

No responde a mi pregunta. Yo tampoco a la suya.

—Dahlia, dime que estás bien para que pueda pensar con claridad —insisto. Estoy empezando a ver rojo de la rabia acumulada.

Cuando trato de hacerla reaccionar, se encoge todavía más separándose, como un acto reflejo. Protegiéndose.

—¿Te ha pegado? —Mi voz suena ronca de ira—. ¿Alguna vez ese cabrón te ha pegado?

Tengo que controlarme para no gritar, aprieto los puños con fuerza. Hace mucho tiempo que no estoy tan cabreado.

—Él no haría... —comienza diciendo, pero se interrumpe antes de volver a hablar. Su voz tiembla—: Nunca me ha puesto una mano encima. Hubiera sido arriesgado, teniendo en cuenta que me desnudo en cada trabajo para las sesiones; él lo sabe. Cuando quiere hacerme daño, ataca donde sabe que duele más, por dentro y en lo más profundo, para que todas esas heridas no se vean.

«¿Para que no se vean? Una mierda. ¿Cómo es que nadie se ha dado cuenta jamás del cambio?». En este momento lo odio todavía más y me entristezco porque el mundo se haya perdido a la verdadera Dahlia. Joder, hemos perdido todos. ¿Es que no ve la luz que desprende?

—¿Por qué no lo contaste? Fuiste tú quien lo dejó.

Recuerdo todos los titulares, Andrew se había encargado de mandarme cientos de enlaces con información acerca de la ruptura de Dahlia Harris y su paradero desconocido. Leí todos y cada uno de ellos:

«Dahlia Harris tira por la borda su relación con su prometido».

«Wyatt nos cuenta cómo se siente tras la traición de Dahlia Harris».

«El amor de Wyatt no fue suficiente para derretir el corazón de hielo de Dahlia Harris».

«Ella me humilló».

«Dahlia Harris, ¿desaparecida?».

Desapareció durante más de dos meses. Hoy en día nadie puede desaparecer tan fácilmente y ella lo hizo. Yo pensé que era una niña caprichosa que simplemente se había aburrido y quería volver a llamar la atención.

Al contrario, estaba huyendo de ella.

Antes no había querido ver las pistas, pero estoy empezando a unirlas.

Por primera vez desde que he entrado aquí, Dahlia levanta la cabeza para mirarme y, al ver mi expresión, se da cuenta de que lo he entendido todo.

—Por favor, Ethan, vete... —Una súplica. Pero esta no puedo cumplirla.

—No me voy a ir a ninguna parte, flor. —Alejarme de ella es lo último que quiero hacer ahora mismo—. Cuéntamelo.

—Nosotros no hablamos de estas cosas.

—Fingimos para el resto del mundo y entre nosotros cuando es necesario. Es la nueva regla de la servilleta, ¿recuerdas? —La escribí en el trozo de papel después de mi confesión en Turquía, siendo consciente de que nuestro trato comenzaba a tener límites muy difusos. Ahora mismo no puede importarme menos.

Asiente levemente con la cabeza. Su respiración es acelerada, toma una bocanada de aire antes de hablar.

—Wyatt decidió contar su versión primero. La primera nadie la pone en duda, ¿sabes? En las redes sociales, basta una sola imagen para poner a la gente de tu lado... y a todos en tu contra.

Ella había sido la villana.

—¿Por qué no contaste tu versión?

—Hubiese parecido que trataba de justificarme o protegerme. Nadie nunca iba a creerme a mí.

Yo. Quería decirle que yo la habría creído; sin embargo, unos meses atrás eso hubiera sido mentira. La había juzgado todos estos años. Pero ahora he visto en primera persona la manera en que Dahlia se cubre con esa armadura en la que nadie más parece reparar.

Nos tiene tan acostumbrados a ver a la Reina del Hielo que nadie se percata de que, durante el proceso, sus ojos dejan de brillar y el hoyuelo que tiene en la mejilla desaparece. Yo jamás me había dado cuenta hasta ahora. Como todos, me había creído ese papel.

Y, joder, me da rabia haber estado tan ciego.

—Decidí que, como no tenía a nadie de mi parte, sería la mala. Y resultaba más satisfactorio golpear a Wyatt donde sabía que más le dolería: en el orgullo. No me acosté con Finn McLean, solo hice creer a todo el mundo y a él que sí. Y me dio igual.

Quiero abrazarla, lucho contra el impulso de hacerlo porque tengo miedo de no ser capaz de soltarla.

—Sobre lo que ha dicho... —empiezo diciendo, sin saber muy bien cómo voy a continuar. Necesito que sepa que ninguna de las palabras de ese imbécil está cerca de la realidad, pero Dahlia habla antes de que pueda continuar.

—No necesito que mientas por compasión, Ethan. Wyatt es un cabrón, pero tiene razón en esto. Soy un juguete roto, estoy... muy rota. —Se le escapa un sollozo.

«Juguete roto». Esas palabras me afectan de una manera que ella no es capaz de imaginar, pero en este instante no puedo pensar en ello. Me centro en Dahlia, que aún está abrazada a sí misma.

Lo mando todo a la mierda, recortando el espacio entre nosotros. Necesito tocarla, necesito que sepa que estoy aquí con ella.

Tengo miedo de que se aparte, pero no lo hace. Sostengo su cara entre mis manos, las yemas de mis dedos acariciando su piel

extremadamente suave, y la obligo a mirarme.

—¿Y qué si estás rota, Dahlia? ¿Quién no lo está? El problema es quién nos metió en la cabeza que eso es malo. Las heridas solo nacen cuando vivimos, las grietas solo aparecen cuando nos abrimos al resto del mundo, aunque nos hagan daño, aunque duela muchas veces. Nos pasamos la vida avergonzándonos de ellas y tratando de tapar los agujeros. —Por su mejilla desciende una lágrima, la borro de inmediato—. Pero nos olvidamos de que esas grietas son la única forma de que pueda entrar la luz. No hay nada malo en ti, flor. Ni una pequeña parte.

—Tengo miedo —confiesa en un susurro después de pasar lo que me parece una eternidad en silencio—. Tengo miedo de que la gente se dé cuenta de que tenían razón conmigo; que, cuando descubran qué hay debajo, vean que no vale la pena.

—A mí me gusta lo que veo. Me gusta lo que veo siempre que te miro, Dahlia.

Esas palabras son el desencadenante de una cascada de lágrimas; es la primera vez que la veo llorar y quiero que sea la última, como si mi cuerpo no pudiera soportar esa idea siquiera.

Sigo sosteniéndola, sin querer romper el contacto, pero es ella la que se mueve primero. Solo que más cerca. Su cuerpo se junta al mío, tanto que ya no hay espacio suficiente para los dos. Acaba subida a mi regazo, sus piernas dobladas y mis brazos rodeando su cintura, atrayéndola más contra mí.

Encajamos a la perfección, como si cada centímetro de mi cuerpo estuviera hecho a su medida.

Esconde su cara en el hueco de mi cuello mientras yo acaricio su pelo hasta que los sollozos cesan. Entonces la oigo decir:

—Esa no es toda la historia.

—Libérate, flor. Suéltalo todo.

Capítulo 51

Dahlia

Lo hago, se lo cuento todo, incluso aquello que no he compartido con Maia.



Fuimos al evento de inauguración de la nueva tienda de una famosa marca de ropa, Wyatt era mi acompañante. Él no quería venir, no le gustaba aparecer conmigo en ese tipo de compromisos porque yo era la protagonista.

Los periodistas me rodearon y me hicieron preguntas, solo a mí. Wyatt se metió en el baño. Nicole había desaparecido y yo me sentía inestable.

Vi por primera vez a Finn McLean en la fiesta. Sabía que estaba allí, Wyatt se había encargado de recriminarme que me miraba demasiado, como si fuese culpa mía o fuese yo quien buscara su atención.

Follamos en el baño y se sintió frío. Fue rápido e incómodo, como si se tratase de otra de las cosas del programa de la noche que había que tachar de la lista. No me corrí, pero no podía herir su ego. Yo ya era suficientemente difícil.

«Te quieren porque solo les enseñas tu parte bonita y resulta ser mentira. ¿Por qué yo tengo que quedarme siempre con lo feo?».

Sus palabras tras nuestro polvo se incrustaron en mi cabeza, provocando otra grieta.

Cuando entré en el baño de nuevo en su busca, lo encontré. No estaba solo.

La figura femenina que lo acompañaba estaba de espaldas, su cabello liso y largo cubría la mayor parte de su espalda, pero yo la hubiera reconocido en cualquier parte.

Entonces, como un puzle, todas las piezas empezaron a encajar: los viajes de ambos, cada vez más frecuentes, en los que compartían destino en la mayoría. No había pensado que estaban compartiendo también la cama.

O tal vez sí lo sabía y me había puesto una venda en los ojos a mí misma, pero, como se había caído, ya no podía seguir fingiendo que solo estaba en mi cabeza como quería.

Reconocí a Nicole al instante, las manos de Wyatt tocando su cuerpo en los mismos lugares que había tocado el mío apenas minutos antes. Él se apretaba en el espacio entre sus piernas y tenía la cabeza hundida en su cuello.

No podía dejar de mirar, no había sido la única que había estado construyendo una mentira. Estaban hablando:

—Tenemos que salir, alguien podría vernos.

—Somos amigos, tú la mejor amiga de Dahlia Harris y yo su increíble novio. Nadie sospechará nada viéndonos juntos.

—¿Ella no sabe nada?

—No y, aunque lo supiera, no cambiaría nada. No haría nada. Joder, Nicole, la conocemos mejor que nadie. Puede que la gente diga que está hecha de oro, pero tanto ella como nosotros sabemos

que no vale nada. Se lo he dicho antes, ¿quién más soportaría ver cómo es en realidad?».

—¿Has estado antes con ella?

—¿Qué querías que hiciera? Somos pareja. Aunque me gusta más estar dentro de ti; ella es la Reina del Hielo hasta para follar. ¿Sabes que ahora quiere jugar a ser diseñadora? —Se rio secamente—. Encontré unos garabatos suyos el otro día, ese viejo Romuald seguro que se mofó en su cara. La chica es guapa, que se aproveche de su cara bonita y use sus piernas largas para abrirlas más y relajarse.

—¿Ella es más guapa que yo?

—Nicole, la belleza es objetiva y Dahlia Harris es preciosa, pero eres tú la que me vuelve loco cuando me dejas...

No escuché nada más, ya estaba corriendo fuera del baño con cada una de esas palabras incrustadas en mi mente. Entonces tomé una decisión: no me importaba destruir mi fuerte para derribar su castillo.

Él me había dado una vez más donde más me dolía. Por primera vez, se la devolvería.

Lo hice. Besé a Finn McLean y fingí que todo me daba igual.

El resto es historia. Y me ha traído hasta aquí.



No sé cuánto tiempo pasamos en el suelo abrazados, pero no me importa. No me importa el desfile. No me importa que mi móvil no pare de sonar. No me importa saber que, de nuevo, voy a ser la Reina del Hielo a ojos de todos.

Tampoco me importa haber mostrado mis grietas, no a él. No cuando en ningún momento me ha soltado. No cuando, cada vez,

está abrazándome más fuerte.

Antes, confesando un secreto, me sentía atrapada sabiendo que le daba a otra persona el poder de destruirme, de hacerme daño. Supongo que ese hecho no cambia, pero con Ethan es distinto, con él comparto mis secretos y eso, de alguna forma, hace que pesen menos.

Este momento es la calma que precede a la tormenta, lo sé antes de que esta entre en forma de un huracán vestido con un traje de terciopelo azul marino y unas gafas con cristales naranjas.

—Dame una buena razón para que haya tenido que retrasar la presentación de la colección por tu culpa. —Son las primeras palabras de Romuald antes de cerrar la puerta—. Lárgate de aquí, niño, necesito hablar con mi modelo.

Ethan desvía su mirada hacia mí, esperando mi respuesta. Asiento con la cabeza y tengo que luchar para que mi cuerpo no proteste al separarse de él.

—Tira esas flores —le digo.

—Con mucho gusto. —Las coge sin ningún cuidado y se las lleva colgadas bajo la axila, con los pétalos cayendo a su paso.

Desaparece por la puerta.

Romuald sigue manteniendo silencio, con los brazos en jarras y las cejas levantadas, esperando una explicación por mi parte.

—Te dije que no quería que Nicole abriera el desfile —respondo, cruzándome de brazos.

No voy a ceder, no en esto y menos después de mi conversación con Ethan. Sé que mi comportamiento está lejos de ser ejemplar, pero soy yo la que dio la idea para la colección. Soy yo la que luce todos sus diseños. Soy yo la que le ha devuelto con creces todo lo que él me ha dado, ¿y la escoge a ella?

—Y yo, que pensaba que era mi desfile. —Se lleva el dedo índice al mentón y dibuja pequeños círculos sobre su barba perfectamente recortada—. Espera, sí que lo es. Me da igual lo que tú quieras, Dahlia.

—Si mi opinión te importa tan poco, ¿por qué me preguntaste anoche?

—Quería descubrir si lo sabías.

Entonces me doy cuenta. Sí se trataba de una prueba, con Romuald siempre lo es.

Antes de que pueda preguntar, se adelanta.

—Parte de mi trabajo consiste en conocer a mis modelos. Eso simplemente se sabe, salvo que quieras estar ciego. —Pone los ojos en blanco. Siento que hay un significado más allá de sus últimas palabras. Uno que va dirigido a mí.

—¿Desde cuándo?

—Antes de que desaparecieras. ¿Y tú?

Me quedo varios segundos callada.

—También.

Algo cambia en su rostro cuando lo digo. ¿Pena? ¿Arrepentimiento? Romuald nunca muestra sus sentimientos; siempre deja claro que, para él, nosotras somos trabajo, jamás ha querido romper la barrera profesional.

—Lo siento, mi niña. Nunca te merecieron, ninguno de los dos. —Posa su mano sobre mi hombro. Su contacto me sobresalta, Romuald siempre busca mantener las distancias, en eso somos iguales. Pero ahora está... ¿consolándome?—. Y tu opinión sí me importa, si no, no estaríamos aquí.

Soy por fin consciente de lo que eso quiere decir. El desfile aún no ha empezado, no ha empezado sin mí.

—Esperaba haber podido hablar esto antes, pero decidiste comportarte como una cría, así que lo haremos mientras arreglan este estropicio. —Señala mi cara, suelto una risa seca—. No quiero que le des a nadie el gusto de verte llorar. Jamás.

Ahí está, su especie de instinto paternal conmigo. Me desquicia y reconforta a partes iguales. Yo nunca había tenido padre, al menos uno que actuara como tal, cuando Romuald me dio mi primera oportunidad sobre una pasarela y me presentó a algunos de sus colegas diseñadores. Me acogió bajo su ala, vio potencial en mí. Pero también me ayudó a distinguir las dos caras de este mundo.

Me siento en la silla, enseguida entran mis maquilladores y estilistas y vuelvo a tener cuatro manos volando por encima de mi cabeza.

—¿Por qué la has elegido a ella? Sabes que no lo merece. —Necesito saberlo.

—Creía que te gustaba el póker, Dahlia.

Arrugo el entrecejo, confusa.

—¿Qué tiene que ver con esto?

—Que tú mejor que nadie deberías saber que siempre hay que tener un as bajo la manga. Y el mío siempre has sido tú.

Capítulo 52

Ethan

Me ha costado encontrar mi asiento. Primero, porque no pensaba que estaría en primera fila y no se me ha ocurrido empezar por ahí. Segundo, porque cada dos pasos había alguna persona interesada en hablar conmigo, sacarse una foto a mi lado o hacerme alguna pregunta. Muchos de ellos me han reconocido de las fotos de la campaña que hicimos en Amalfi, que ya decoran muchas de las tiendas y carteles publicitarios en los puntos más importantes de las grandes ciudades.

Finalmente ha sido Maia la que ha venido en mi busca y me ha mostrado mi asiento, al lado del suyo.

Cuando estoy sentado, no sé qué hacer. A mi alrededor, la gente susurra en pequeños grupos cerrados, discretamente. En el bar de mi pueblo se hace más ruido que en todo este espacio con miles de personas, todas vestidas con atuendos elegantes que sé que jamás podría permitirme.

Yo mismo estoy irreconocible. Me siento un extraño enfundado en este traje negro, camisa blanca impoluta (ahora arrugada después de haber estado acurrucado en el suelo junto a Dahlia) y corbata roja oscura. Por Dios, yo nunca llevo corbata y me está picando una barbaridad.

Trato de no pensar en ello y aprovecho para revisar el móvil y leer los mensajes que Andrew me ha mandado a lo largo del día.

También tengo algunos de Taylor, con una lista de «posibles» ideas para regalar acompañada de «No te olvides de mi cumpleaños». No podría hacerlo aunque quisiera; es el Día de la Independencia.

En ese momento, el ambiente cambia y me hace levantar la cabeza de la pantalla. Las luces se vuelven más tenues y el público centra su atención en el escenario después de la gran espera. El espectáculo ha acabado retrasándose más de una hora.

El nombre de Romuald aparece en las grandes pantallas con su caligrafía característica. Empiezan a sonar en directo los primeros acordes de una famosa canción y a su ritmo sale la primera modelo, la elegida para abrir el mayor desfile de la Semana de la Moda de París: Nicole Rousell.

Dahlia me había explicado la importancia de las posiciones en un desfile, por qué todas quieren ser las primeras y abrir un espectáculo.

La chica de piernas largas y cabello castaño esboza una sonrisa ladeada, que en otra ocasión habría considerado sexy. Recibe una gran ovación del público y su entrada rápidamente se convierte en un baño de cámaras y flashes. Detrás de ella comienza a salir el resto de las modelos, pero hay un aura que rodea a Nicole que es imponente: la seguridad de que todo el mundo la está viendo a ella primero. La arrogancia la muestra como un complemento más y al público parece encantarle.

Sería estúpido tratar de negar que es guapa, todas las modelos lo son, pero mis ojos no le prestan demasiada atención, sino que buscan en aquel punto lejano del escenario una figura conocida, la de mi chica pelinegra.

Cuándo mi subconsciente ha decidido referirse a ella como «mi chica» es algo a lo que no quiero enfrentarme ahora mismo. Con

todo lo que ha pasado en su camerino, tengo los sentimientos a flor de piel.

Después de nuestra conversación, he tenido que hacer uso de todo mi autocontrol para no ir tras ese cabrón de Wyatt y pegarle una paliza. Me dan igual las apariencias y las críticas, me quedaría muy a gusto.

Dahlia aparece casi la última, seguida por otras dos chicas, antes de cerrar la primera colección del diseñador.

Puedo ver cómo, a pesar de estar posicionada al final, consigue recuperar la atención de la gente: todos los ojos siguen su recorrido pendientes de sus movimientos, como si fuera la única persona sobre el escenario.

Dahlia tiene ese efecto, el que hace que no puedas apartar la vista, que sientas que siempre necesitas más. Yo siento ese magnetismo y cada vez es más fuerte.

La veo distinta, no solo por el maquillaje; camina de modo firme, ignorando todas las reacciones que provoca a su alrededor, su mirada fija en un punto lejano, más allá de todo este escenario. Sé que lleva puesta su armadura.

No repara en mi presencia, sé que es obvio, pero una parte de mí desea que sea consciente de que estoy aquí, de que no está sola. Antes de darme cuenta, Dahlia desaparece por el mismo camino que las demás chicas y mi atención se desvía del resto de las modelos.

Tras unos minutos de expectación, aparece la segunda colección, totalmente distinta en formas y colores. Veo cómo, una tras otra, las chicas lucen unos diseños más elaborados y distinguidos, mostrando el verdadero talento del diseñador. Pero, esta vez, Dahlia no está entre las modelos que desfilan. Frunzo el entrecejo, confuso, al igual que el resto de los asistentes, que se percatan al mismo tiempo que yo de la ausencia de la *influencer*. Todos la esperaban a ella.

Un murmullo generalizado se hace oír por encima de los aplausos para cuando Romuald sale a saludar y dar la despedida a su colección.

Todas las modelos aparecen de nuevo para caminar una última vez sobre el escenario y unirse a la ovación al diseñador. De nuevo, Dahlia no está entre ellas. Supongo que haber causado el retraso del desfile ha tenido consecuencias.

Siento un tirón en el pecho y aprieto los puños.

No se lo merece. Wyatt ya le ha robado muchas cosas, no puede haberle arrebatado esto también. Necesito saber que está bien. Necesito estar con ella.

Me levanto dispuesto a largarme de aquí en el momento en el que Romuald empieza su discurso, pero la mano que ahora rodea con fuerza mi muñeca me detiene.

—Vuelve a sentarte, Ethan.

Hago lo que me dice a regañadientes, porque mis únicos dos encuentros con Maia me han enseñado —por las buenas— que nunca, pero nunca, quiero verla enfadada. No pienso averiguar su manera de hacer las cosas por las malas.

Me revuelvo en el asiento, ignorando a la gente a ambos lados, que me mira molesta por mis movimientos, y me pongo a escuchar lo que dice el diseñador.

—Esta colección es un reflejo de mi carrera, de cómo un sueño se convierte en un imperio dispuesto a servir a la mujer y su empoderamiento. Por eso, no solo el desfile de hoy, sino toda mi carrera, se lo dedico a mis chicas.

Su discurso es interrumpido por aplausos intermitentes mientras muestran a través de las pantallas gigantes a todo el grupo de modelos en el *backstage*.

—Esta pasarela no ha comenzado con uno de mis primeros diseños, sino con el que menos me representó nunca, bonito y llamativo por fuera, envenenado por dentro con lo que sabía que quería pero no podía tener. Se lo arrebaté a su dueño, aun sabiendo que jamás sería enteramente mío. Nuestras acciones nos persiguen, casi pone fin a mi carrera incluso antes de que empezara. Lo llamé Pájaro Blanco, pensé que así ocultaría que había jugado sucio, pero para mí sigue oliendo a polvo.

Abro la boca. Vaya, Romuald es todo un intenso.

Sus palabras llevan un mensaje encriptado del que pocos parecen darse cuenta, pero yo sí. No ha escogido a las modelos estratégicamente para mantener la atención del desfile; las ha utilizado para contar la historia que ha querido, como un reflejo de su colección. Eso, a Nicole, ya no la deja en tan buen lugar.

Al final, Dahlia sí ha tenido siempre a alguien de su parte.

Me pregunto si está sintiendo la misma satisfacción que yo siento ahora mismo. Por supuesto que sí.

—La segunda colección es lo máximo que puedo ofrecerles; creo que, con ella, he podido alcanzar mi punto álgido. Les doy las gracias por haber estado aquí esta noche acompañándome y siéntanse afortunados de haber podido presenciarlo.

El público estalla en aplausos cada vez más sonoros. Romuald no se separa del micrófono, lo que da a entender que todavía no ha concluido su discurso.

—Como he anunciado, este es el principio de una era, pero, para que algo comience, otra cosa debe llegar a su fin. Ha habido muchos rumores acerca de mi jubilación en el mundo de la moda y quién heredará mi marca. Siento decepcionarlos diciendo que no es algo que simplemente se pueda dar o quitar. —Gritos de asombro y desconcierto inundan la multitud, todos empiezan a mirarse unos a

otros con la boca abierta—. No me gusta llamar a esto una despedida, porque sé que los dejo en buenas manos.

En ese momento, se produce un corte de luz de uno de los focos en el fondo de la pasarela, seguido de otros, como si el alumbrado se hubiese vuelto loco. El equipo de sonido se une al descontrol, suenan los acordes del estribillo de la canción «This Feeling», de The Chainsmokers, a punto de romper.

—Creo que el espectáculo no ha terminado. Les había prometido algo impresionante, ¿no es así?

Entonces aparece, todas las luces apuntando en su dirección, como si le hicieran falta para brillar siquiera. Ella las eclipsaba todas.

El público estalla en aplausos desde sus asientos.

Se me hincha el pecho y la cara me duele porque los músculos de mi boca se niegan a dejar de sonreír. Joder, está preciosa.

Lleva un vestido voluminoso con muchas capas y varios tipos de telas, todas ellas blancas, unas encima de otras creando un efecto de ondas bailando a su son. Sobre sus hombros, parcialmente cubiertos con un manto de tul que igualmente deja entrever sus clavículas, cae a través de su espalda una extensión más del vestido, una enorme cola que se extiende varios metros por detrás de sus infinitos tacones, los únicos que rompen la pulcritud del conjunto del mismo color que sus labios, rojos como el fuego.

La música suena, Dahlia se mueve a su ritmo, pero parece que hasta las notas acaban rendidas a ella. El estribillo rompe y, en ese instante, lo hace también su vestido. Sus manos se deslizan por la parte delantera antes de estirar los brazos hacia atrás y desprenderse de muchas de las capas, mientras que las restantes, las que hasta ese momento estaban por dentro, brillan con diferentes tonos anaranjados, como si se estuviese quemando.

—El verdadero fénix, damas y caballeros, resurge siempre de sus cenizas.

No puedo evitarlo. Antes de que mi mente sea consciente de ello, mi cuerpo ha tomado el control. Me levanto de mi asiento de un salto y pego un grito, con los brazos levantados y mis manos en puños.

—¡Sí! ¡Vamos!

—Chaval, no estás en un partido de fútbol. Siéntate.

—Perdón —me disculpo, pero sin sentirlo en absoluto.

Miro hacia Maia, pero esta vez no me dice que me siente. Solo está sonriendo.

Vuelvo a mi silla, sin apartar en ningún momento los ojos de ella y sin borrar la sonrisa.

En cuestión de segundos, no hay rastro de la parte delantera, tan solo un vestido de pedrería, muy ajustado y muy pequeño, cubriendo lo estrictamente necesario para todos los públicos, dejando espacio a la imaginación. La mía está desatada.

Cuando llega al final del escenario, posa mirando al frente, sus manos en las caderas, su semblante firme. Entonces, por primera vez desde que ha subido a la pasarela, rompe el personaje, gira su cabeza hacia mí y nuestras miradas se cruzan. Como si ya supiera que estaba aquí, como si hubiese sentido mi presencia sin necesidad de verme todo este tiempo. Me sonríe y yo me siento el tío más afortunado de todo París.

Me guiña un ojo justo antes de coger las capas del vestido y hacerlas volar mientras gira para volver a recorrer la pasarela. El público estalla en gritos tan fuertes que me llevo la mano a los oídos en un acto reflejo.

Dahlia ni se inmuta, pero mantiene la sonrisa durante todo el camino de vuelta. Se detiene al lado de Romuald, que le coge la

mano entre las suyas y la besa en los nudillos.

—El talento no se crea. Puede trabajarse, puede evolucionar, pero, para ello, primero tiene que estar ahí. Dahlia Harris es la definición más exacta, a la que yo he podido llegar, de ello. Ha sido un honor, querida. Eres la mejor modelo de esta generación y serás una de las mejores diseñadoras de la siguiente. Este diseño es suyo y es solo el comienzo. Buenas noches.

Todas las luces se apagan. No dejan el espacio en completa oscuridad, pero sí la necesaria para que sus figuras desaparezcan del escenario sin ser vistas. Cuando las encienden de nuevo, no hay rastro de ellos. Pero, de la bomba lanzada, todavía quedan restos. La gente sigue aplaudiendo, levantándose para una última gran ovación.

Yo no me quedo a verlo, me levanto de mi asiento a toda velocidad sin detenerme. Maia tampoco lo hace. Nadie va a impedirme ver a mi chica.

Capítulo 53

Dahlia

—Que tú mejor que nadie deberías saber que siempre hay que tener un as bajo la manga. Y el mío siempre has sido tú.

Nunca lloro, pero podría haberlo hecho en el instante en que Romuald ha desvelado un nuevo vestido que, hasta ahora, había permanecido enfundado y oculto. Mi vestido.

El diseño que había dibujado en mi libreta está delante de mí, es una realidad. Mejorado, por supuesto; yo no hubiese logrado que quedase tan espectacular. Pero es mío.

—No rechacé todas tus ideas anteriores porque no tuvieras talento o yo fuera demasiado orgulloso para reconocerlo. Quería que llegaras a este punto. El mundo de la moda es difícil, querida, tú lo sabes de sobra, pero por fin estás preparada para enfrentarlo.

Lo he intentado durante años. Cuando empecé en la industria, sabía cuál era mi objetivo. Me encanta el modelaje, me encanta la moda. Pero me gusta más crearla. No quiero que me vean solamente como un cuerpo o una cara bonita.

«¿Qué es eso?», me preguntó Ethan. Fue la primera vez que alguien lo hizo al ver mi libreta, donde tengo todos mis bocetos. Sé que los vio.

«No es nada».

«Si no fuera nada, no estarías sonriendo».

Fue también la primera vez que sentí que alguien más que yo misma le daba importancia.

—¿Te estás muriendo? —pregunto. Las sorpresas son muy poco típicas de Romuald, que ríe silenciosamente.

—Todos nos estamos muriendo, querida. Lo que nos da la excusa perfecta para no negarnos lo que queremos hacer, ¿no crees?

Romuald es una persona vanidosa y egocéntrica, por ese motivo su opinión me importa más que la de ningún otro. No miente para satisfacer y no busca impresionar a nadie más que a sí mismo, por lo que sabía que, si lograba captar su atención, habría creado algo extraordinario. Y ahora lo tengo delante de mí.

—Gracias —pronuncio en apenas un susurro.

Romuald se inclina para darme un beso en la frente.

—He apostado por ti, Dahlia, no me decepciones. Pero, sobre todo, no te decepciones a ti misma.



He desfilado en la primera colección, esa que representa los inicios del diseñador que, al mismo tiempo, están ligados a los míos. Trato de pasar todo lo desapercibida posible, pero, aun así, noto las miradas clavadas en mí. Con el anuncio de que Nicole abría el desfile y mi pésima reacción, he conseguido atraer toda la atención, y no en el buen sentido. Pero hemos sabido utilizarlo a nuestro favor; Romuald lo tenía todo planeado.

He aprovechado la presentación de la segunda colección para cambiarme a este impresionante vestido voluminoso. No habíamos tenido tiempo de hacer las pruebas de vestuario, solo esperaba que las capas se desprendieran en el momento exacto y no se

engancharan con la pedrería. Así ha sido, y sentir que jugaba con las luces, creando el efecto de las chispas y el cambio de color, ha resultado la parte más divertida; jamás me había sentido así sobre un escenario. Por primera vez, me muestro a mí misma al cien por cien.

Creo que por eso no he podido evitarlo, lo he dejado pasar todo a través de las grietas y la he sentido: su mirada puesta en mí. He roto la primera regla de la pasarela y he dejado de mirar al frente para que sus ojos se encontraran con los míos y lo que he visto ha sido el reflejo de un mar embravecido. Cómo alguien puede tener ese color de ojos, tan puro e intenso, no tengo ni idea.

La sonrisa ha salido sola y no he podido ocultarla cuando me he dado la vuelta y hemos roto el contacto visual. Tampoco he querido hacerlo.

En ese instante he sabido con qué nombre quiero llamar a este nuevo comienzo.



Si algo es más recordado que un desfile de moda es su *after party*. Y Romuald demuestra que, además de preparar desfiles maravillosos, organizaba las mejores fiestas. La gente siempre se pelea por una invitación sabiendo que, de obtenerla, se encontrará uno de los ambientes más sofisticados. Creo que hasta hay miembros de las familias reales europeas presentes.

Estoy en mi camerino terminando de cambiarme al vestido que ya tengo preparado para la fiesta. Es corto, de color rojo y de espalda descubierta; el escote es recto, la parte superior del vestido ajustada y al llegar a la cintura varias capas de tul caen con volumen, dándole

brillo al conjunto. Llevo mi pelo semirrecogido con un lazo rojo, del mismo color que mis labios.

Todo en el exterior es un caos. Los medios se pelean por poder hablar con Romuald, que está más que encantado con la atención recibida. También quieren hablar conmigo, pero lo primero que he hecho ha sido esconderme, tratando de procesar todo lo que ha pasado esta noche.

Cuando ya estoy lista, salgo del camerino para —casi— chocar de lleno con algo. Alguien.

Se detiene delante de mí, antes de que nuestros cuerpos puedan colisionar. Primero veo sus zapatos de piel negros, a juego con el traje del mismo color. Cuando levanto la cabeza, me encuentro con sus ojos.

—Flor, ha sido... —Su respiración es entrecortada, como si no le salieran las palabras—. Has estado increíble.

Levanta las manos hasta que estas están a ambos lados de mis mejillas; estamos a escasos centímetros de tocarnos. Ninguno aparta la mirada del otro.

—No os cortéis, tortolitos. —La voz de una de las modelos a pocos metros de nosotros nos devuelve a la realidad, seguida de risas y silbidos.

Ethan es el primero en reaccionar, da un paso atrás con una sonrisa incómoda.

Entonces me mira de arriba abajo, dos veces, y se humedece los labios.

—Estás preciosa, Dahlia.

Encima utiliza mi nombre.

Trago saliva y me permito unos segundos para observarlo con la misma atención. Joder, este traje en él debería ser ilegal. Por debajo,

lleva una camisa blanca y, rodeando su cuello, una corbata roja, a juego con mi vestido.

Ahora mismo tengo ganas de quemar todas esas estúpidas camisas horteras que tiene y obligarlo a vestir esto todos los días de su vida.

«¿De dónde ha salido eso?».

«No soy yo —me digo a mí misma—. Es el efecto "traje" de los hombres». Pero es que a Ethan le sienta tan bien... La camisa se ciñe a la perfección a su torso y, por debajo de la misma, su pecho esculpido. Muevo la cabeza, sacando esos pensamientos de mi cabeza.

—Tú tampoco te ves nada mal. —Consigo que no me tiemble la voz tanto como me tiemblan las piernas.

Alguien grita mi nombre desde la otra punta de la carpa.

—Creo que nuestro coche está listo.

Asiento con la cabeza y caminamos rumbo al vehículo; en algún punto, nuestros dedos se entrelazan. Noto todas las miradas clavadas en nosotros hasta que nos metemos en la pequeña limusina. A pesar de los muchos asientos disponibles solo para nosotros, nos sentamos uno al lado del otro. Nuestras manos siguen unidas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto al tiempo que el coche arranca.

—He conseguido colarme. Ya sabes que cuando se me mete algo en la cabeza nada me detiene, aunque ha sido difícil burlar a los de seguridad...

—No —lo corto—. ¿Qué haces aquí?

Esta vez, él entiende a lo que me refiero.

—¿Por qué no me dijiste que me habías reservado una entrada?

Una pregunta por otra. Dios, cómo odio que haga eso. Y, al mismo tiempo, me pone un poco.

Aprieto los ojos. «Es el traje. Es el traje».

—Era tu único día en París, no quería quitártelo.

—Si me lo hubieras pedido, habría dicho que sí. —Gira la cabeza para mirarme, su cuerpo se inclina en la misma dirección, colocándonos más cerca—. Me alegro de haber venido, Dahlia.

—Yo también —respondo, sincera.

La entrada está llena de paparazi y medios que vuelcan toda su atención en nosotros. No contestamos a ninguna pregunta, nos cuesta avanzar los pocos metros que nos separan de la entrada. Ethan va unos pasos delante de mí, con el codo flexionado y su cuerpo parcialmente protegiendo el mío. Me pregunto si es consciente de que lo está haciendo.

En el interior, el ambiente es más tranquilo. También hay medios de comunicación, pero solo los seleccionados por Romuald y bajo sus condiciones.

Le gusta la atención, no las sorpresas.

El suelo es de mármol y largas columnas dan forma a las paredes del imponente espacio, lleno de grandes cuadros y ornamentos.

—¿Te apetece beber algo? —susurra contra mi oído, haciendo que se me erice la piel.

Asiento con la cabeza. Entonces suelta mi mano por primera vez desde que estamos aquí y desaparece más allá de la gente. Siento el peso de su ausencia, varias miradas se dirigen hacia mí con interés, algunos buscan acercarse y entablar una conversación. Entre todos ellos, vislumbro una figura femenina que me resulta conocida y hace que mis piernas tiemblen de emoción. La veo acercarse, sus dos manos sujetando una copa ya vacía.

—Llevo varios minutos pensando en una forma de presentarme que no quedara cutre ni te hiciera salir huyendo. Me llamo...

—Brownie —digo al tiempo que doy un paso hacia ella. Nos damos dos besos a modo de saludo formal.

—Estoy muy emocionada por conocerte, te sigo desde los dieciséis años.

«Tan solo un par de años antes de empezar su carrera en Hollywood por todo lo alto», pienso. La chica había logrado hacerse un nombre rápidamente después de tantas nominaciones y premios en su película debut.

—Lo mismo digo. *No hagas tratos con el diablo* es una de mis películas favoritas.

La actriz sonríe de manera genuina y me hace devolverle el gesto. Es realmente preciosa: esbelta y de piel clara, sus ojos de color caramelo y su cabello rubio ceniza largo y ondulado le dan un aspecto casi angelical. Tiene las mejillas sonrosadas y unas cuantas pecas parecen asomarse tímidamente en la zona de su nariz. Apenas lleva maquillaje.

—El desfile ha sido increíble y tú has estado espectacular.

—¿Lo has visto?

—Una marca me ha invitado al evento, y menos mal. Estaría tirándome de los pelos en mi casa si me lo hubiera perdido.

Sonrío y no me cuesta hacerlo. En este mundo, es difícil encontrar gente como Brownie. La industria destruye todo lo que toca, lo sé por experiencia. Nos hace creer que somos más importantes de lo que somos en realidad y es una continua lucha de egos, sonrisas falsas y juegos perfectamente calculados. Pero esta chica es... real. Aunque algunas veces se esfuerce por ocultarlo. Por supervivencia, eso también lo entiendo.

Por algún motivo, me recuerda a Ethan; él también mantiene su esencia.

—¿Te importaría que nos hiciéramos una foto? —pregunta, sacando su teléfono del bolso.

Veo a Ethan caminando en nuestra dirección con las dos copas, una en cada mano. Me dirijo a él cuando digo:

—Sácanos una foto, una que no salga borrosa —bromeo, pero él no se ríe. Su mirada está clavada en Brownie. Ella tampoco aparta la vista de él.

—Tengo las manos ocupadas —responde fríamente. Me acerco y cojo una de las copas que sostiene, con cuidado de no derramarla.

Vuelvo a ponerme al lado de Brownie y me coloco el pelo para la foto. Ethan sigue sin reaccionar.

—¿Y ahora qué te pasa?

—Es que no me apetece. —Se encoge de hombros y desvía la mirada.

Arrugo el entrecejo, confusa. ¿Por qué está siendo tan borde?

Él no es así, salvo que... salvo que esta no sea la primera vez que se ven.

—¿Habéis estado juntos? —Suelto el primer pensamiento que se me viene a la cabeza y no sé por qué, mientras lo digo, se me hace un nudo en el estómago ante la idea de que sea cierto.

Mi pregunta los pilla por sorpresa a ambos, que me miran con una mezcla de desconcierto y desagrado. Es Ethan quien responde:

—Puaj, no.

—Vaya, Ethan. Trataré de no sentirme insultada.

—No tienes derecho a sentirte insultada, Violet.

«¿Violet?».

—Nadie me llama así.

—Es tu nombre, ¿no? Antes de robar este.

Brownie no responde. La tensión puede cortarse con un cuchillo y, por una vez, no soy yo quien la ha provocado. Se siente extraño ver

a Ethan comportarse de esta manera y no con su habitual actitud despreocupada y alegre.

Qué demonios está pasando entre ellos, no tengo ni idea.

La actriz respira hondo. Es la primera en recuperar la compostura.

—Dahlia, ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo —respondo yo.

—Adiós, Ethan. Espero que todos estéis bien —añade, dirigiéndose a él.

—Como si te importara —contesta impasible, pero su mirada sigue clavada en algún punto muerto.

Brownie me dedica una última sonrisa tímida antes de irse. En cuestión de unos metros, desaparece entre los cientos de invitados.

—¿A qué ha venido eso?

—No quiero hablar del tema.

Quiero insistir, pero sé que no puedo. Doy un sorbo a la copa y me humedezco los labios. Me doy cuenta en este momento de que no le he dicho qué bebida quería y, de algún modo, lo ha sabido.

Entonces tengo el estúpido pensamiento de que me conoce. Y rara vez he sentido que alguien me conozca realmente.

Noto una mirada a unos metros de nuestra posición clavada en mí. Cuando me giro sé a quién me voy a encontrar. Los ojos de Wyatt chocan con los míos, observándome con atención y olvidándose de la figura de Nicole, a su lado, que mueve los labios mientras dice algo a lo que claramente no presta atención.

Pronto ella también se da cuenta. Su boca se cierra y sus ojos siguen la dirección de su mirada hasta que descubre adónde ha ido. Está conmigo.

Él me lo ha dicho, que me ha elegido a mí.

Es lo que quería, ¿no? Sentirme deseada, sentir que no estoy sola.

Doy un paso en su dirección, dispuesta a romper el espacio entre nosotros. Wyatt se ha separado un par de metros del resto de los invitados hacia una esquina poco transitada, esperándome a mí y mi respuesta.

El brazo de Ethan me detiene, sus dedos abarcan mi muñeca. Me atrae hacia él hasta que nuestros cuerpos vuelven a quedar muy juntos.

—Puedo hacerlo sola.

—Lo sé, pero eso no significa que lo estés, Dahlia.

«Quiero creerlo, pero ¿de verdad no lo estoy?».

Nuestro estúpido trato puede engañar al resto del mundo, pero no a nosotros. Los dos sabemos que esto tiene fecha de caducidad. Cada uno tomará su camino y, entonces, volveré a estar sola.

Sonrío a modo de respuesta y vuelvo a andar en la misma dirección. Esta vez, él no me detiene, pero noto su mirada seguir cada uno de mis pasos hasta que estoy frente a Wyatt.

—Has venido —dice, dando un sorbo a su copa.

—Querías tu respuesta, ¿no es así?

A pesar de que nuestros tonos de voz son bajos, varios grupos se giran intrigados por nuestra conversación. Las cámaras pronto voltean sus flashes hacia nosotros.

—Estás preciosa esta noche. —Acaricia mi brazo desde el hombro hasta la muñeca, pero cuando está a punto de alcanzar la mano para sujetarla, me aparto.

—Me engañaste, Wyatt.

Las palabras que tanto tiempo llevaba guardadas en mi interior ahora salen sin esfuerzo. Tal vez, cuando compartes tu dolor, este duele menos.

Algunas personas a nuestro alrededor ahogan una exclamación. Él pestañea dos veces y aprieta la mandíbula. Le sorprende tanto mi

comentario —que yo lo sepa— como que lo diga en público.

Ya he permanecido mucho tiempo callada.

Quiero que lo admita. No quiero seguir siendo la mala de la película. Ya no quiero ser la Reina del Hielo.

—Los dos cometimos errores —se defiende, pero no lo niega.

—Yo nunca me acosté con Finn. La noche en que me fui, te vi con ella. Ese fue nuestro verdadero final y lo marcaste tú. Así que gracias.

Todos nuestros espectadores se quedan en silencio, hemos despertado rápidamente el interés de muchos de los presentes. Y esta vez voy a usar esta atención a mi favor.

Wyatt no dice nada, sabe que no puede.

—Ya te lo he dicho, Dahlia. Es a ti a quien quiero, siempre ha sido así.

A quien siempre ha querido es a sí mismo. Yo fui demasiado cobarde para verlo, porque él me hizo serlo. No he estado enfadada hasta ahora.

Lo odio. Lo odio por haberme hecho conformarme. Lo odio por hacerme olvidar lo que valgo.

—Te lo ruego.

Se me escapa una sonrisa. Puede que me guste que suplique.

—¿Y Nicole?

—Ella no significa nada. No como tú.

Las miradas de nuestro público se dirigen a quien había considerado mi amiga, que se encoge a unos metros hasta casi desaparecer, sus brazos cruzados a la altura de su pecho, sosteniéndose con fuerza. En este momento, siento pena por ella. Porque, a pesar de la traición, sé que también ha sido otra víctima de su juego.

—¿Fue la única? —Es mi pregunta final.

—Y la última.

No sé si lo creo, pero ya no importa. Lo ha admitido, que fue él quien me engañó, aunque no sé si se ha dado cuenta todavía.

«La conocemos mejor que nadie. Puede que la gente diga que está hecha de oro, pero tanto ella como nosotros sabemos que no vale nada».

Cada una de esas palabras vuelve a clavarse en mí, como cuando las escuché, pero me niego a seguir siendo su esclava.

Todos estos años he estado renunciando a partes de mí misma para encajar con Wyatt y con aquello que la gente siempre esperaba de mí. Guardas todas esas piezas bajo llave y algunas incluso desaparecen, hasta que un día te despiertas y no sabes quién eres. Ya no le encuentras sentido a ese conjunto de pedazos rotos y tampoco sabes cómo volver a encajarlos.

Wyatt me había alimentado con su inseguridad, y yo le había dejado apagarme hasta encontrarme más cómoda en su sombra. Me hizo creer que un personaje inventado valía más que la persona que había debajo. Pero esta vez no lo haré.

Porque esta noche he desfilado delante de miles de personas. Porque estoy un paso más cerca de cumplir mi verdadero sueño y que todo haya merecido la pena.

Porque Ethan me ha mirado como si valiese la pena.

Porque estar rota no significa que haya nada malo en mí. Puedo brillar, porque es a través de las grietas por donde entra la luz, como ha dicho él.

—Es la última vez que te dejo tener algún control sobre mí, la última vez que creo tus palabras cuando dices que no soy suficiente. Esta es la última vez que olvido lo que valgo, y que tú jamás me has llegado a la suela de los zapatos, y no precisamente los de tacón, como alguien muy sabio me dijo una vez.

Entonces, hago lo último que habría hecho nunca: lanzo todo el contenido de mi copa sobre él. El cóctel impacta de lleno en su cara y su camisa, que ahora está teñida de un color rosáceo.

Como si no fuera consciente de lo que acabo de hacer hasta este instante, me pongo rígida y me giro rápidamente, buscando una salida. Mis ojos se encuentran con los suyos, su risa es la que más se oye en todo el salón, junto a la de Romuald, que se pone a aplaudir.

A pesar de los tacones, salgo corriendo, esquivo a todos los periodistas que se arremolinan ante mí y dejo atrás a Wyatt, que sigue tratando de limpiarse el líquido pegajoso de la piel, con su cara todavía desencajada.

Alcanzo a Ethan, pero no freno, sino que atrapo su mano entre mis dedos y tiro de él para que corra conmigo. Todos los presentes tienen la mirada puesta en nosotros, pero nadie nos detiene. En cuestión de segundos, llegamos a la salida. La noche inunda el exterior, pero los flashes de los cientos de cámaras nos ciegan por completo. Aun así, no paro. Tampoco lo hago cuando comienzo a sentir pequeñas gotas frías descendiendo por mi piel, mojando mi cabello. Está diluviando.

—¡Dahlia! —Ethan suelta mi mano, refugiándose de la fuerte lluvia bajo una cornisa. Yo no hago caso a su llamada.

Me quedo en medio de la acera, girando sobre mí misma. No me importa el vestido, tampoco mi pelo empapado y el maquillaje probablemente corrido... Nunca me he sentido tan libre.

Entonces Ethan corre hasta mi posición y ya no siento las gotas de agua descender por mis mejillas. Su chaqueta cubre nuestras cabezas actuando de escudo, sus brazos extendidos por encima de nosotros, protegiéndome del chaparrón.

Me sonríe con la mirada y pienso que me gustaría perderme en la tempestad que hay detrás de sus ojos.

Nos acercamos a la calzada y, como si se tratase de una comedia romántica de esas que Maia me obliga a ver pero yo no soporto, levanto la mano y paro un taxi para que nos saque de aquí.

Nuestros hombros vuelven a rozarse y de nuevo siento esa chispa de sensaciones cada vez que nos tocamos.

No me gusta el contacto físico; como modelo debería estar acostumbrada, pero la verdad es que eso me ha hecho ser más consciente de este, porque detrás de cada roce siempre hay un propósito y no siempre es agradable.

Pero con Ethan es diferente, porque no hay una razón para tocarnos, pero ambos acabamos buscando la presencia del otro, como si necesitáramos sentirla.

—¿Adónde? —pregunta el conductor con desinterés, como si le diese igual que estemos completamente empapados.

Ethan da la dirección de nuestro hotel.

—En realidad, hay un lugar al que tenemos que ir antes.

Me mira confuso, pero yo solo deshago el nudo de su corbata para atarla alrededor de su cabeza y taparle los ojos.

—¿Qué pasa? ¿No te gustan las sorpresas?

Capítulo 54

Ethan

No sé cuánto tiempo permanezco con los ojos vendados con mi propia corbata, que amenaza con desprenderse en cualquier momento. La única forma que tengo de orientarme es el cuerpo de Dahlia pegado al mío; nuestras manos permanecen entrelazadas a pesar de que ya no tenemos público, o eso creo.

Me parece que damos varias vueltas en el taxi hasta que este se detiene de repente. Dahlia abre la puerta y sale primero. Oigo unas voces hablando un idioma que no entiendo —debería haber buscado alguna palabra en francés— y que Dahlia domina a la perfección.

Salgo del vehículo con su ayuda y cada uno de mis pasos se siente inestable mientras nos dirigimos a un lugar todavía desconocido. Qué estamos haciendo, no tengo ni idea.

De fondo aún se pueden oír resquicios de la multitud que ha seguido el espectáculo de esta noche, por lo que no podemos estar muy lejos del centro.

A nuestro alrededor no hay nadie, solo siento la mano de Dahlia, sus dedos fríos agarrando los míos. La aprieto con fuerza para infundirle calor.

Nuestra ropa sigue mojada por culpa de esa tormenta de verano. Menos mal que, a pesar del cielo nocturno, la temperatura es cálida.

—¿Has secuestrado al chico? —pregunta un hombre con acento francés y voz grave que nunca he oído.

—Algo así —responde ella.

Nos paramos; encima de nosotros capto una especie de sonido metálico que termina con un golpe seco.

—No causaremos problemas, lo prometo.

—Un placer, señorita Harris.

El hombre misterioso se despide así de nosotros. Aunque seguimos parados, siento un movimiento bajo nuestros pies que me indica que, de algún modo, estamos avanzando.

Noto a Dahlia apretar con fuerza mi mano. Tiembla ligeramente.

—Flor, ¿tienes frío? Estás temblando —pregunto, atrayéndola hacia mí. Nuestros cuerpos chocan en varios puntos, el suyo está rígido.

—No es eso, casi hemos llegado.

Su voz también es trémula; su respiración, entrecortada. Entonces lo entiendo.

No tiene frío, tiene miedo.

Estamos moviéndonos... hacia arriba.

Siento la necesidad de desprenderme de la corbata y descubrir dónde estamos, pero, cuando llevo mi mano hasta ella, Dahlia me lo impide.

En ese instante, nos detenemos. Salimos del ascensor en el que supongo nos encontrábamos y entonces es ella la que me quita la venda que me cubre los ojos.

Solo tardo un par de segundos en ajustar la vista para encontrarme con una de las panorámicas más espectaculares que he visto en mi vida.

Creía que el amanecer en Capadocia sería insuperable, pero las vistas de París durante la noche le siguen muy de cerca. Todas las luces iluminando cada rincón, edificios llenos de vida y calles abarrotadas de gente, faros de coches recorriendo de un lado a otro

las calzadas. Todos esos elementos crean un espectáculo impresionante.

Desde aquí se puede ver toda la ciudad. Es entonces cuando soy consciente de dónde estamos.

—Era la única forma de poder ver todo París en una noche.

No me salen las palabras. Siento mi corazón palpitar a toda velocidad y con fuerza en mi pecho. Tenemos la puta ciudad de París a nuestros pies.

—Joder, esto es increíble, flor.

Cuando me giro para mirarla, tiene sus ojos puestos en mí y está sonriendo. Se abraza a sí misma, poniendo una distancia prudencial entre ella y la zona del mirador.

—¿Quieres subir todavía más alto?

—No tenemos que...

No termino de hablar cuando veo que empieza a subir unas escaleras hasta la siguiente altura.

Está enfrentándose a sus miedos por mí.

Y llegamos a la cumbre de la mismísima Torre Eiffel.

Me quedo ahí parado, tratando de absorberlo todo. Desde aquí, diviso todos los sitios que he visitado hoy y todos los que no he podido recorrer.

En otra ocasión sentiría una opresión en el pecho pensando en lo que me estaba perdiendo, pero no ahora, no desde este lugar en donde siento que tengo todos y cada uno de los rincones de París a mi alcance.

Dahlia me los ha dado.

—¿Tienes hambre? —Su voz me aleja de mis pensamientos.

De una bolsa, saca dos hamburguesas y un envase de patatas fritas. No sé de dónde ha salido eso, ni tampoco la enorme manta de tela que está extendida sobre el suelo, pero ahora estamos sentados

sobre ella, haciendo una especie de pícnic a trescientos metros de altura.

Desde aquí arriba parece que el cielo tiene más estrellas.

—¿Cómo ha aparecido todo esto aquí?

—Soy una chica con recursos —responde, llevándose una patata a la boca. Por alguna razón, me parece uno de los gestos más sexis que he visto en mi vida—. Y muchos contactos.

Doy un mordisco a mi hamburguesa y se me escapa un leve gemido. Joder, puede que sea la mejor hamburguesa que he probado jamás. Devoro la mitad en apenas dos bocados, pero Dahlia es más rápida que yo y ahora está atacando las patatas, comiéndoselas una por una.

—¿Quieres el resto de la mía? —le ofrezco, a pesar de que mi estómago todavía ruge. Después de semanas viendo cómo se privaba de muchos alimentos, me chifla verla comer y disfrutar con ello.

—¿Seguro? —Asiento con la cabeza. Ella no necesita más confirmación antes de atrapar los restos de mi hamburguesa entre sus manos y dar un mordisco—. No sabes las ganas que tenía de poder comerme por fin una de estas.

En ese momento saco el teléfono, dispuesto a hacer una foto.

—No podemos decir que estamos aquí.

—¿Qué tal entonces una foto de guiris? Para nosotros.

Levanto el brazo para que la cámara nos capture dentro de su ángulo. Paso mi otro brazo por los hombros de Dahlia y ella apoya su cabeza en mi hombro, sus dos manos sosteniendo la hamburguesa. Sale un poco borrosa; estoy esperando algún comentario al respecto cuando me sorprende diciendo:

—Me encanta.

A mí también. Creo que se ha convertido en una de mis fotos favoritas. Pero, por alguna razón, no lo digo en voz alta.

El resto del tiempo lo pasamos en silencio. No sé si pasan minutos u horas, pero me da lo mismo. Por las noches, siento que es el único lapso en el que es posible parar el tiempo, y yo ahora necesito hacerlo.

Mi vista viaja intermitente desde la panorámica a la figura de Dahlia a mi lado; mis ojos se centran en un punto fijo, justo arriba de sus labios. Ella se da cuenta.

—¿Qué pasa?

Antes de que pueda seguir, la interrumpo llevando mis dedos a esa pequeña parte de su mejilla, limpiándole un resto de salsa de tomate. Me recreo más segundos de los necesarios, mis dedos acarician despacio la parte superior de sus labios, su piel tan suave. Me pregunto si esta vez sabrán salados por la cena o conservarán su característica esencia a jazmín.

—No desperdicies este paisaje tan bonito.

—No lo hago —respondo mientras sigo mirándola.

Permanecemos aquí sentados durante horas. Nos quedamos dormidos sobre esa fina manta, compartiendo el calor de nuestros cuerpos. Nos despertamos con los primeros rayos del sol y vemos el amanecer.

Tampoco estaba ahí, pero esta vez no me importó no haberlo encontrado.

No podía parar de repetirme que tenía la ciudad de París a mis pies y, sin embargo, no podía apartar la mirada de Dahlia. Porque sus ojos me parecían un paisaje mucho más bonito en el que perderme. Y ese era otro de los lugares a los que sabía que no podría volver una vez que todo esto se acabara.

Siento que estoy haciendo trampa mandándote esto, porque por primera vez no me ha dado tiempo a ver la ciudad, así que tampoco puedo contarte ninguna cosa curiosa sin utilidad aparente.

Pero te puedo contar algo estúpido… que viene a ser lo mismo.

Hoy he tenido ganas de besarla.

No es la primera vez, pero sí la que más cerca he estado de hacerlo.

Y es estúpido por muchas razones… La primera, porque todo esto es mentira.

Puedo confirmar que desde lo alto de la Torre Eiffel se ve cada rincón de París.

Ojalá estuvieras aquí.

Te quiero.

Andrew Reid,
Lake Shore Drive, 23
49423, Holland, Míchigan

Capítulo 55

Dahlia



Al llegar a nuestro nuevo destino, nos recibe un calor abrasador y cientos de cámaras apuntando en nuestra dirección. El desfile ha tenido más impacto de lo esperado y mi gran aparición y anuncio han revolucionado internet.

Maia me ha dicho que mi bandeja de entrada nunca había estado tan llena. Y siempre lo está. Hay marcas dispuestas a ofrecer cifras astronómicas de dinero por trabajar conmigo.

Si buscaba pasar desapercibida hasta que finalizara el viaje, he logrado justo lo contrario e Ethan es un daño colateral.

Sé que tampoco disfruta de tantísima atención, sobre todo cuando la gran marabunta de gente no deja que avancemos más de dos pasos seguidos sin que un tipo de seguridad tenga que abrirnos paso. Y eso que ni siquiera hemos terminado de desembarcar. Sin embargo, no parece molesto.

Sus números en las redes sociales parecen compensarlo con creces y le recuerdan por qué estamos haciendo esto.

Yo ya no tengo nada que ganar, el asunto de Wyatt ha acabado. Aunque sigue ocupando titulares, ya no es un tema que quiera evadir, porque lo he tornado en mi favor. En parte, es gracias a Ethan. Yo sé que lo ha sido.

Quiero ayudarlo a ganar ese premio de creadores de contenido, ya está muy cerca. Ayer escaló al puesto número dos del *ranking* total y consiguió casi medio millón de seguidores nuevos en tan solo una noche.

A su favor diré que, después de ver los vídeos de él en traje que me ha enviado Maia, yo también hubiera pulsado el botón de «Seguir».

Para mi propia desgracia, vuelve a vestir una de sus camisas coloridas que desentona con sus pantalones beige, pero que, aun así, le sienta bien.

«¿Estoy justificando su elección de vestimenta? Tanto tiempo con Ethan me está nublando el juicio».

Cuando llegamos al hotel, seguidos por decenas de curiosos, agradezco el momento en que nos metemos en el ascensor dejando toda la atención atrás.

Ethan juega con las tarjetas entre sus manos y me tiende una de ellas con el número de habitación; la otra es la siguiente, capicúa.

—¿Me la cambias? —le pregunto. Él mira el número de su tarjeta y se muerde el labio, dubitativo. No puedo evitar reírme y se da cuenta de que estoy bromeando.

—Eres mala.

Dicen que los números capicúa atraen la buena suerte y, por supuesto, Ethan lo cree.

Sé que es supersticioso, lo descubrí por la forma en la que escuchó a la pitonisa en Estambul, porque cruza los dedos índice y corazón cuando quiere que pase algo, y porque, de todas sus camisas coloridas, ninguna es amarilla.

Me resulta gracioso y... adorable.

Me tiende la otra tarjeta y me detengo en el número de puerta correspondiente, Ethan camina unos pasos más allá hasta la contigua. Nos despedimos en silencio, entrando al mismo tiempo en nuestras respectivas habitaciones.

Cuando entro, lo veo dentro. Hemos entrado en la misma habitación. Es tan grande que tiene dos puertas, pero se trata de una habitación.

—Solo hay una habitación —apunta él.

—Solo hay una cama —digo yo al mismo tiempo.

Otra vez no.

—Seguramente ha sido un error...

—No lo es, no después de anoche —respondo yo—. ¿Quién se va a creer que queremos habitaciones separadas?

—Puedo dormir en el sofá —dice, pero yo niego con la cabeza.

Somos mayorcitos. Podemos compartir un mismo espacio, una misma cama, durante unos días. Ya hemos pasado por esto.

Pero, por alguna razón, lo siento distinto. Muy distinto. Aunque es algo en lo que no me puedo permitir pensar.

—Ya hemos pasado por esto, ¿no? —repito mis pensamientos en voz alta, más para convencerme a mí misma que para otra cosa.

Ethan asiente con la cabeza.

—¡Me pido el lado izquierdo! —Sin previo aviso, sale disparado hacia la cama para tirarse sobre ella sin ningún cuidado. Está tumbado boca arriba con los brazos y las piernas extendidos—. Siento que estoy en una nube. Flor, tienes que probarla.

—Deja de hacer el tonto, debemos prepararnos para salir.

—No pienso moverme hasta que te tires.

—No voy a... —comienzo a replicar, pero me interrumpe.

—Mira que eres cabezota.

Veo cómo se levanta como un resorte y enseguida está detrás de mí.

—¿Qué estás haciendo?

Sus brazos rodean mi cintura y, al segundo siguiente, estoy en el aire. Me levanta sin esfuerzo y nos lleva a los dos hacia la cama.

—¡Bomba!

Enredados, golpeamos el colchón y rebotamos ligeramente sobre él. Tiene razón, parece una nube; es blanda y las sábanas muy suaves. Nos acabamos riendo a carcajadas y no me doy cuenta de la proximidad de nuestros cuerpos hasta que cometo el error de mirar sus ojos azules.

Definitivamente es muy distinto a la última vez.



Barcelona.

A pesar de mis numerosos viajes a España, nunca había visitado esta ciudad. Y ninguna palabra parece suficiente para describir todos los colores y la arquitectura que se ciernen sobre nosotros a cada paso, en cada esquina. Siento que, mire adonde mire, me estoy perdiendo algo.

Todo es espectacular, incluso, por momentos, soy capaz de olvidarme de todas las cámaras y miradas curiosas que siguen cada uno de nuestros movimientos. Pese a eso, tratamos de aprovechar el día al máximo siguiendo la ruta programada.

Dado que dimos plantón a Adem en Estambul, esta vez nos han preparado una guía electrónica con audio sobre las principales curiosidades de la ciudad. Nuestra única compañía adicional es el personal de seguridad privada que vigila nuestras espaldas.

Nos piden muchas fotos. Yo no rechazo ninguna de ellas. Ethan es el encargado de sacar la mayoría; lo hace siempre con una sonrisa, como si no le importase en absoluto que la atención esté dirigida a mí. Sé que no le molesta.

Tras cada parada, volvemos a ponernos uno al lado del otro, su mano busca inmediatamente la mía o la mía la suya. Es gracioso lo fácil y natural que me resulta ahora su contacto.

Tras visitar el primer museo, vuelve a desatarse el caos; decenas de personas esperan a la salida para arremolinarse a nuestro alrededor y recitar preguntas. Son tantas que, aunque hubiera querido contestar alguna, no hubiera podido oírla. Los guardaespaldas nos las quitan de encima hasta que conseguimos, finalmente, montarnos en un Uber que nos lleva de vuelta al hotel, aun sin haber podido completar nuestro itinerario de hoy. No saber el siguiente destino te concede unas horas de margen para disfrutar de la calma, pero, ahora que nos han localizado, no pararán. Estamos en el punto de mira y sé que, una vez más, es culpa mía.

—Lo siento —digo en voz baja ya en nuestra habitación. Ethan está distraído mirando la pantalla de su teléfono, pero, cuando me oye, levanta la cabeza y arruga el entrecejo—. No hemos podido caminar más de dos metros sin que alguien nos acosara y me has sacado más fotos a mí que a los monumentos. Solo hemos podido entrar en un museo...

—Lo que menos me importa son los museos, Dahlia. No pasa nada.

Pero sí pasa. Es nuestro último destino antes de que el viaje termine. Es su último viaje. Aunque no me ha contado más detalles acerca del trato que lo ancla a su lugar natal, lo entiendo. Entiendo qué es sentirse atrapado. No quiero que sienta que está perdiéndose cosas; que se las está perdiendo por mi culpa.

—Mañana podemos separarnos, tal vez así puedas...

—Ni hablar. Tengo una idea. —Deja de prestar atención a su móvil y se inclina hacia delante—. Mañana compraremos una gorra y unas gafas, y podemos ir de incógnito.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Esa es tu gran idea?

—Solo estaba calentando. En realidad, tengo una mejor. —Arqueo una ceja, expectante. Sus labios se vuelven más finos y juega con sus rizos, como si estuviera nervioso. Espera unos segundos antes de volver a hablar—: Vamos a salir por la ciudad cuando se ponga el sol, tú y yo. ¿Qué me dices, flor? ¿Quieres ser mi cita esta noche?

Capítulo 56

Ethan

Estoy jodido. Estoy muy jodido.

No solo acabo de pedirle una cita a Dahlia Harris de forma patética, sino que ella se lo está pensando. Tal vez he cruzado el límite, uno que cada vez está más difuso.

Cuando las palabras salen de mi boca sin pensar en su verdadero significado, ya es tarde para retirarlas, pero tampoco intento hacerlo. No quiero.

En este momento solo estoy intentando retrasar lo máximo posible el tener que quedarnos en la habitación los dos solos, tumbados en la misma cama.

Puede que ya hayamos compartido un cuarto, pero yo malamente sobreviví la última vez. Mi mente me lleva directo a Capadocia, a aquella noche.

Tener a Dahlia entre mis brazos me afectó más de lo que debería. Todavía recuerdo cómo me despertaron sus llamadas de auxilio, la forma en que buscaba huir de sus pesadillas hasta decidir que mi cuerpo era un buen lugar donde refugiarse. Mis brazos le dieron la bienvenida sin dudarlo. Me dormí abrazándola y me desperté antes que ella para poner de nuevo distancia entre nosotros. Me pegué una ducha fría contra mi voluntad, porque una parte de mí quería conservar los resquicios de jazmín que se habían adherido a mi piel. Y mientras las gotas descendían por mi cuerpo, mi cabeza, como si

quisiera castigarme, recordaba todos los instantes en los que habíamos estado tan cerca.

Joder, necesitaba calmarme porque el agua fría no estaba haciendo efecto. Finalmente, dejé de resistirme y me permití liberarme. El espasmo llegó rápido y fue pensando en ella.

Al salir de la ducha, Dahlia seguía durmiendo en la cama; las pesadillas habían dejado de perseguirla. Me quedé ahí unos minutos, mirándola.

Me pasa mucho. El no poder apartar la mirada de ella.

Cuando la desperté, me pregunté si también habría amanecido con mi olor.

Ella no recuerda nada de esa noche; yo, por el contrario, no puedo sacarla de mi mente.

—Está bien, salgamos juntos esta noche —dice, devolviéndome al presente.

Ha dicho que sí. Y yo quería que dijera que sí.

No sé qué me pasa, tampoco es que sea una cita seria. Sobre el papel, nosotros no tenemos sentido. ¿Qué estamos haciendo?

Esa es una pregunta que no tengo ganas de responder. Y cuando quieres huir de tus problemas, sales de fiesta. Yo hoy he probado por primera vez la sangría y pienso repetir, así que la noche promete.

Después de pegarme una ducha para desprenderme del sudor, me visto con unos pantalones vaqueros flojos, una camiseta azul marino y unas deportivas blancas.

Dahlia ocupa el baño ahora mismo. Mientras espero, aprovecho para editar unas cuantas fotos y responder unos correos. Mando un mensaje a Andrew.

Yo: ¿Qué le puedo regalar
a Taylor por su cumpleaños?

Andrew: ¿Me preguntas a mí?
A ti se te dan mejor estas cosas.

«A Brownie se le daban bien estas cosas».

Enseguida me deshago de ese pensamiento, porque ella es la última persona que debería tener en mente, la última que se lo merece.

—Ya estoy lista. —La voz de Dahlia me saca de mis cavilaciones.

Lo primero que veo son sus pies. Lentamente, mis ojos suben por el resto de su cuerpo, tomándose su tiempo.

«Joder. —Trago saliva—. Está preciosa».

Lleva un mono blanco corto pero elegante, con grandes bolsillos en la parte superior e inferior y un cinturón fino de color marrón, a juego con sus sandalias de esparto. Su pelo cae suelto por detrás, le llega por debajo de los omóplatos, con el cuello totalmente al descubierto.

Me quedo mirándola durante demasiado tiempo.

—¿Voy bien?

Asiento con la cabeza.

—¿Y yo? —Si ella buscaba mi aprobación, yo también quiero la suya.

—No te has puesto ninguna de tus camisas feas, es un comienzo.

—Es que quería impresionarte —bromeo.

—Tampoco te emociones, estás en el aprobado raspado.

—Pero ¿por arriba o por abajo? —Arqueo una ceja, disfrutando del juego.

—Depende, ¿prefieres estar arriba o abajo?

Estoy a punto de atragantarme con mi propia saliva. El comentario me pilla totalmente desprevenido. Ella se humedece los labios para luego desviar su atención al espejo y pintarlos de rojo, riéndose por lo bajo como si nada.

«Porque no significa nada», me digo.

—¿Cuál es el plan? —pregunta.

—Vamos a cenar unas tapas y a beber sangría.

—¿Eres consciente de que las tapas no son platos en sí, sino una forma de presentar la comida?

—La palabra clave es *sangría*.

Sonríe a modo de respuesta y termina de prepararse.

Con la llegada oficial del verano, los días son más largos, así que, cuando salimos de la habitación, el sol todavía asoma en el horizonte. En la puerta del hotel no hay nadie esperando para interceptarnos. Por fin se han cansado de perseguirnos, al menos por hoy.

Me doy cuenta de cómo Dahlia se tensa cada vez que un objetivo dirige su atención hacia nosotros, la distancia que pone para impedir que vean más allá de lo que ella quiere. Las capas que enseña, cómo busca tenerlo todo controlado. A pesar de estar acostumbrada, es algo que no disfruta. Ahora lo sé.

El ambiente en las calles sigue siendo agitado, mucha gente disfruta de las últimas horas de luz paseando por la playa o en las terrazas de los bares.

Mi estómago está vacío y también puedo oír las tripas de Dahlia; apenas hemos tenido tiempo para comer huyendo de los paparazi.

Encontramos un pequeño restaurante escondido en una calle estrecha del centro. Está casi vacío y huele de maravilla, así que nos metemos dentro, los dos con la misma idea.

Nos recibe una chica vestida con el uniforme de trabajo. Su expresión cambia cuando nos ve y sé que nos ha reconocido cuando sus ojos se abren como platos y una sonrisa se le dibuja en la cara, pero no dice nada más que:

—¿Mesa para dos? —Su voz es joven y jovial. Los dos asentimos en silencio.

Nos dirige a una mesa más apartada del resto, fuera del mayor tránsito de clientes. Si alguien más sabe de nuestra presencia aquí, tampoco abre la boca.

Durante la cena, hablamos de todo y de nada, de experiencias de este viaje y de cosas banales. Ella me cuenta cómo conoció a su agente Maia y yo, que hice de árbol en cada obra de teatro del instituto porque era muy mal actor.

Nos sirven prácticamente todos los platos de la carta, la mayoría no soy capaz de pronunciarlos, pero están buenísimos. Joder, me quedaría a vivir aquí solo por la comida. ¿Croquetas? *¿Cocretas?* Qué más da, parecen traídas directamente del cielo.

Dahlia también está disfrutando: la veo probar todas las tapas, repetimos las que más nos gustan e incluso compartimos postre. Yo disfruto viéndola comer; es estúpido, pero pensar en que muchas veces ha tenido que privarse del placer de llenar el estómago, presa de los comentarios que la sociedad le impone, hace que me hierva la sangre. Pero ahora está sonriendo, y que pueda olvidarse de elevar sus defensas conmigo provoca un efecto en mi pecho que no puedo explicar, puede que ni siquiera deba estar ahí. Solo me siento afortunado por tener delante de mí a Dahlia, sin capas.

—Estás mirándome fijamente.

Su voz me devuelve a la realidad. Joder, me he quedado embobado contemplándola. Otra vez.

Bajo la cabeza con la excusa de revolverme el cabello para que no vea cómo se me encienden las mejillas. ¿De verdad me estoy sonrojando?

—Perdona —respondo. Me aclaro la garganta—. ¿Quieres pedir la cuenta?

Dahlia ya ha terminado su copa, yo doy el último sorbo a la mía. Estaba retrasándolo, sabiendo lo que significa. Esto pone fin a esta especie de cita y yo me lo estoy pasando muy bien con ella.

El local ahora está lleno, a pesar de que el reloj marca más de las once y media de la noche. Mañana debemos levantarnos temprano para seguir cumpliendo con el itinerario. Yo además he encontrado algunos lugares que me muero de ganas de ver.

Dahlia no contesta a mi pregunta y, por primera vez en toda la noche, se hace el silencio entre nosotros. Unos segundos después, sus palabras se clavan en mis oídos.

—No quiero volver al hotel.

Siento mi cuerpo temblar y sonrío. No puedo evitarlo.

—¿Qué quieres hacer?

—Nada. Cualquier cosa. ¿Es una locura?

—La locura te sienta bien, flor. Sé exactamente lo que podemos hacer.

Levanto el brazo para pedirle al camarero que, en lugar de la cuenta, nos traiga otra ronda, luego saco dos papeles arrugados que guardo en mi cartera, justo al lado de donde tenía la servilleta con nuestras reglas del juego. He debido de dejarla en el hotel.

Los extiendo hacia Dahlia y veo su reacción al leer las palabras en cada uno de ellos.

—¿«Verdad o atrevimiento»? ¿Qué tenemos?, ¿diez años?

—Oye, las mejores noches de mi vida empezaron con «Verdad o atrevimiento».

Arrugo de nuevo los trozos de papel y los revuelvo entre mis manos.

—Elige.

Ella lo hace. Cuando lo abre, lee en voz alta: «Verdad». Le pregunto lo primero que se me viene a la cabeza.

—Si nadie pudiera reconocerte, ¿qué harías?

—Me emborracharía lo suficiente para atreverme a bailar delante de todo el mundo sin importarme lo que pensaran.

Pestañeo una, dos veces. No sé por qué, no esperaba esa respuesta. Tal vez porque suena muy sincera. Aparto el recuerdo de Dahlia bailando en ropa interior para poder concentrarme en el juego.

—Te toca.

—Elijo verdad.

—¿Tú puedes elegir y yo he tenido que dejarlo al azar?

—Mi juego, mis reglas. Dispara.

Juguetea con unos cuantos mechones de su cabello. Está... ¿nerviosa?

—Háblame de tu cuenta atrás.

La idea del juego ha sido mía, así que no me voy a escaquear. Además, merece saberlo. Y yo quiero contárselo. Comienzo a hablar antes de poder arrepentirme.

—Mi padre es dueño de una empresa maderera que exporta a muchos estados del país; es un buen negocio. También trabaja en la granja donde vivimos. Es un proyecto familiar, la empezó a construir mi bisabuelo y yo seré la cuarta generación que se encargue de ella. Allí siempre hay algo que hacer, cosas de las que encargarse... No hay sitio para nada más y es mi deber heredarlo todo.

»Siempre creí que era lo que quería. Mi padre y todos sus antepasados fueron felices allí. Pero Andrew estaba obstinado en que teníamos que ver parte del mundo juntos. Por su culpa, ahora me encuentro en esta situación. No se puede echar de menos algo que nunca has vivido. Ahora, en cambio, sé lo que hay aquí fuera, y Holland, de repente, me parece muy pequeño.

Dahlia da un sorbo a su copa de vino, escucha pacientemente.

—Mi padre me dio tres años, un plazo que terminó el año pasado, pero yo ya podía permitirme viajar gracias a las redes sociales. Le devolví todo su dinero con intereses, pero no fue suficiente. Él quería cobrarse la otra parte del trato. Entonces, surgió la oportunidad con Travelator y esa sería la última. La última prórroga. El viaje de despedida.

»Así que esas llamadas, en Turquía, eran de mi padre... para recordarme una vez más que estoy tirando mi vida por la borda y que debo volver a casa para ser un hombre de verdad. Eso y que Abby ya estaba en el hospital.

—¿Quién es Abby?

—Abby Dickinson, mi primera novia y mi primer amor. Ha tenido un hijo, ha formado una familia. Ha hecho todo lo que se esperaba de mí. En cierto modo, lo que se esperaba que hiciera yo con ella antes de dejarla y marcharme. Y yo he sido un cabrón otra vez, ni siquiera me he atrevido a llamarla.

—¿Por qué?

—Porque es un recordatorio más de lo que me espera al volver y de lo que no podré escapar, y tengo miedo. Me aterra que me guste esa vida casi tanto como que la deteste.

Dahlia se inclina sobre la mesa y extiende el brazo hacia el mío, haciendo que se me erice la piel bajo su contacto.

—Gracias por contármelo.

Asiento con la cabeza y respiro hondo. Siento que, antes de este viaje, hacía mucho tiempo que no lo hacía.

—Te toca hacer un reto —dice entonces ella.

—Ahora es tu turno.

—Tu juego, mis reglas —contraataca mientras se inclina un poco más sobre la mesa, sus codos en ángulos rectos. Tengo que luchar

contra mis impulsos y no bajar la mirada hacia su escote. Se lo concedo—. No se me ocurre nada.

—¿Qué tal si pedimos ayuda?

Cojo mi teléfono y lo levanto en su dirección. Le saco una foto desprevenida que es la que uso para colgar en mi perfil. Sale preciosa sin ni siquiera intentarlo. Joder.

Para mi sorpresa, Dahlia no dice nada, pero veo con el rabillo del ojo cómo se muerde el labio inferior. Subo la foto a mi perfil pidiendo retos a mis seguidores y enseguida empiezan a llegar cientos de peticiones en cuestión de segundos.

—Sé buena conmigo. No hagas que acabemos en un hospital ni en una cárcel esta noche.

—Nada de subir a ningún sitio ni hacer saltos peligrosos.

—Intenta evitar también el nudismo, lo último que queremos es una denuncia por escándalo público.

—Te retan a hacerte un tatuaje... —anuncia y levanta su mirada para ver mi reacción.

—No me parece un reto. —Extiendo mis brazos, la mitad de ambos bañados en tinta.

—... elegido por mí.

Eso sí que no me lo esperaba. Tardo unos segundos en hablar a pesar de tener clara mi respuesta.

—Acepto —digo finalmente.

Dahlia abre mucho los ojos, sorprendida. Ella tampoco se lo esperaba.

—No lo decía en serio. Si no quieres...

La interrumpo dejando un billete que cubre con creces la cuenta y la cojo del brazo para guiarla entre la multitud.

—Vamos, sé adónde podemos ir.

Mientras caminamos, mis dedos acaban encontrando los suyos. Como siempre.

Capítulo 57

Ethan

El navegador de mi móvil nos lleva al único estudio de tatuajes abierto a medianoche. El local es oscuro y la entrada, un pasillo largo y tenebroso, con sus paredes totalmente cubiertas por grafitis y pegatinas hasta no quedar ni rastro de la pintura original, pero la decoración es una pasada. Por la forma en que Dahlia se arrima a mi brazo, no parece pensar lo mismo.

—No sé si esto es una buena idea.

—¿Te estás rajando? Creía que el del reto era yo.

—Este sitio me da mala espina, ¿tendrá todos los controles en regla?

—Venga, flor, es el único al que podemos venir sin cita. Además, me va a salir baratísimo.

—Lo que te va a salir es una infección.

Nos recibe un tío que debe de ser tan solo un par de años mayor que nosotros, con el pelo rapado casi al cero y una barba larga que llega a la parte baja de su cuello. Tiene todo el cuerpo cubierto de tatuajes, incluso con camiseta y pantalones de deporte enseña más tinta que piel. Pero, joder, son impresionantes.

—Buenas noches, chicos. —Echo un vistazo rápido al local y veo que está vacío. Agradezco que podamos estar solos sin preocuparnos de miradas indiscretas sobre esta locura—. ¡No puedo creer que estés aquí! Soy un gran fan.

—Gracias, tío. —Le tiendo la mano a modo de saludo.

—Hablaba con Dahlia. —Igualmente, responde a mi apretón. Veo cómo ella se ríe por lo bajo—. Ese desfile... guau, tengo pensado tatuarme algo sobre eso.

Los dos intercambiamos una mirada entre divertida y alarmada. Aunque, bueno, el tío tiene tatuada la cara de las Kardashian en su hombro izquierdo.

—Venimos a hacer varios tatuajes.

—¿Los dos? —pregunta él, entusiasmado.

—No, solo yo —aclaro. Me giro hacia Dahlia, que sigue ligeramente escondida detrás de mí, pegada a mi espalda, pero más relajada—. Ella escogerá uno de ellos.

—Sé buena con el chaval.

—Ya veremos.

Con ese comentario, la dirige hacia la zona en donde guarda muchos álbumes con diseños típicos, así como otros originales. Dahlia se pone a echarles un vistazo, me pregunto qué tendrá en mente para mí.

—¿Cuáles son los otros tatuajes que quieres hacerte?

Le cuento mis ideas, pero quiero que sea él quien las dibuje y le dé su toque personal. Es otro de los encantos que busco con todo esto. En cada viaje, me hago un tatuaje; de esta manera, mi cuerpo se ha convertido en una especie de tienda de recuerdos con vida propia. Y, por eso, también me gusta que sean artistas de distintas partes del mundo para así conservar un poco más la esencia de cada viaje.

El sonido de la aguja no me asusta, tampoco lo hace la tinta clavándose en mi brazo y tiñendo mi piel. Todos son dibujos pequeños y sencillos que decido colocar en el mismo brazo.

Una carta de póker negra.

Un pez que se parece a un atún.

Un helado de pistacho.

Un globo aerostático.

La Torre Eiffel en miniatura.

Tenía las ideas bastante claras con todos ellos, había tenido tiempo para pensarlo y creo que todos representan muy bien cada uno de los destinos de este viaje.

Entonces, cuando miro a Dahlia seguir ojeando los álbumes, me doy cuenta de que todos los tatuajes están relacionados con ella y momentos que hemos pasado juntos. Percatarme de que, en cierto modo, la llevo en la piel no me asusta tanto como debería. Tal vez porque, de alguna forma, ya ha logrado colarse sin necesidad de tinta.

—Flor, no es por meter prisa, pero cierran al amanecer —digo, aún tumbado en la camilla viendo cómo la pelinegra se mueve de un lado al otro, indecisa. Es la cuarta vez que mira el mismo libro de diseños.

—¡Es muy difícil! Quiero que te guste.

—Me gustará, no te preocupes.

Aunque, en realidad, no tengo garantías. La chica podría decidir tatuarme el escudo de los Chicago Bears (otro equipo de la NFL que ha hecho pedazos al mío en varias ocasiones) y probablemente seguiría aceptando con tal de cumplir con el reto.

Siempre llevo el juego de «Verdad o atrevimiento» demasiado lejos.

—¿Cuántos tatuajes tienes?

—He perdido la cuenta.

Mi primer tatuaje fue antes de los viajes.

—¿Por qué te los haces?

—Me gustan y, de algún modo, quiero contar algo. Todos tienen un significado.

—¿Y esa carita sonriente?

—Bueno, casi todos. Ese creo que me lo hice borracho.

—¿Te arrepientes de alguno?

—No —respondo, contundente—. Algunos me gustan más y otros menos, pero todos significaban algo cuando decidí hacérmelos, fuera bueno o malo. Algo que fue importante en algún momento, lo suficiente para querer llevarlo en la piel y recordarlo, no creo que sea nunca un error, aunque ahora ya no lo sea tanto. Es un recordatorio de mi historia y de cómo he llegado adonde estoy.

Ella me escucha con atención, su mirada puesta en mí mientras que mis ojos se desvían hacia una parte de mi antebrazo en donde hay dibujada una rosa de los vientos que, en vez de señalar los puntos cardinales en cada una de las puntas, tiene las iniciales: «A», «A», «T», «B». Los que durante mucho tiempo habían sido mis puntos cardinales, mi guía.

Ese fue mi primer tatuaje.

Mi corazón se encoge; siento que me lo he hecho en otra vida y, en realidad, así ha sido.

—¡Tengo una idea! —grita Dahlia de pronto, lo que consigue sacarme de mis pensamientos.

Levanta los brazos victoriosa y se pone a dibujar en un papel arrugado que encuentra sobre la mesa.

—¿Podrías hacer algo así? Mejor dibujado. —Se lo enseña al tatuador, que, cuando lo ve, abre mucho los ojos.

—¿Lo has hecho ahora mismo? —Ella asiente con la cabeza—. Es un gran diseño, creo que si le ponemos...

—Lo quiero tal cual, no cambies nada.

—¿Estás seguro? Ni siquiera lo has visto.

—Confío en ti, flor.

Noto cómo Dahlia observa cada uno de mis movimientos, su mirada se detiene sobre mi torso desnudo y yo disfruto de su atención cada uno de esos segundos. Me muerdo el labio para no sonreír.

He decidido que esta vez me tatuaré en la zona de las costillas, una que permanece casi desnuda de tinta. No me ha importado que el dueño me haya dicho que me dolerá.

Cierro los ojos durante el proceso y aprieto la mandíbula con cada pinchazo. Dahlia me agarra la mano mientras observa con atención el diseño.

—Ya está listo.

Me levanto tan rápido que incluso me mareo. Me dirijo hasta el enorme espejo de la pared dispuesto a ver mi nuevo tatuaje. Clavo los ojos en él y ya no puedo apartarlos. Me quedo en silencio.

—Si no te gusta, puedes decirlo. —Yo no respondo, no tengo palabras—. Oh, Dios, no te gusta, ¿verdad? Lo siento, me ha parecido una buena idea... Te pagaré el láser para borrarlo. Se puede borrar, ¿no?

Es gracioso ver a Dahlia balbucear nerviosa, pero mis ojos siguen puestos en la zona enrojecida en donde hay un nuevo fragmento de historia.

Es un dibujo pequeño, una línea fina con la forma de un cuerpo humano, diminutos trazos irregulares se originan de una parte a otra de la silueta, como si fueran...

Grietas.

Y a través de ellas, unos sutiles rayos de luz entran al interior de la figura, donde crece un tallo con dos hojas diminutas.

Las grietas solo aparecen si vivimos, y son la única forma que tenemos de que entre la luz. De crecer. Eso dice este tatuaje.

—Ethan, di algo, por favor.
—Es mi nuevo tatuaje favorito. Gracias, Dahlia.
Ahora sí que la llevo grabada en la piel y, joder, se siente increíble.

Capítulo 58

Dahlia

—¡Es tu turno para jugar! —grita Ethan, tratando de hacerse oír por encima de todo el ruido que hay a nuestro alrededor.

—¿Seguimos jugando?

Asiente con la cabeza.

Estamos sentados en una mesa elevada de un enorme bar que está abarrotado. Sus paredes están cubiertas de letreros de neón con frases como CARPE DIEM y KEEP CALM AND GET DRUNK. Hay un gran número de mesas repartidas por todo el espacio, pero parecen no ser suficientes; mucha gente está de pie en la barra tomando una copa.

La música es buena, o eso creo; lo cierto es que la mayoría de las canciones son en español y no las conozco, pero el ambiente es electrizante.

—Verdad —respondo, también gritando.

—Ya has elegido verdad antes, te toca atrevimiento.

—Si no tenía opción, entonces ¿por qué me preguntas?

Ethan me muestra una sonrisa sin dientes mientras se inclina contra el respaldo de su silla. Por alguna razón, cada uno de sus movimientos me resulta sexy. Siendo sinceros, lleva desprendiendo sensualidad desde que hemos salido del hotel. Ni siquiera puedo echarle la culpa a la sangría que se empeña en continuar pidiendo y

yo ya he asumido que, si me quiero mantener en pie, no puedo seguir su ritmo.

Pero, a pesar del alcohol que circula por nuestras venas, los dos estamos muy despiertos ahora mismo.

—Te reto a bailar aquí y ahora en cuanto empiece a sonar la siguiente canción.

El corazón se me acelera. Ethan sabe perfectamente lo que está haciendo, ha puesto mi confesión anterior en mi contra.

—Podrían reconocerme.

—Pues que disfruten del espectáculo, ¿no? —Como siempre, tiene respuesta para todo.

Suena la siguiente canción, pero yo no muevo ni un músculo. Doy un nuevo sorbo a mi copa mientras siento la mirada de Ethan clavada en mí, que sonríe paciente.

—¡Hola! ¡Qué fuerte, sois vosotros de verdad! —Un grupo de chicos se acerca a nuestra mesa—. ¿Podemos sacarnos un selfi?

Cuando ya tienen la foto, se alejan entre risas y saltos de emoción a la mesa de al lado.

—No tienes agallas —dice Ethan, retomando nuestra conversación.

Sé que busca picarme. Lo consigue.

—¿Eso crees?

Normalmente, mantengo el control, pero, cuando tengo a Ethan cerca, mis sentidos parecen dispersarse. Más bien concentrarse en un único objetivo —que es él—, haciéndome ignorar todo lo demás.

En ese momento, uno de los chicos del grupo anterior se acerca de nuevo a nosotros; lleva una cerveza en la mano y una camiseta de un equipo de fútbol que no conozco.

—Perdón por interrumpir otra vez. Estábamos escuchando vuestra conversación. —Habla inglés con un marcado acento español y

tengo que esforzarme para oírlo cuando dice—: En España no decimos «Acepto el reto», nosotros decimos «Sujétame el cubata».

No entiendo la mitad de lo que dice, pero señala su jarra de cerveza y me hago una idea. Creo. Los últimos acordes de la canción que sonaba hasta ahora empiezan a disiparse, dando paso a una nueva.

Miro a Ethan decidida cuando digo:

—Sujétame el cubata.

No sé si lo he dicho bien. Él arruga el entrecejo, sé que no ha entendido nada.

Sin darme tiempo a arrepentirme, me pongo de pie de un salto y levanto los brazos. Veo cómo Ethan abre mucho los ojos y se inclina sobre la mesa. A pesar del ruido, juro que puedo oír su risa y cómo grita mi nombre. Lo hace de la misma forma que en el desfile de París.

Comienzo a moverme al ritmo de la música que retumba en cada rincón del bar, voy haciendo un recorrido por todas las mesas sin parar de bailar y girar sobre mí misma. Enseguida me acompañan las palmas de gente a mi alrededor, varias personas incluso se unen a mí en el centro del local.

Consigo olvidarme de todo, me centro solo en la canción y en los movimientos de mi cuerpo. Y me siento bien, libre. No recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí así, si lo he hecho alguna vez.

Sé que todo el mundo me está mirando, pero, por primera vez, no me importa. Porque, por encima de todas esas miradas, está la suya. Unos ojos azules como un mar embravecido que tiene la misma fuerza que ahora golpea mi corazón.

Su atención está puesta en mí y en cada uno de mis pasos. La disfruto, incluso confieso que me contoneo más de la cuenta solo porque él está mirando. Mis ojos se encuentran con los suyos sin

esfuerzo, como si no necesitara saber dónde está en cada instante en una habitación, porque mi cuerpo siente su presencia y siempre se encarga de dar con él. Creo que es la primera vez que soy consciente de ello.

Está acabando la canción y no quiero que eso suceda. Extiendo el brazo para señalar a Ethan, que sigue sentado en la misma posición, con mi dedo índice. Lo doblo en mi dirección para decirle que venga hacia mí. Él obedece. Yo también ayudo a acortar la distancia. De repente, estamos cara a cara, nuestras frentes casi rozándose.

Si uno de los dos diera un paso adelante, podríamos besarnos.

Rodeo sus grandes manos con mis dedos y él hace lo mismo. Los dos comenzamos a movernos al ritmo de la música. No sé cuándo ha terminado la canción y empezado la siguiente, o puede que ya llevemos un repertorio entero, pero me parece insuficiente. Quiero más. Quiero bailar hasta el amanecer y durante el resto del día siguiente, quiero tener siempre nuestras manos entrelazadas mientras caminamos, quiero que siga rodeando mis caderas y apartando mi pelo a un lado para dejar mi cuello al descubierto. Quiero que me mire a mí y a mis grietas y sonría. Quiero...

Con cada canción, vamos acortando distancias. Me doy cuenta al poder distinguir con claridad su olor a cedro y toque cítrico y fresco que me recuerda al océano. Estamos muy juntos. Mi piel arde en todos los puntos en los que nuestros cuerpos están rozándose y aún más en aquellos que no.

Necesito más. Lo necesito a él.

Y es una locura por muchas razones. La primera, porque, sea lo que sea esto, no es verdad, y la segunda, que tiene fecha de caducidad.

Pero tal vez es el ambiente o la sangría corriendo por mis venas que me da la valentía de poner en palabras mis pensamientos, pero

no la suficiente para hacerlo en nuestro propio idioma.

—Quiero que vuelvas a besarme —digo en español. No me molesto en gritar, sé que no va a entenderme de todas formas. Se le dan fatal los idiomas. Pero necesitaba soltarlo para no volverme loca, si no lo estaba ya.

Ethan se queda mirándome unos segundos, seguramente tratando de descifrar lo que he dicho, sin éxito. Cuando se inclina, pienso que lo hace buscando una pregunta. Pero tiene una respuesta:

—Se pide por favor —responde, también en español. Abro los ojos como platos, mis mejillas empiezan a arder, pero no puede verlo porque sus labios siguen pegados a mi oído. Lo siguiente, lo dice en inglés—: ¿Qué pasa, flor? No eres la única que ha aprendido un poco de español esta vez.

Mi corazón va muy deprisa y golpea con tanta fuerza que tengo miedo de que puedan oírlo en todos los rincones del local.

Debería sentir vergüenza al ser descubierta, pero no soy capaz de sentirla, no cuando mi cuerpo sigue tan pegado al suyo. He derribado todos mis muros para quedar expuesta frente a él y no tengo miedo. Quiero que él me vea.

—¿Vas a hacerlo?

—¿Tú qué crees?

«Estamos fingiendo para el resto del mundo, no pasa nada por fingir también para nosotros mismos». No paro de repetirme esas palabras, porque necesito creerlas.

Solo esta noche, deseo con todas mis fuerzas que rompa el espacio entre nosotros.

Solo esta noche.

Capítulo 59

Ethan

Es una idea terrible, pero no puede importarme menos en este momento.

Sin aguantarlo más, rompo la distancia que nos separa y estampo mi boca contra la suya. Es como si estallase un puto volcán, como si estallase el universo entero. Entonces, por mi cabeza se suceden dos únicos pensamientos:

1. Sus labios tienen el sabor más dulce que he probado en mi vida.
2. No hay ningún otro lugar en el que desearía estar.

Solo esta noche.

Capítulo 60

Dahlia

Sabía el sabor que tendrían los labios de Ethan incluso antes de que su boca impactase hambrienta contra la mía. Llevaba queriendo volver a probarlos desde nuestro primer —único— beso. Ese que no me he podido sacar de la cabeza.

Pero ni mi imaginación desatada de los últimos días habría podido prepararme para la explosión que se desata cuando rompe por fin la distancia y nos besamos.

Nuestros labios se juntan y nuestras lenguas se abren paso para enrollarse, como si fueran viejas compañeras con ganas de ponerse al día.

Creo que se me escapa un gemido cuando lo saboreo, o puede que sea Ethan cuando tiro ligeramente de su cabello, pero hace que me tiemblen las piernas.

Todavía conserva el aroma de la sangría entremezclado con la calidez de su aliento y sabe a pasión y ganas contenidas.

Creo que nunca me han besado así, urgente, visceral. Como si se estuviera ahogando y yo fuera el último resquicio de aire. Me atrae más hacia él y absorbe; yo también lo reclamo y nuestros centros colisionan provocando una descarga de placer que me recorre el cuerpo.

No me importa que estemos enrollándonos en medio de un garito cutre, no me importa que haya gente mirándonos. Ahora mismo,

solo me importa que Ethan siga besándome y sus brazos me sostengan para no caer al vacío.

Pero tengo ganas de salir de aquí. Por otras razones.

Tardamos una eternidad en regresar al hotel, solo porque nos paramos en cada esquina para volver a tocarnos, nuestras lenguas moviéndose a la par, dispuestas a continuar el baile que hemos dejado a medias en el local. No quiero que mi boca pierda su sabor ni que de mi piel desaparezca su aroma.

Llegamos a la habitación entre pasos torpes y besos húmedos. Su camiseta es lo primero en caer al suelo. Deslizo mis manos por cada centímetro de sus brazos y torso desnudos, recorriendo los tatuajes que le he visto hace un rato en el estudio y que ahora me muero de ganas por besar. Mis dedos rozan con cuidado el más reciente en la zona alta de las costillas, protegido por un plástico brillante. Noto cómo Ethan se estremece y sus labios abandonan los míos para bajar hasta mi cuello y humedecerlo a través de un reguero de besos. No puedo evitar que se me escape otro gemido cuando desciende todavía más y comienza a desabotonar el mono.

—Esto fuera. Ya.

Y con eso, también cae al suelo, dejándome expuesta con tan solo mi conjunto de ropa interior, que tampoco deja mucho lugar a la imaginación. Doy gracias por mi elección de vestuario al ver la forma en la que Ethan reacciona. Sus pupilas se dilatan hasta que casi no queda rastro de ese color azul. Es una mirada salvaje, cargada de deseo. Por primera vez desde que hemos entrado en la habitación, sus ojos se encuentran con los míos para luego recorrer cada centímetro de mi piel de arriba abajo. Dos veces, como si una nunca fuera suficiente.

Siempre se detiene para mirarme.

—Joder, eres preciosa.

Y esta vez no solo me atrae hacia él para volver a besarme, sino que me levanta del suelo sin esfuerzo y me sostiene contra la pared más cercana... y contra él. Mis piernas rodean su cintura y puedo sentir cada parte de su largo y perfecto cuerpo presionando el mío. Cada. Parte.

El modo en que siento su erección palpitante a través de los vaqueros hace que gima y me lance a su cuello para lamerlo.

Ethan no puede contener el gruñido de satisfacción cuando se deshace sin cuidado de mi sujetador y cubre uno de mis pezones con su lengua cálida y húmeda, y me hace perder la cabeza cuando chupa y succiona. Mi respuesta se basa en tirones a su cabello rubio mientras me revuelvo e inclino mis caderas en su dirección, buscando la cercanía de nuestros miembros.

—Así vas a matarme, flor.

—Entonces llévame a la cama.

Sin mediar palabra y sin parar de besarme, camina a trompicones hasta el colchón sobre el que nos deja caer, su cuerpo presionando el mío.

Introduzco las manos en el espacio entre nosotros con un único objetivo, pero cuando por fin alcanzan el botón de sus pantalones, se mueve sacándolo de mi alcance. Entonces rompe el contacto entre nuestros labios y veo que se pone de rodillas a los pies de la cama. Sus brazos sujetan con firmeza mis caderas y tira de mí hacia sí, llevándome al límite. Metafóricamente y en sentido figurado, casi me hace caer del colchón. No tengo tiempo para recuperarme, pues enseguida noto los dedos de Ethan acariciando mis piernas y abriéndose paso entre ellas, cada vez más cerca de...

—Joder, flor, estás muy mojada.

Juega con la goma de mis bragas hasta que parece perder la paciencia y se deshace de ellas con un único tirón. Creo que las

rompe. No puede importarme menos.

—Abre las piernas para mí, Dahlia.

Tiemblo como cada vez que oigo mi nombre salir de su boca, pero obedezco y él empieza a depositar besos en la parte interior de mis muslos, cada cual más húmedo que el anterior. Cuando sus labios se acercan a ese punto concreto, se me escapa un jadeo tembloroso.

—Quiero comerte entera, cariño. Déjame darte placer.

Mi respuesta es abrir más las piernas y la suya, meter la cabeza entre ellas. Antes de que pueda reaccionar, una descarga eléctrica me atraviesa por dentro, haciéndome temblar.

La boca de Ethan se introduce de lleno y devora mi centro, hambriento. Me come, me lame, me muerde. Los movimientos de su lengua acariciando mi clítoris amenazan con hacerme perder la cabeza y provocan que todo mi cuerpo hormiguee.

Inclino la cabeza para encontrarme su cara metida entre mis piernas, sus rizos rubios revueltos y sus dedos apretando con fuerza mi culo mientras me aprisiona contra su boca. Esa imagen me produce un remolino de placer que, por un segundo, temo ser incapaz de controlar. Se vuelve peor cuando separa la cabeza solo para mirarme y esbozar una sonrisa maliciosa que me derrite y provoca que mi cuerpo no responda.

Joder. Me parece que nunca he estado tan excitada como ahora mismo.

—Eso es, córrete en mi boca, flor. Quiero probarte.

Eso es lo único que necesito para terminar de perder el control. Con Ethan es fácil.

Con él, me olvido de las barreras; conoce mis grietas y no tiene miedo de lo que puede haber debajo. Ya lo ha visto todo, se lo he mostrado todo y aun así... está aquí.

El orgasmo llega tan rápido que soy incapaz de contenerlo, mi cuerpo arde ante la oleada de placer que me desborda. Siento que podría deshacerme en este instante.

Necesito unos segundos para recuperarme, me retuerzo por los resquicios de esta sensación que todavía recorre cada fibra nerviosa.

—Te dije que te sorprendería. —Antes de cerrar los ojos, veo a Ethan relamerse los labios con restos de mí en ellos y tengo que apretar las piernas.

Puede que sea lo más sexy que he visto en mi vida. Un sentimiento de necesidad vuelve a apoderarse de mí y en este momento creo que podría volver a correrme.

Rememoro nuestra conversación en Miami, hace mucho tiempo. En otra ocasión, no dejaría su orgullo impune con tanta facilidad, pero estoy más que satisfecha, dispuesta a devolverle el favor. Ethan ya se ha deshecho de los pantalones, lo que me deja una única barrera. Me pongo de rodillas sobre la cama y tiro de la goma de su bóxer hacia abajo, liberando su miembro necesitado, que se siente duro y palpitante entre mis manos. Joder, está bien dotado incluso aquí abajo. Si no fuera porque voy a aprovecharme, creo que me enfadaría. Me lanzo hacia él para que mis labios puedan sentirlo y saborearlo, pero Ethan me detiene.

—Por mucho que sueñe con tu boca sobre mi polla, esto no va a acabarse así. Esta noche, no. Necesito estar dentro de ti.

«Esta noche». En mi cabeza resuenan todas las alarmas que me advierten sobre las razones por las que esto no es una buena idea... decido acallarlas. Porque, ahora mismo, lo necesito. Esto todavía no ha terminado y yo necesito más.

Caigo de espaldas sobre la cama por el impulso de sus labios contra los míos. Nuestros cuerpos se amoldan al contacto, mis piernas se enredan entre las suyas y sus manos recorren cada

centímetro de mi pecho. No hay un solo lugar en el que no lo sienta ahora mismo. Encajamos a la perfección.

—Condón —logro balbucear con la poca cordura que me queda cuando su erección se coloca en mi entrada y se frota entera contra mí.

—¿Cómo te sientes si saco uno del pantalón ahora mismo? —Veo cómo se inclina para levantar sus vaqueros del suelo, cogerlo y volver a tirarlos sin cuidado.

—Agradecida.

—No es que lo pusiera ahí porque esperase algo de ti, pero uno siempre tiene que estar preparado. —Muerde el plástico, rasgando el envoltorio—. Tampoco es que pensara acostarme con nadie esta noche, me refiero en general...

Su voz es entrecortada y yo estaba perdiendo la cabeza.

—Ethan —lo interrumpo, poniendo un dedo sobre sus labios—, cállate, ponte el puto condón y fóllame.

—A mandar.

Desliza el látex por su larga erección al tiempo que sus abdominales se contraen. Nunca había imaginado que algo tan rutinario pudiera resultar tan atractivo.

Cuando está listo, se deja caer sobre mí, apoya los brazos a ambos lados de mi cuerpo, baja dolorosamente lento hacia mis labios y se coloca de nuevo entre mis piernas.

Entonces —por fin— vuelve a devorarme. Nunca me han besado así, con tanto dominio y confianza, como si hacerlo fuera tan fácil como respirar y, al mismo tiempo, puro instinto de supervivencia.

—Quiero mirarte mientras lo hacemos —susurra cerca de mis labios.

Solo puedo asentir mientras trago saliva junto a la intensidad que desprenden sus palabras. Me obligo a mantener los ojos abiertos

cuando su pene se introduce en mí despacio, a pesar de que mis impulsos me ruegan que aparte la mirada. Porque lo que me encuentro detrás del color azul de sus iris me hace darme cuenta de hasta qué punto lo deseo ahora mismo. Lo que complica las cosas, y mucho.

Cada embestida es más salvaje que la anterior y se siente realmente bien. Me muerde el labio inferior entre beso y beso, él gruñe y yo gimo por encima del sonido de nuestros cuerpos chocando a un ritmo acompasado, empujándome con fuerza y hundiéndonos en el colchón. En ningún momento deja de mirarme. Y me quema.

Me quema tanto como el nuevo orgasmo que siento a punto de atravesarme. Él también lo sabe. Y cuando cuela su mano entre nuestros cuerpos y acaricia mi clítoris de esa forma, no puedo contenerlo más.

Me corro. Arqueo la espalda y entre jadeos y espasmos trato de recuperar el aliento. Él también está cerca, lo noto por el modo en que acelera el ritmo, así que lo ayudo a llegar al clímax que a mí me envuelve rodeando de nuevo sus caderas entre mis piernas, apretándonos más y acompañando los movimientos de su cuerpo con el mío.

Arremete con más fuerza y con la última embestida acaba por llenar cada centímetro de mí misma, entonces suelta un gemido tan profundo y ronco que se instaura en cada poro de mi piel.

—Ven aquí.

Atrapo sus mejillas entre mis manos y lo atraigo hacia mí, buscando sus labios. He cumplido, no he dejado de mirarlo, pero ahora cierro los ojos. Porque así resulta más fácil fingir que no me da miedo lo que estoy sintiendo y que la posibilidad de que él no sienta lo mismo no me aterroriza.

Vuelve a posar una última vez su boca contra la mía, antes de caernos rendidos. El beso es lento, casi inocente y sabe muy dulce. Nuestros labios permanecen sellados y nuestros cuerpos unidos, el suyo todavía dentro de mí.

Tengo la ridícula sensación de estar completa.

Entonces siento mi cuerpo pesado y cómo el sueño se va apoderando de mí. Ethan tiene los ojos cerrados, pero sé que no está dormido porque sus dedos siguen acariciando mi espalda. Nos quedamos así un buen rato, sin decir nada, acompasando nuestras respiraciones y calmando el pulso cardíaco.

Creía que con una vez sería suficiente. Que esta noche serviría para saciar de una vez por todas el hambre que habíamos estado reprimiendo. Pero es como seguir echando leña a un fuego que, lejos de extinguirse, lo está quemando todo a su paso.

Está lejos de ser suficiente. Y empiezo a darme cuenta de que, con Ethan, nada lo es.



No me había sentido así desde hace mucho tiempo. Para ser sincera, no creo que lo haya sentido nunca.

Estoy durmiendo y siento mis músculos doloridos, en el buen sentido, mientras una sensación cálida y familiar me recorre por dentro, con la certeza de que el cuerpo de Ethan, abrazándome por la espalda, está protegiendo mis sueños.

Esta noche no tengo pesadillas, es un sueño bonito.

Sueño que me despierto todavía entre sus brazos, respirando su olor, me giro sobre mí misma para encontrarme con sus ojos y sus labios me reciben como si me hubieran echado de menos en este

tiempo. Mucho de menos. El beso se vuelve más profundo, igual que los que compartimos anoche. Me susurra al oído cosas guarras y cosas bonitas y, entre todas ellas, dos palabras que me hacen temblar. Me dice...

Un ruido agudo inunda de repente toda la habitación, haciendo que me despierte de golpe. Estamos en lados opuestos de la cama, el único contacto son nuestros pies enredados. Los dos nos sobresaltamos ante ese sonido monótono y enloquecedor, más si estás luchando contra una resaca de varias jarras de sangría. Ethan incluso da un salto en el colchón mientras yo me cubro la cara con la almohada.

—¿Puede alguien apagar el sol? —digo con mi cara pegada contra el cojín, no sé si me entiende siquiera.

—Yo me conformo con apagar esa puta alarma —responde él.

Entonces soy consciente de ello. El pitido para y da lugar a otro sonido, empiezo a distinguir los acordes de mi canción favorita. Es mi despertador, programado todos los días a las... siete de la mañana. Hemos dormido un total de ¡dos horas!

—¡Lo siento! —digo, me revuelvo sobre la cama, pero soy incapaz de abandonar el tacto suave de las sábanas.

Además, estoy desnuda. Aunque después de anoche supongo que eso no importa demasiado. Tampoco el hecho de que ahora compartamos cama.

Todos esos pensamientos aparecen con tanta rapidez que me provocan una sensación de vértigo y dolor de cabeza peor que el de la resaca.

—Ya voy yo —dice Ethan, su voz es algo parecido a un gruñido, y se levanta del colchón. Él también está desnudo.

Me permito disfrutar de las vistas: su piel morena por el sol parece brillar más, acentuando el rubio de su pelo. La irritación en las zonas

de los nuevos tatuajes de sus brazos casi ha desaparecido. Mis ojos descienden un poco más para encontrarme con un abdomen marcado y su pene erguido.

En el camino, se tropieza con todas las prendas de ropa que dejamos tiradas a nuestro paso anoche... o hace unas horas. Pero entonces, cuando logra alcanzar el teléfono, en lugar de apagarlo, sube el volumen. Se pone a cantar a todo pulmón y a bailar.

—Llevas torturándome bailando esta canción todas las mañanas en ropa interior, ahora quiero verte bailarla desnuda, flor.

Me río, incrédula, cuando me tiende la mano y yo la tomo. Nos ponemos a bailar como en el bar, juntos y desinhibidos, dando saltos y robándonos besos. En uno de ellos, me levanta en volandas y me lleva de vuelta a la cama. No ha terminado la canción para cuando vuelvo a tenerlo dentro de mí.

Capítulo 61

Ethan

> **Papá:** Ya no queda nada
> para que vuelvas a casa, hijo.

Al parecer, el plan de las gorras y las gafas de camuflaje no resulta ser tan mala idea. Logramos pasar desapercibidos la mayor parte del día siguiente mientras disfrutamos de Barcelona, hablamos, caminamos de la mano, compartimos risas y nos robamos besos.

Aunque nos mantenemos a salvo la mayor parte del tiempo en espacios cerrados, sobre todo en nuestra habitación. Por seguridad, claro.

Sentir a Dahlia correrse mientras estoy dentro de ella es una ventaja colateral que estoy disfrutando demasiado.

Ya no me esfuerzo en mentirme a mí mismo diciendo que será la última vez. No cuando sus labios esbozan una sonrisa de suficiencia al ver cómo reacciono a su contacto, o cuando me mira fijamente con esos grandes ojos oscuros.

Sea lo que sea lo que estamos haciendo, hemos cruzado todos los límites. No necesito una nueva regla en nuestra servilleta para advertirme de que esto no acabará bien. Porque esto va a acabar. Punto.

Pero ese es el segundo pensamiento que me invade al despertarme, el primero es lo jodidamente bien que se siente su

cuerpo contra el mío. La estoy abrazando por la espalda, mis brazos rodean su cintura y mi polla está más que despierta contra su increíble culo. Toda la cama huele a ella y yo siento que podría quedarme a vivir aquí ahora mismo. Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien.

Disfruto de los rayos de sol que se cuelan por la ventana y su calidez sobre mi piel...

«Espera».

El sol.

Me he dormido.

—Mierda. —Me levanto rápidamente y me pongo unos calzoncillos. Me asomo a la ventana solo para comprobar que me lo he perdido.

—Ethan, vuelve a la cama, todavía es temprano —oigo la voz adormecida de Dahlia. Me sorprende lo íntima que suena y cómo eso me hace sonreír.

Me dejo caer en el sofá y me quedo mirando a un punto muerto. He estado sacrificando horas de sueño y entrenando mi reloj biológico para poder despertarme todos los días antes del amanecer, pero la locura de los últimos días y la intensidad de este sentimiento me han desestabilizado.

No puedo fallar. Solo me quedan dos días y todavía no he logrado encontrarlo. He desaprovechado una oportunidad que ni siquiera podía permitirme perder.

Estoy tan absorto en mis pensamientos que no me doy cuenta de que Dahlia se ha levantado y ahora está sentada a mi lado.

—¿Qué pasa?

—Me he perdido el amanecer. Es uno de los últimos que podré ver aquí y me he dormido.

Dicho en voz alta, suena estúpido. Si ella lo piensa, no dice nada.

—¿Por qué te importa tanto?

Respiro hondo. Y entonces le confieso otra de las cosas que no le he contado a nadie.

—*El rayo verde* es uno de los libros favoritos de Andrew; es una novela de Julio Verne que trata sobre unos personajes que van en su busca. Al parecer, es un fenómeno óptico de los primeros y últimos rayos del sol. No ha querido contarme el final, así que no sé si lo encuentran o no. Pero Andrew quería hacerlo. Cuando planeamos irnos de viaje hizo una lista de las cosas que haría. La primera de ellas era encontrar el rayo verde.

—¿Por eso quieres verlo?

—Pensé que, si lograba encontrarlo, podría llevarlo algún día a ese lugar para que también pudiera verlo y tacharlo de su lista.

Dahlia desliza sus dedos sobre mi torso desnudo siguiendo movimientos circulares. Su contacto me afecta de una manera que todavía no soy capaz de comprender, pero esta vez no hay deseo en ello. Lejos de ser seductor, su tacto resulta reconfortante y es lo que necesito ahora mismo.

—¿Sabes? Yo he leído el libro. Sé qué significa ver el rayo verde.

Me giro para mirarla. Tiene el cabello despeinado y sutiles ojeras. Está preciosa.

—Dime si al final lo encuentran. No, mejor no me lo digas. —Dahlia se muerde el labio para disimular una sonrisa—. No lo encuentran, ¿verdad?

—Mis labios están sellados.

Me inclino hacia atrás en el sofá, mis brazos apoyados a ambos lados del respaldo, el izquierdo rodea la espalda de Dahlia a unos centímetros de distancia.

—No creo que exista siquiera —confieso en un susurro.

—Sí lo crees, si no no te levantarías todos los días para buscarlo.

—¿Te parece una tontería?

—Has hecho cosas peores. —Dahlia se encoge de hombros y apoya su cabeza en uno de los míos—. Espero que lo encuentres.

Yo también lo espero.



—He ganado. Otra vez.

Posa su juego de cartas sobre el colchón para que las vea. Escalera de color. «Mierda».

—¿Cómo...? —Es la cuarta partida consecutiva que gana—. Tienes que estar haciendo trampas.

—No odies al jugador, odia el juego. A pagar.

El calor en la ciudad era sofocante, así que hemos decidido dar por terminadas nuestras excursiones del día, refugiarnos en el aire acondicionado del hotel y practicar actividades más interesantes.

Dahlia ha propuesto echar una partida de póker (que ha ganado), yo la he retado a una revancha (que también ha ganado). Así que esto se ha convertido en una competición en toda regla en la que, en vez de fichas, apostamos prendas de ropa. El perdedor se deshace de una de cada vez. Me ha parecido una gran idea, especialmente al imaginarme a Dahlia desnuda. No me hace tanta gracia que ella esté prácticamente vestida —tan solo ha perdido una partida, por lo que se ha deshecho de sus zapatos— y yo prácticamente en pelotas.

—No tengo más ropa.

—Yo todavía veo una prenda. —Desliza la mirada hacia mis calzoncillos. La polla se me pone dura al instante al disfrutar de su atención.

—¿Quieres hacer los honores?

—Eres un creído —dice. Pero se coloca sobre las rodillas y se inclina hasta situarse a escasos centímetros.

Todo mi cuerpo se estremece cuando su mano acaricia mi miembro a través de la fina tela de los calzoncillos, muy despacio.

Tira suavemente de la goma y se me escapa un gruñido. Los movimientos de sus dedos sobre mí, esta vez sin barreras, hacen que me vuelva loco y me lance contra ella. Mis labios se estampan en los suyos y el impulso nos tira a ambos sobre el colchón.

Estoy encima de ella, pero me las arreglo para quitarle el vestido por la cabeza. Para mi sorpresa, no lleva ropa interior. Está completamente desnuda. Otro sonido gutural sale del fondo de mi garganta.

—Te había dado ventaja y no la has aprovechado —dice con ese tono de suficiencia que me vuelve loco.

La polla me palpita con tanta fuerza que estoy a punto de explotar.

—Vas a acabar conmigo, flor.

Ella sigue acariciando mi miembro cada vez a mayor velocidad, mis dedos bajan también para jugar en su zona íntima, preparada para mí. Pasamos así unos minutos, tocándonos, besándonos. No creo que vaya a resistir mucho más.

—Ethan. Condón. Ya. —Dahlia pone voz a mis pensamientos.

Hemos sido previsores. Ha sido lo primero que hemos comprado después de las gafas para ir de incógnito; las mías en forma de corazón las ha escogido ella. Para devolverle el favor, yo le he regalado unas bragas diminutas en las que pone I ❤️ BARCELONA AND CHURROS. Tenía que compensarle por las que le había roto.

No me arrepiento de nada.

—¿Dónde están?

—En el cajón. —Estiro mi cuerpo para lograr alcanzar el primer cajón de la mesita de noche y comienzo a palpar impaciente el interior en busca de una caja. Pero está vacío. Sigo buscando hasta que mis manos atrapan una bolsa que no es rectangular—. ¡No, ese no!

Pero ya es tarde, tengo el objeto entre mis manos y lo abro para saber qué es. La cara de Dahlia solo me provoca más curiosidad. No solo sus mejillas están rojas, sino el resto de su cara, y algo me dice que no es solo porque haya acabado de comerla entera.

Trago saliva sonoramente. Casi me atraganto. Si había creído que estaba excitado hasta ahora, estaba equivocado; un remolino de placer se desata haciendo que mi miembro tiemble.

Un puto vibrador. El mismo que yo le enseñé en nuestra primera cena en Miami. Pienso en cómo han cambiado las cosas desde entonces.

—¡Sabía que tenías uno!

—Vuelve a dejar eso ahí.

—Ni de coña —digo mientras pulso un botón y noto cómo vibra en mi mano.

—Me tienes aquí desnuda, suplicándote. ¿Podrías comportarte como un tío y pensar con la polla?

—Créeme, cariño, estoy pensando con la polla ahora mismo.

Si cree que voy a sentirme intimidado por un juguetito, está muy equivocada.

—La unión hace la fuerza y nosotros tres vamos a pasarlo muy pero que muy bien.

Dahlia se muerde el labio inferior y se remueve bajo mi cuerpo, expectante; yo no aguanto más y la beso. Somos una mezcla explosiva de saliva, sudor y orgasmos. Ella muerde el espacio entre mi cuello y mi clavícula porque sabe que me vuelve loco. Yo me

muevo con más fuerza dentro de ella, haciéndole saber cuánto la deseo. Los dos nos corremos al mismo tiempo. Varias veces.

Es el mejor polvo de mi vida.



Al día siguiente, vuelvo a quedarme dormido, pero Dahlia me despierta justo a tiempo de ver la salida del sol. Nos vestimos rápido, ella se pone una de mis camisas y tengo que luchar contra el impulso de arrastrarla de nuevo a la cama. Bajamos a la playa y nos sentamos sobre la arena húmeda, uno al lado del otro, muy juntos.

Hoy cogemos nuestro vuelo, aquel que nos llevará a casa, mi casa.

Es el último amanecer que voy a ver desde otra parte del globo, esta es mi última oportunidad de encontrarlo.

Dahlia sujeta mi mano, yo aprieto la suya con fuerza. No hay ningún rayo verde, pero, con ella entre mis brazos, me parece uno de los amaneceres más bonitos que he visto nunca.

Aprovechamos esas últimas horas para desayunar un chocolate con churros, pasear por la playa y meternos mano en cada esquina. Es una de las últimas veces en las que no viviré en una rutina, sin ser preso de un reloj ni responsabilidades.

Entonces me doy cuenta de que no solo echaré de menos esto, sino a ella. Y eso, de alguna forma, me acojona a niveles inimaginables, porque se supone que este último viaje debía servirme para tachar cosas de la lista y cumplir sueños, no crear otros nuevos. Y he hecho justo lo contrario.

No hago más que ganar cosas que perder y la mayor de ellas tiene los labios rojos, una piel muy suave y ha logrado que el jazmín

sea mi nuevo olor favorito.

Capítulo 62

Dahlia

—Respira, flor, estás blanca y todavía no hemos subido al avión.

Mi ansiedad aumenta por momentos y aún no han abierto la puerta de embarque. Todos los músculos de mi cuerpo están tensos sabiendo que mi miedo a las alturas tiene que enfrentarse de nuevo a un vuelo trasatlántico. Y eso son muchas horas. Pero, en esta ocasión, el vértigo no se debe solo a eso.

Este es el último vuelo que vamos a coger juntos.

Parece que ha pasado una eternidad desde la primera vez, cuando mis ojos se encontraron con los suyos en la terminal del aeropuerto y era la última persona a la que quería ver. Ahora es la última de la que quiero apartar la mirada.

Me he acostumbrado a esto, a una realidad que, en el fondo, no existe. Y la burbuja está a punto de romperse para devolvernos al mundo real, en donde Ethan y yo no somos nada.

—¿Has tomado las pastillas?

Niego con la cabeza. Estoy segura de que pagaré las consecuencias. Siempre trato de enfrentarme a este miedo, creyendo que en algún momento conseguiré que no me supere. Por ahora, no he tenido éxito. Hay veces que son peores que otras. Esta parece una de ellas, y aun así...

—No me gusta no tener el control —confieso.

—Ayer por la noche no parecía importarte.

Se me escapa una pequeña risa. Agradezco la distracción, aunque la imagen del cuerpo de Ethan sobre el mío en una posición que no había probado nunca provoca que se me acelere el pulso todavía más.

—Si las necesitas, tómalas. No eres menos valiente por hacerlo, Dahlia.

Sus palabras se clavan en mi pecho cuando respiro hondo. Porque todo el mundo me llama cobarde cuando se entera de que tengo miedo a algo tan banal como estar a unos metros de altura. No se me había ocurrido pensar que podía ser valiente, que busco serlo cada vez que me monto en un avión, hasta que Ethan me lo ha dicho.

Cuando abren las puertas de embarque, somos unos de los primeros en entrar. Ethan me da la mano mientras cruzamos la pasarela. Me distrae contándome chistes malos durante el despegue y, cuando la señal de los cinturones se apaga, se levanta y viene disparado a mi asiento. En primera clase, las cabinas son grandes, por lo que conseguimos acoplarnos con nuestras piernas enredadas, yo parcialmente subida a su regazo y con sus manos alrededor de mi cintura.

Entonces, no tengo tanto miedo. Noto cómo mi cuerpo se va relajando lentamente hasta que me cuesta mantener los ojos abiertos.

—Duérmete, flor. Yo te cuido —es lo último que oigo antes de quedarme profundamente dormida en sus brazos. Esta vez tampoco tengo pesadillas.



Me despierto con el olor a cedro y sándalo al que tanto me he acostumbrado. Estoy sentada en mi asiento, pero nuestras manos siguen entrelazadas y mi cabeza está apoyada sobre su hombro.

—Buenos días —dice Ethan, acariciándome la mejilla.

Me permito recrearme en nuestra cercanía y me revuelvo perezosamente. El resto del avión está en completo silencio.

—¿Cuánto falta? —pregunto, con tan solo un hilo de voz.

—Hemos llegado hace media hora —responde, como si nada. Entonces abro los ojos de golpe y me incorporo. A nuestro alrededor, todos los asientos están vacíos. Había dormido también durante el aterrizaje—. No quería despertarte, por fin estabas relajada y parecías estar descansando.

—Deberías haberlo hecho —protesto al tiempo que me incorporo y recoloco mi vestido negro, que se ha arrugado un poco.

—Créeme, necesitas todas las energías posibles para sobrevivir al día de hoy.

Cuatro de Julio. El Día de la Independencia es una fiesta nacional muy popular; muchas familias, pueblos enteros, se unen para celebrar el nacimiento de Estados Unidos. Solía disfrutar de ella cuando era pequeña; la casa de mis padres se llenaba de gente y por la noche disparábamos fuegos artificiales en el jardín. Cuando estaba sola, no la celebraba porque ¿qué sentido tiene hacerlo sin compañía? Con Wyatt, nos reuníamos con los miembros de su equipo de la NFL, pero, de nuevo, parecía más una excusa para emborracharse que una celebración, y debía aguantar miradas indiscretas y bromas de mal gusto sobre mis sesiones de fotos más atrevidas.

Ethan me ha invitado. Al parecer, en su pueblo celebran esta festividad por todo lo alto, así que no sé qué esperar.

—¿Cómo es que nos han dejado quedarnos aquí? —Me desabrocho el cinturón, que Ethan debe de haberme colocado cuando aún dormía profundamente.

—He prometido a las azafatas que podrían hacerse una foto contigo si nos dejaban estar un rato más.

Coge nuestro equipaje del compartimento superior y recorremos el pasillo del avión para salir. Justo en la entrada, nos encontramos con un grupo de azafatas que esperan pacientes con una sonrisa y sus manos entrelazadas. Como les ha prometido Ethan, me saco una foto con todas ellas, él es quien la hace. Nos acompañan todo el camino que dura la pasarela mientras comentan las actividades de nuestro viaje y algunos de nuestros vídeos. Una de ellas nos cuenta que se animará a hacer uno así con su chica el año que viene. Antes de despedirnos, dice:

—Hacéis una pareja preciosa.

Me obligo a esbozar una sonrisa. Cada una de esas palabras se clava en mí y deja un sabor amargo en mi boca.



Recogemos el coche de alquiler con retraso, así que apenas tengo tiempo de arreglarme y deshacerme de la sensación incómoda que me producen los vuelos largos, la piel seca y la ropa arrugada pegada a mi cuerpo.

Ethan no enciende el navegador, supongo que sabe el camino a su casa desde aquí. «Su casa». Todavía me resulta raro saber que voy a ver ese lugar que le pertenece. Al que él pertenece.

Bajo la visera parasol y utilizo el pequeño espejo para retocarme los ojos y dejar atrás los restos de cansancio que se ven tras ellos.

—Estás guapa —dice sin apartar la vista de la calzada.

—No estás mirándome.

—No necesito mirarte, Dahlia. Eres preciosa.

Siento un escalofrío, mi piel se eriza.

—Quiero causar buena impresión. Ya sabes que no suelo caer bien a la gente de primeras.

Y de verdad quiero gustarles. No sé realmente el motivo, porque esto terminará tan pronto como yo coja el siguiente vuelo, pero quiero hacerlo.

—Les caerás bien —me asegura.

—Menos mal que he elegido este vestido para el avión, no me has dado tiempo a cambiarme.

—Llegamos tarde. Además, eres la única persona que conozco que se pone un vestido ajustado para un vuelo de nueve horas.

Es un vestido negro que se ajusta perfectamente a todas mis curvas con unos tirantes finos de encaje del mismo color.

—¿No te gusta?

—Me gusta mucho, ese es el problema. Digamos que no hemos sido muy amigos cuando se escurría hacia arriba mientras te revolvías dormida encima de mí. He tenido que hacer uso de todo mi autocontrol para ser un caballero y aun así ha sido una tortura.

—Oh, ahí todavía no estaba dormida.

Entonces sí aparta la mirada de la calzada para mirarme con sus pupilas dilatadas. Yo disfruto de su reacción y me muerdo el labio inferior. Me gusta nuestro juego, puede que demasiado.

El paisaje se va volviendo más monótono, panorámicas limpias a ambos lados de una carretera en línea recta de la cual no veo el final. En algún momento durante el trayecto, su mano acaba descansando en mi pierna, sus dedos dibujan pequeños círculos en la parte baja de mi muslo.

—¿Qué debería esperarme al llegar a Holland?

Ethan se encoge de hombros.

—¿Qué esperas encontrar?

No estoy segura, pero aun así contesto lo primero que se me viene a la cabeza.

—Edificios de madera con carácter, gente montada a caballo calzada con botas de cowboy y música country resonando en todas partes.

—Somos un pueblo pequeño, no el viejo Oeste —dice serio, pero sonríe—. La gente no tiene caballos, las botas de cowboy están de moda ahora mismo, así que no deberíamos avergonzarnos de llevarlas, aunque no definiría a Holland como moderno, precisamente... En cuanto a la música country, sabemos la coreografía de «Hoedown Throwdown», de Hannah Montana.

—¿Es broma?

—Nunca bromeamos con Hannah Montana, pronto te darás cuenta.

Sigue hablándome del pueblo, de las casas de colores que forman el centro de esa pequeña ciudad (que sí son de madera), cómo la plaza es su lugar de reunión para todas las celebraciones, de los cientos de tulipanes que florecen en primavera y del lago que está cerca de su casa al que de pequeño iba a bañarse.

Estoy tan inmersa en sus historias que no me doy cuenta de que el coche se ha detenido en algo parecido a un aparcamiento. Frente a nosotros hay una casa de campo enorme de madera y piedra, tradicional y, al mismo tiempo, imponente. A unos cuantos metros distingo un cartel de madera clavado con un poste en el que hay grabado un nombre: ADAMS.

—Hogar, dulce hogar. —Siento un sabor amargo en sus palabras —. Prepárate.

—¿Para qué?

—Para cualquier cosa.

«Cualquier cosa» resulta ser una pancarta de bienvenida de cinco metros que sale de la nada y sujetan en lo alto cuatro personas mientras el resto de las congregadas vitorean el nombre de Ethan y aplauden cuando salimos del coche. Cada vez hay más gente y enseguida ocupan todo el jardín.

Todo Holland parece estar aquí, recibiéndolo.

Varias personas vienen corriendo a su encuentro. La primera que lo abraza, una mujer bajita y menuda de cabello rubio platino, intuyo que es su madre. Luego están sus hermanas gemelas pequeñas, que se funden en un abrazo conjunto con él, y yo me asombro por el parecido entre todos ellos, sus enormes ojos azules, piel morena y cabello claro. Su padre tiene los rasgos más toscos, es moreno y un poco más alto que Ethan. También lo rodea con los brazos, pero siento cómo se tensa cuando le susurra algo que no soy capaz de distinguir.

—¡Ethan!

No tengo tiempo de procesar de dónde proviene el grito de esa voz aguda, creo que Ethan tampoco. Lo siguiente que veo es a él en el suelo y, encima, el cuerpo de una pelirroja y un golden retriever.

—¿Quién creéis que le lame la cara con más ganas? ¿TayTay o Cheetos?

Al oír esa voz, Ethan se incorpora, el cuerpo de la chica todavía enredado en el suyo, con sus piernas rodeando su cintura. La carga sin esfuerzo y los tres acaban fundiéndose en un abrazo largo y profundo.

Se ve tan personal que me siento incómoda mirándolos, como si la intimidad que derrochan sus gestos solo les perteneciera a ellos.

Cuando se apartan, Ethan vuelve a mi lado. Su brazo rodea mi cintura.

—Esta es Dahlia, mi... —titubea, se aclara la garganta— mi chica.

—¿Cómo has conseguido engañarla, chaval? —Se oye una voz seguida de risas. Luego me encuentro saludando a todos los presentes, que resultan ser, entre otros, el vecino de la casa de enfrente, el dueño del único bar del pueblo y su profesor de álgebra del instituto.

No solo lo parece, todo Holland está aquí, recibiéndolo.

Entre ellos, por fin me encuentro con los dos chicos a los que Ethan se ha abrazado con fuerza y de los que no se ha separado desde que ha llegado. La complicidad entre ellos salta a la vista. La chica mantiene sus dedos entrelazados con los de Ethan en todo momento, como si temiese que pudiera volver a irse, mientras este no aparta la mirada del otro chico, que está sentado. En una silla de ruedas.

—Qué ganas tenía de conocerte por fin. —Sus palabras me devuelven a la realidad. Me tiende la mano para saludarme, se la estrecho con la misma fuerza—. Soy Andrew.

—Encantada. Dahlia Harris.

—Lo sé, soy fan de todo el mundo que se meta con Ethan —responde él con una sonrisa—. Aunque, a estas alturas, creo que todo el pueblo sabe quién eres, si es que no te conocían ya.

Me quedo mirándolo unos segundos. Es realmente guapo. El típico perfil que imaginas cuando te dicen que visualices a una persona atractiva. A pesar de estar sentado, puedo intuir que es alto por la longitud de sus piernas delgadas. Tiene la piel clara, el pelo oscuro y rizado, ojos verdes, los rasgos afilados, una nariz torcida y cejas gruesas.

Trato de recordar todo lo que Ethan me ha contado; por su forma de hablar de él, sentía que podían ser hermanos. Viéndolos juntos, con esa conexión tan palpable, me convenzo de ello, da igual que compartan sangre o no.

Andrew es con quien iba a hacer ese primer viaje, pero no lo hicieron.

«De repente todo se torció. Andrew tuvo un accidente». Eso había dicho Ethan.

—¡Hola! Me llamo Taylor, pero ellos me llaman TayTay.

La voz de la chica me saca de mis pensamientos. Su color de pelo es cobrizo, y algunos de sus reflejos anaranjados brillan con la luz del sol. Tiene las mejillas sonrosadas sobre su piel clara y, en ellas, miles de pecas asoman dándole un aspecto inocente. Sus ojos son castaños y el resto de sus rasgos, más sutiles, son muy parecidos a los del chico. No hace falta que ninguno de los dos confirme el parentesco entre ambos.

—La cumpleañera —digo, ella asiente con la cabeza. Le tiendo la mano a modo de saludo, pero Taylor se adelanta y me envuelve en un abrazo—. Felicidades.

—Gracias.

Después de unos minutos, se acerca toda la familia de Ethan a saludar. El resto de las personas que hasta hace nada estaban congregadas aquí ya se han ido.

—Cariño, ¿qué haces vestida así? —dice la madre de Ethan después de saludarme con un abrazo.

Sus manos todavía sujetan las mías en un gesto familiar, pero yo me tenso de golpe, sin saber bien qué decir. Ella se gira hacia su hijo.

—James, te dije que se lo dijeras. No puede llevar esto...

Bajo la mirada hacia mi vestido negro entallado. Me había parecido una buena elección; es corto, pero no atrevido. ¿Es demasiado corto y atrevido?

Sé que puedo vestir como me dé la gana y que debería sentirme segura, pero una sensación de incomodidad me revuelve el cuerpo. Lo último que quiero es desentonar o provocar cualquier conflicto. No aquí, con él no quiero ser la Reina del Hielo.

Y es ridículo porque esto no es real y acabará de todos modos, pero, por algún motivo, quería su aceptación.

—Discúlpala. —Ethan vuelve a ponerse a mi lado.

—¡No pidas perdón por mí si estoy delante, James Adams!

Resulta gracioso oírla referirse a él por su segundo nombre, pero mi cuerpo sigue atrapado en la tensión que me provoca no encajar. Otra vez.

—Toda nuestra familia tiene que llevar esta camiseta por el Cuatro de Julio. —Saca de detrás de su espalda una camiseta blanca enorme—. La hemos diseñado nosotros mismos. Toma, para que te la pongas. Quiero que todo el mundo se entere de que eres una de los nuestros.

Me la tiende y yo la estiro para mirarla bien. En la camiseta pone I DON'T KNOW ABOUT YOU, BUT I'M FEELING PATRIOTIC con los colores de la bandera, una tipografía básica y el diseño un poco torcido. La talla es una XL por lo menos, así que no digo que probablemente me quede más larga que el vestido que llevo ahora mismo.

—Oye, siento no haberte avisado; no sabía que iban a obligarnos a ponernos las camisetas. Si no quieres, puedo hablar con ella, aunque puede ponerse muy pesada...

Estoy mirando fijamente la camiseta sin decir nada. Sé que Ethan está pensando que no me gusta o que me parece estúpido, pero no es cierto.

He pasado sola la mayor parte de mi vida, e incluso cuando no lo estoy no me desprendo de esa soledad. Me he acostumbrado a ella, convenciéndome a mí misma de que no necesito a nadie. Pero no me había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que deseaba pertenecer a algún sitio. Como Ethan aquí.

«Quiero que todo el mundo se entere de que eres una de los nuestros».

Nunca he sentido que formara parte de algo y esta gente acaba de acogerme en su familia solo porque creen que soy la novia de Ethan.

Ellos están contándome como una más y nosotros, a cambio, estamos contándoles una mentira.

—Voy con Taylor a cambiarme —digo y, a continuación, sigo a la pelirroja hasta la entrada. Ethan no nos sigue—. ¿No vienes?

—Tengo que hacer algo antes, nos vemos en un rato.

Cargadas con mi equipaje, apenas caminamos unos metros hasta la casa de enfrente, pintada de color blanco y con una valla de madera del mismo color en el porche, de la que cuelgan pequeñas banderas estadounidenses. Me fijo en que, en lugar de escaleras, hay una rampa.

Por dentro, el espacio es pequeño, o eso parece por las muchas fotografías que adornan cada pared. Conforme subimos las escaleras, distingo a Ethan en muchas de ellas.

—Perdón por el desorden, he estado muy ocupada organizando la fiesta.

La habitación de Taylor es la pura definición de un cuarto adolescente. Las paredes están pintadas de color rosa con muchos pósteres y fotos colgadas en ellas. Además de la cama, que es pequeña, tiene un armario con puertas y un tocador, sobre el que descansan miles de objetos, desde maquillaje hasta un bate. No

quiero saber el motivo de la presencia de este último; no tiene pinta de jugar al béisbol.

Me encuentro estudiando cada rincón, sintiendo que puedo llegar a conocerla solo observando este espacio durante horas.

Por un momento, siento envidia. Y es estúpido porque yo jamás colgaría un trozo de papel con la cara de ninguna actriz o cantante en mis paredes, pero el hecho de no haberlo hecho me provoca una punzada en el pecho, como si me hubiese perdido eso.

Taylor guarda aquí su esencia; yo, en cambio, me he pasado la mitad de mi vida ocultándola.

Y ahora ni yo misma soy capaz de encontrarla. No sé si quiero hacerlo siquiera. Porque ¿y si no les gusta? ¿Y si deciden que el personaje que he creado es mejor que la verdadera Dahlia? No podría culparlos, yo misma lo creo la mayor parte del tiempo.

Al contrario de lo que la gente dice por sentirse bien con ellos mismos, la ficción sí puede superar la realidad.

—Salgo para que puedas cambiarte. Si necesitas algo, grita.

Cojo unos pantalones cortos ajustados de mi maleta que no combinan en absoluto con el estilo desenfadado de la camiseta, pero, de todas formas, esta es mucho más larga y los tapa por completo.

Cuando ya estoy vestida, ni siquiera me molesto en mirarme al espejo y me dirijo a la puerta en busca de Taylor, pero una foto al lado del mueble de la entrada me hace detenerme. Más bien, muchas fotos.

Distingo varias caras en las imágenes, pero una en particular me llama la atención. Los rizos salvajes y rubios claros de Ethan pasan a un segundo plano cuando reconozco a la chica que tiene al lado. También es rubia, su cabello largo le cae por debajo de los omóplatos y lleva pequeñas trenzas con flores naturales

enganchadas en ellas. Tiene un aspecto inocente y etéreo, como un hada que puede concederte todos tus deseos.

Los dos se están riendo y ella está inclinada ligeramente hacia él, apoyando su cabeza sobre su pecho en un gesto de complicidad. Parecen muy unidos.

—¿Estás lista? —Taylor abre la puerta de golpe devolviéndome a la realidad. Me encojo sobre mí misma, avergonzada de que me haya pillado fisgoneando.

Ella desvía la mirada hacia el punto en donde antes estaba la mía, esa foto en particular en la que también aparece ella.

—Andrew nos sacó esa foto. Salió borrosa, pero sigue siendo una de mis favoritas.

—Es Brownie, ¿verdad? —pregunto, aunque es imposible no reconocerla.

Taylor asiente con la cabeza.

—Vivió aquí hace mucho tiempo, antes de irse. Éramos todos amigos.

«Así que de eso se conocían», pienso.

—¿Ethan te ha hablado de ella? —pregunta Taylor, parece sorprendida. Al parecer, lo he dicho en voz alta.

—No, la vimos en el desfile de París. Él no fue muy simpático que digamos, pero no quiso hablar del tema.

Vuelve a mover la cabeza mientras se muerde la cara interna de una mejilla sin apartar la vista de la foto.

—No es personal, no le gusta hablar de ello. Nosotros ya no hablamos de Brownie.

Su tono es melancólico y sus ojos comienzan a brillar. Entonces comprendo que está aguantando las lágrimas.

—¿Se marchó al terminar el instituto?

No es extraño ver a muchos actores y actrices que deciden terminar sus estudios básicos antes de probar suerte con su carrera cinematográfica. Una cara y un talento como los de Brownie no se ven todos los días. Ella tenía que saber que iba a triunfar.

—Brownie se fue el día después del accidente. Nos dejó a todos sin mirar atrás. Una semana después le dieron el papel protagonista para *No hagas tratos con el diablo* y en menos de un año se convirtió en la niña bonita de Hollywood.

No sé qué responder; la voz de Taylor es tan solo un susurro, como si, de alguna manera, verbalizar esas palabras trajese todo el dolor de vuelta. Después de unos segundos, sigue hablando.

—Lo de Andrew no fue fácil, nos vino demasiado grande a todos, pero ella simplemente decidió irse y no volver. No llamó, ni siquiera una vez. Nos borró de su vida con tanta facilidad que me pregunto si en alguna ocasión fuimos para ella algo más que un simple lugar de paso. Eso o es tan buena actriz como todos dicen.

Siento una punzada en el pecho. No podría juzgar a Brownie aunque quisiera, porque a mí también se me daba demasiado bien dejar las cosas atrás. Lo he estado haciendo toda mi vida.

Pero una parte de mí busca entender por qué lo hizo. Porque, si yo hubiera tenido a una persona como Ethan, no habría querido marcharme. Por primera vez, no quiero hacerlo.

Unas cuantas lágrimas descienden por sus mejillas, pongo mi mano sobre su hombro y en ese momento parece salir del trance y del lugar en el que sea que estuviera; las personas con las que estuviera.

—Lo siento. —Se disculpa mientras borra el rastro de todas las lágrimas. Me fijo en el tatuaje que adorna su muñeca, la misma rosa de los vientos que tiene Ethan en el antebrazo—. Te prometo que el Cuatro de Julio es una fiesta más divertida que esto. Vámonos, antes

de que Ethan se ponga celoso porque te he robado durante demasiado tiempo.

Capítulo 63

Ethan

Llevo diez minutos delante de esta puerta y todavía no he tenido las agallas para tocar el timbre. Sé que está en casa, tanto mi padre como Andrew me lo han dicho, recordándome que tenía algo pendiente.

El encuentro con ambos me ha desestabilizado, por diferentes motivos. Andrew y Dahlia han sido los únicos que se han dado cuenta de la forma en la que mi cuerpo se ha tensado en cuanto mi padre ha puesto su mano sobre mi hombro. Volvía a tenerme a su lado.

«Por fin estás de vuelta, en casa». Sus palabras pesan incluso más que los cientos de mensajes suyos que he recibido en este tiempo, porque esta vez las enfrentaba de cara.

—Ethan —me sobresalto al ver cómo se abre la puerta y oigo mi nombre en sus labios—, ¿cuánto llevas aquí?

—Acabo de llegar —miento, pero ella solo me muestra una sonrisa sincera antes de lanzarse a mis brazos.

Yo la envuelvo entre los míos y nos quedamos así unos segundos. Abby Dickinson siempre ha sido una chica menuda, pero en nuestros abrazos parece más pequeña todavía. Su cara se hunde en mi pecho y sé que ahora está oyendo mi corazón acelerado. Su cabello castaño se ha oscurecido y ahora tiene el color del chocolate, pero sus ojos color ámbar y el lunar que tiene justo encima de sus labios

finos no han cambiado. Tampoco la forma en la que se aprieta con fuerza contra mí, como si eso le permitiese alcanzar lugares más profundos en mi interior. A veces lo consiguió, otras yo no estuve dispuesto a dejarla entrar.

Dahlia no es la única que tiene miedo de sus grietas. Yo también trato de taparlas.

—Te he echado tanto de menos... —murmura, su cara todavía oculta en mi pecho.

—Y yo a ti. Siento no haber llamado...

—Ya da igual. ¿Quieres pasar a verlo?

«Así que es un niño».

Asiento con la cabeza y la sigo al interior de esta pequeña casa que hace tiempo perteneció a su abuela. Murió hace un par de años y, desde entonces, Abby siempre dijo que quería formar aquí su propia familia.

He estado muchas veces. Su abuela hacía la mejor tarta de manzana del estado de Míchigan —una vez ganó un premio, le dieron un diploma y todo— y a mí me consentía demasiado; decía que era como su segundo nieto y que algún día esperaba que lo fuera de verdad.

Pero este espacio es totalmente distinto. Las paredes están pintadas de un color diferente y no hay rastro de esos muebles de madera de roble oscuros y antiguos. En su lugar, una decoración minimalista con toques sutiles de color. Abby la ha hecho suya, ha creado su propio hogar.

Entramos en el salón, donde, en una esquina, hay una enorme cuna con una pequeña figura moviéndose en el interior.

Contengo la respiración mientras Abby se inclina y lo coge entre sus brazos. Es muy pequeño, tiene el pelo y la piel oscuras y los ojos azules más claros que he visto nunca.

—Te presento a James.

La sonrisa que se había dibujado en la comisura de mis labios se borra por completo cuando oigo su nombre. Mi nombre.

Antes había estado conteniendo la respiración, pero ahora dejo de respirar. Si no fuera porque mi corazón late desbocado, diría que me ha dado un ataque, puede que me esté dando igualmente.

—¿Se llama James? —consigo decir después de unos segundos, o tal vez horas.

—James Beau Júnior Turner, para ser exactos.

Sigo sin reaccionar, tengo la vista clavada en el niño que ahora se revuelve incómodo en los brazos de su madre.

—Quise preguntarte primero, pero no cogías mis llamadas. Claro, sabiendo qué día era... —Eso no era una excusa, ahora me siento todavía más capullo—. James se adelantó una semana, teníamos que decidir un nombre y ese era el único con el que Beau y yo estábamos de acuerdo. Tú odias tu segundo nombre y todo el mundo excepto tus padres te llama Ethan, así que no pensé que fuera a ser tan raro...

—¿Llamar a tu hijo con el nombre de tu ex?

—Dicho así sí que suena raro. —Abby sonríe y se revuelve nerviosa. De repente, no sé quién de los dos está más incómodo—. Pero tú jamás has sido solo mi ex.

Es cierto, hemos sido mucho más que eso, somos más que una relación primeriza de instituto que no sobrevivió al mundo real. Juramos que lo que somos siempre iría por delante de lo que fuimos. Y lo que somos, y siempre habíamos sido, es amigos.

—No odio mi segundo nombre —digo finalmente, acercándome a ella. Acaricio la mejilla del bebé con mi dedo índice—. Ahora no tanto, al menos.

Levanto la mirada para encontrarme con la suya y me inclino para darle un beso en la frente al tiempo que ella respira hondo y se relaja. Veo que no era el único nervioso.

—Hay una cosa más que quería preguntarte. ¿Te gustaría ser su padrino?

«Joder, esta chica va a acabar conmigo». Y no en el sentido en el que lo hace la pelinegra, con esa lengua afilada que le gusta usar tanto para besarme como para sacarme de mis casillas.

No sé por qué pienso en ella, pero estoy empezando a hacerlo a menudo, a cada rato. Trato de echarla de mi mente, pero es imposible, Dahlia ha pasado a vivir en mi cabeza y yo lo disfruto. Demasiado.

—¿Qué piensa Beau? —pregunto.

—Fue idea suya. Le caes muy bien, ¿sabes?

—Le desencajé la mandíbula en el instituto.

Abby suelta una risita, seguramente recordando ese momento en el que todo era distinto. Parece que hubiera ocurrido en otra vida.

—Se lo merecía, era un estúpido.

—¿Así que por fin lo admites? —Abby se sienta en el sofá, centrando su atención en James, quien ha caído profundamente dormido—: Te prometo que seré el mejor padrino del mundo.

—Ni Beau ni yo tenemos hermanos, así que también tendrás que ser el tío guay.

—Voy a ser el tío más guay. Andrew no va a ganarme.

—Andrew y Taylor estuvieron geniales ese día. Los llamé de camino al hospital porque Beau aún iba a tardar en llegar y no quería estar sola. Andrew estaba blanco, y Taylor, muy callada. Sé lo mucho que odian los hospitales y de ese día hacía justo cinco años...

El día del accidente de Andrew. El día que lo cambió todo.

Recuerdo despertarme en Estambul como si nada. Por primera vez en todo este tiempo, había olvidado esa fecha. Me sentí jodidamente culpable. Supongo que luego pagué el precio en la carretera, aunque Dahlia estuviera conmigo para compartir el golpe.

—Me sentí fatal por ellos hasta que dilaté siete centímetros, ahí solo sentí miedo por mí misma. —No sé qué significa dilatar centímetros, pero tiene pinta de doler—. Es un día duro para todos, lo último que quería era hacerlo sobre mí...

Típico de Abby, pensando en todo el mundo antes que en ella misma. Conmigo lo hizo demasiadas veces, más de las que merecía.

Por favor, que la chica estaba intentando expulsar a un nuevo ser vivo, creo que se merecía la tarjeta de protagonista del día.

—No sé qué tiene de malo, James nos ha dado una excusa para tener que celebrar algo bonito en un día tan gris.

Abby esboza una sonrisa, aliviada. Se le escapa una lágrima.

—Tendrás que contarle a James todas tus aventuras por el mundo cuando vengas de visita.

Sus palabras duelen. Duelen porque describen un futuro que me gustaría tener y que, sin embargo, está fuera de mi alcance.

—Me quedaré aquí una temporada —respondo. No tiene sentido mentirle, aunque me sorprende que mi padre no haya anunciado ya a los cuatro vientos que su hijo pródigo regresa a casa para hacerse cargo del negocio familiar. Tal y como establecía nuestro trato.

Pasamos los siguientes minutos poniéndonos al día. Abby me cuenta que ha terminado las prácticas y ya es enfermera y que Beau, además de trabajar en una tienda de deportes, es el entrenador del equipo de fútbol infantil. Me ofrece coger a James en brazos y lo sostengo durante cinco minutos —que me parecen cinco años— antes de devolverlo al regazo de su madre. No sé en qué

estaba pensando a los dieciocho años cuando dije que quería ser padre joven.

Cuando miro el reloj, veo que se me ha hecho tarde y que probablemente las chicas ya estén en la fiesta. No quiero dejar a Dahlia sola demasiado tiempo, así que me despido de Abby prometiéndole que la visitaré a menudo a partir de ahora.

—Espera, tengo que darte una cosa. —Desaparece escaleras arriba y vuelve tan solo unos segundos después con una caja cuadrada de terciopelo que reconozco al instante—. Sé que debería habértelo devuelto hace tiempo, pero...

—No hace falta, Abby; es tuyo.

—Creo que deberías tenerlo tú. —Se encoge de hombros—. ¿Quién sabe? Puede que lo necesites pronto y tengamos otra cosa que celebrar.

Se ríe y yo fuerzo una sonrisa incómoda por la mentira que oculta. De todas formas, nunca podría usarlo. Me guardo la cajita en el bolsillo trasero de mi pantalón.

Antes de irme, me doy la vuelta para hacerle una última pregunta.

—¿Eres feliz?

Necesito saber su respuesta. Ella sonríe.

—Sí, mucho. ¿Y tú?

Es lo que quería oír. Al menos uno de los dos ha encontrado su camino correcto. Le dedico una última sonrisa antes de darme la vuelta y caminar a toda prisa hacia el centro del pueblo.

No quería mentirle, así que yo no he respondido a su pregunta.



Cuando llego a la plaza mayor por la calle principal, está abarrotada de gente y apenas puedo avanzar un par de metros antes de pararme a saludar o hablar con alguien.

La banda del instituto toca música ambiente desde el cenador de piedra en el centro de la plaza, con muchos puestos de comida a su alrededor. Por encima de nuestras cabezas, muchos banderines con los colores de nuestra bandera están colgados de extremo a extremo y ondean ligeramente al son de la suave brisa. Hace calor y el cielo está totalmente despejado. Es uno de esos días de verano característicos de Míchigan.

No sé cómo lo hago, pero consigo encontrarla en medio de todo este gentío. Es algo que no me cuesta hacer, como si mi cuerpo sintiera su presencia antes de necesitar posar mis ojos sobre ella. Al hacerlo, no puedo evitar esbozar una sonrisa al verla sujetando un pañuelo a por el que corren los niños mientras Taylor canta los números. Todos se la quedan mirando unos segundos cuando pasan por su lado. Me doy cuenta de que está haciendo tirabuzones con su pelo y jugueteando con sus uñas.

Es gracioso ver a Dahlia nerviosa por enfrentarse a un pueblo de apenas unos cientos de habitantes, cuando ha paseado por pasarelas ante miles de personas.

—Estás preciosa —susurro contra su oído cuando mi cuerpo está a pocos metros del suyo. Se sobresalta al percatarse de mi presencia a su espalda y pone los ojos en blanco a modo de respuesta, pero sonríe. Ha estado sonriendo desde que hemos llegado y yo necesito que siga haciéndolo para no volverme loco.

Lo he dicho en serio, joder, está preciosa. No es que le haya mentido ninguna de las veces que resalto su belleza natural. Es imposible negarlo, Dahlia sabe que es guapa y a mí últimamente me

gusta demasiado recordárselo, aunque con eso solo consiga alimentar su ego. Pero esta vez es diferente.

La he visto, durante el viaje, vestir prendas de marca por valor de cuatro dígitos y desfilar en París con un vestido impresionante. Y, sin embargo, creo que nunca la había visto tan guapa como con esa camiseta del Cuatro de Julio que le queda demasiado grande, su cabello despeinado y los labios sin pintar.

—La cena ya está lista. —Taylor me saca de mis pensamientos y tira de mi brazo para que la siga—. Mamá ha reservado una mesa para todos.

Los tres juntos vamos hacia el interior de la carpa que se monta para este tipo de eventos. Dentro, decenas de mesas están dispuestas en fila con muchos asientos a su alrededor. Cada familia o vecindario reserva un número de sillas para reunirse y celebrar el Día de la Independencia; luego, todos los grupos nos enfrentamos en distintas categorías de juegos y retos hasta el momento de los fuegos artificiales —que son la mayor competición de todas—. Así que no somos los únicos con camisetas a juego, es nuestra manera de distinguir a los rivales.

Mi familia —mis padres, mis hermanas y yo— y la familia de Andrew —su madre, él y Taylor— hemos formado equipo desde que Taylor y yo nacimos con escasas semanas de diferencia. Nuestro vecino común, Arnold, se unió de inmediato, aunque él no tenía familia ni estaba casado. Más tarde se unieron a nosotros Abby y su familia, aunque sus padres se fueron hace varios años a vivir a Oregón, así que son solo ella y Beau, y ahora James, claro.

Cuando llegamos a la mesa, están todos reunidos y ese pequeño roba toda la atención.

Nos sentamos en las plazas libres en nuestra esquina de siempre, en la que incluso grabamos nuestros nombres sobre la madera

cuando éramos críos.

Ya estamos todos y, sin embargo, la silla al lado de Andrew está vacía. Lleva vacía cinco años.

Brownie y su madre (aunque esta no apareciese nunca por aquí) eran nuestras últimas integrantes.

Cada año, me dan ganas de apartar la puñetera silla, pero sé que Andrew es el que insiste siempre en ponerla. Si el chico es masoquista, no es mi problema.

—Antes de empezar, recemos y demos gracias —dice mi madre. Nos cogemos de las manos. Todos cierran los ojos menos Andrew y yo. Veo que Dahlia tampoco.

Durante todo el tiempo nos miramos el uno al otro y, aunque acaba la oración, nuestras manos permanecen entrelazadas.

La cena es tranquila; consigo esquivar la mayoría de las preguntas acerca de mi relación con Dahlia e ignoro las miraditas de Andrew. Sé que me está juzgando en silencio, pero a mí tampoco me gusta mentir a mi familia a la cara, precisamente.

¿Qué se supone que debo hacer? ¿Confesar que todo esto es una puesta en escena para ganar el millón de euros de un premio, pagar un tratamiento para Andrew y, con suerte, seguir huyendo del destino que me persigue, pero que por el camino he acabado preocupándome más de lo que debería por la chica pelinegra de labios rojos y ahora quiero tirarlo todo por la borda por un motivo diferente?

Ya, eso creía.

La mesa se llena de conversaciones difusas sobre la empresa de mi padre, los variopintos trabajos de Taylor y el club de pintura y vino al que asisten nuestras madres y Andrew, aunque este no sé si lo hace por la pintura, el vino o los cotilleos. Puede que las tres respuestas sean correctas.

—Familia —Taylor se levanta del asiento con su copa en la mano —, sois lo que más quiero en este mundo. Pero ya no aguanto más, ¡dadme mis regalos!

Se coloca en la silla central que le cede mi padre y uno a uno va abriendo todos los paquetes con muchas sonrisas y algunas lágrimas de emoción.

A Taylor siempre le encantan todos los regalos que recibe. Me gusta pensar que es porque la conocemos bien, pero la realidad es que recibe el regalo antes de abrir la caja siquiera. Disfruta más sabiendo que han pensado en ella. Andrew dice que es demasiado conformista, yo no lo creo. A Taylor le nace dar con una capacidad desbordante, como si en esa entrega encontrara su propio equilibrio. Pero yo quiero que también lo reciba de vuelta.

—Muchas gracias. —Abraza a sus padres, a los míos, luego a Andrew y finalmente viene hacia mí. Veo cómo Dahlia se revuelve nerviosa a mi lado.

—Taylor —pronuncia su nombre y extiende el brazo con una bolsa de Dior.

—¿Quieres que te sujete la bolsa? —Tengo que aguantar la risa ante su ingenuidad, hasta se echa a un lado creyendo que Dahlia quiere acercarse a mí.

—Es un regalo para ti —le aclara mi chica.

Los ojos de Taylor se abren como platos.

—Oh, Dios, es lo más caro que tengo.

—Todavía no lo has abierto.

—Hablaba de la bolsa.

Saca con cuidado las cajas del interior, una grande y otra pequeña. Cuando las abre, no despega la mirada de los regalos.

—Ethan me dijo que siempre te quemabas la cara en verano, así que pensé que unas gafas y un gorro serían útiles. Me parecieron

muy bonitos, pero, si no te gustan, podemos cambiarlos por lo que tú quieras.

Las gafas llevan grabadas sus iniciales, su segundo nombre incluido. Sé que se da cuenta entonces de que he sido cómplice, pero está tan contenta que ni siquiera amenaza con matarme por revelárselo a alguien.

—Mamá, ¡no te lo vas a creer! —Antes de salir disparada, se lanza hacia Dahlia con fuerza para abrazarla—. ¡Muchas gracias! Vamos a ser las mejores cuñadas.

—Y tú estabas preocupada. —Le doy un codazo en el brazo; noto cómo su cuerpo se relaja al entrar en contacto con el mío—. Le ha gustado más tu regalo que el mío.

—Le has regalado un kit de semillas.

—¡Le chifla la jardinería! Siempre está intentando que las flores de su jardín trasero no se mueran.

Dahlia se ríe y yo lucho contra el impulso de apartarle un pequeño mechón de la cara y acariciar su mejilla con la mano. Desde que hemos llegado, siento la necesidad de tocarla a todas horas, como si mi cuerpo tuviese miedo de que desapareciera en cualquier momento. Aunque eso, en unas horas, se hará realidad. Tal vez solo se esté preparando para ello.

Una mano sobre mi hombro me saca de mis pensamientos. Cuando giro la cabeza me encuentro de nuevo con Taylor, que se ha recogido su larga melena en una coleta alta. Es su señal para decirme que está lista. Le doy un apretón a Dahlia a modo de despedida y despejo el camino hasta el centro de la pista. Antes de irnos digo, a nadie en particular:

—Es la hora.

Capítulo 64

Dahlia

No sé qué esperaba cuando he oído a Ethan decir esas palabras y dirigirse al centro de la carpa. Pero desde luego no era verlo bailar con Taylor una coreografía perfectamente ensayada al ritmo de una canción de Hannah Montana.

Así que es verdad lo de que no bromeaban con ella.

—Hacen lo mismo todos los años por su cumpleaños —comenta Andrew, que se desplaza con su silla junto a mi asiento—. Taylor no ha superado la etapa de preparar coreografías para luego bailarlas en las reuniones familiares... o delante de todo el pueblo.

—Nadie debería superar jamás esa etapa —respondo con una sonrisa y un sabor agridulce mientras lo digo.

Me encanta bailar, por supuesto que había montado cientos de coreografías con las que habían sido mis canciones favoritas cuando era niña, pero nadie estaba interesado en verlas. Ni en mí, llegados al caso. Así que dejé de hacerlo. Dejé de hacer cualquier cosa con el objetivo de impresionar a los demás.

Irónicamente, fue entonces cuando comencé a recibir toda la atención.

—¿Y cómo ha logrado convencer a Ethan para acompañarla? —pregunto entre risas.

—Antes eran Taylor y Brownie las que montaban el espectáculo —responde Andrew, encogiéndose de hombros—. Era algo de ellas

dos. Pero Ethan odiaba que Taylor hubiera renunciado a bailar solo porque Brownie se hubiera ido, así que montó una coreografía ese año como regalo de cumpleaños para ella. Fue desastroso, pero se convirtió en su nuevo compañero de baile. Se lo pasa bien, pero solo lo hace para verla feliz. Además, no se le da tan mal mover el culo, ¿verdad?

Ver a Ethan flexionar las rodillas y mover sus caderas en círculos mientras Taylor le pega una cachetada me hace soltar una carcajada sonora. No puedo parar de reír.

Veo a su padre acercarse a nosotros y situarse a mi lado.

—Por favor, ¿no sabrán comportarse nunca? —Niega al mismo tiempo con la cabeza.

—Estás hablando de Ethan y Taylor. Cheetos está mejor adiestrado que esos dos —bromea Andrew.

El labrador está tumbado sobre su panza cuando, al oír su nombre, se levanta rápidamente hacia él en busca de mimos hasta casi subirse a su regazo.

—¿Lo estás pasando bien? —me pregunta el padre de Ethan cuando Andrew se ha ido con el perro. Asiento con la cabeza, pero, antes de que pueda decir algo más, sigue hablando—: No pretendo ser maleducado, pareces una buena chica, pero lo vuestro no tiene futuro. Él se va a quedar aquí y tú te irás; no trates de convencerlo para que se marche contigo.

—¿De verdad cree que es lo que quiere su hijo?

—James será feliz aquí. Pronto se dará cuenta de que tu mundo solo brilla por poco tiempo.

Sus palabras me afectan más de lo que me gustaría admitir. No sé si es lo que pretende, pero no le doy el gusto de demostrárselo.

Abro la boca para contestar, pero la conversación queda interrumpida por la llegada de Sam, la pareja de Taylor, que saluda a

todos los presentes y termina conmigo. Me agarra del brazo y me cuenta que lleva más de dos años con Taylor, que se conocieron cuando ella le tiró unas patatas con queso por encima, porque había mentido sobre saber andar en patines para conseguir un trabajo como camarera en un local de comida ambientado en los ochenta, y que ha llegado tarde porque vive y trabaja en el pueblo de al lado, pero que, desde que conoce a Taylor, no se pierde esta fiesta. Lleva puesta la misma camiseta que todos nosotros y unos pantalones piratas verdes.

El padre de Ethan regresa al lado de su mujer y no vuelve a mirarme.

La canción acaba y con ella, el baile, aunque los últimos segundos han sido una mezcla de movimientos enérgicos y descontrolados. Entrelazan sus dedos para hacer una reverencia al público, que no para de aplaudir y vitorear.

—¡Animaos a participar luego en el baile! —grita Taylor antes de abandonar el centro de la pista. Al parecer, no será la única coreografía de la noche. Ethan me ha dicho que Taylor es monitora de actividades para niños y muchas veces prepara números para que participe todo el pueblo.

Ambos regresan a la mesa y, cuando Ethan llega hasta mí, pasa su brazo por mis hombros y posa un beso detrás de mi oreja. Su respiración es entrecortada y hace que mi piel bajo su contacto se erice.

—¿Qué te ha parecido?

—Que tienes movimientos ocultos que desconocía.

—Si quieres, hoy por la noche te enseño algunos —suelta sin tapujos, pero enseguida se da cuenta de dónde estamos y con quién.

Me tapo la cara con las manos cuando siento que el calor está subiendo por mis mejillas rápidamente. Me estoy poniendo roja, ¡yo jamás me pongo roja!

A mí estas cosas no me afectan... o no lo hacían.

—Olvidadlo, por favor.

—Créeme, me gustaría hacerlo —dicen Taylor y Abby al unísono.

—Yo quiero detalles.

—¡Andrew! —lo regañan su madre y la de Ethan, lo que hace que todos estallemos en carcajadas.

Enseguida empiezan los juegos de la fiesta, o más bien es una competición. Nunca había visto luchar con tanta fuerza por una silla ni correr tan rápido dentro de un saco. Comer una tarta entera de manzana en menos de un minuto me ha parecido asqueroso.

A menos de una hora para la medianoche, tiene lugar el recuento de votos. Nuestro equipo termina cuarto, pero todos saltamos emocionados, yo incluida.

—Cuando Andrew podía competir, ganábamos siempre. Ethan y él eran un dúo imparable —dice Taylor.

El chico tiene la mirada puesta en un punto lejano, pero se tensa al oír a su hermana.

Su sonrisa es frágil, como un cristal que solo busca reflejar la luz para que no se vea lo que hay dentro. Yo lo entiendo muy bien.

—Antes de los fuegos tenemos que bailar «Hoedown Throwdown» —Taylor continúa hablando.

—¿La canción de Hannah Montana? —pregunto.

—Te lo dije —susurra Ethan contra mi oído—. Taylor es la única persona lo suficientemente insoportable para conseguir que todo el pueblo se aprenda la coreografía solo para que se calle.

—Yo prefiero decir que soy perseverante.

—Si así duermes por las noches... —suelta Andrew, haciéndole cosquillas a su hermana pequeña, que se revuelve entre risas.

Taylor toma la delantera y vuelve al centro de la pista, donde comienza a reclutar personas para bailar. Ethan me coge la mano y tira de mí, pero lo detengo.

—No sé la coreografía.

—Tienes que aprendértela o el año que viene no te dejarán venir.

«El año que viene». Lo dice sin pensar, como si hubiera un futuro más allá de las veinticuatro horas que nos quedan juntos. Cogeré ese avión y me iré, y él se quedará aquí, en su casa.

Al oír esas palabras me permito pensar en cómo sería; me imagino quedándome o a él viniéndose conmigo. Pero ninguno de esos escenarios funciona, porque nosotros tampoco lo hacemos. Por eso fingimos. Eso sí se nos da bien.

Lo que lo complica todo es que, en algún momento a mitad de camino, a mí se me olvidó seguir haciéndolo. Aunque eso no cambie nada.

Me dejo arrastrar y observo cómo se mueven todos al unísono al ritmo de las notas de la canción, el modo en el que Taylor obliga a todos a levantarse de las sillas. Pero mi atención está puesta en las manos de Ethan sobre mi cintura guiándome en los movimientos, abrazándome por la espalda y robándome varios besos mientras bailamos. No consigo aprender ninguno de los pasos, pero no me importa. Cuando acaba la canción (la repiten tres veces) comienza a sonar otra que me resulta demasiado familiar.

—Esta sí la tienes que bailar conmigo —me susurra Ethan al oído —. Es nuestra canción.

Cuándo ha pasado a ser «nuestra canción», no lo sé, pero asiento.

Supongo que bailarla juntos todas las mañanas al despertarnos —muchas veces desnudos— nos da el derecho a reclamarla como tal.

Pero creo que tenía grabados nuestros nombres antes de eso, porque mentiría si dijera que no disfrutaba de la atención que sabía que me brindaba Ethan, todas las mañanas, desde su habitación, cuando me veía bailar en bragas. Y yo lo dejaba. Puede que a veces escogiera mis mejores conjuntos de ropa interior. Eso, por supuesto, no se lo confesaré nunca.

Así que, de nuevo, bailamos nuestra canción, saltamos, damos vueltas; todo con las manos entrelazadas. Nos metemos una vez más en esa burbuja que construimos y a la que tanto cariño le hemos cogido; se ha convertido en nuestro refugio. Solo nos interrumpen los gritos anunciando la llegada de los fuegos artificiales. Nos quedamos donde estamos, abrazados, mientras levantamos la mirada hacia el cielo nocturno, totalmente negro, que pronto se ilumina con los colores de la bandera estadounidense con múltiples formas y tamaños.

—No quiero que la noche termine —dice Ethan.

Por nuestras mentes pasa la misma idea.

—La noche solo acaba de empezar —responde una voz ajena a las nuestras.

Nos damos la vuelta para encontrarnos con Taylor, que empuja la silla de Andrew mientras este come un perrito caliente.

—¿Creíais que os íbamos a dejar escapar tan fácilmente? —No sé a qué se refiere, pero veo a Ethan frotarse la cara con las manos en un gesto cansado.

—Es nuestra última noche juntos, nos gustaría estar solos.

—Estamos los cuatro solos. —Taylor se encoge de hombros fingiendo inocencia y, por muy de acuerdo que esté con Ethan, no puedo evitar reírme—. Además, sois pareja. Os volveréis a ver muy pronto, en cuanto cuadréis horarios o tú la eches demasiado de

menos. Yo, en cambio, solo tengo esta noche para disfrutar de mi cuñada.

Ha vuelto a usar esa palabra que tiene un sabor agridulce, aunque ella no lo sienta en sus labios. Es la única de nosotros que piensa que esto es verdad y el brillo en sus ojos hace que me sienta aún más culpable.

No me ha resultado difícil darme cuenta de que Andrew está al tanto de nuestro trato, pero me pregunto por qué Ethan no se lo ha contado a nadie más. ¿Por qué seguir fingiendo aquí?

Sin poder resistirnos, somos arrastrados hacia las atracciones de feria al lado del lago, comemos un perrito de maíz —a pesar de que ya no tengo más espacio en mi estómago— y competimos chicos contra chicas. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien.

Jugamos a las anillas, los dardos y las canastas. Perdemos estrepitosamente en todos ellos, pero al menos Ethan logra llevarse un premio.

—Para ti. —Me tiende el peluche que ocupa toda su mano y parte del antebrazo.

—¿Un pez?

—Si te siguen dando miedo, puedes lanzarte sobre mí; no voy a quejarme.

Lo ataco con el peluche suavemente y él finge un golpe.

—Creo que ya los hemos torturado demasiado —dice Andrew, que hace una especie de señal con la cabeza a su hermana, que enseguida se posiciona a su lado. Nos guiña un ojo antes de decir—: Portaos bien y no hagáis mucho ruido. Nos vemos en el aeropuerto, queremos despedirnos.

Desaparecen por el mismo camino, de vuelta a la plaza mayor. Nosotros también nos vamos, pero no volvemos a la fiesta, ni tampoco a su casa. Paseamos por todos los rincones de Holland.

Ethan me enseña sus lugares favoritos, me cuenta su historia en este lugar. Y, mientras lo escucho, pienso cómo pertenece a este sitio.

«Por eso se va a quedar aquí y tú te vas», me recuerdo.

Si van a ser nuestras últimas horas juntos viviendo en nuestra burbuja, quiero aprovecharlas.

Cuando me besa, o yo lo beso a él, ya no nos separamos. Paramos en cada esquina de camino a su casa y tardamos una eternidad, pero no me importa. Yo solo quiero que ahora el tiempo se pare, que el reloj deje de correr.

Cuando llegamos, la casa está en completo silencio. Bajamos a trompicones a su habitación y con mis piernas enredadas a su cintura me deposita suavemente sobre el colchón para recorrer cada centímetro de mi piel con sus caricias, haciéndome temblar.

—Ahora mismo te lo daría todo. —Respira entrecortadamente, sin dejar de besar mi piel—. Pídeme lo que quieras, Dahlia.

«Que te quedes».

Pero no lo digo en voz alta. Como respuesta, lo atraigo más hacia mí.

Nos acostamos entre caricias y jadeos y rellenamos la falta de palabras con besos. Lo miro a los ojos mientras me llena por completo. Quiero que se corra dentro de mí para sentirme completa, pero, cuando ocurre, solo me hace sentir peor.

Porque descubro que lo estoy, con él. Y que esta será la última vez.

Porque él parece encajar en todos los lugares y yo, en ninguno.

Capítulo 65

Ethan

Todavía no ha salido el sol, pero no necesito ninguna alarma para despertarme, porque para hacerlo primero hay que dormirse, y yo apenas he pegado ojo en toda la noche. He pasado las últimas horas observando a Dahlia dormir abrazada a mí, jugueteando con su cabello e inspirando su olor.

Hoy es nuestro último día juntos.

La fecha estaba marcada en el calendario desde el principio, las reglas eran claras y los dos hemos conseguido lo que queríamos. Entonces ¿por qué siento que estoy perdiendo?

La noto revolverse junto a mí, su cuerpo desperezándose, y sus ojos se abren para encontrarse con los míos.

—Buenos días.

—Buenos días. —Su cabeza descansa en mi pecho—. ¿Qué hora es?

—Aún no ha salido el sol —respondo simplemente.

Nos dirigimos al porche, ella vestida con una camiseta mía y yo, en calzoncillos. La fresca brisa acaricia mi piel haciendo que se erice mientras Dahlia me abraza por la espalda. Disfruto la sensación. Nos sentamos en los escalones y esperamos.

Mi casa, por la zona trasera, da a una parte del inmenso lago que bordea la ciudad. Siempre me ha gustado contemplar, durante

horas, el agua balancearse tranquila. Desde aquí, el lago parece no tener fin, formando una línea recta con el cielo en el horizonte.

Los colores anaranjados adornan el cielo, casi no hay nubes. Hacía mucho tiempo que no veía este paisaje y resulta extraño cómo es en este mismo instante cuando lo echo de menos por primera vez... cuando lo tengo delante.

Se puede echar de menos algo mientras lo estás viviendo, eso lo sé. Lo he aprendido en este viaje. Se pueden echar de menos lugares, experiencias y personas, incluso aquellas cosas que no has vivido y que sabes que nunca harás.

Ahora mismo, echo de menos este amanecer y también todos los que no veré fuera de aquí. Los que no veré con Dahlia.

La línea azafrán del horizonte se hace más intensa y se fusiona con las tonalidades amarillentas que se armonizan con el reflejo del agua del lago esperando que el astro rey haga su aparición.

Entonces lo veo. Tan solo dura un segundo, pero lo veo. Un destello verde.

El rayo verde.

Mi cuerpo se tensa por completo, no me doy cuenta de que estaba sujetando la mano de Dahlia hasta que la aprieto con fuerza.

—¿Lo has visto? —Mi voz tiembla.

—Lo he visto.

—No lo he imaginado, ¡tú también lo has visto!

La abrazo con fuerza y la levanto del suelo sin esfuerzo, y la beso una y otra vez mientras nos reímos.

Todo este tiempo, ha estado aquí. Andrew podrá verlo. Puedo hacer esto por él.

Entonces me doy cuenta de que Dahlia tenía razón: siempre creí que existía porque Andrew también lo creía.

Sabía que se trataba de un fenómeno óptico regido por la física, pero la oportunidad de contemplarlo se me asemejaba más al significado de la esperanza, efímera como la felicidad misma.

Puede que eso sea lo que buscaba verdaderamente Andrew, lo que yo buscaba. Lo que buscamos todos.

—¿Qué significa? —pregunto. Nuestras frentes están pegadas y nuestros ojos a escasos centímetros—. Encontrar el rayo verde.

Dahlia pestañea una, dos veces. Noto cómo titubea y tiembla en mis brazos antes de abrir la boca para responder, pero de su boca no sale ninguna palabra. En su lugar, oímos a lo lejos el sonido agudo de nuestros teléfonos, que no paran de vibrar.

Dahlia gira la cabeza, dispuesta a atender lo que sea que reclama nuestra atención esta vez, pero la detengo.

—Puede esperar. Baila conmigo.

El reloj que llevo puesto en la muñeca marca las siete en punto, lo que significa que su alarma comienza a sonar al ritmo de nuestra canción. Me he acostumbrado a despertarme con ella y bailarla junto a ella. Y me encanta.

No tengo claro si Dahlia acaba de arruinarme mi canción favorita porque, a partir de ahora, solo será suya, porque pensaré en ella cada vez que la escuche.

Pero esta vez, por última vez, permito olvidarme de todo y bailamos. Bailamos durante toda la canción y también cuando acaba y solo hay silencio. Cuando de repente el cielo se cubre de nubes grises que descargan toda su furia contra nosotros, seguimos bailando hasta quedar empapados y con gotas de lluvia recorriendo nuestra piel.

Pero mi cuerpo no tiembla por eso, necesito estar dentro de ella por última vez.

«La deseo. Joder, la quiero».

Ese pensamiento cruza mi mente de forma tan fugaz que ni siquiera soy capaz de procesarlo. Los labios de Dahlia se posan sobre los míos y, entonces, nada más importa. Entramos dejando un rastro de gotas de agua a nuestro paso y las sábanas se empapan en cuestión de segundos cuando nos tumbamos en la cama. Nuestras prendas de anoche todavía están esparcidas por el colchón.

Nuestros móviles siguen sonando, pero estamos ocupados ignorándolos mientras nos comemos con prisa y con ganas. Aprisiono el cuerpo de Dahlia bajo el mío, mi entrepierna en contacto con su centro caliente y mojado, listo para recibirme, como siempre.

—Ethan... —Dahlia jadea mi nombre y se revuelve sobre la cama, yo inclino la cabeza para dejar otro reguero de besos, esta vez en su cuello, luego en su clavícula—. Espera, Ethan.

Me separo un poco y veo cómo saca de debajo de su espalda los vaqueros que llevaba puestos ayer. De uno de los bolsillos veo caer la caja cuadrada de terciopelo de la que ya me había olvidado. Dahlia se da cuenta de su presencia y la coge entre sus manos.

Analizo su rostro mientras la abre; nada en su expresión cambia, solo distingo una ligera chispa en sus ojos que desaparece tan rápido que no sé si la he imaginado.

—Es un anillo —dice, casi susurrando.

—Puedes estar tranquila, flor; no pretendo usarlo. Lo último que le falta a esta farsa es un anillo, ¿no crees?

Las palabras suenan más sarcásticas de lo que pretendo y me pican mientras las pronuncio. Pero es su expresión la que se clava en mi pecho.

Joder, ¿tanto le repugna la idea de estar con alguien como yo fuera de una mentira? Hemos conseguido engañar a todo el mundo, al fin y al cabo. Puede que también a nosotros mismos.

Al principio lo pensaba, que éramos totalmente incompatibles, como el blanco y el negro, pero acabé descubriendo que los dos estamos pintados de tonalidades grises y compuestos por grietas que el otro no quería tapar, sino colarse en ellas.

Me aparto de encima mientras Dahlia se incorpora. Su vista sigue clavada en el anillo. Me lo devuelve después de unos segundos y no vuelve a mirarlo. A mí tampoco.

—¿Estás celosa, flor? —Trato de rellenar el extraño silencio que se ha creado entre nosotros.

Debería haber guardado ese anillo.

—¿Por qué habría de estarlo? —responde a la defensiva, su voz es fría.

Frunzo el ceño.

—Claro, ¿cómo va Dahlia Harris a mostrar sentimientos por una vez? —resoplo sin poder evitarlo.

Enseguida quiero retirarlo y pedirle perdón.

—¿De quién es el anillo?

—Ahora mío, supongo. Abby me lo devolvió ayer —respondo, encogiéndome de hombros.

Cierro la caja de terciopelo y la dejo encima de la cómoda.

—Abby, tu primera novia.

—La conociste anoche. —Fue breve, pero sé que estuvieron hablando un rato.

Cuando estábamos en el instituto y Dahlia empezaba a salir en las portadas de revistas, Abby no era su mayor fan, así que fue gracioso ver cómo le pedía una foto.

—¿Le pediste matrimonio? —pregunta, sorprendida.

—Fue hace mucho tiempo.

—¿Y no se te ocurrió comentarlo? No es simplemente una novia del instituto...

—No sabía que debía ponerte al día de mi historial romántico. ¿Por qué te molesta tanto?

—¡Te ibas a casar con ella! —grita.

—¡Y tú estabas comprometida con Wyatt! ¿Qué tiene de diferente?

A la mierda el perdón. Ahora estoy cabreado.

Dahlia no responde, simplemente niega con la cabeza. Abro la boca para decir algo, no tengo del todo claro el qué, pero no hace falta. Porque sea lo que sea que fuese a decir queda interrumpido por el sonido de alguien llamando a la puerta que ahora acompaña al incesante sonido de nuestros móviles.

«Más vale que sea importante», pienso.

Nuestra burbuja está a punto de explotar. Lo sé incluso antes de ver la cara de Dahlia al mirar la pantalla de su teléfono, cómo palidece al instante y sus ojos se abren como platos.

Pero lo que no sabía era que esa tormenta bajo la que habíamos estado bailando no sería comparable con la que se nos venía encima. Nosotros éramos el ojo del huracán. Y ninguno de los dos iba a sobrevivir al desastre que dejaría a su paso.

Desde luego, yo no.

Capítulo 66

Dahlia

¡EXCLUSIVA!
TODO ES MENTIRA
LOS *INFLUENCERS* DAHLIA HARRIS E ETHAN ADAMS HAN ESTADO FINGIENDO SU ROMANCE TODO ESTE TIEMPO

Una servilleta desvela las «reglas» de la relación entre Dahlia e Ethan

Parece que no es oro todo lo que reluce…

No he apartado la mirada del teléfono durante las últimas dos horas. Ethan tampoco.

Llevo demasiados años trabajando en esto para saber que en estos casos nunca, pero nunca, debes buscar tu nombre en Google.

Lo hago de todas formas.

Estamos por todo internet, incluso el canal de noticias nacional más visto del país ha lanzado un titular sobre nosotros y nuestro

«presunto» pacto.

No hay pruebas. Solo la estúpida servilleta que no sé cómo fuimos tan tontos de no tirar, o puede que ese hubiera sido el problema.

Ahora, tenemos a todas las cadenas de televisión, periodistas y paparazi delante de nuestra puerta —de la puerta de Ethan—, mientras yo sigo ignorando las llamadas de Maia cada cinco minutos e Ethan, los golpes de sus padres y Taylor —la más insistente de todos— al otro lado. Lo suyo está siendo más complicado.

Ninguno de los dos ha dicho ni una palabra. Supongo que ambos sabemos que la hemos cagado sin necesidad de verbalizarlo. Nuestro error fue pensar que podíamos salirnos con la nuestra. Si esto ya tenía fecha de caducidad, acaba de adelantarse.

«Lo último que le falta a esta farsa es un anillo». Sé que lo ha dicho sin pensar, pero sus palabras todavía resuenan en mi cabeza.

No sé por qué he reaccionado así al ver la sortija. El pasado de Ethan no es de mi incumbencia. Su futuro, por supuesto, tampoco.

«¡Te ibas a casar con ella!».

«¡Y tú estabas comprometida con Wyatt! ¿Qué tiene de diferente?».

Claro que era diferente. Porque, una vez más, he vuelto a sentirme una farsante. Porque yo soy una experta fingiendo, lo llevo haciendo toda mi vida, pero Ethan no. Si estuvo a punto de casarse con Abby... era porque la quería. La quería tanto como para querer pasar el resto de su vida con ella.

Claro que estoy celosa. Conmigo jamás se han quedado, jamás han querido hacerlo. Estoy tan celosa que me duele el pecho al pensar que a mí no me han querido así; que yo nunca he querido así. Y no sé si sabría hacerlo bien siquiera.

Estoy demasiado rota. Él me ha ayudado a aceptar las grietas, incluso he llegado a pensar que no eran tan malas si alguien como

Ethan podía ver algo bueno en mí, pero...

«Farsa».

—Tenemos que hacer algo —habla finalmente en un tono tan bajo que al principio me cuesta oírlo, como si estuviera en un lugar lejano.

Niego con la cabeza.

—Lo único que tienen son rumores y especulaciones. Si lo dejamos estar, pasará.

Quiero decirle que todo irá *bien*, pero no sé qué es lo que realmente engloba esa palabra ahora mismo. ¿Que yo me vaya y él se quede aquí? ¿Que todo vuelva a ser como antes?

No parece que esté bien. Nada lo parece.

Nuestros móviles suenan de nuevo. Oímos a Taylor balbucear a través de la puerta lo que creo que son, en su mayoría, palabras malsonantes.

—No creo que ellos vayan a dejarlo estar, Dahlia.

Gira la cabeza hacia la puerta. La pelirroja no se ha movido de ahí desde que ha salido la primera noticia, dejándonos sin escapatoria.

Ethan no le ha permitido entrar y no lo culpo, yo tampoco podría enfrentarla ahora mismo.

—Pues digamos la verdad, que... —«Que esto empezó como un juego y terminó siendo algo real». Pero no termino la frase, porque él me interrumpe antes.

—¿Decirles qué, Dahlia? —No me llama «flor»—. ¿Que todo ha sido una mentira inventada para nuestro propio beneficio?

No es solo mi orgullo el que se rompe en pedazos.

«Mentira».

Eso es lo que ha sido siempre.

He sido una estúpida.

Me quedo callada, sin saber qué decir. He bajado mis barreras y me están haciendo daño. Yo lo he permitido.

—Debes demostrar que no te importa y te dejarán en paz.

—Para ti es fácil decirlo —responde mientras se levanta de la esquina en la que estaba escondido.

—¿Qué significa eso?

—Que no tienes a nadie de quien preocuparte. Yo tengo a toda mi familia al otro lado de la puerta pidiendo explicaciones y las cámaras han seguido a Andrew hasta casi tirarlo de su silla.

«No tienes a nadie».

—No todos podemos actuar como si nada nos importara. —Me mira directamente a los ojos y eso lo hace peor.

No está enfadado, su voz solo suena cansada. Por eso sé que no lo ha dicho para herirme, sino porque lo piensa de verdad, lo que hace que el golpe duela más.

Está inquietantemente tranquilo, a pesar de que hace apenas unos minutos no podía respirar por un ataque de ansiedad.

Ha sido el único momento en el que me ha dejado acercarme a él. Tocarlo.

El agujero que tengo en el pecho se hace más grande, y cada una de sus palabras me desestabiliza, pero, por supuesto, no lo demuestro. Porque él lo ha dicho: fingir es lo que mejor sé hacer.

Eso, y devolver el golpe.

—Es curioso, no recuerdo que hacer esto fuera idea mía. —Mi voz se vuelve fría.

—No es que lo hayas pasado mal, precisamente. —La suya es acusadora.

—Eso debería decirte yo a ti —contraataco—. Tú tenías más que ganar que yo.

—También que perder.

—¿Crees que yo no estoy perdiendo con esto? —Sé entonces que está pensando en mi influencia, mis contratos y mis números, pero no es a eso a lo que me refiero.

En absoluto.

—Tú al final te vas a ir. ¡Yo no puedo huir de esto como haces tú con los problemas! —grita.

Ya me he abierto demasiado con él y estoy pagando las consecuencias. Si ahora le muestro lo que hay... me destruirá.

Porque no me corresponderá. No me elegirá.

Irónicamente, de los dos, yo soy la única que se olvidó de seguir fingiendo.

—No sé de qué te quejas, ¿no querías una excusa para acallar tu conciencia y poder esconderte en tu pueblucho? ¡Enhorabuena, ya la tienes!

Yo también levanto el tono de voz, sin importarme que su familia pueda estar —está seguramente— escuchándonos detrás de la puerta.

Ethan coge aire lentamente, luego resopla. No aparta la mirada de mí, el mar detrás de sus ojos que ahora amenaza con ahogarme. Pasamos varios segundos en silencio, desafiándonos a asestar el siguiente golpe.

Veo exactamente el momento en el que se rinde.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta, agotado.

Se ha rendido conmigo.

—Olvidar todo esto y seguir cada uno su camino, como deberíamos haber hecho desde el principio.

—¿Así que a partir de ahora vamos a fingir que no ha pasado nada entre nosotros?

Tardo unos segundos en contestar. Podría retirar todo lo que he dicho y confesar la verdad. Tal vez así podríamos arreglarlo, volver

atrás.

Pero no lo hago. Solo complicaría las cosas para él. Y yo no valgo la pena.

—Al contrario, ya podemos dejar de hacerlo.

Sé que he asestado el golpe final cuando se queda callado.

Desvío la mirada, tengo que hacerlo. Porque, si sigo mirándolo, no podré mentirle otra vez. Y debo hacer esto por los dos.

Porque, al final, sigo siendo una experta en convertirme en la Reina del Hielo y fingir que nada me importa. Y lo he hecho una vez más. Por él.

«Farsa». «Mentira». «No tienes a nadie».

Esto iba a acabar de todas formas. Tenía que elegir y yo se lo he puesto fácil.

Al fin y al cabo, nunca nadie ha tenido ningún motivo para elegirme a mí.

Solo yo oigo mi corazón romperse.

Capítulo 67

Ethan

—¿Así que a partir de ahora vamos a fingir que no ha pasado nada entre nosotros?

Tarda unos segundos en contestar que se me hacen eternos.

—Al contrario, ya podemos dejar de hacerlo —responde. Y cada una de esas palabras se clava en lo más profundo de mi piel.

Veo cómo poco a poco vuelve a construir los muros que tanto esfuerzo me ha llevado escalar y que en este momento parecen más altos. Ya no puedo llegar hasta ella.

Siento una punzada en el pecho. La culpa es mía por pensar que podía tenerlo todo, que al final de esta historia la tendría a ella. He sido un estúpido y ahora todo el mundo está pagando las consecuencias.

De repente, nos quedamos en completo silencio. No me gusta. Con Dahlia había logrado encontrar el tipo de silencios en donde me sentía seguro y en este instante solo quiero huir de él. Pero permanezco callado.

¿Qué sentido tiene decir las palabras que ahora mismo tengo en la cabeza? Ella ya ha tomado su decisión. El final, en todos los escenarios, es el mismo.

Somos las dos caras de una misma moneda, conocemos el lado oscuro del otro, sabemos dónde hacer daño y los dos lo hemos usado como arma.

Entonces se da la vuelta y camina hacia la puerta despacio. Quiero decir algo, pero no lo hago. Quiero levantarme y detenerla, pero no lo hago.

No soy un ingenuo, esto iba a terminar tarde o temprano. Lo sabía. Mi reloj de arena ha derramado hasta el último grano.

Había imaginado cómo sería nuestro último beso... En el aeropuerto; sabría a pasión y nostalgia, porque esta chica sigue encendiendo lugares en mí que no sabía que estaban vivos. Lo que no esperaba era que nuestro último beso se quedaría sin terminar, que no sabría que iba a ser el último.

No había imaginado así nuestra despedida.

—¿Voy contigo al aeropuerto?

No puede serlo.

—Haz lo que te apetezca.

Quiero que se gire para verle la cara, pero no lo hace.

Sale por la puerta principal sin titubear, no para de caminar aun cuando las cámaras se colocan delante de su cara, y consigue que se muevan a su merced. No sé cuándo lo ha hecho, pero se ha pintado los labios de rojo. Sus ojos se esconden tras unas gafas de sol, a pesar de que el cielo está encapotado. Cuando le preguntan por nuestro trato, sonríe. Como si nada.

Logra sacar a todos los periodistas de aquí y, en cuestión de segundos, todo vuelve a quedarse en completo silencio. Este lo odio incluso más.

No podía ser la última vez que nos viéramos. Y, sin embargo, lo sería.

Capítulo 68

Dahlia

—Última llamada para los pasajeros del vuelo con destino Nueva York...

Oigo esas palabras como un eco que reverbera entrecortado a través de la megafonía del aeropuerto.

A estas alturas, ya me da igual estar comiéndome las uñas. Se acabó.

¿Por qué me sorprendo? En eso consistía nuestro trato, no hubiera cambiado nada. Lo sabía cuando decidí empezar con todo esto. Sin embargo, no me hubiera imaginado que podría enamorarme de él.

«No es amor», me recuerdo a mí misma. Ha sido mentira.

Pero él no me ha engañado, yo he sido lo suficientemente tonta para esperar más de lo que estaba dispuesto a darme.

Esto no es un cuento de hadas. Yo, desde luego, no soy la princesa que encuentra a su príncipe azul. Nunca he querido serlo, pero ahora tengo envidia de quienes consiguen tener su final feliz.

Mi mirada sigue clavada en las puertas giratorias de la terminal, por donde entran personas una detrás de otra, pero ninguna es él.

Sí, a pesar de todo, sigo esperando que aparezca. Patético.

—Tal vez ha pillado tráfico.

Aunque lo verdaderamente patético es que Taylor y Andrew están aquí para presenciarlo. Cuando he insistido en que no hacía falta que

vinieran al aeropuerto, me han dicho que querían despedirse. No entiendo por qué.

Andrew sabía el engaño que había detrás de nuestra puesta en escena. A Taylor, por el contrario, se le ha apagado el brillo que vi en sus ojos cuando la conocí o cuando se refirió a mí como «cuñada». No creo que esté en la lista de sus personas favoritas ahora mismo y aun así ha venido.

Algo se revuelve dentro de mí. Debería darme igual lo que opinen, pero no es así.

—Vendrá —dice Andrew, desviando la mirada, incómodo, hacia algún punto muerto de la terminal—, pero llega tarde, como siempre.

Respiro hondo. Lo único que oigo es el sonido de mi corazón acelerado.

—La próxima vez —mi voz suena tan fría que al principio ni yo misma la reconozco— dile que se compre un puto reloj.

Andrew aprieta sus labios formando una línea recta en su boca, pero asiente. Solo me despido de ellos con un movimiento de cabeza; sé que no se lo merecen, pero ahora mismo no me importa, nada lo hace. Si les molesta, no lo muestran, lo último que veo en sus caras antes de girarme son dos sonrisas tristes, lo que me hace sentir peor.

Camino en línea recta, no acelero el paso a pesar de que sé que se acaba el tiempo para subir al avión. Cuando llego, están cerrando la puerta de embarque.

No trato de alcanzar a la azafata, no busco un nuevo vuelo. No hago nada. Solo me siento en uno de los asientos vacíos y espero.

Me doy cuenta de que lo sigo esperando a él.

Por primera vez en mucho tiempo, una lágrima resbala por mi mejilla. No dejo que le siga una segunda. Me quedo ahí durante

horas, viendo a otras personas recorrer de un lado a otro la terminal, besarse, reencontrarse. Encontrarse.

Mientras, yo sigo aquí.

Ethan tenía razón. Este es un lugar muy muy solitario.

Capítulo 69

Ethan

—¿Cuándo tenías pensado salir de ahí?

La voz de Andrew me sobresalta.

—¿Cuándo te has dado cuenta de que estaba aquí?

—Desde que hemos llegado —responde. Su tono es seco. Está enfadado—. Se ha ido creyendo que no has aparecido.

—¿Qué importa? El resultado habría sido el mismo.

Me encojo de hombros y salgo de mi escondite para encontrarme también con los ojos muy abiertos de Taylor, que solo me hacen sentir peor. Todavía no me ha dirigido ni una palabra desde esta mañana, cuando he acabado confesando ante ella y mis padres una versión reducida de la verdad, una que no me hace quedar como un auténtico capullo. Aunque, mientras lo he hecho, me he sentido todavía más imbécil.

—Sabes que importa; si no, no hubieras venido.

—Cuanto más tiempo pasaba, más seguro estaba de que, si la veía, no la dejaría marchar —confieso, casi en un susurro.

—¿Y eso es malo?

—No es que sea malo, Andrew, es que es imposible. Ahora todo el mundo sabe que esto era mentira.

—¿De verdad lo era? A mí no me parece que sea mentira. Tendrías que haber visto su cara, Ethan...

Ese es el problema, que no necesito verla. La tengo grabada en mi cabeza.

Cada. Puto. Detalle.

—¡Nunca funcionaría, joder! —estallo. Me da igual que varios pasajeros se giren en nuestra dirección atraídos por la discusión—. Yo tengo que quedarme aquí, ella debe volver a Nueva York. Esa burbuja en la que me metí estaba condenada a explotar y ahora os ha salpicado a todos. A ti.

He tenido que apagar el teléfono. Taylor recibía tantos mensajes que ha borrado sus redes sociales y mi padre se verá obligado a cerrar la empresa unos días.

Andrew resopla y se inclina sobre su silla; a pesar de la diferencia de altura entre nosotros, me siento pequeño delante de él.

—Sigues pensando que no mereces esto.

Me muerdo el labio inferior y bajo la vista. No puedo negarlo. Yo nunca le he mentido.

—¡No me debes nada, Ethan! Deja de actuar como...

—¿Como qué? —lo interrumpo; una sensación opresiva comienza a apoderarse de mi pecho—. ¿Como si no estuviera viviendo la vida que tenías que llevar tú?

Respiro entrecortadamente, mi corazón late acelerado. Desde su accidente, jamás hemos hablado de esto. Al principio, no pensé que estuviera preparado para tener esta conversación. Luego, quien no estaba preparado era yo.

No quiero que me odie.

Andrew es mi hermano mayor, aunque la biología no esté de acuerdo. Taylor y yo nacimos con semanas de diferencia, eso nos ha unido mucho. Nuestras madres eran vecinas, pero con nosotros gateando de un lado a otro se habían hecho amigas. La casa de enfrente empezó a ser una extensión de la mía propia.

Y, para mí, Andrew siempre ha sido el ejemplo que seguir. Cuando estaba aprendiendo a caminar, él ya corría. Cuando la bicicleta era mi nuevo reto personal, él se movía en monopatín a toda velocidad. Cuando yo pensaba que la vida en nuestro pueblo era perfecta, él ya había descubierto que existía un mundo demasiado grande para quedarse en un único sitio.

—No te atrevas a compadecerte de ti mismo, Ethan. —Pocas veces he oído a Andrew tan cabreado—. No eres tú el que está en una puta silla de ruedas. No te atrevas a utilizarme como excusa en lugar de admitir que estás cagado de miedo.

—Y tú no finjas que las cosas están bien así como están. Soy un impostor, Andrew. Empecé haciendo esto para ayudarte y ahora... ahora quiero tenerlo. Te estoy robando tu sueño.

Andrew era el que siempre soñaba alto y yo levantaba la cabeza en su dirección. Tenía las ideas locas y a mí me gustaba demostrarle que podía ser como él. Por supuesto, fue también el responsable de mi brazo roto a los seis años, una pulmonía grave a los diez, otro brazo roto a los once y más cicatrices de las que puedo contar.

En el instituto, yo quería quedarme en el pueblo, tal vez ir a una universidad pública del estado, casarme con Abby y hacerme cargo del negocio familiar. Como mi padre. Como él y todos esperaban que hiciera.

Pero Andrew me pidió que lo acompañara en un viaje sabiendo que no podría decirle que no. Tuvimos que ahorrar porque mi padre no estaba dispuesto a que cambiara mis planes, pero no tuvo más remedio que aceptar. Tampoco pude negarme cuando me pidió que fuera yo solo tras su accidente cuando aún tenía tornillos clavados en las piernas.

Pensé que podría ver una parte del mundo y sería suficiente. Que lo hacía por él. Entonces entendí por qué Andrew tenía ese sueño y

lo quise para mí también. Seguí viajando y mandando postales, como si eso compensara cada destino que le iba robando. Añadir un nuevo destino a la lista suponía otra oportunidad para no volver a casa. Todavía.

Y cuando me dije que sería el último, apareció ella para fastidiarlo todo. Porque entonces supe que nunca sería suficiente. Que nunca tendría suficiente de ella.

Quería colarme por todas sus grietas, acariciarlas, curarlas.

En su lugar, había vuelto al punto de partida, solo que esta vez sabía lo que había ahí fuera, sabía todos los horizontes increíbles que me faltaban por ver, los sitios a los que quería volver. A los que quería volver con ella. Esta vez sabía quién se escondía detrás de sus muros.

No habíamos vuelto al principio, eso hubiera sido demasiado fácil.

Y ahora tengo que vivir con esta presión continua que siento en mi pecho desde que mis ojos saben que ya no se encontrarán con los suyos.

—¿Qué sueño, Ethan? —Se le entrecorta la voz—. A mí ya no me queda nada de eso. Pero estoy harto de que no luches por lo que quieres por miedo a que valga demasiado la pena. Prefieres no ser feliz a serlo y luego perderla. Porque crees que no mereces tu suerte. Y yo estoy cansado de recordarte con una sonrisa que a ti aún te queda un poco de eso, mientras que yo lo único que tengo son dos piernas que no funcionan.

Mirar a Andrew es como mirar un espejo, solo que en su caso me devuelve el reflejo de la mentira que soy, y de lo que yo jamás seré.

—Haz lo que te dé la gana, pero empieza a vivir tu puta vida en vez de esconderte en la mía.

—¿Qué vida, Andrew? Seguir suspirando por una persona que nos abandonó sin mirar atrás no es vida. Podrías haberla tenido, ¿quién

tuvo miedo de ser feliz entonces? No me des lecciones.

Sé que no tengo derecho a decirlo, pero lo hago igualmente. Porque, en el fondo, él y yo somos iguales.

—Vete a la mierda.

Respiro entrecortadamente, intento que mi cuerpo deje de temblar aun cuando Andrew ya se ha dado la vuelta y empuja las ruedas de su silla en línea recta hasta la salida. Taylor se queda quieta frente a mí unos segundos más; sus ojos color miel ya no son dulces, sino que muestran amargura.

—¿Ha valido la pena?

Su pregunta acaba de destruirme, porque no puedo contestar. O tal vez la respuesta sea lo que verdaderamente me asusta.

La veo seguir el mismo camino que su hermano, hasta que lo alcanza y comienza a empujar su silla. No sé si miran atrás porque ya me he escondido en el mismo rincón que hace unos minutos.

No me llega el aire y esta vez no hay nadie con olor a jazmín que me sostenga las manos mientras su voz cálida me repite que todo irá bien.

Ya no hay nadie debajo de mis grietas y hace frío.

Capítulo 70

Dahlia

Han pasado cuatro días desde que lo vi por última vez. Desde que me subí en el avión que me trajo a Nueva York en el que pasé todo el trayecto vomitando y escondiéndome. Desde que me instalé en este hotel de lujo en una de las calles más concurridas de la Gran Manzana.

Cuatro días desde que el tiempo, en realidad, parece haberse congelado.

Mi móvil ha permanecido apagado desde entonces, no he dejado entrar a nadie que no fuera del servicio de habitaciones y solo he vestido conjuntos de ropa interior desparejados cubiertos por una camisa de plumas y tucanes que me parece igual de hortera que la primera vez que la vi. La debí meter por error en mi maleta y cuando la encontré pensé en tirarla, pero primero tomé la mala decisión de apretarla contra mí. Olía a él.

No pude deshacerme de ella, había descubierto que podía engañar a mi cuerpo para dormir unas horas si se dejaba llevar por el olor e imaginaba que todavía estaba entre sus brazos.

Al parecer, en este viaje no solo he perdido mis gafas de sol favoritas, sino también la dignidad.

En ese momento, suena el teléfono de la habitación. Descuelgo después de varios segundos.

—Señorita Harris, una chica en el vestíbulo pregunta por usted.

—Dile que no acepto visitas. Me da igual quién sea. —Cuelgo.

Aprovecho para encender mi móvil por primera vez en el día de hoy. Solo me permito mirarlo una vez cada veinticuatro horas para borrar el registro de llamadas. Maia lo ha llenado todos los días con sus mensajes en el buzón de voz. No he escuchado ninguno.

Hoy, sin embargo, parece haberse rendido. Tengo varias llamadas suyas, pero son muchas menos. Ninguna desde hace una hora. Todo un récord viendo su historial de los últimos días.

Ningún mensaje de Ethan. Vuelvo a apagar el teléfono sin ver nada más.

Vuelve a sonar el teléfono, resoplo y vuelvo a responder.

—Disculpe, señorita Harris, es que es muy insistente. —Oigo balbuceos de varias voces que no soy capaz de reconocer—. Es bajita, pero da mucho miedo.

Pongo los ojos en blanco y cuelgo sin decir nada. No sé cómo han descubierto que estoy aquí, pero lo último que quiero es enfrentarme a esto. Sé que le prometí a Maia que no volvería a desaparecer, pero eso es lo que pienso hacer ahora mismo.

Porque sigo siendo la misma Reina del Hielo y fingir que nada me importa es lo único que sé hacer.

Otra llamada de recepción resuena en la habitación, esta vez no contesto. A esta, le siguen varios golpes a mi puerta. Ahora sí me giro súbitamente.

¿Qué tipo de seguridad tiene este hotel? Como no sea alguien del servicio de habitaciones que en vez de traerme más toallas por error lleve una cámara, pienso denunciarlos.

Pero, cuando abro, me encuentro con la «chica bajita que da mucho miedo».

—Te dije que, si volvías a hacerlo, te mataría. —Maia entra en la habitación sin ni siquiera pedir permiso. Yo cierro la puerta detrás de

ella—. Contesta. Al. Teléfono. Cuando. Te. Llamo.

Está enfadada. Claro que está enfadada. Pero no me importa. Quiero que se vaya.

Mis labios están hinchados y mis ojos, enrojecidos. No quiero que me vea así. Quiero que me deje en paz, como ha hecho todo el mundo.

La ignoro y me coloco al lado del enorme ventanal en el centro de la habitación. Bajo nuestros pies, la ciudad de Nueva York late a un ritmo frenético. Todo el mundo sigue adelante; mientras tanto, mi reloj parece haberse detenido.

Y no sé si quiero volver a ponerlo en marcha.

—¿No piensas decir nada? No he sabido nada de ti en días.

—Que yo recuerde, tu jefa soy yo. No tengo que darte explicaciones —pronuncio fríamente, sin ni siquiera mirar en su dirección.

Tengo que hacer que se vaya.

—No respondes a mis llamadas. No te has presentado a las reuniones programadas...

—Me da igual —contesto sin más.

Tengo que hacer que se vaya.

—Me da igual que te dé igual. Vamos a arreglar esto. —Se acerca hasta quedar a un par de centímetros de mí—. Voy a arreglar esto. Soy buenísima, ¿recuerdas?

—No quiero que arregles nada. Quiero que te vayas.

Necesito que se vaya. Porque el pecho empieza a dolerme y tengo ganas de llorar.

No puede verme así, no puede ver todas las heridas. No puede saber lo rota que estoy, el fraude que soy realmente.

—No me voy a ir, Dahlia. Tenemos que hablar...

Porque ya no puedo seguir siendo fuerte y no quiero que me hagan más daño. Así que lo hago yo.

—¡Pues estás despedida! Vete de aquí, ¡y vete a la mierda!

Todo el mundo se va, yo solo quiero protegerme. Si no entran, no pueden hacerme daño. Y si no se quieren ir, los echo hasta que no quieran volver. Porque nunca vuelven.

Me mira fijamente y yo le sostengo la mirada hasta que resulta demasiado y tengo que apartarla. Entonces oigo sus pasos alejarse, cada vez más distantes.

Acabo de echar a la única persona que ha estado siempre conmigo desde que la conozco. Lo he destruido absolutamente todo y me he quedado sola.

Es lo que quería, ¿no?

Un escalofrío me recorre por dentro y, aunque me abrazo a mí misma, no me desprendo del frío. Estoy sola.

Tras varios segundos de completo silencio, tengo la certeza de que ya se ha ido, pero entonces oigo de nuevo su voz.

—¿Te has bebido todos los cócteles de cortesía? La nevera está vacía.

Me giro en su dirección, está en la reducida sala de estar, inclinada sobre el pequeño frigorífico.

—¿Qué haces aún aquí? Ya no eres mi agente.

—Eso no es cierto, no puedes despedirme en mi día libre.

—¿Qué?

—He pedido el día libre, lo sabrías si hubieras mirado el calendario. Así que puedes despedirme mañana si quieres, pero no he venido como agente. He venido a ver a mi amiga. —Sostiene mi mirada cuando dice—: No me voy a ir.

«Amiga».

Se ha quedado.

Entonces, por primera vez en toda mi vida, exploto. Suelto un quejido y me lanzo a sus brazos; ella ya los tiene abiertos para recibirme. Acabamos las dos tumbadas en el enorme sofá, yo prácticamente encima de ella. Es una posición incómoda, pero no me muevo y ella tampoco se separa. No sé cuánto tiempo pasamos así, con mi cara oculta en su regazo; no paro de temblar y las lágrimas empiezan a brotar sin fin.

—¿Por qué duele tanto, Maia? —sollozo con la voz entrecortada. Ella acaricia mi pelo con suavidad—. Todo fue mentira, pero a mí me duele de verdad.

Capítulo 71

Ethan

DOS SEMANAS DESPUÉS

¿FIN DE LA LUNA DE MIEL?
DESDE LOS RUMORES DE SU FALSO ROMANCE NO SE HA VUELTO A VER A LOS *INFLUENCERS* JUNTOS. FUENTES CERCANAS A LA PAREJA AFIRMAN QUE HAN TOMADO CAMINOS SEPARADOS TRAS EL FIN DEL VIAJE.

EL JURADO DESCALIFICA A ETHAN ADAMS DE LA COMPETICIÓN DE CREADORES DE CONTENIDO QUE YA TENÍA EN EL BOLSILLO
EL *INFLUENCER* NO HA QUERIDO HACER NINGUNA DECLARACIÓN. ACTUALMENTE SE REFUGIA EN SU PUEBLO NATAL Y NO HA SUBIDO NADA A SUS REDES SOCIALES.

Como todos los días, me levanto justo antes de la salida del sol y veo cómo poco a poco se eleva en el horizonte. No he vuelto a ver el rayo verde.

Hago lo mismo que ayer, sigo la misma rutina de todos los días desde que estoy aquí. Me he acostumbrado a mirar el teléfono más tiempo del que debería. Leer todos los artículos, comentarios y publicaciones sobre Dahlia sigue provocando la misma sensación de inestabilidad en mi pecho.

«Pasará», me digo a mí mismo. Eso también se ha convertido en una rutina.

Quince días. No sé por qué tacho cada uno de ellos en el calendario, como si fuese una especie de cuenta atrás en lugar de los primeros días de lo que va a ser el resto de mi vida.

Joder, yo normalmente no soy tan dramático, estar tan cerca de Taylor de nuevo está empezando a afectarme.

Pero el caso es que todavía no ha desaparecido esta sensación extraña que me oprime desde que he regresado. Mi casa siempre había sido libertad, un hogar al que volver. Ahora siento que estoy atrapado en una jaula.

Llego a la oficina antes que mi padre, antes que nadie, en realidad, y aprovecho para ponerme al día con todo el trabajo. Tras estas dos semanas, ya formo parte del negocio familiar de nuevo.

Para mi padre, soy la pieza que faltaba.

Yo, sin embargo, me sigo viendo como esa pieza que no sabes muy bien dónde encajar.

Para cuando llegan los demás, ya casi he terminado con todo el papeleo. Mi padre me saluda con un apretón de manos y una palmada en la espalda.

—Llegas pronto. Otra vez.

Asiento con la cabeza, distraído. Si le molesta que no entremos juntos al trabajo, no lo dice. Apenas hemos hablado fuera de la empresa y nunca de nada diferente al trabajo.

Saltarse muchas de las cenas familiares puede tener algo que ver y, por supuesto, es culpa mía.

¿Qué puedo decir? Se me da bien huir de los problemas, o solía ser así. No se puede escapar eternamente, supongo.

La figura de mi padre no es la única de la que busco huir. Taylor sigue enfadada conmigo, aunque por lo menos ha acabado de castigarme con el trato del silencio. Andrew, por otra parte, lo domina a la perfección.

—He pensado que, como es viernes, podríamos ir todos a tomar unas cervezas después del turno. Invita el jefe. —Esas últimas palabras las dice suficientemente alto para que lo oiga el resto de la plantilla, que responde entusiasmada levantando las manos.

—Tal vez otro día —respondo yo, sin alzar la mirada de un contrato que llevo «leyendo» desde hace media hora.

Es lo mismo que dije la semana pasada.

Otro día, porque será igual el próximo viernes. Y el siguiente.

—Me alegra que estés aquí, hijo. La empresa algún día será tuya y podrás empezar tu vida de verdad. —Mi padre posa su mano en mi hombro, dándome otra palmadita en la espalda—. Esto es madurar, James, pronto te darás cuenta de que...

Mi móvil comienza a sonar y doy gracias por la interrupción. Me levanto de la silla como un resorte.

—Tengo que cogerlo.

Es la primera vez que voy a responder a un número desconocido, pero cualquier cosa con tal de huir de esa charla.

—¿Ethan Adams? Soy del Comité del Concurso de Creadores de Contenido, hemos revisado la causa que presentó...

«¿Qué causa?».

Andrew debe de haber presentado la petición para que me admitieran de nuevo en el concurso. A pesar de estar enfadado, no

puede evitar hacer algo al respecto, tratar de solucionar los problemas de los demás. Como siempre.

—... y se ha resuelto a su favor. Se le acepta de nuevo como nominado en su categoría sin admitir a concurso los vídeos subidos en el intervalo del... incidente.

«Incidente», en eso se ha traducido mi viaje con Dahlia. Seis semanas juntos se resumen en un incidente.

La noticia de mi descalificación llegó cuando todavía estaba en el aeropuerto. Me quedé allí durante horas, vi salir su avión sabiendo que no estaba con ella y me pregunté si estaría asustada por la lluvia que había empezado a caer unos minutos antes del despegue. Supe que sí.

«Te da igual porque todo fue mentira».

Una mierda. Estaba harto de fingir que me lo creía.

Me obligo a volver a la realidad cuando soy consciente de que la voz al otro lado de la línea sigue hablando.

—He remitido toda la información a su correo de contacto esta mañana.

—Gracias.

Cuelgo sin escuchar nada más. Ni siquiera abro el nuevo *email* que aparece en mi bandeja de entrada, encima de los otros muchos que tengo sin responder.

Me repito que me da igual las veces suficientes para acallar la otra parte de mí que me recuerda que he fracasado en otra de las cosas que tenía que lograr antes de volver y que no he hecho.

Un millón de dólares hubieran podido pagar el tratamiento experimental que podría ayudar a Andrew a volver a andar. Habría sido una forma de devolverle una pequeña parte de lo que él me había dado a mí con esto.

«¿Ha valido la pena?», me preguntó Taylor.

Todavía no sabía la respuesta, pero un millón de razones se habían perdido por el camino.



Pasan los días y cada uno de ellos se cierne sobre mí. Porque nada es igual que antes y, al mismo tiempo, ahora nada cambia.

Esto es mi vida, lo que va a ser mi vida. Día tras día, siempre igual.

Me levanto justo antes de la salida del sol y veo cómo poco a poco se eleva en el horizonte.

Hoy tampoco veo el rayo verde.

Capítulo 72

Dahlia

TRES SEMANAS DESPUÉS

EL ÉXITO QUE YA SE CONOCE COMO «LA CANCIÓN DE DAHLIA E ETHAN» SE COLOCA EN LO MÁS ALTO DE LAS LISTAS MUNDIALES

YA CONOCEMOS EL DÍA Y LA HORA DE LA GALA DE LOS PREMIOS DE CREADORES DE CONTENIDO ¡¡Y SERÁ LA MÁS EXCLUSIVA HASTA LA FECHA!!

¿YA SE ARREPIENTE?

ETHAN ADAMS HA SIDO VISTO SALIENDO DE UN ESTUDIO DE TATUAJES QUE TAMBIÉN REALIZA ELIMINACIÓN POR LÁSER.

LAS IMÁGENES NOS SEÑALAN LA ZONA Y ES LA MISMA EN LA QUE SE HIZO EL TATUAJE ESCOGIDO POR SU EXNOVIA DAHLIA, POR LO QUE ESTÁ ACABANDO DE BORRAR CUALQUIER RASTRO DE SU RELACIÓN.

«Parece que finalmente sí se arrepiente de uno de sus tatuajes».

Sabía que lo nuestro había sido un error, los dos lo hemos tratado como tal. Yo, ignorándolo, y él, eliminando cualquier rastro de un «nosotros».

Después de este tiempo, su camisa ya no huele a él e Ethan se ha deshecho del único resto que quedaba de mí en su piel.

No sé por qué estoy sorprendida. «Mejor así», me repito una vez más.

Me río en voz baja por la ironía. Había sido la primera cosa de la que Ethan realmente se arrepentía tanto que había tenido la necesidad de borrarme de una vez por todas de su cuerpo en menos de un mes. Seguramente, el tatuaje ni siquiera se le había curado aún.

«¿Le habrá dolido? Espero que sí».

Mentira. Esa palabra empieza a estar demasiado presente en mi vocabulario. Estoy harta.

Estoy en la recepción de las oficinas de una compañía con la que tengo un contrato cerrado.

Le prometí a Maia que no huiría esta vez. Me dijo que me creía, pero, aun así, me ha acompañado en el taxi hasta aquí.

Oigo una cadena de radio a través de la megafonía y tan solo necesito unos acordes para reconocerla al instante. Cada una de las notas se me clava, provocándome dolor de cabeza.

Da igual dónde esté: en el hotel, en el coche, en una fiesta. Suena en todas partes.

Un vídeo nuestro bailando esa canción, grabado por uno de los vecinos de Ethan, se ha viralizado. Deberíamos haber tenido más cuidado, ser más discretos. Pero, en su casa, los dos habíamos bajado la guardia y habíamos perdido el control. Él se sentía seguro

en su hogar y yo no tenía ninguno, pero sus brazos habían sido lo más cerca que había estado de encontrarlo.

El caso es que ha pasado de ser nuestra a ser de todos. Y lo odio.

En todos los eventos a los que he acudido, ha sonado. No sé si más de una vez, pues la primera de ellas es mi señal para marcharme de allí sin dar explicaciones.

En una de las fiestas, era la canción que estaba sonando cuando llegué; di media vuelta y no me presenté.

Maia fingió que me echaba la bronca durante cinco minutos. Luego me obligó a ver una comedia romántica que me hizo sentir peor, pero, como sé que le encantan, no dije nada. Estaba harta de que todo el mundo tuviera su final feliz.

Quité la canción como sonido despertador, ahora solo suena un ruido monótono y agudo que la mayoría de las veces no logra sacarme de la cama. Tampoco me levanto a ver el amanecer, pero sí me pregunto si él sigue haciéndolo, a pesar de haber encontrado ya lo que buscaba.

No le dije qué significa encontrar el rayo verde.

Por eso no puedo escuchar esta canción. Porque pienso en él.

Además, me resulta extraña. Porque ya no es lo primero que escucho al despertarme ni la bailo con él. Ya no canto a todo pulmón el estribillo e Ethan ya no se adelanta para cantar el siguiente verso demasiado pronto. Ya no damos un salto para la derecha cuando cambia el ritmo, no me cuelgo de su cuello y él no muerde mi labio inferior mientras nos tira de nuevo sobre la cama.

Sí, la canción suena extraña. Ya no puedo terminar de escucharla porque, el resto, sí ha terminado.

—¡He dicho que alguien apague la puñetera música! —No me importa estar gritando ni que tras mis palabras todo el estudio se quede en completo silencio.

Me voy antes de que puedan siquiera ver resbalar la primera de las lágrimas por mi mejilla. No me importa que ahora estén susurrando por lo bajo. No me importa que crean que soy la Reina del Hielo.

Me he pasado sola la mayor parte de mi vida. Me he hecho a la idea; incluso, si lo repito muchas veces, puedo engañarme a mí misma diciéndome que no importa.

Pensé que no necesitaba a nadie, pero entonces lo dejé entrar a él. Entró para ver todas las partes de mí y, cuando creí que podía sentirme completa, se fue dejando un hueco todavía más grande. Ahora hay más grietas.

No dejaré entrar a nadie más. No dejaré que me hagan más daño. No vale la pena. Yo no valgo la pena.

Solo quiero protegerme. Construiré unos muros más altos.

Sé mi papel de memoria, seguiré mostrándolo. No me importa volver a convertirme en la Reina del Hielo si con eso deja de doler.

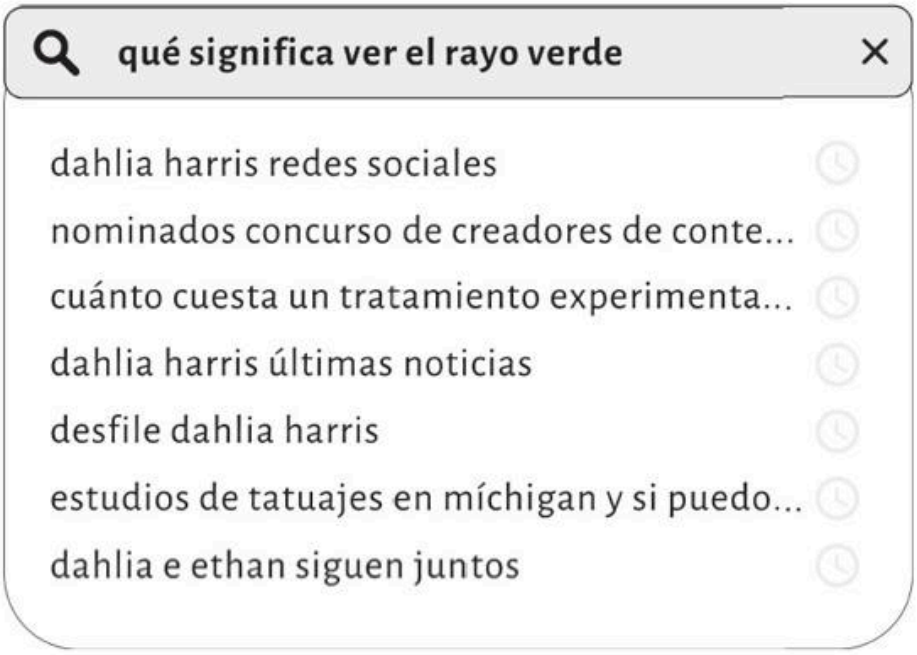
Al menos han apagado la música.

Nuestra canción ahora suena en todas partes. No lo soporto.

Capítulo 73

Ethan

UN MES DESPUÉS



Como todos los días, me levanto justo antes de la salida del sol y veo cómo poco a poco se eleva en el horizonte. No he vuelto a ver el rayo verde.

Hago lo mismo que ayer, sigo la misma rutina de todos los días desde que estoy aquí. Me he acostumbrado a mirar el teléfono más tiempo del que debería. Pero leer todos los artículos, comentarios y

publicaciones sobre Dahlia sigue provocando la misma sensación de inestabilidad en mi pecho.

«Pasará», me digo a mí mismo. Ya se está volviendo repetitivo.

Llego a la oficina antes que nadie, aunque no disfruto del silencio y la calma del lugar tanto como los primeros días.

Me froto la cara con las manos y las deslizo por mi pelo, despeinándolo todavía más. Ni siquiera me he molestado en peinarme esta mañana. No lo he cortado desde hace tiempo y mis rizos ahora se intuyen a la perfección.

«Esto es madurar, James». Las palabras de mi padre resuenan en mi cabeza.

—Y una mierda, esto es una cárcel —digo en voz alta para mí mismo. Porque cuando estoy solo es el único momento en el que soy lo suficientemente valiente para ser también sincero.

Solo conmigo mismo es en el único momento en el que soy lo suficientemente valiente para ser sincero.

Dejo salir mi frustración y los papeles de encima de mi mesa pagan las consecuencias. Deslizo la mano por toda la superficie, sin importarme que todo caiga de forma desordenada y sin cuidado. Mi atención recae en el marco con la fotografía que está en el despacho a tan solo un par de metros de mi escritorio. En ella se ve a un niño rubio platino con muchos tirabuzones en el pelo, que no debe alcanzar el metro de altura y que esboza una sonrisa con la que trata de mostrar todos los dientes. Lleva un chaleco de obra que le llega por debajo de las rodillas y un casco que se le escurre hacia un lado porque es demasiado grande. Junto a él, mi padre, quince años más joven, antes de que las canas y las arrugas fueran definiendo sus rasgos faciales. Él mira a la cámara mientras el niño lo mira a él, con una admiración que ya no reconozco.

Ese niño soy yo. O lo era.

¿Cómo se puede llegar a tener todo claro y ahora no saber nada en absoluto?

Lo estampo contra la pared y el marco se rompe; enseguida me arrepiento, pero no recojo los pedazos de cristales rotos.

Están por todas partes. No sabría por dónde empezar.

—Ethan, hijo, ¿podemos hablar? —Esta vez, sus palabras no suenan en mi cabeza.

Me giro y me sobresalto ante su repentina presencia. No suele llegar a la oficina hasta dentro de una hora, por lo menos.

Miro a ambos lados, luego al suelo, donde están desordenados todos los papeles que he ido tirando.

—¿Cuánto llevas ahí?

—Lo he visto todo —confirma, moviendo la cabeza afirmativamente.

—Ahora lo recojo.

Me dispongo a agacharme para comenzar a ordenar cuando mi padre hace que pare en seco.

—Ethan... —Es la segunda vez que usa mi nombre y no el suyo propio para referirse a mí. Antes creí haberlo imaginado. Él nunca me llama Ethan.

Sé que lo hace por orgullo, compartimos el mismo nombre que mi abuelo y bisabuelo, soy parte de una tradición, una familia que crece con el paso de los años, una extensión suya. Cuando crecía, me gustaba formar parte de eso, todavía me gusta, pero desde hace un tiempo ha pasado a convertirse en una jaula.

Porque ya no quiero ser como él... Quiero ser yo. Quiero ser Ethan, no James. Pero es James el que siempre ha sido suficiente para mi padre, no Ethan.

—Quiero pedirte perdón.

Permanezco muy quieto, mirándolo directamente a los ojos.

Mi padre nunca se disculpa.

—¿Por qué?

—Por no haberlo visto. Por no haber querido verlo.

Niego con la cabeza, sin entender lo que quiere decir.

—Cuando estaba en el instituto, soñaba con irme a vivir a la costa oeste: sin horarios, trabajando donde me pillara, surfeando de día y saliendo de noche. —Trato de imaginarme a mi padre en un ambiente distinto a nuestra casa, pero no puedo. Él siempre ha pertenecido a este lugar—. Creía que era lo que quería; el negocio familiar no me parecía demasiado emocionante. Pero antes de la graduación conocí a tu madre y me enamoré. Ella quería quedarse en el pueblo cerca de su familia y a mí ya no me gustaba tanto la idea de irme. Pero lo hice, viví unos meses en San Francisco y luego regresé con un anillo y con la certeza de que no necesitaba irme a ningún sitio, porque la felicidad estaba aquí. Me di cuenta de que empecé a ser feliz cuando volví a casa. He tenido una vida llena de felicidad y quiero lo mismo para ti, Ethan. Pensé que, como yo la había encontrado aquí, tú también lo harías. Pensé que, como estabas perdido, podría ayudarte a abrir los ojos y que te dieras cuenta. Pero el que tenía que abrirlos era yo.

Solo sé que estoy llorando cuando mi padre recorta la distancia entre nosotros y me abraza con fuerza, su camisa se humedece bajo mi cara.

—Eres mi hijo, tú y tus hermanas sois lo que más quiero en este mundo y solo quiero que seáis felices.

Y entonces me doy cuenta de lo mucho que necesitaba escuchar esas palabras. Que me quiere a mí.

—¿Significa eso que puedo dejarlo?

El trabajo. La tradición. El pueblo.

—No, de eso nada. Estás despedido.

Suelto una risa y enseguida le sigue la de mi padre. Me doy cuenta de que hacía mucho tiempo desde la última vez que reímos juntos.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé —respondo sincero.

—Deberías hablar con Andrew. —Asiento con la cabeza mientras borro la humedad de mis mejillas—. Y luego ir a por la chica.

—Todo fue mentira, papá.

—No lo creo. Habrás engañado al resto del planeta, hijo, incluso a ti mismo, pero a mí no.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque la mirabas de la misma forma en la que yo miro a tu madre.



Subo la rampa de la que considero mi segunda casa. Muchas veces ha sido la primera.

Me replanteo llamar a la puerta, pero ninguno de los Reid tiene la costumbre de responder al timbre. Nunca cierran la puerta con llave, así que simplemente entro.

Las luces de la planta baja están todas apagadas. Camino por el pasillo hasta la parte trasera de la casa. Sé exactamente dónde lo voy a encontrar. Lo veo de espaldas con la cabeza gacha y ligeramente inclinado hacia delante. Me doy cuenta de que está dibujando algo en su cuaderno.

—No deberías haber bajado tú solo la escalera —digo, señalando los tres peldaños que llevan a su pequeño jardín—. Podrías haberte caído.

—Pero no lo he hecho —responde, sin apartar su atención del papel.

Me acerco hasta que solo quedan un par de metros entre nosotros. Andrew se gira para mirarme y entonces veo a quién está dibujando. A pesar de estar en blanco y negro, puedo distinguir su cabello largo y dorado y sus cientos de pecas. No digo nada sobre eso.

—Has hablado con mi padre. —Andrew se encoge de hombros y levanta las cejas, esperando mi reacción—. Gracias —suspiro, al tiempo que él extiende los brazos y yo me lanzo a ellos.

Me inclino en un ángulo de casi noventa grados rodeando su cuello, él responde a mi abrazo con fuerza. Permanecemos así unos segundos tratando de encontrar la posición correcta hasta que acabo sentado en uno de los reposabrazos de su silla. Su brazo rodea mi cintura y el mío cubre sus hombros.

—La he cagado, Andrew.

—Todos nos equivocamos —responde con ese tono de voz familiar que siempre me ha transmitido calma.

—¿Y si es tarde para arreglarlo?

—Solo es tarde cuando estamos muertos. Créeme, sé mucho sobre eso.

Lo miro con los ojos muy abiertos.

—Han pasado cinco años, el humor negro es lo único que me queda. Podemos bromear acerca de ello. Necesito que lo hagamos.

Lo último lo dice en apenas un susurro y mi corazón se encoge. Desde el accidente, cambiaron muchas cosas, aunque Andrew se esfuerce por no mostrarlo.

Una parte de él sí murió ese día, y el día siguiente.

Pero decidió seguir adelante, no por él, sino por nosotros. Joder, yo lo sabía.

A veces solo quiero devolverle una parte de lo que me ha dado. No lo he hecho y no sé cómo hacerlo.

Seguramente, Andrew diría que no lo necesita. Pero nos necesita, aunque sea para cuidarnos.

¿Y quién lo cuida a él? Porque, aunque Andrew es capaz de adentrarse en el fondo de nuestras grietas, no te deja ver a través de las suyas. Siempre te enseña lo bonito.

Es un mecanismo de defensa, pero no como el mío o el de Dahlia. No es para protegerse a sí mismo, sino a nosotros.

La única persona que lo ha visto todo es Brownie. Y se fue.

—¿Os dejo solos, tortolitos? —La cabeza de Taylor se asoma por la puerta, su cabello pelirrojo suelto y salvaje. Se lo ha vuelto a dejar largo, casi tanto como aquel verano de hace cinco años.

—Ven aquí —dice Andrew. Los dos extendemos nuestros brazos a la vez.

TayTay se lanza con fuerza y luchamos para no perder el equilibrio. Yo me acomodo en un lado de la silla, ella se sube completamente al regazo de su hermano, cubriéndonos a los dos con sus piernas. Es muy menuda y encaja a la perfección.

Los tres, simplemente, encajamos.

Permanecemos abrazados durante más tiempo incluso, mi cabeza apoyada sobre la de Andrew, la cara de Taylor escondida en su pecho y una de sus manos sujetando la mía. Por primera vez desde hace mucho, me siento bien. Siento que estoy en el lugar correcto y, aun así, sigue faltando algo.

—Te echaba mucho de menos, Ethan —susurra Taylor, una lágrima resbala por su mejilla.

—Y yo a ti, pequeña. —Se la borro al instante. Ver llorar a Taylor es una de esas cosas que nunca voy a ser capaz de soportar.

—Te has pasado estas semanas como un zombi. Vas en piloto automático y a ti te gusta ir derrapando a toda velocidad.

—No literalmente, por favor —añade Andrew.

—No me gusta echarte de menos, pero quiero hacerlo si eso significa que vas a ser feliz, aunque sea lejos de nosotros.

—No sé qué voy a hacer ahora.

—¿Podemos tener esta conversación de pie? Me estáis haciendo daño —interrumpe Andrew, con la voz entrecortada.

Todo mi cuerpo se tensa al instante. Los dos nos separamos.

—Creía que seguías sin tener sensibilidad en las piernas.

—Y no tengo, pero la polla todavía me funciona y quiero que siga siendo así.

—¡Lo siento! Oh, Dios, te he aplastado la polla.

—Has tocado una polla —apunto, aguantando las carcajadas.

—La polla de mi hermano. —Taylor finge una arcada y los tres acabamos riéndonos.

—¿Podemos dejar de hablar de mi polla?

Dios, cómo nos echaba de menos. Entonces pienso que Taylor tiene razón. Para disfrutar y tener estos ratos, necesito echarlos de menos.

—Hoy es la entrega de premios del concurso —dice ella.

Lo sabía. Asiento con la cabeza.

—¿No vas a ir?

—¿Qué sentido tendría? No pinto nada allí.

—Las estrellas no pintan, ellas simplemente brillan —me recuerda Andrew.

Me acuerdo del momento en que dijo esa frase por primera vez. Siete palabras en forma de ánimos que son capaces de mover montañas, solo porque salen de la boca de Andrew.

Las estrellas son las que miramos en el firmamento y nos ciegan con su belleza, aunque sea de noche. Ellas no pertenecen a ningún lugar concreto, no pintan nada. Sin embargo, todas están en el mismo cielo nocturno, sin dejar de brillar, formando parte de algo grande.

Las estrellas son eternas, nunca nos cansamos de mirarlas, sin importar dónde estén, o dónde estemos nosotros.

El significado tras esa frase me afecta de manera diferente aquí, donde el recuerdo de Brownie es demasiado palpable y yo solo quiero olvidarla. Ella es una estrella, pero lo era mucho antes de triunfar en Hollywood. Andrew lo sabe.

—Dahlia va a estar allí —apunta él después de varios segundos.

Por supuesto que lo ha leído en la suscripción de su revista de cotilleos. Dahlia confirmó hace unas semanas su asistencia.

—¿Por eso llamaste a la organización para que revisaran mi caso y me readmitieran?

—Yo no he hecho tal cosa.

Antes de que pueda decir algo, habla Taylor.

—¿No vas a hacer nada?

—No puedo hacer nada. Dahlia no quiere verme y, aunque me planteara ir ahora mismo a Nueva York, no hay vuelos. —Resoplo y, a continuación, confieso las palabras que hasta ahora he tenido atascadas en la garganta—. El viaje con Dahlia ha sido el más impresionante de mi vida, me dejó entrar y yo me enamoré de ella. Pero, a la hora de la verdad, hice lo que hizo todo el mundo, la di por perdida.

Oigo una risa baja, me giro hacia Andrew, que se cubre la boca con la mano para evitar que lo vea. Se está riendo.

—Me alegra saber que mis desgracias te diviertan.

—Lo que me divierte es que te ahogas en un vaso de agua y...

—Y qué.

—Que por primera vez sabes lo que quieres, Ethan. Lucha por ello. ¿Dahlia está por encima de todo lo demás? Por fin tienes la respuesta que tanto deseabas. Por fin has escogido.

Entonces tengo mi respuesta.

—Con ella siento que no tengo que escoger. Con ella lo tengo todo.

Un grito ahogado sigue a mi confesión, pero no proviene de mis labios.

—¡Por fin! —Taylor levanta los brazos, entusiasmada—. Vamos, llegamos tarde.

Agarra mi muñeca y comienza a arrastrarme hacia la puerta.

—¿Adónde?

—Al aeropuerto, tu vuelo sale en menos de dos horas.

Niego con la cabeza, estoy confuso.

—Los vuelos a Nueva York hay que reservarlos con tiempo, no podíamos esperar a que te dieras cuenta de que estás enamorado de ella.

Miro a Andrew, que asiente y añade:

—Esto es lo que siempre has querido. Yo lo llevo sabiendo desde el momento en que cogiste ese primer avión. Que no volverías. Holland siempre se te ha quedado pequeño, aunque te diera miedo pensarlo siquiera. Tu sitio está por todo el mundo... y con ella. Nosotros siempre vamos a esperarte aquí.

Una lágrima desciende por mi mejilla y le doy un último abrazo antes de montarme en el coche al tiempo que Taylor se abrocha el cinturón. Antes de arrancar, pregunto a Andrew:

—¿Qué significa? Ver el rayo verde.

—Que estás donde debes estar.

Taylor pisa el acelerador y nos incorporamos a la carretera principal. Conduce por encima del límite de velocidad durante todo el trayecto, pero llego justo a tiempo para montarme en ese avión.

Durante el vuelo, pido a la azafata una servilleta. Y voy escribiendo las nuevas reglas del trato.

Voy a por mi chica.



El rayo verde, un fenómeno bello y misterioso

Es un fenómeno óptico en el que Julio Verne inspiró una de sus obras menos conocidas. Se basa en la leyenda que afirma que si una persona contempla el rayo verde es que ha encontrado el amor de su vida o está profundamente enamorada.

Capítulo 74

Dahlia

Antes me gustaba venir a estos eventos. Eran una oportunidad para tener la atención sobre mí y mostrar solo lo que yo quería que vieran.

Ahora solo quiero desaparecer.

Maia aceptó la invitación en mi nombre cuando le comunicaron que sería la ganadora de la categoría en la que estaba nominada.

«Quedarías muy mal si no asistieses a recoger el premio», me dijo.

Lo cierto es que me daba igual. En muchas versiones, ya soy la mala de la película.

Tenía que preparar un discurso. Le dije a Maia que lo tenía controlado. Mentira. Eso también me daba igual.

Así que aquí estoy, sentada en una de las butacas de las filas delanteras tratando de esquivar las miradas de la gente que se arremolina a mi alrededor buscando algún tipo de señal —o excusa — para acercarse.

Ya que no puedo huir, recurro a esconderme en el baño durante el mayor tiempo posible. Es de primero de manual de eventos.

Me levanto y voy directa al servicio. Por supuesto, cuando entro está lleno. Varias chicas ocupan todos los lavabos mientras se retocan el maquillaje o se arreglan el pelo.

De repente se queda todo en silencio.

Trato de ignorar el cambio de ambiente y me encierro en uno de los cubículos. Espero unos minutos y vuelvo a salir, preparada para enfrentarme de nuevo a sus miradas escrutadoras. El baño sigue en completo silencio. Solo que esta vez es porque no hay nadie. Solo hay una chica que distingo casi al instante.

—Quería hablar contigo.

Finjo que el corazón no empieza a latirme desbocado cuando veo a Nicole frente a mí.

Para ser sincera, no pensé que fuéramos a volver a hablar. Vernos, seguro; las dos trabajamos en el mismo mundillo, sería mucho desear. Pero pensaba que nunca tendría las agallas para dirigirse a mí. Veo que me equivocaba.

Finjo que no me importa. Deslizo un dedo por mi labio inferior fingiendo retocar el color rojo del pintalabios frente al espejo. Finjo que no le presto atención. Finjo. Finjo. Finjo. Porque, con Nicole, jamás dejé de fingir.

Entonces, después de varios minutos, rompe el silencio.

—Quería hablar contigo.

—Eso ya lo has dicho.

—Ya, estoy un poco nerviosa. —Esquiva mi mirada y sus rasgos no se ven tan afilados—. Llevo tiempo queriendo hacerlo y nunca reunía el valor para...

—¿Decirme que te estabas tirando a mi prometido? —Soy directa, no quiero que la conversación dure más de lo necesario.

—Me enamoré de él, Dahlia.

—Créeme, te compadezco.

—Fui una estúpida. Él siempre te quiso a ti.

—Él siempre se quiso solo a sí mismo.

Yo no era la única a la que le gustaban las apariencias. El castillo era demasiado bonito. Nicole no sabe hasta qué punto construí mis

muros a su alrededor.

Me convertí en el personaje que todos querían ver. Necesitaba hacer creer a la gente que alguien podía quererme para convencerme de ello también a mí misma.

No sé cómo se supone que debe sentirse el amor, pero eso jamás lo fue.

Porque solo me hizo creer que no lo merecía; que, a pesar de poder ser tan deseada, realmente no era suficiente. Y cuando terminó, el agujero donde anatómicamente se encontraba el corazón siguió doliendo.

Se me escapa una risa pensando en la ironía de esto. Con Ethan hice lo mismo sin darme cuenta; en el fondo, quería hacer creer a todo el mundo que él podía quererme. Pero esta vez no engañé a nadie más que a mí misma y acabé con el corazón roto.

La voz aguda de Nicole me devuelve al presente.

—Lo siento de verdad. Siento haber perdido a mi mejor amiga por esto.

—Tú y yo no éramos amigas.

No lo digo para hacerle daño, estoy siendo sincera.

Nicole no me conoce en absoluto, nunca lo ha hecho. Porque, incluso con ella, no me quitaba la máscara, porque en el fondo sabía por qué estaba a mi lado y quise convertirme en una Dahlia que fuera suficiente para eso. Pero se acabó.

Creo que Taylor conoció más de la verdadera Dahlia en veinticuatro horas que Nicole en seis años.

—Mucha suerte con todo.

Esboza una tímida sonrisa antes de salir del baño que, de alguna forma, me otorga una paz que no sabía que necesitaba. Otra victoria, pero no sobre Nicole.

Sobre mí. Por fin me he elegido a mí.

Esconderse es realmente agotador. Después del viaje, cuando he vuelto a ponerme la máscara, no encajaba como antes y me he dado cuenta del peso que llevaba encima.

Cuando oigo la voz del presentador resonar en todos los altavoces del recinto, sé que es la hora de ocupar mi asiento para la ceremonia y la entrega de premios.



Es aburrida, el organizador da un discurso extremadamente largo y lleva un traje del que seguramente Ethan se hubiera burlado. También me hubiera contado varios chistes al oído que me habrían hecho reír. Y cuando gritaran mi nombre escrito en el sobre, se pondría de pie incumpliendo totalmente el protocolo y me atraparía entre sus brazos para hacerme volar. Restos de mi pintalabios quedarían pegados a su mejilla, pero no le importaría y no pararía de aplaudir hasta que recogiese ese galardón, aunque sí le mandarían sentarse.

Me obligo a regresar al aquí y ahora, porque parte de eso sí está ocurriendo. Doy gracias a mi cuerpo por tomar el control y levantarse cuando anuncian mi nombre. Subo las escaleras y recibo el pequeño trofeo de diseño abstracto y formas geométricas.

Entonces dirijo la mirada hacia mi asiento y el de al lado, vacío. Y dejo de mentirme acerca de que no desearía que estuviera aquí conmigo.

Llevo toda la vida con miedo a que vean todas las partes de mí, porque, si yo misma no las quiero, ¿por qué iba a quererlas alguien más?

Pensé que era mejor fingir, dejar que se viera solo lo bonito e inventar el resto, ser lo que los demás esperaban y no permitir que entrara nadie, porque solo les dabas poder para hacerte daño.

Yo sabía todo eso, mucho lo había aprendido por las malas. Y, aun así, no pude evitar que Ethan se colara entre las grietas. Ni siquiera tuvo que luchar, yo misma le di acceso. Y él acarició esas partes feas.

«Me gusta lo que veo siempre que te miro, Dahlia».

Porque solo a través de ellas entra la luz.

Me hizo entender que esas grietas no significan que esté tan rota y, aunque así fuera, que no es algo malo. Porque tenerlo bajo mi piel me hace sentir realmente bien. Como si, por primera vez, estuviera completa. No en el sentido de necesitar a alguien para estarlo, sino alguien que te recuerde lo que vales cuando a ti se te olvida.

Estoy harta de mentir y esconderme, quiero vivir en voz alta y no tener miedo; quiero quererme. Así que dejo de mentir y mentirme, porque Ethan no se lo merece.

Y yo tampoco.

Estoy encima del escenario con miles de miradas puestas en mí. No he preparado ningún discurso, pero habría dado igual. Porque es en este momento cuando tengo claro lo que quiero decir. Aprovecho el arrebato de valentía para acercarme al micrófono y empiezo a hablar.

—Ethan Adams fue descalificado por mostrar algo que no era verdad en lugar de a sí mismo. Si es así, yo soy la última persona que merece este premio.

Inspiro hondo, el enorme auditorio está en absoluto silencio y solo oigo el latido acelerado de mi corazón.

—En el mundo de las redes sociales las apariencias lo son todo, lo sé mejor que nadie. He pasado la mitad de mi vida y toda mi carrera

tratando de ser alguien a la altura de cualquier expectativa imposible. He dado mi sangre, sudor y lágrimas por esto, entregado mi cuerpo y perdido partes de mí por miedo, porque no eran bonitas. Me convertí en la Reina del Hielo. Pero un cristal puede ser muy brillante y no por ello deja de ser frágil. No quería acabar de romperme, así que fingía, todo el rato, hasta que yo misma me tragué mi propia historia.

Me aclaro la garganta. Las palabras luchan por salir, y esta vez, las dejo libres.

—Dicen que en las redes sociales no hay que creerse nada, que todo es forzado, pero, por primera vez, no me ha costado mostrarme como soy. Ethan fue la única persona con la que nunca tuve que fingir para sentirme suficiente. Yo me enamoré de él sin poder evitarlo y, creedme, lo he intentado con ganas. —Oigo algunas risas y murmullos nerviosos—. Así que, si buscáis qué fue verdad de lo que mostró Ethan, solo tenéis que mirarme a mí. Él debería haber ganado su premio, porque para mí nada fue mentira.

Solo pasan unos segundos antes de que pueda oír los sonoros vítores y aplausos de los presentes, que gritan entusiasmados. Algunos incluso se ponen en pie.

Me quedo quieta hasta que el peso de todas las miradas comienza a ser demasiado y es hora de irse. Bajo del escenario y camino con paso firme hasta el fondo del enorme auditorio, aunque me tiemblen las piernas y tenga ganas de salir corriendo.

Algo me impide continuar, choco con un cuerpo sólido que ha aparecido de repente delante de mí y a continuación siento frío en la parte del abdomen y en algunas zonas de mis brazos que ahora están húmedas.

Antes de levantar la mirada, ya sé quién es. Porque tiene una cicatriz entre el pulgar y el dedo índice, huele a cedro y sándalo y

sus ojos sobre mí hacen que tiemble todavía más.

—Siempre chocas conmigo.

—Y tú siempre llevas una copa en la mano que acabas echándome encima.

No sabía que vendría, pero sí me había permitido imaginarlo: cómo sería nuestro encuentro, la primera vez que nos viéramos después de tanto tiempo.

Que me tirara su copa encima —otra vez— no estaba en la lista de los cientos de escenarios que había creado en mi cabeza.

—Dahlia.

Pero cuando dice mi nombre, no puedo evitar mirarlo. Mis ojos se encuentran con el mar embravecido que hay detrás de los suyos, es el color azul más intenso que he visto en mi vida. Y me ahoga.

—Tengo que ir a limpiarme —digo antes de darme la vuelta y salir de aquí. Esta vez sí lo hago corriendo.

Doy gracias a que la atención no está puesta en nosotros, sino en la entrega del siguiente premio, cuyo ganador ya está subiendo al escenario.

Me dirijo al baño, que vuelve a ser mi vía de escape, y tardo unos minutos en dejar de temblar.

«Maldita sea, ¿por qué Ethan tiene este tipo de efecto sobre mí?».

«Porque estás enamorada de él».

Lo acabo de admitir delante de todo el mundo. Delante de él.

Me acerco al lavabo y restriego un trozo de papel húmedo sobre el vestido, pero no sirve de nada, el color burdeos del vino ya tiñe gran parte de la prenda. Aun así, sigo frotando, cada vez más rápido, porque mi corazón sigue latiendo desbocado, haciendo que me duela el pecho.

Entonces, la puerta del baño se abre y volvemos a estar cara a cara.

Capítulo 75

Ethan

«Para mí nada fue mentira».

He tenido ganas de subirme al escenario y besarla en ese instante. Creo que mi cuerpo se ha empezado a mover con ese mismo propósito, acortando la distancia que me separaba de ella.

El impacto llega antes, Dahlia baja a toda prisa con el premio todavía entre sus manos. Camina con paso firme, aunque estoy seguro de que tiene ganas de salir corriendo. La veo acercarse, ella no se percata de mi presencia hasta que golpea mi pecho sin que pueda hacer nada. Buscaba nuestro encuentro, quería ver su expresión la primera vez que volviéramos a vernos. Lo que sí hubiera querido evitar es derramarle toda mi copa de vino encima. Con esta ya van dos y tener a Dahlia enfadada no ayuda precisamente a mi causa.

—Siempre chocas conmigo. —Me esfuerzo al máximo para que mi voz no tiemble como lo hace el resto de mi cuerpo al tenerla delante.

—Y tú siempre llevas una copa en la mano que acabas echándome encima.

Joder, está guapísima. Lleva el pelo recogido en una coleta baja que resalta sus rasgos y deja al descubierto su cuello, sus labios están pintados de rojo y sus ojos me dedican una mirada intensa.

Lleva un vestido blanco —que yo acabo de teñir de rosa— ajustado a sus curvas y unos zapatos de tacón que hacen que seamos de la misma altura.

La dejo huir al baño solo para seguir sus pasos un par de segundos después. Nadie nos presta atención, todos están pendientes del anuncio de los ganadores de cada categoría. Cierro la puerta tras de mí y la encuentro frente al enorme espejo de los lavabos frotando la inmensa mancha de su vestido que, lejos de desaparecer, no para de extenderse.

—Creía que no ibas a venir —dice sin levantar la mirada del vestido.

—¿Y malgastar tus esfuerzos por haber conseguido que me readmitieran en el concurso? Habría sido muy desconsiderado por mi parte.

—¿Cómo sabes que fui yo?

Lo supe en cuanto Andrew dijo que él no había tenido nada que ver. No había nadie más que supiera el verdadero motivo de por qué me importaba tanto ganar ese estúpido premio.

No había nadie más a quien yo le importara tanto.

—¿Qué haces aquí? —pregunta y entonces sí me mira.

—Tenía que verte.

—Si es por lo que he dicho en el escenario...

—¿Es verdad?

Tarda unos segundos en contestar. Por un momento, pienso que va a negarlo y volveremos a la casilla de salida, pero asiente con la cabeza.

—No quiero seguir fingiendo. Contigo, no.

Entonces veo una lágrima descender por su mejilla a través del espejo y ya no puedo aguantarlo más. Mi cuerpo toma el control y se lanza hacia ella. O es Dahlia quien acaba por romper la distancia

entre nosotros, pero ahora su boca vuelve a estar en la mía y, joder, cómo echaba de menos esto. El sabor dulce de sus labios, el olor a jazmín, su cuerpo en mis brazos.

No se parece a ningún beso que hayamos compartido antes. Este es urgente, húmedo, casi un acto de desesperación.

Nos devoramos el uno al otro, nuestras lenguas enredadas bailando al mismo compás. Dahlia me mordisquea el labio inferior porque sabe que me vuelve loco y yo aprieto sus caderas atrayéndola hacia mí y reduciendo más el espacio entre nosotros. Necesito que cada centímetro de mi cuerpo esté en contacto con el suyo. Cuando la parte baja de su abdomen se encuentra con mi entrepierna, palpitante de deseo, suelta un gemido que casi me hace perder totalmente el control.

—Dahlia...

—Te necesito —me interrumpe ella.

Yo nunca podría negarle esto.

Nos cambio de posición y la coloco sin esfuerzo encima del lavabo, utilizando un solo brazo mientras el otro sube su vestido y acaricia su pierna hasta alcanzar la ropa interior diminuta.

—Vas a matarme, flor —susurro contra su oreja. No paro de besarla y noto cómo esboza una sonrisa al oír su apelativo en mis labios.

Dahlia se pega más contra mí al tiempo que mis dedos entran en su interior. Acelero el ritmo y ella me acompaña moviéndose hacia delante y hacia atrás. Cuando nuestros labios no están juntos, la miro a los ojos y ella me devuelve la misma intensidad.

—No dejes de mirarme.

Las palabras salen de sus labios. Se libera y tiembla con mis dedos aún moviéndose dentro de ella y a mí me ha faltado muy poco para

correrme en mis pantalones solo oyendo su grito ahogado contra mis labios.

Cuando he entrado en el baño no he pensado que fuéramos a acabar así, pero, desde que he posado la mirada en ella esta noche, mi cuerpo ha necesitado con urgencia su contacto y, ahora que la tengo entre mis brazos, sé que no quiero desprenderme de él nunca. Tenemos una conversación pendiente, pero puede esperar unos minutos más.

Me lavo las manos y la limpio también a ella, depositando pequeños besos en sus muslos. Ahora, el ritmo cambia, nos tocamos con mimo y me doy cuenta de cuánto necesitaba también esto. Le acaricio el pelo mientras ella me borra los restos de pintalabios rojo que tengo en los labios.

Me quita esta estúpida camisa y yo me derrito ante el tacto lento de sus manos sobre mi pecho desnudo. Siento un pinchazo en el costado en donde todavía se está curando mi último tatuaje y, entonces, Dahlia para en seco.

—El tatuaje —susurra contra mi torso, se inclina para verlo mejor —. No lo has borrado.

—Claro que no, solo he hecho un pequeño cambio.

Me giro para que pueda apreciarlo mejor y veo el momento en el que se da cuenta y cómo sus ojos se vuelven vidriosos.

—¿Es una...?

Desliza los dedos con cuidado por el pequeño tatuaje de la silueta con grietas, a través de las que entra la luz para que pueda crecer un tallo con dos hojas diminutas. Solo que ya no hay solo esa planta. Hay una flor.

—Es una dalia —afirmo.

Lo hice porque me gusta llevar marcada la piel, siempre pensé que esta cuenta nuestra historia y Dahlia era parte de la mía. Yo

quería que lo fuera.

Andrew tenía razón, lo sabía incluso antes de atreverme a admitirlo.

—Tú eres la luz que entra por mis grietas, flor.

Capítulo 76

Dahlia

—No puedes decirme eso.

No reconozco mi propia voz cuando pronuncio esas palabras. Tampoco soy consciente de que mi cuerpo ha bajado del lavabo y ha puesto un espacio entre nosotros que ahora me parece demasiado grande.

«Yo también puedo ser su luz, como él es la mía. No solo soy yo quien quiero quererlo, él también...».

«Farsa». «Mentira». «Como si nada».

—Lo que dijiste en tu casa...

Aquel momento se repite en mi cabeza demasiadas veces, la forma en la que me desnudé con él, no solo en la cama. Se lo mostré todo y él no lo quiso.

—No fue verdad —dice él rápidamente.

—Nada lo fue, ¿no?

Soy una persona orgullosa, pero no fue mi vanidad la que se vio lastimada. Fue mi corazón.

Él resopla y se pasa una mano por su pelo ya revuelto por mi culpa. Vuelve a mirarme fijamente con esos ojos azules y me dejo arrastrar por la tormenta que traen consigo.

Esboza una sonrisa afligida y yo solo quiero recortar la distancia entre nosotros ahora mismo, besarlo y que me haga sentir que por primera vez en mi vida puedo pertenecer a algún sitio. Pero no

puedo, porque tengo miedo. Porque no podría soportar que Ethan Adams me rompiera otra vez el corazón.

—Me acojoné, Dahlia.

—¿Porque descubriste que no valía la pena?

—Porque, por primera vez, he encontrado algo a lo que no estoy dispuesto a renunciar. Nunca he sabido qué hacer con mi vida o adónde pertenecía. Y todo el mundo parecía tenerlo tan claro que lo hacía peor. Así que largarme, perderme en el sentido literal, era la excusa perfecta para no admitir lo perdido que estaba realmente. Hubiera renunciado a todo, a mi herencia o a los viajes, me daba igual. Pero ¿sabes a lo que jamás hubiera sido capaz de renunciar? A ti. Y, sin embargo, lo hice. Quisiste luchar por nosotros y yo estaba tan asustado que no me di cuenta. Te perdí. Y nunca me he sentido tan perdido como ahora. Es como si en algún momento me hubiera encontrado encontrándote a ti. Porque el destino que tantas ganas tenía de encontrar... ya no es un lugar. Eres tú.

—¿Estás diciendo que...?

—Te quiero, Dahlia Harris. —Esas palabras suenan incluso mejor que en mi cabeza, porque salen de sus labios.

Es la primera vez que me doy cuenta de las ganas que tenía de oírlas. Dos palabras que tienen la fuerza para destruir muros y castillos de hielo.

—Nunca he hecho esto. —Ethan sabe a lo que me refiero: que nunca he entregado a nadie todas las partes de mí.

—Para todo hay una primera vez.

—A veces va a ser difícil quererme. —Porque esa inseguridad se agarra a mí con tanta fuerza que un simple acto de amor no va a hacerla desaparecer.

—A mí nada me ha resultado tan fácil.

Pero Ethan está dispuesto a luchar. A luchar por mí. Y yo también.

Por mí. Por nosotros.

—Tienes respuesta para todo, ¿verdad?

—Bésame ya, por favor.

Entonces sí que por fin rompo la distancia entre nosotros, rodeo su cuello con mis brazos y llevo mis labios hacia los suyos. Nunca me cansaré del sabor de sus labios ni de cómo su lengua se enreda con la mía amenazando con hacerme perder el control. Estoy lejos de tener suficiente cuando Ethan se aparta.

—Escucha.

Al principio, no entiendo a lo que se refiere, pero distingo la música que proviene del exterior. La fiesta ya ha comenzado.

Escucho atentamente, porque Ethan tiene razón, no es solo música, es...

—Nuestra canción.

—Baila conmigo —me pide mientras extiende el brazo a modo de invitación.

—Estamos en el baño.

—¿Y qué?

—Que estás loco —digo riendo.

—Por ti. —Cojo su mano y ya no la suelto.

Bailamos nuestra canción en el baño como tantas otras veces, nos besamos y terminamos quedándonos sin aliento. Me parece lo más romántico del mundo.

Entonces creo en esas estúpidas comedias románticas que tanto le gustan a Maia y pienso que yo también puedo tener mi final feliz, al fin y al cabo. Y que me atrevería a ir a cualquier destino con él.

Epílogo

Dahlia

UN AÑO DESPUÉS

DAHLIA HARRIS E ETHAN ADAMS, DESAPARECIDOS DEL MAPA
Desde la fiesta en la que algunos testigos los vieron irse juntos (hace mucho tiempo) no se ha vuelto a ver a nuestra pareja favorita del momento. Espera, ¿son pareja? ¿Acaso es otra estratagema? El caso es que… ¡¡nos encanta el misterio y nos encantan ellos!! Pero la pregunta del millón es: ¿tendrán su final feliz?

Corro de un lado a otro sin saber adónde voy.

Hoy es el día más importante de mi vida. Todo tiene que salir bien.

Me permito mirarme en el espejo para observar el hermoso vestido blanco que se ajusta perfectamente a mi cuerpo. Es hecho a medida, diseñado por mí. Puede que sea mi mejor creación hasta la fecha. Y la más especial.

A Ethan le gusta decorar sus brazos y su pecho con tinta, a mí también me gusta la idea de expresar una historia. Este vestido

cuenta la mía.

—Diez minutos. —La cabeza de Maia se asoma por la puerta del camerino sin ni siquiera molestarse en llamar. Yo asiento con la cabeza, incapaz de articular palabra—. Estás preciosa, Dahlia. Estoy muy feliz por ti.

No me resisto a ir hacia ella y darle un abrazo, sin importarme que el vestido pueda arrugarse. Ahora solo quiero abrazar a mi mejor amiga.

Hace un año le conté el rumbo que quería tomar con mi carrera y con mi vida, porque eso también supondría un gran cambio en la suya. Recibió la noticia con los brazos abiertos y la celebró como si también fuera su sueño. Como aquella primera vez cuando nos conocimos.

La obligué a abandonar el pequeño despacho de la empresa en la que estaba e independizarse profesionalmente, puesto que con los ingresos que genero y siendo mi única agente puede permitírselo. Además, le pedí que dejara su diminuto estudio y se mudara conmigo al apartamento que he comprado a las afueras de Nueva York. Es un barrio tranquilo y reservado y nuestras noches se han convertido en una mezcla de vino, palomitas y un catálogo de comedias románticas muy extenso —no sabía que hubiera tantas.

Acabo adorando la mayoría y ahora entiendo por qué a Maia le gustan tanto.

Ella me cuenta qué tal sus citas y si está más cerca de encontrar el mejor cóctel sex on the beach de la ciudad. Yo le hablo de mis viajes y de cómo quiero decorar las habitaciones vacías. También le pido consejos y busco consuelo en sus brazos cuando todo se vuelve difícil. Nunca había tenido una amiga de verdad, pero, si durante todo este tiempo había estado esperando a Maia, la espera ha valido la pena.

—No llores. Si tú lloras, yo lloro y tú acabas llorando más. A mí se me va a disparar la alergia y a ti se te va a correr el maquillaje. No llores, por favor.

—Gracias, Maia.

—Yo no he hecho nada.

Nuestro momento se ve interrumpido por unos golpes en la puerta de mi camerino. Maia se separa de mí y sale disparada hacia la puerta.

—Envío especial para la señorita Harris —lee en la pequeña tarjeta que le entrega el repartidor, cuya cara está completamente oculta por un enorme ramo de flores.

Son dalias.

—Voy a hablar con algunos invitados y a asegurarme de que la bandeja de dulces no se acabe antes de que empiece.

Maia lleva desde que llegamos diciéndole a todo el mundo qué debe hacer. Nadie se ha atrevido todavía a llevarle la contraria. Sale por la puerta esquivando al repartidor, que todavía está quieto en la entrada.

—¿Puede dejarlas encima de esa mesa?

—Es que yo soy parte del envío especial.

Reconozco su voz al instante. Antes de que le dé tiempo a poner a salvo el ramo de flores, me lanzo a sus brazos.

—¿Qué haces aquí?

—No podía perderme esto. —Me da un beso en los labios—. Estoy muy orgulloso de ti, flor.

—¿Qué tal por Cancún?

—Menos divertido sin ti —responde él, encogiéndose de hombros —. La próxima vez espero que me acompañes.

Nuestro viaje había generado mucho interés, no solo por nuestra enrevesada historia de amor. Los planes fuera del itinerario, las

locuras de Ethan y los rincones que había descubierto se habían convertido en los destinos más demandados. La gente buscaba esa sorpresa en su viaje, querían visitar ciudades más allá de las postales turísticas y las típicas búsquedas tipo «Diez lugares que no te puedes perder». La forma de viajar de Ethan había creado mucha expectación, cada vez tenía más seguidores en sus redes sociales en busca de nuevos destinos que añadir a sus listas.

Por eso, Zhou Bowen, el dueño de Travelator, contactó con él hace unos meses para ofrecerle un trabajo como «viajero profesional» (nombre totalmente inventado por Ethan) para que recorriera el globo en busca de esos sitios especiales que diferenciasen a la empresa de la competencia. Las reservas de los viajes sorpresa se han disparado desde que lo contrataron.

Los dos hemos decidido perseguir nuestros sueños, pero siempre buscamos encontrarnos en el camino.

A veces me uno a sus viajes y otras él hace coincidir sus destinos con los míos cuando tengo reuniones o sesiones de fotos, aunque estas últimas son cada vez menos frecuentes.

Mi trabajo como modelo ahora es escaso, salvo cuando se trata de mi marca de ropa.

Fénix ha logrado posicionarse como una de las firmas de diseño más prometedoras de la temporada y hoy es la primera vez que la muestro al mundo en la Semana de la Moda de Nueva York.

Fénix.

Desde nuestra noche en París, tuve claro que ese sería el nombre con el que denominaría mi marca: el pájaro que siempre resurge de sus cenizas, como había hecho yo durante todos esos años. Pero, además, el fénix se consume por las llamas sin miedo a quemarse. Y ese fuego no tiene sombra, porque no impide el paso de la luz a través de él.

Era perfecto.

Recibo el último aviso, el desfile está a punto de comenzar. Reviso mi aspecto una vez más frente al espejo y mi mirada no es la única que está sobre mi cuerpo.

—¿Te gusta?

—Estás preciosa, flor. Ese vestido es... increíble.

Vendas de tela recorren de un lado a otro mi silueta, permitiendo que asomen partes de mi piel. El vestido muestra un patrón irregular, las bandas de tela se cruzan unas con otras dejando grietas.

El vestido no está completo, algunos podrían pensar que está roto. Por esa misma razón creo que es el vestido más bonito de la historia. Por eso soy yo quien lo luce y quien cerrará mi propio desfile. Porque por fin me he convertido en la narradora de mi propia historia.



La presentación de mi primera colección resulta ser un éxito, todas las modelos lucen increíbles con mis diseños en todas sus formas, tamaños y colores. Estaba harta de los estúpidos estándares a los que yo me había sometido toda mi vida en la industria, incluso probablemente la había alimentado, pero ahora solo quiero crear un espacio seguro para todos los tipos de cuerpo.

Conforme camino a lo largo de la pasarela, veo a Ethan levantado y aplaudiendo, Taylor a su lado silba, Andrew se muere de vergüenza y Maia les manda sentarse mientras trata de aguantar la risa.

Veo a Brownie en las primeras filas entre el público, su atención puesta en mí y en el grupo de chicos con el que comparte un pasado... y puede que mucho más.

Ethan todavía no quiere hablar de ello.

Cuando todo termina, por fin me permito celebrarlo. Nos reunimos todos y tomamos una copa de vino, nos reímos y bailamos al ritmo de la música. Yo soy consciente de que es la primera vez que me encuentro rodeada de gente y siento algo que es lo más parecido a un hogar sin estar dentro de cuatro paredes.

—Necesito unas vacaciones —digo, inclinándome y posando mi cabeza sobre el hombro de Ethan, que rodea mi cintura con su brazo mientras caminamos. La fiesta ha concluido.

—¿Qué te parece un viaje sorpresa?

Es de madrugada, pero sonrío y él entiende mi respuesta. Pide un taxi y durante el trayecto juguetea con el trozo de papel que sigue guardando a presión en su cartera: una servilleta con nuestras reglas. O, más bien, nuestras nuevas reglas.

Cuando voló a Nueva York para encontrarme en la entrega de premios, plasmó en ese papel los cimientos de nuestra relación, tal y como hicimos en aquel casino. Solo que ahora, esas reglas eran de verdad, igual que nuestro amor.

Nota mental: puede que esté viendo demasiadas comedias románticas con Maia.

Estamos sentados en los asientos traseros del taxi y ni siquiera nos preocupa que aún vayamos vestidos de etiqueta. Nunca me cansaré de ver a Ethan en traje, aunque sus camisas feas y yo hemos mejorado nuestra relación, incluso me las pongo cuando pasamos largos fines de semana metidos en casa —y en la cama—. De eso creo que tampoco me cansaré jamás. De nosotros.

Cuando llegamos al aeropuerto, reina la calma; muy poca gente recorre los pasillos de la terminal a estas horas de la noche. Las miradas de los curiosos no me molestan, seguramente estén más interesados por la ropa que llevamos puesta.

Ni siquiera hemos traído equipaje de mano. Ethan se ha acostumbrado a vestir con ropa de turista y volver con camisetas en las que están impresas fotos emblemáticas de los monumentos de las ciudades que visita. Yo simplemente me he acostumbrado a sus locuras.

Los aeropuertos me siguen gustando y a él no le parecen tan malos.

Montar en un avión no me da tanto miedo si Ethan me coge de la mano y me recuerda que soy valiente.

Cuando llegamos al número de puerta y vemos el nombre de la ciudad a la que nos dirigimos, nos miramos el uno al otro con una mirada cómplice.

El destino es caprichoso.

—¿Estás listo para perder una vez más al póker?

—Si me quieres desnudo, solo tienes que decirlo, flor.

Miami. Un año después, volvemos al lugar donde empezó todo.

—Supongo que es el destino —dice.

—No se me ocurre un mejor destino que... contigo.

Banda sonora

«This Feeling», ℗ 2018 Disruptor Records/Columbia Records, interpretada por The Chainsmokers con la colaboración de Kelsea Ballerini.

«Hoedown Throwdown», esta compilación ℗ 2009 Walt Disney Records, interpretada por Miley Cyrus.

Escucha la *playlist* del libro en Spotify



Agradecimientos

Siempre he oído eso de que escribir un libro es una tarea solitaria, pero no estoy para nada de acuerdo. Porque esta historia no nació cuando surgió la idea en mi cabeza ni cuando me lancé a escribirla, sino cuando empecé a compartirla.

Así que, primero, tengo que dar las GRACIAS, con letras mayúsculas, a Carla: tengo claro que no habría terminado este libro de no haber sido por ti. Gracias por dejar que te vomitara todos y cada uno de los detalles de la historia ese día en el parque para luego ver cómo los iba cambiando todos (escritoras brújula *vibes*); por creer en estos personajes, abrazarlos cuando lo necesitaban y luchar por ellos tanto como yo. Gracias por compartir mis sueños y ser la definición más pura de la palabra «amiga».

Gracias, Lidia, por tu risa contagiosa y tu gran corazón, que es lo suficientemente grande para que entren tanto Ethan Adams como Drew Starkey. Los libros me han dado muchas cosas bonitas a lo largo de mi vida, pero, si me mandaran enumerarlas, tú serías uno de los primeros dedos que levantaría sin dudar. Gracias por demostrarme que una amistad puede ser de verdad a pesar de la distancia haciendo que las ganas y el cariño pesen más que los kilómetros.

Gracias, Laura, por tus consejos llenos de razón para esta historia. Una de mis escenas favoritas te la debo a ti. Y gracias a las dos por crear ese grupo en el 2020 para *fangirlear* sobre *Trono de cristal*.

Bookstagram siempre fue una comunidad preciosa, pero, gracias a vosotras, se empezó a sentir como casa.

Creé mis cuentas en redes sociales (Instagram y Youtube) en el 2020 como una forma de matar el tiempo. Si le llego a contar a la Laura de ese momento todo lo que ha pasado desde entonces, no se lo creería. No solo me llevo lecturas, sino también personas cinco estrellas: Andrea, Belén, Gloria, Marta, Cris… Me quedaría sin espacio si tuviera que nombrar a todas las personas bonitas que forman esta comunidad. Seguid disfrutando y compartiendo la lectura con las mismas ganas e ilusión, sois todas maravillosas.

Andre, gracias por tu energía positiva y tu brillo, porque, a pesar de que estoy en una nueva ciudad, esta se siente un poquito más hogar porque tú estás cerca. Por más reuniones de teorías locas, clubes de lectura y manuscritos por escribir (no me olvido de que Carla y tú me debéis capítulos, da igual cuando leáis esto). Os mando una nutria para deciros que os quiero.

A Carla (otra vez) y Lydia: gracias por compartir la vida conmigo en uno de los peores años del mundo (literalmente), por revivir la obsesión de las princesas sirenas y por ese viaje a Alemania.

Marina, doy gracias a las coincidencias de la vida por haber recibido ese correo y que hayamos podido conocernos. Tu ayuda ha sido inestimable, pero lo mejor que me llevo, sin duda, es tu amistad. Nos queda pendiente una reunión en Barcelona.

Gracias a Laura, María y Lucía: empezar en un sitio nuevo puede ser difícil, pero no cuando coincides con gente como vosotras. Gracias por abrirme los brazos y apoyarme desde el minuto uno con este proyecto, no me podrían haber tocado mejores personas con las que compartir las horas más largas del día (que con vosotras se hacen cortas). P. D.: Tenemos que ir a merendar.

Y, como se suele decir, he dejado lo mejor, o más bien lo más importante, para el final. Porque todos mis logros y todo lo que soy os los debo a vosotros:

Gracias, mamá y papá, por vuestra infinita paciencia, por haberme dado todas las oportunidades que estaban a vuestro alcance e incluso más; espero que estéis orgullosos de mí. Yo no puedo sentirme más afortunada de ser vuestra hija. Os quiero muchísimo.

A mi hermana Ana, la persona que más quiero en el mundo: gracias por hacer que la vida sea más bonita y divertida. Nos inventábamos idiomas cuando éramos pequeñas y ahora nos entendemos sin necesidad de palabras. Sobre todo, gracias por ser mi fan número uno, porque, aun sabiendo todos mis defectos, no dudas en presumir de mí.

Por último, gracias a ti, lectora y lector. Estoy eternamente agradecida por que hayas decidido dar una oportunidad a esta historia y a sus personajes, ojalá te hayan conquistado de la misma forma que a mí cuando los creé. Gracias, porque ahora formas parte de un sueño hecho realidad y espero que podamos seguir recorriendo este camino juntas.

Así que nos vemos en la próxima historia. Y mejor si es en un pueblito pequeño, ¿verdad?

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Cualquier destino menos contigo
Laura M. Castro

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Laura M. Castro, 2026

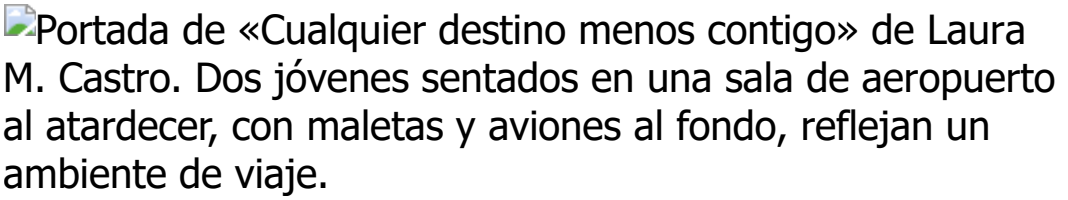
© Ilustraciones del interior: Canva, tehanarafat6170 / Shutterstock y Tymofii Vector / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 978-84-08-32183-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada de «Cualquier destino menos contigo» de Laura M. Castro. Dos jóvenes sentados en una sala de aeropuerto al atardecer, con maletas y aviones al fondo, reflejan un ambiente de viaje.